



PETER SPIEGELMAN
DINERO
NEGRO

Un mundo de entresijos financieros con mucha acción y con un final inesperado

Lectulandia

El gigante financiero MWB (el Banco Mundial del Comercio) acaba de derrumbarse. La investigación federal es inevitable. March es un investigador privado que vive en Nueva York y que acaba de ser requerido por su viejo amigo, el abogado Michael Metz, para que ayude a un cliente suyo, funcionario en el banco de inversión que acaba de declararse en bancarrota. Se supone que alguien ha accedido a información confidencial del MWB con la que amenazar al cliente de Metz: la entrega de dichos documentos a la prensa y a la opinión pública derrumbaría su carrera profesional, cuya cima ha alcanzado desde los cimientos de la banca con sangre, sudor y lágrimas. Reales o inventados, esos datos podrían hacerle mucho daño y echar por tierra décadas de sacrificio. March debe tener mucho cuidado, claro, para no cruzarse en el camino de los investigadores federales.

Lectulandia

Peter Spiegelman

Dinero Negro

ePUB v1.0

Patanete 20.12.11

más libros en lectulandia.com

Título: Dinero negro
Traducción: Montserrat Bernal Martínez
Fecha Edición: 11/2007
Ediciones El Andén
ISBN 13: 978-84-96929-32-6

*El presente siempre es oscuro.
Sus mapas son negros
y surgen de la nada,
para describir,*

*en su lento ascenso
en ellos mismos,
su propio viaje,
su vacío,*

*la desapacible y moderada
necesidad de su conclusión.*

«Black Maps»,
MARK STRAND

Para Alice

Prólogo

En el sueño nadamos en línea recta desde la orilla. El fondo arenoso y ondulado desaparece bajo nuestros pies, y la playa se pierde de vista tapada por hileras de olas cristalinas. El cielo está despejado, y la luz del sol se refleja tan fuerte en las mil caras del océano que entrecierro los ojos y lo veo todo en una especie de bruma. Anne y yo flotamos en el oleaje mientras el viento nos arroja chispas del Atlántico. Conozco este sitio. Estamos en Nantucket. Es nuestra luna de miel.

Anne está un poco mareada y respira fuerte. El agua le ha aplastado el pelo rubio y corto, como si fuera un casco, y sus ojos color miel son ahora de un verde intenso. Tiene la frente, la nariz y las mejillas bronceadas, los dientes muy blancos, y flota boca arriba levantando la cabeza hacia el sol, dejándose llevar por la corriente.

Yo también respiro fuerte, con sonoros resoplidos. Anne se ríe y me habla, pero el viento, el oleaje y mi resuello me impiden oír lo que dice.

Tiene los hombros, los brazos y el escote morenos y tersos y mueve los antebrazos y las muñecas para mantenerse a flote. Lleva un bañador verde que revela la forma de los pezones, las líneas de las costillas y los músculos redondeados del vientre. Descansamos un rato y volvemos a nadar hacia la orilla.

En la vida real soy un buen nadador pero aquí estoy cansado. Anne nada delante de mí, y las plantas de sus pies, las largas piernas, los codos y las manos se iluminan con el agua y el sol. Las brazadas son fluidas y perfectamente sincronizadas, y se aleja cada vez más. Nado contra las olas para seguirla, pero mis brazadas son cortas y tengo los brazos cansados. Me pesan las piernas y noto escalofríos por los hombros y la espalda. Me entra agua salada por la boca y los ojos, y el estruendo del viento es infernal.

Anne sigue nadando, maravillosamente y con resolución. Está tan lejos que solo alcanzo a verla por callejones movedizos y pasillos de olas. Tengo fríos el vientre y las ingles, y más que nadar golpeo y pateo el agua.

De repente, el cielo se nubla. El océano que me rodea se vuelve gris, y las olas se transforman en fragmentos de pizarra que caen. Y me asalta una profunda tristeza, estoy llorando, y cada vez que respiro grito su nombre.

Cuando empieza a llover, una ola me sube y quedo suspendido en lo alto, atrapado. A mis pies ya no hay playa, sino una costa rocosa y un estrecho muelle de madera que se prolonga por un trozo de mar plana. En la orilla se alza un bosque de pinos, y las nubes más bajas quedan atrapadas en sus ramas dentadas. Al otro lado del muelle, entre los árboles, veo parte de una casa: un camino de grava que lleva a unos escalones de madera, un porche amplio, una chimenea de piedra, tablas verdes y postigos negros. Este lugar también me suena; es la orilla del lago; ésta es nuestra casa; éste es el baño que Anne se da todas las mañanas de junio a septiembre.

Al llegar al muelle, sube por la pequeña escalera metálica que hay al fondo. El agua le chorrea por los hombros y las piernas, y veo que se le tensan los músculos de las pantorrillas y los muslos cuando pisa los tablones oscuros. El bañador es de corte alto y se le ha subido un poco por detrás. De pie en el muelle, se lo baja a medias y empieza a peinarse con los dedos y a sacudirse del pelo unas gotitas brillantes que le resbalan por las manos. Se agacha para coger la toalla que hay plegada junto a la escalera.

Entonces se vuelve para recorrer con la vista el lago. Naturalmente, no puede verme ni ve la ola que me ha lanzado a estas alturas. Pero sí que una nube se acerca desde la otra orilla empujada por el viento que se ha levantado. Y las aguas del lago se erizan y se vuelven oscuras, como la piel de gallina, piensa, y le recorre un escalofrío. Se tapa los hombros con la toalla frunciendo el entrecejo. Está buscando alguna cosa en el lago. ¿Me busca a mí? No, a mí no. Ahora estoy en el trabajo; no, sigo en el trabajo desde la víspera. No puede verme porque no estoy allí. Ni puede ver la figura que sale del bosque en dirección a la casa y que, tras encaramarse hasta el porche, se agacha en un rincón oscuro y la espera. Intento avisarla pero la tristeza y el miedo me paralizan y me he quedado sin habla y sin aire en los pulmones.

Y entonces mi ola rompe y caigo de bruces mientras me envuelve un sólido manto de agua turbia. El océano me entra por la nariz y los oídos. No consigo cerrar la boca a él. Lo dejo pasar. Entonces voy de un lado a otro sin saber dónde está la superficie, arrastrado por una corriente submarina y fría que me lanza al mar.

Desperté tirado en la cama como un náufrago; enredado con las sábanas a modo de algas y abrazado a la almohada como si fuera un remo. Rodé sobre la espalda y me quedé mirando el techo y las sombras que la tenue luz de la mañana proyectaba en él. El teléfono sonaba a lo lejos, en realidad al otro lado de la casa, pero la distancia me parecía insalvable. Me quedé allí, tumbado, esperando que se me pasara el mareo y que saltara el contestador. Pero no ocurriría ninguna de las dos cosas. Seguía borracho y la semana pasada le había metido un par de tiros al aparato.

Tres años después

1

Todo el mundo estaba de mal humor. En el centro de la ciudad era casi tangible, penetrante como los gases de escape de un autobús en una noche fría y escandaloso como el tráfico. El mal humor inundaba las calles. Los coches, los camiones y los taxis libraban un combate a muerte en el que avanzaban unos centímetros y frenaban con una sacudida, los conductores maldecían y tocaban el claxon mientras los pasajeros echaban pestes. Miles de personas salían malhumoradas de los bloques de oficinas y al quedar atrapadas en el atasco unían sus maldiciones al rechinar general. Por todos lados veías codazos y gestos obscenos.

Quizá se debía a la época del año: faltaba una semana para Acción de Gracias y las ansiadas vacaciones. O quizá a la perspectiva de las compras navideñas y de todo ese tiempo que iban a pasar en familia, una perspectiva arrolladora como un tren de carga. Quizá lo causara la inevitable obsesión por los dividendos de este año — suponiendo que los hubiera— o el pararse a pensar en la siguiente tanda de despidos en la empresa. Quizá era neurosis de guerra y estaban tensos por las últimas alarmas terroristas, desquiciados de vivir siendo un objetivo. O quizá solo fuera otra infernal hora punta. Fuera lo que fuese era un mal karma.

A las siete de la tarde me abría paso entre estos infelices por Park Avenue de camino a la calle Cincuenta y dos. En ese cruce el caos era total. Por todas partes había barreras y conos de tráfico y en medio de la calle se abría una zanja de la cual salía mucho vapor. Al ver que solo estaba parcialmente tapada por planchas de acero, me pregunté si no habría caído ya alguien dentro. Crucé la 52, pasando entre dos taxis, y empujé para abrirme paso entre la riada de gente hasta el vestíbulo del edificio de Mike. Anduve por el suelo de mármol hacia el puesto de vigilancia, saqué media docena de identificaciones, esperé mientras llamaban arriba, firmé la entrada y me metí en el ascensor. Pulsé el treinta, y las puertas se cerraron sin hacer ruido.

Michael Metz es socio del gabinete de abogados Paley, Clay y Quick, además de ser el abogado de la empresa que atrae más negocios. También es amigo mío, y lo ha sido desde que íbamos juntos a la universidad, desde la primera vez que nos perseguimos el uno al otro en una cancha de frontón compitiendo por un puesto en la jerarquía del equipo. Estos últimos años ha sido también mi cliente más regular. La actividad de Mike es ecléctica: trabajo corporativo, el mundo del espectáculo, problemas conyugales y de vez en cuando un caso penal. Y ya he hecho de todo para él: controlar antecedentes, buscar novios, buscar novias, buscar activos. Pero aquella noche me había dicho que se trataba de un caso fuera de la norma.

Las puertas del ascensor se abrieron con un suspiro débil, y entré en el área de recepción de Paley, Clay. A esas horas, en esa época del año, la sala estaba a oscuras y tranquila, pero el mostrador estaba iluminado con un foco y parecía una caseta de

peaje de caoba. Apenas se veía al viejo vigilante que echaba un sueño al otro lado del mostrador. Bostezó y se frotó los ojos a medida que me acercaba.

—Soy John March y tengo una cita con Mike Metz —le dije.

Hojeó despacio unos papeles arrugados en el sujetapapeles y marcó unos números en el teléfono. Susurró algo en el auricular y luego me dijo con un hilo de voz que pasara.

Empujé las puertas de cristal y bajé por un pasillo con toda una pared de estantes repletos de libros jurídicos y enfrente unos despachos. Casi todos ellos estaban a oscuras y el resto lo ocupaba algún que otro pobre asociado acompañado de un asistente con el ceño fruncido. Doblé una esquina y pasé por una sala de reuniones vacía, una cocina abandonada y junto a un grupo de personas que miraban preocupadas una fotocopidora. Empujé más puertas de cristal y me adentré en una zona de despachos mayores, con alfombras orientales y paneles de madera oscura. Era el país de los socios.

Mike se encontraba al fondo, delante de las puertas dobles de su despacho, y estaba inclinado sobre el escritorio de su secretaria, bolígrafo en mano, hojeando un expediente voluminoso. Iba, como siempre, impecable. Llevaba un traje azul marino hecho a medida que disimulaba su porte desgarrado, una camisa blanca increíble y una corbata con el nudo muy apretado y estampada con delfines verdes y dorados dando saltos sobre un fondo azul real. Los gemelos eran hexágonos esmaltados en un azul que hacía juego con la corbata. Las punteras de los zapatos eran negras y relucían. Como ya era tarde, llevaba la americana abierta.

Sacó unos documentos del expediente, los puso encima de la carpeta, garabateó algo en la primera página y lo dejó todo encima del ordenado escritorio de su secretaria. Se enderezó hasta alcanzar el metro noventa que medía y se pasó la mano por el pelo castaño que ya empezaba a perder. Mike tiene treinta y tantos y, aunque solo me lleva un par de años, aparenta cuarenta y cinco. Supongo que ese es el precio de ser socio. Pero aún juega squash de competición con la misma flema y paciencia glacial que me sacaban de quicio en la facultad y que le permiten llegar a la final de todos los torneos en que participa, aparte de hacer de él un adversario imposible de batir en los tribunales. Echó un vistazo a mi ropa y dijo:

—Vas vestido para la ocasión. Gracias.

A diferencia de él, yo no siempre iba impecable. Mike decía que varios socios estaban convencidos de que yo le hacía de mensajero en bicicleta. Pero con unos pantalones de franela gris, un polo negro y una cazadora de cuero también negro me hallaba con holgura dentro de los límites de lo apropiado.

—Ningún tatuaje a la vista, ningún *piercing* y me he desenroscado los tornillos del cuello. No se puede pedir más —dije—. ¿Dónde está el tipo?

—En la sala de reuniones, pero hablemos primero un poco. —Se apoyó en el

escritorio.

—Eso estaría bien porque no me has contado nada. —Me senté en la silla de la secretaria.

—Tengo mis motivos. Este tío está desquiciado y por lo que me ha contado tiene razones para estarlo. Lo conozco desde hace tiempo, y no es de los que se asustan fácilmente. Pero es que ahora encima está paranoico.

—Pues igual que casi todos tus clientes. Pero ¿qué problema tiene? Y ¿tiene un nombre de pila? —Mike se me quedó mirando y sus facciones afiladas se contrajeron en una mueca burlona.

—Sí, pero prefiere que no te lo diga. No quiere que sepas nada hasta que haya tenido la oportunidad de calarte —levanté las cejas—. Quiere examinarte y hacerse una idea de ti antes de contarte sus problemas. Ya te he dicho que está asustado. Ten paciencia con él.

—¿Ya sabe que yo trabajaría para ti en el caso?

—Sí. Y le he dicho que tengo mucha experiencia contigo, que eres listo, cuidadoso, terco; que nadie es tan rápido ni llega tan alto como tú, que tienes los dientes sanos, que vistes un abrigo brillante y alguna mentira más. Pero está de los nervios. —Mike se encogió de hombros.

—Vamos a charlar con él —dije, suspirando, y lo seguí al interior de la sala de reuniones.

La sala estaba a oscuras salvo por unos pequeños focos del techo que iluminaban los grabados de arquitectura que colgaban de las paredes y por las luces de la ciudad que entraban por los ventanales. En medio de la sala había una mesa ovalada de madera oscura y un hombre sentado a ella, de cara a la puerta. Frente a él, encima de la mesa, había una pequeña caja llena de expedientes. Pero aquel hombre no daba la impresión de estar asustado o nervioso. Daba la impresión de ser rico.

Tenía cuarenta y pocos, la piel aceitunada y la frente amplia con el pelo negro peinado liso hacia atrás. Era ancho de pecho y hombros, con un cuello de toro y las muñecas gruesas. Llevaba bien afeitada la cara, también ancha, con los ojos oscuros y hundidos, y parecía haberse roto la nariz en el pasado. Tenía un principio de doble mentón y una leve imprecisión en la mandíbula que quizá algún día derivaría en papada. Pero aún no. Aquel hombre tenía el aspecto de un oso esbelto y bien alimentado. Y de un oso que sabía vestir bien. Llevaba una camisa a rayas en varios tonos azules y una corbata de seda roja. Los gemelos de la camisa representaban unos nudos dorados muy complicados. La americana gris del traje estaba colgada en el respaldo de la silla que tenía al lado. Me miró fijamente pero no dijo nada.

Tomé asiento frente a él. Mike cerró la puerta y se acercó a la ventana para contemplar la ciudad de noche. El hombre apoyó los codos en los brazos de la silla, juntó las manos y me observó por encima de los índices extendidos. Luego se frotó

los ojos y respiró hondo. Y todos permanecemos callados un buen rato. Sin apartar la mirada de la ventana, Mike lo animó a hablar:

—Tenías algunas preguntas para John.

—Sí —dijo tras pensarlo un momento. Se sacó una gruesa pluma de plata del bolsillo de la camisa y la hizo girar entre los dedos—. La primera pregunta es ¿cuánto tiempo llevas haciendo esto? De detective.

Me sorprendió que hablara tan bajo y noté algún acento. Brooklyn o Long Island.

—Algo más de dos años —contesté—. Antes de eso fui policía durante siete años.

—¿En la ciudad?

Negué con la cabeza.

—En el norte del estado.

—¿Albany?

—Más al norte. Burr County. En las montañas Adirondack.

Se quedó un rato callado, mirándome.

—¿Eres de ese condado?

—No. —No quería darle más información. Se quedó pensativo un momento.

—¿Eras detective?

—Fui ayudante del sheriff durante cinco años. Los primeros dos los pasé de uniforme.

—¿De homicidios?

—No estábamos organizados así. Éramos un departamento pequeño, así que lo tocábamos todo. Robos, violencia doméstica, narcóticos, vicio. Y homicidios.

—Supongo que habría poco delito administrativo por allí.

Tuve que reírme.

—No mucho.

—¿Qué edad tienes? —Eché un vistazo a Mike, quien contemplaba la ciudad como si fuese farero.

—Treinta y dos.

—¿Fuiste a la universidad?

—Sí.

—¿Comenzaste con el sheriff nada más acabar?

—Sí.

Tiró del capuchón de la pluma y volvió a ponerlo, y lo hizo una y otra vez mientras se miraba las manos, largas y muy cuidadas, como si no fueran suyas. Alzó la vista y dijo:

—¿Eras bueno?

Volví a mirar a Mike. No iba a echarme una mano. Podía estar calculando lo que iba a devolverle el fisco, la edad del universo o rememorando con cariño su última cena en Le Bernardin.

—Sí.

—¿Entonces por qué lo dejaste?

Mike se puso rígido. El hombre dejó de jugar con la pluma. Respiré hondo.

—Motivos personales —dije.

Se quedó callado un momento.

—¿Te fuiste o te pidieron que te fueras?

—Me fui yo.

Se arrellanó en la silla.

—Y la investigación privada, ¿también se te da bien?

Hice una pausa. Me estaba cansando.

—El caso es que no. Me paso el día tirado en el sofá mirando la tele, falseando las horas que facturo y pensando en gastos de relleno. —Se sentó firme. Luego apretó la pluma con los dedos, mirándome, frunciendo el ceño a medias. Mike se volvió con expresión impasible. Continué hablando sin alterar la voz, como si no me afectara—. ¿Qué esperabas? Pues claro que diré que soy bueno. Y puede que sea verdad o mentira. Y por mucho que hablemos no vas a averiguar si es una cosa o la otra. Entiendo tu apuro. Tienes un problema, y será de los serios si necesitas recurrir a alguien como yo. Me imagino que lo último que quieres es empeorar las cosas metiendo en esto a algún payaso que sea incompetente, indiscreto, codicioso o algo peor. Yo no soy así, pero tendrás que aceptar la palabra de Mike. O no.

Me miró fijamente sin mover un dedo. Mike suspiró y dijo:

—Bueno, creo que hemos terminado de momento, ¿Sí?

El hombre se guardó la pluma en el bolsillo y asintió levemente. Mike se volvió hacia mí.

—John, ¿me esperas fuera?

Cerré la puerta al salir.

2

Llevaba dos minutos sentado frente al escritorio de la secretaria cuando Mike abrió la puerta.

—Pasa, John.

—¿He aprobado?

Mike puso los ojos en blanco.

—Es por tu personalidad de ganador. Entra ya. —Y obedecí.

—John, te presento a Rick Pierro. Rick, John March.

Mike dio un rodeo a la mesa y se sentó. Pierro se levantó y nos dimos la mano. Tenía aproximadamente mi estatura, por encima del metro ochenta. Eché la cazadora sobre la mesa y me senté.

—Perdona que te lo haya puesto difícil, pero este asunto me está provocando una fuerte tensión. —Pierro se apoyaba sobre las palmas en el borde de la mesa y se inclinaba ligeramente adelante al hablar—. Lo que has dicho sobre confiar en Mike ha sido decisivo porque confío en él. Me ha hablado muy bien de ti. Y me pareces un tío que no se anda con hostias, así que adelante. —El acento era de Long Island.

—Por mí bien —dije—. ¿De qué asunto se trata?

Pierro lanzó una mirada a Mike, cogió aire y se tiró de cabeza.

—¿Estás puesto en Wall Street?

—Algo —contesté. Mike esbozó una sonrisa.

—Estoy en French Samuelson. ¿Te suena?

—El fondo de inversiones —dije.

Pierro asintió.

—Es lo que somos ahora, para bien o para mal. Cuando comencé en French, hace veinte años, éramos básicamente un banco comercial; hacíamos depósitos, créditos, control de cuentas, las operaciones al uso. Y ahora lo abarcamos todo: banca tradicional, fusiones y adquisiciones, ofertas públicas iniciales y también provisión de capital de riesgo. Y somos creadores de mercado en efectivo, ingresos de obligaciones y derivados en las principales bolsas —lo dijo con una curiosa mezcla de orgullo e ironía—. He visto el cambio de primera mano. Me uní a French recién salido de la facultad, seguí el programa de formación y luego entré en préstamos a empresas. Lo hice bien. Durante tres años fui el principal productor de créditos mientras por las noches estudiaba en la escuela de negocios. Entonces di el salto a la banca de inversión y lo hice mejor aún. Comencé de subalterno en fusiones y adquisiciones. A los dos años ya llevaba un equipo. Después estuve una temporada en Londres y otra en Singapur. En los dos sitios hice buenos negocios y grandes comisiones. Y también logré cierta responsabilidad administrativa. Al volver de Singapur llevé diversos grupos industriales en el marco de fusiones y adquisiciones.

Y los últimos tres años he estado al frente de todo el departamento en América del Norte. Hace seis meses me hice cargo del departamento que se ocupa del capital de riesgo, especulativo. —Hizo una pausa.

—Bonita carrera —dije.

El caso es que no sabía qué decir. Pierro volvió a sacarse la pluma del bolsillo. La hizo girar entre los pulgares y asintió.

—No lo he hecho mal a pesar de lo que ha ocurrido en los mercados. Y, claro, aún soy joven. Me quedan muchos cartuchos por quemar. Hace dos meses me enteré de que me han propuesto para el comité ejecutivo. Se trata de un grupo de doce directivos que se encargan de la administración del banco; no se puede aspirar a más en French. —Se quedó callado y miró a Mike, que movió levemente la cabeza—. La semana pasada recibí esto. —Alargó el brazo y se sacó un sobre abultado de un bolsillo de la americana. Lo deslizó sobre la mesa hacia mí.

El sobre contenía un mensaje de fax. En la primera página ponía el nombre de Pierro en negrita, junto con la frase «Habla pronto». Era ambiguo, pero no presagiaba nada bueno. Habían mandado cinco documentos distintos: dos cartas y un memorándum con fecha de hacía dieciocho años, todos relacionados con una empresa llamada Textiles Pan-Europa; una lista de dos páginas de lo que parecían ser transferencias de fondos; y una copia de un artículo de hacía un año. Una de las cartas había sido escrita en papel membrete de French Samuelson; en la otra y en el memorándum ponía el nombre de un banco llamado Merchant's Worldwide Bank. Hojeé las páginas varias veces pero no capté el tema. Mike y Pierro me miraron.

—Esto requiere un poco de explicación —dijo Mike—. John, ¿has leído algo acerca de Merchant's? Fue un caso célebre hace unos años, y de vez en cuando vuelve a ser actualidad porque sigue abierto. —El nombre me sonaba pero no lograba ubicarlo y se lo hice saber—. Quizá lo conozcas con otro nombre: Money Washing Bank.

—Lo del blanqueo de dinero —dije.

Mike asintió.

—Te daré la versión del *Reader's Digest*; los detalles están en el expediente.

Empujó la caja de archivos hacia mí y comenzó:

—Merchant's Worldwide Bank era la mayor de las varias decenas de entidades que pertenecían a un *holding* luxemburgués llamado Merchant's Group. Y según los fiscales federales se trata de la organización financiera en manos de mafiosos más importante de la historia. MWB tenía muchos clientes normales y actividades legales básicamente de tapadera porque en realidad se orientaba a una clientela más que dudosa: camellos, traficantes de armas, dictadores, terroristas; muy mala gente.

»El principal servicio que ofrecían era el blanqueo de dinero y eran proveedores de primera calidad. No se trataba de un negocio familiar que lavara unos millones por

día. No, aquello era lavar pasta a gran escala. Disponían de cientos de empresas pantalla, en cualquier lugar del planeta que pudieran necesitar una, que estaban preparadas para canalizar a diario decenas y hasta centenas de millones. Se trataba de entidades con organizaciones tan complejas que haría falta un ejército de contables solo para trazar su organigrama. Y también controlaban empresas reales, negocios legales con sede, con empleados y productos. Se hacían con las empresas en secreto y las convertían en canales para el dinero lavado. Pero al otro lado de la pantalla, para que el dinero pudiese circular libremente, tenían un colosal entramado de bancos corresponsales que incluían a algunas de las mayores entidades del planeta.

Mike volvió a arrellanarse en la silla, se entrelazó los dedos en la nuca y prosiguió mostrando cierta admiración.

—Fue un caso único en términos de magnitud y repercusión, algo bello a su manera. Pero el entramado empezó a venirse abajo hace más de tres años cuando el número dos de un banco regional llamado Southern States Trust trató de comprarle drogas a un agente de la brigada antidroga de San Diego. Lo pillaron con las manos en la masa, grabación incluida, así que aquel ejecutivo contó muchas cosas, entre otras quién era el verdadero propietario del Southern States. Entonces, un ansioso fiscal de San Diego se puso a tirar del hilo y fue desenmascarando la trama de MWB. Descubrió una serie de empresas secretas de Southern States que pasaban por no menos de diez poderes; eran empresas establecidas en seis países distintos que al final volvían a conducir a MWB. El entramado se desplomó poco después cuando el pez gordo de MWB, un paquistaní llamado Zahed, no se presentó a una reunión con las autoridades británicas. A las dos semanas apareció en Kuwait, muerto.

»Esta es la versión resumida. Ni siquiera he entrado en la investigación del caso, que es un culebrón aparte. Pero es asombroso el número de agencias implicadas solo en este país. Suma los participantes de los demás países en los que MWB operaba y podrás llenar un zoológico. Todo está en este expediente.

Me quedé callado un momento para asimilar la historia y recordar parte de lo que había leído acerca de MWB en los últimos años.

—Mike, ya sabes que siempre puedes contar conmigo, pero este tipo de contabilidad judicial no es lo mío. Hay empresas especializadas en esto —dije.

Sabía que lo entendería por el bien de Pierro. Pero Mike continuó:

—MWB es el telón de fondo, John, pero no se trata de blanqueo de dinero. Fíjate bien en los documentos del fax.

Volví a cogerlos y examiné los cinco documentos. El primero era una carta en papel oficial de MWB que un directivo llamado Gerard Nassouli remitía a Emilio Díaz, quien al parecer había sido tesorero y director financiero de Textiles Pan-Europa. Tenía fecha de 14 de febrero, hacía dieciocho años; el día de San Valentín. En la carta Nassouli comentaba que había llegado a un acuerdo con un banquero

«favorable» y «flexible» de French Samuelson que se mostraba dispuesto a abrir una línea de crédito para la filial estadounidense de Textiles, Europa Mills USA. En la carta nombraba al banquero: Rick Pierro.

A continuación, había un memorándum interno de MWB, fechado una semana después de la carta y que Nassouli remitía a «El Expediente», que describía un encuentro entre Nassouli y Pierro en el que habían cumplimentado la petición de la línea de crédito y habían puesto a punto la documentación corporativa de Textiles para abrir una cuenta en French.

Unas tres semanas después la sucedió una carta de Pierro a Díaz confirmando que iba a crearse una facilidad de créditos automáticamente renovables para Europa Mills. El siguiente documento era una lista de transferencias de fondos. Cada transferencia constaba de la fecha, el importe, el ordenante y el beneficiario. Era una lista de dos páginas con más de cien operaciones financieras realizadas en un período de seis años que arrancaba dieciocho años atrás. A juzgar por el contexto y las partes relacionadas con las transferencias, representaban las sumas que French había puesto a disposición de Europa Mills USA y las devoluciones de estas, con intereses, por parte de la empresa matriz de Europa Mills: Textiles Pan-Europa. Y si eso era cierto, en un plazo de seis años se habían movido más de ciento veinte millones de dólares, de ida y vuelta, entre French, Europa Mills y Textiles.

El último documento del fax era un artículo del *Economist* sobre las repercusiones del colapso de MWB, o al menos sobre un aspecto de estas. El artículo, que era de finales del año anterior, se centraba en cuatro empresas europeas que en algún momento habían sido empresas dinámicas y en expansión pero que ya no eran más que chatarra en el gran descarrilamiento de MWB. Solo eran una muestra de la gran cantidad de empresas que MWB controlaba en secreto y que había convertido en canales para blanquear dinero. Una empresa de la lista, y subrayada en el fax, era Textiles Pan-Europa. Según el artículo, muchos ejecutivos de estas empresas ya extintas estaban desaparecidos. Y otros, como los directivos de Textiles, habían aparecido... pero muertos.

Pierro iba de un lado a otro mientras yo leía, se paró a leer un rato por encima de mi hombro, pero acabó saliendo a la sala de recepción para recorrerla de punta a punta. Mike volvió a la ventana y permaneció allí inmóvil y en silencio, con la cabeza rozando el cristal. Cuando acabé, puse en orden los papeles.

—¿Y? —preguntó Mike, sin volverse.

—Supongo que esto implica que Textiles era una empresa pantalla de MWB y que usaban los créditos de French para lavar dinero, después invertían los dólares limpios de los créditos en la filial norteamericana de Textiles y posteriormente devolvían los créditos con dinero sucio que procedía de la empresa matriz europea.

Mike asintió sin apartar la vista del paisaje nocturno. Volví a hojear las primeras

páginas del fax.

—Y que el memorándum de Nassouli a ese tal «Expediente» debe de ser la prueba concluyente. Las peticiones de los créditos y la documentación de la empresa las deberían haber preparado y firmado los ejecutivos de Textiles y no el empleado del banco que tramitaba el crédito —Mike volvió a asentir. El cristal reflejó su sonrisa—. Pero aquí no hay nada que sea concluyente. El memorándum de Nassouli al tal «Expediente» es lo que más se acerca, pero puede ser mentira y puede ser falso. Y de los documentos del fax no se desprende si los créditos se acordaron antes o después de que MWB se hiciera con el control de Textiles.

Pierro acababa de regresar a la sala y se sentó al otro lado de la mesa.

—Es verdad —dijo, en voz baja—. No hay nada concreto, solo se insinúa que yo trabajaba con esa chusma y que participé en el fraude.

Volví a mirar el mensaje escrito en la primera página.

—¿Creéis que es chantaje? —les pregunté a los dos.

Contestó Pierro:

—Mike es abogado, así que dirá que no está seguro. En cuanto a mí, pues no sé qué mierda puede ser si no.

Mike seguía mirando por la ventana sin decir nada. Estábamos llegando a la parte espinosa del asunto.

—Suponiendo que sea chantaje, ¿cuánto poder les da esto? —pregunté mirando fijamente a Pierro.

Pero él se echó a reír.

—Vaya, esta me ha gustado. Mucho mejor que preguntarme directamente si soy un granuja. Qué sutil. Pero el acuerdo con Textiles lo cerré conforme a las normas. Hice los deberes antes de la firma de ese acuerdo y de cualquier otra línea de crédito o préstamo que gestioné. Textiles lo tenía todo en orden. ¿Que si hice negocios con MWB? Pues claro que los hice, hice muchos, al igual que los hizo todo el mundo en Wall Street en esa época. Eran grandes participantes. Y todos los considerábamos honestos. Sí, conocía a Gerry Nassouli, me parecía un tipo listo, divertido. Él nos proporcionó un montón de acuerdos a nosotros y a muchas otras empresas. Pero el encuentro que Nassouli refiere en el memorándum, ese en el que se supone que cumplimentamos las solicitudes, no ocurrió jamás.

—¿Y qué quieres hacer al respecto? —le pregunté. Pierro contestó enseguida.

—Quiero saber quién lo mandó. Quiero saber lo que pretende.

—Si es chantaje —dije—, no tardarás en averiguarlo.

—Sí, pero resultará más fácil negociar con él si sé quién es —dijo Pierro.

Me quedé callado un momento.

—Me he perdido. ¿Quieres negociar con quien sea que te lo haya enviado?

—Exacto. Quiero saber qué es lo que quiere y si puedo convencerlo para que su

petición sea razonable. Y si me ofrece garantías de que no volverá a por más, será un placer pagarle para perderlo de vista.

Pierro lo dijo como si fuera la cosa más natural del mundo. Me fijé en Mike, que seguía junto a la ventana sin abrir la boca. Sacudí la cabeza.

—El chantaje siempre evoluciona igual —dije—. Si la víctima es culpable y el material del malo auténtico, la víctima paga; y seguirá pagando porque los malos no se alejan de su fuente de ingresos, a menos que uno prefiera dar la cara y aguantar el chaparrón por lo que sea que haya hecho a convertirse de por vida en un cajero automático. En este caso, el malo no cumple sus amenazas porque no vale la pena molestarse y se va.

»Si la víctima está limpia entonces manda a paseo al malo y llama a la policía. Lo que no ocurre nunca es que un tipo inocente suelte la pasta y trate de negociar con el chantajista. Al pagar admites tu culpabilidad. Y encima te arriesgas a que el tipo se cabree y decida subir el precio, o algo peor. Si eres inocente, te aconsejo que vayas a la policía.

Mike se apartó de la ventana y volvió a la mesa.

—¿Te suena? —preguntó a Pierro. Mike me dirigió una mirada y se encogió de hombros—. Le dije exactamente lo mismo cuando me lo contó.

Pierro se puso a sonreír con indulgencia, como si fuésemos jóvenes, graciosos, pero un poco cortos de entendederas.

—Lo sé, lo sé, pero he aquí que he invertido mucho en French y ahora mismo tengo varios asuntos entre manos que no puedo abandonar —dijo. Se volvió hacia mí, ya más serio—. Esta inversión es importante, John, porque tengo a mi cargo una gran familia. Mi mujer, Helene, y yo tenemos que criar a tres niños; también ayudamos a mis padres en Boca; y ayudamos a la familia de Helene, la madre y la hermana en Carolina del Norte. —Hizo una pausa y se quedó mirando la mesa—. Ellos dependen de mí, John. Esperan cosas de mí, y no voy a fallarles.

—No te sigo, Rick —dije—. Si todo esto es mentira, no tendrás problemas en French. Tu carrera allí no peligra.

Se puso a reír, aunque esta vez medio irritado.

—Mi carrera allí siempre ha estado en peligro. A lo mejor no lo has notado, pero no soy el típico banquero de inversiones de French Samuelson. Me visto como tal y me he quitado los trajes de poliéster y la mugre de las uñas, pero para ellos soy un bicho raro, lo he sido siempre.

»¿Sabes cómo se ganaba mi padre la vida? Trabajando en la estación de maniobras de Long Island Rail Road. Mi madre era recepcionista de un quiropráctico de Huntington y cobraba un salario miserable. Yo fui el primero de la familia en ir a la universidad; no hablemos ya en tener un posgrado en negocios. Cuando comencé a tener éxito, en French no había nadie con un pasado similar al mío. Habría sido

diferente si me hubiese limitado a la banca o al parqué. Allí siempre daba con un par de tipos como yo que habían empezado de administrativos o en el departamento de correos y que habían subido por méritos. Pero en la banca de inversión no.

»Fue difícil desde el primer día, pero he llegado donde estoy porque supe producir. Incrementé como nadie las cifras de ventas, incluso estos últimos años en que las fusiones y adquisiciones se han hundido. De no ser así me habrían echado hace tiempo. En French algunos me consideran básicamente un vendedor de coches pulido y quizá tengan razón. Sin embargo, les guste o no, me aceptan por mi alta rentabilidad.

»Pero ahora estoy rozando la cúpula, John: el comité ejecutivo. No hay muchos asientos en este nivel, la lucha es enfermiza. Y tal como están las cosas en Wall Street y en la prensa, una sospecha por el estilo, aunque sea mentira, sería mi fin. Estaría acabado en French y en cualquier otra parte.

No daba la impresión de autocompadecerse ni de estar irritado. Solo sugería con una lógica aplastante el camino que era más práctico y obvio seguir. Me percaté de hasta qué punto sería un vendedor tremendo. Permanecimos un rato en silencio.

—No es buena idea —dije finalmente. Pero sonaba a poco ante la certeza de Pierro—. Aunque yo pudiera encontrar algo y tú hicieras un trato con ese tipo, jamás estarías seguro de que no fuera a volver.

—No me hace falta estar seguro —contestó Pierro—. Solo que se quede callado hasta que el comité ejecutivo se reúna y decida los nuevos miembros. Si este asunto no me salpica, lo conseguiré, creedme. Y cuando sea así, el juego habrá cambiado. Entonces tendré un sitio en la mesa. Formaré parte de los altos cargos de la empresa, y cualquier problema que tenga será también de la empresa. Y ciertas personas ya no podrán putearme basándose en rumores. Cuando diga que el trato con Textiles fue correcto, la gente me escuchará.

—¿Cuándo se celebra la reunión? —pregunté.

—Dentro de cinco semanas, poco antes de Navidad —dijo Pierro.

—No falta tanto —dije. Me dirigí a Mike—. Y ¿qué hay del FBI? El caso de MWB sigue abierto. —Mike asintió con la cabeza—. Si nos inmiscuimos en sus asuntos tendremos problemas. En el mejor de los casos se van a cabrear de verdad. En el peor, les picará la curiosidad. Ya sabes que un encontronazo con los federales puede resultar muy desagradable. —Mike asintió otra vez.

—Ya he hablado de los riesgos con Rick, a fondo —dijo—. Hemos de ser prudentes para no llamar su atención, muy prudentes. Si llega un momento en que eso no es posible, háznoslo saber y entonces decidiremos si seguimos adelante.

—Solo espero darme cuenta a tiempo —dije. Mike y Pierro me miraron—. Leeré el expediente —dije a Pierro—. Así sabré dónde estamos. Y entonces me hará falta hablar un poco contigo.

Pierro se levantó, sonriendo.

—Es estupendo, John, de verdad. No puedo pedir más. Llámame mañana y dime lo que necesitas. Házmelo saber. —Pierro me dio un fuerte apretón de manos y cogió la americana. Le apretó el hombro a Mike—. Mike, gracias. Sé que esto te parece una locura, pero de veras aprecio tu ayuda.

Nos miró a ambos, prácticamente sonriendo. Y luego se fue.

—¿Y bien? —preguntó Mike.

—Es un buen vendedor —contesté—. Pero no de esos tan insoportables que te dan palmaditas en la espalda, sino un tío legal de Long Island con quien te tomarías unas cervezas y comentarías el último fichaje de los Mets. Muy del tipo «soy lo que ves».

Mike asintió:

—Eso lo diferencia del resto del grupo de fusiones y adquisiciones. No es otro gilipollas engreído con una hoja de cálculo.

—Pero lo que quiere no tiene sentido, suponiendo que haya sido franco con nosotros. ¿Crees que nos ha mentado?

Mike se encogió de hombros.

—En este entorno, cuesta imaginar que una sola acusación pueda dar al traste con toda una carrera. Precisamente el mes pasado un cliente tuvo que renunciar a ser director financiero en una empresa pública. Una investigación reveló una demanda por fraude de hacía dos décadas; y solo era una demanda de sus tiempos de estudiante.

—Acepto tu argumento. ¿Cuánto hace que conoces a Pierro? —pregunté.

—Unos diez años. Cuando fui socio, fue uno de mis primeros clientes. Hemos hecho trabajo inmobiliario, fideicomisos, testamentos. Y nos conocemos también en el ámbito personal. Helene y él tenían una casa en Hampton; Paula y yo nos los encontramos allí en varias ocasiones.

Paula es la mujer de Mike.

—¿Crees que miente? —pregunté.

—Los clientes mienten. Eso está claro.

—¿Y este cliente en concreto?

—No lo sé —dijo.

Permanecimos callados un rato, después cogí la cazadora, el mensaje y la caja de archivos. Mike me acompañó al ascensor. El viejo vigilante seguía de servicio, pero no dio señales de percatarse de nuestro paso. Mike pulsó el botón.

—¿Tienes planes para el día de Acción de Gracias? —preguntó—. Nosotros iremos a Water Mill y hemos invitado a unos amigos. ¿Por qué no te apuntas?

Carraspeé un poco y dije que no con la cabeza, pero Mike insistió.

—¿Qué vas a hacer si no? Ven y te quedas el fin de semana. A Paula le encantará verte.

—Gracias, Mike, y dale las gracias también a Paula, pero creo que la familia ya me ha enredado.

Mentí. Mis hermanas me habían intentado convencer para una cena en familia, pero de momento me había resistido y tenía previsto seguir haciéndolo. Pero satisfizo a Mike. El ascensor llegó, y bajé en él.

3

Las temperaturas habían descendido y soplaba un viento áspero que hacía presagiar lluvia. Como las calles se habían medio despejado, pude parar un taxi en el centro sin que la sangre llegara al río. Pero tuve que bajarme en la esquina de la calle Dieciséis con la Sexta porque mi calle estaba bloqueada, por enésima vez esa semana, a causa de un camión de mudanzas aparcado en doble fila frente a mi edificio. Tenía vecinos nuevos en el piso de arriba, unos vecinos que llegaban por etapas. Alcé la vista hacia el quinto piso, a los ventanales arqueados que recorrían el edificio a lo ancho. Estaban iluminados y había varios abiertos. Sonaba música, algo clásico, pero demasiado débil para poder saber lo que era.

Enfilé el breve tramo de escaleras que conducía a la entrada del edificio. Los empleados de las mudanzas habían puesto una gran caja de cartón para que no se cerrara la pesada puerta de hierro forjado y cristal. En el lado superior de la caja, escrito con letra picuda y clara, ponía «J. Lu-Cocina». Miré a mi alrededor. Ningún empleado a la vista, nadie vigilando el camión. Eran casi las nueve de la noche, el momento perfecto para irse a comer algo.

Con la punta del pie, arrastré la caja hacia dentro y entré justo antes de que se cerrara la puerta. Había cajas por toda la portería y el pasillo estrecho que daba al ascensor. Pulsé el botón y el timbre sonó por arriba, pero nada más. Volví a llamar pero el ascensor no se movió del sitio; en el quinto, claro. Subí por las escaleras.

Vivía en la cuarta planta, en el apartamento de mi hermana Lauren, que, pese a haberse casado unos años atrás y ser muy feliz, que yo supiera, en su casa situada en Upper East Side, no había dejado el apartamento por si acaso. Y yo me alegraba de cuidárselo. El edificio es viejo, de la década de 1890, y durante los primeros cien años había sido una fábrica para renacer en los noventa como espacio residencial al construirse en él un *loft* por planta. El origen industrial del edificio aún se notaba en el descomunal ascensor y en los techos de casi cinco metros de alto, pero los *lofts* los habían reformado con estilos muy diferentes. Sabía que el publicista del sexto había hecho algo con un montón de aluminio cepillado para que su casa tuviera el aspecto de una turbina por dentro y que las dos mujeres del tercero habían convertido el suyo en un bungalow Craftsman. Para la casa de Lauren, la mía en estos momentos, habían seguido unas pautas menos extremas: paredes blancas, suelos de madera noble blanqueada, la cocina de madera de cerezo y granito verde, la iluminación halógena y unos cuantos muebles cómodos de cuero suave y madera. Una vez le dije a Lauren que si lo de ser detective salía mal posiblemente declarara allí una república bananera. Ella me había sonreído con dulzura y después me había enseñado el dedo corazón.

Encendí las luces principales y dejé la caja de expedientes en la barra de la

cocina. Tenía la intención de salir a correr un rato, luego comería alguna cosa y leería el expediente. Aunque no sabía qué pensar de Pierro y de su historia, tenía muchas ganas de trabajar. Siempre trato de evitar los períodos de inactividad que se dan entre casos. No es por el dinero, sino porque estos períodos son peligrosos para mí. Son confusos, desordenados y tan abiertos que enseguida se llenan con recuerdos. El trabajo los mantiene a raya... el trabajo y correr. Sale más barato que abusar de las drogas y es menos problemático a la larga. Escuché el buzón de voz por el altavoz del teléfono mientras me ponía la ropa de deporte.

Lauren me había dejado un mensaje para engatusarme y celebrar Acción de Gracias en familia: «John, soy yo. Llámame para lo de la cena. Prometo que será soportable. Ned está en su salsa cortando buenos filetes, y seguro que Janine coge una curda, eso siempre es cómico. En serio, tienes que ir. Todos quieren verte. Estamos preocupados, ya sabes. Llámame». Aunque solamente le llevo tres años, Lauren pone voz de quinceañera jadeante cuando suplica. Ned es mi hermano mayor; Janine es su mujercita. Quizá podía decirles que iba a cenar en casa de Mike.

Después había un mensaje de Clare, llamando desde un teléfono público, como siempre: «Hola. Serán las seis y media. Oye, siento lo del lunes. Me cogiste desprevenida, y no estaba segura de si bromeabas o qué. Contigo nunca se sabe. Lo intentaré más tarde. A lo mejor podemos vernos mañana. Tengo la mañana libre, allá a las diez».

Clare era... No sé, ¿una amiga? No es que la conociera bien y solo compartíamos cierta visión cínica del mundo, un buen nivel de fitness y fluidos. ¿Alguien con quien salía? ¿Se puede decir eso de una mujer que está casada con otro? Clare era la mujer que había conocido hacía unos meses mientras corría por Central Park y con la que me había liado poco después; esto al menos se acerca a la verdad.

Y había un mensaje de Donald. Hablaba despacio y su voz grave llenó la sala: «Solo decirte hola. Llama cuando puedas. Este año la temporada de ciervos ha sido estupenda y tenemos unos buenos filetes en el congelador, por si los quieres. Espero que estés bien».

Donald Stennis había sido mi jefe —sheriff de Burr County— y amigo. También había sido mi suegro cuando yo tenía mujer. Lo llamaría cuando tuviera tiempo por delante. Siempre resultaba agradable charlar con él, pero los últimos tres años no había sido fácil.

Me puse un anorak, el chaleco reflectante, las zapatillas, los guantes y salí a correr. Hacía unos seis grados de temperatura y un viento racheado que desviaba la lluvia que caía entremezclada con copos de nieve. Hacía un tiempo perfecto para echar una carrera. Correría unos ocho kilómetros.

Enfilé hacia el oeste en dirección a la Novena Avenida, seguí por esta hacia el sur pasando por las calles más tranquilas de West Village y entonces otra vez al oeste,

hacia la autopista y el muelle. Las ráfagas de viento me maltrataron durante un par de kilómetros y me costó encontrar el ritmo, pero al llegar al río el viento pasó a ser un soplo constante del norte, y pude afianzar y apretar la marcha. Corrí un rato siguiendo los límites de la Zona Cero, y volvió a sobrecogerme la visión de esa amplia porción de cielo, en cierta forma opresiva. A pesar del tiempo que había pasado, me sentí triste y absolutamente frustrado.

Como suelen hacer cuando corro, mis pensamientos se lanzaron por su cuenta. Pensé en Clare y en la última vez que la había visto. Fue el lunes. Estábamos en mi casa, como siempre, pues resulta violento ir a la suya, y después de hacerlo me había quedado dormido. Me desperté grogui y desorientado al final de la tarde. Por las ventanas entraba una luz nebulosa que sumió al apartamento en una oscuridad diferente. Clare acababa de ducharse y estaba vistiéndose. La observé un rato sin decir nada; con movimientos precisos, se subió los pantalones por sus muslos largos, se calzó los calcetines, se abrochó los zapatos, se puso el pesado reloj de acero y se cepilló el largo pelo claro. Y mientras la miraba me sentí tan deprimido y solo como hacía tiempo que no me sentía. Quizá estuviera medio dormido o me dejaba engañar por la oscuridad. O quizá me deprimí porque Clare, aunque seguía el ritual acostumbrado de vestirse y partir, me pareció una completa extraña.

Se estaba examinando frente al espejo el perfil de los pequeños pechos y del vientre liso y se dio cuenta de que estaba despierto. Me sonrió y continuó examinándolos. Cuando estuvo satisfecha, se puso el jersey de cuello alto, se hizo una cola de caballo y guardó sus cosas de aseo en el neceser de cuero que siempre traía. Hora de marcharse.

Cuando se acercó con el abrigo puesto para darme un beso, la aferré por el brazo y la obligué a sentarse. Se quedó perpleja. Por ninguna razón en particular, le pregunté si tenía planes para Acción de Gracias y si quería celebrarlo conmigo. Al principio pensó que le gastaba una broma. Y quizá lo fuera. No estaba seguro de por qué se lo había pedido ni de si realmente quería cenar ese día con ella. Entonces se enfadó.

—¿Cómo? —había espetado. Luego había apartado el brazo y se había levantado—. Esto... ¿Qué gilipollez es esta? Esto no es... Creía que estábamos de acuerdo en esto. —Había consultado el reloj, molesta e impaciente—. Me están esperando. Ahora no tengo tiempo.

Y se había ido.

La verdad es que tenía motivos para estar enfadada porque las normas, aunque tácitas, eran claras desde que iniciáramos lo nuestro meses atrás. Nos veíamos una o dos veces por semana, casi todas las semanas. El sexo era bueno, atlético, creativo y tenía el morbo de lo ilícito. Apenas sacábamos el tema y lo que decíamos venían a ser casi siempre comentarios superficiales sobre la actualidad o sobre neoyorquinos que

ambos conocíamos. Desde luego no hablábamos de su marido ni de la vida que cada uno tenía más allá de mi cama. Clare siempre tenía detalles conmigo; traía flores, café, pastas o zumo de naranja natural, pero más que muestras de afecto eran lo que acostumbra a regalar un invitado con buenos modales. Lo nuestro era cómodo para los dos, entretenido, nada absorbente y no requería mantenimiento. Tenía razón al enfadarse; yo había traspasado los límites. Y días después seguía sin saber por qué.

Entonces cogí el ritmo. Mis pensamientos corrieron hacia un lugar al que no podía seguirlos, y lo único que percibí fue el ritmo de mi respiración y los golpes de mis pies en la calzada. La lluvia, el viento, el terreno, incluso el vaivén de brazos y piernas, eran meras abstracciones. Corría ajeno al frío y al tráfico, que ya era menos intenso. Podía pasarme la noche entera corriendo.

Había hecho más de diez kilómetros cuando tomé la curva que llevaba a mi casa. El camión de mudanzas se había ido, al igual que las cajas. El ascensor volvía a estar disponible. Una vez en casa, puse la cafetera y, mientras salía el café, hice los estiramientos, me quité la ropa de correr y me duché con agua muy caliente. Después me puse los tejanos y un polo, me serví una taza y puse Steely Dan en el equipo: música para blanquear pasta. Abrí una lata de atún y empecé a leer.

La gente de Mike realiza unas investigaciones excelentes, y el trabajo sobre MWB no era una excepción. El expediente era un compendio de la cobertura informativa que se había dado al caso en la prensa popular y financiera desde que las primeras historias salieran a la luz unos tres años atrás. Constaba de un resumen de las actividades de MWB, un «quién es quién» de la cúpula y una sinopsis de la investigación que incluía una relación de los sumarios transferidos hasta entonces.

Lo leí detenidamente y fui tomando notas. Algunos artículos se me hicieron un poco pesados, aunque estoy más enterado de lo que pasa en Wall Street de lo que le había dejado entrever a Pierro. Pasé tres veranos de mis años universitarios haciendo las prácticas en el parqué de una empresa considerable. Incluso aprendí un par de cosas cuando las resacas y la caza de becarias me lo permitían. Pero mi relación con las finanzas se remontaba a mucho antes. Era el mundo en el que había crecido, el negocio familiar, al menos por parte de madre. Mis dos hermanos trabajan en Wall Street, igual que Liz, mi hermana mayor. Mis tíos, hermanos de mi madre, también trabajaron allí. Y mi abuelo materno. Y sus dos hermanos. Y un batallón de primos. Todos trabajaban en el pequeño banco comercial fundado por mi bisabuelo: Klein e Hijos.

Entonces la información de Mike alcanzó su punto culminante. La operación de blanqueo de dinero era de grandes proporciones, y el expediente describía las diversas estratagemas que MWB había empleado, incluyéndose en el repertorio el mismo tipo de fraude que se sugería en los documentos que le habían mandado a Pierro: acordar créditos de dinero limpio para empresas controladas por los villanos,

que después los devolvían con dinero sucio. Pero MWB no se había limitado al blanqueo. Disponía también de un entramado de bancos corresponsales, de una larga lista de empresas tapadera y de una cuadrilla de políticos y traficantes de influencias debidamente comprados y subvencionados que erigían este fondo de inversiones en una especie de hipermercado para los servicios financieros turbios.

Pongamos que eres un esforzado narcotraficante al que unos tipos del cuerpo de seguridad acosan con excesivo celo en tu país natal. MWB no solo te proporcionaba los medios para sacar tu fortuna del país, sino también una empresa de aspecto intachable a través de la cual podrías operar y resolver de paso tus problemas de inmigración. O quizá eres un terrorista que debe recaudar las donaciones de los simpatizantes de todo el mundo y redistribuir los fondos operativos entre tus células. MWB podía ser tu tienda de ultramarinos que te permitía añadir y blanquear el dinero entrante y que ejercía de pagador en cualquier rincón del planeta. O un empresario un tanto canalla que busca ayuda para eludir algunas normas molestas o una inoportuna inspección del gobierno. MWB tenía un plantel de legisladores favorables esperando, siempre naturalmente que el precio fuera justo.

Esta era quizá la parte más peliaguda. La sombra de MWB era alargada, y corrompía cuanto tocaba. Sirvan de ejemplo sus actividades en Estados Unidos. A través de las empresas que controlaba directa o encubiertamente y su sección de pesos pesados con canas, MWB trataba con generosidad a los políticos de nivel local, estatal y federal. Las militancias políticas eran irrelevantes; MWB estaba en el mercado para todos y compraba en grandes cantidades. Los ejecutivos de MWB y sus apoderados eran además grandes contribuyentes en entidades benéficas, con lo cual compraron su acceso a la sociedad y otro tipo de influencia.

La reseña de la investigación arrancaba cuando el tipo de MWB al frente del Southern States compraba unos kilos de heroína en un aparcamiento de San Diego. A los tres años de este feliz suceso veintiocho ejecutivos y apoderados de MWB estaban entre rejas, en el banquillo de acusados, eran investigados o bien impugnaban una orden de extradición o eran fugitivos. Gerard Nassouli era uno de ellos. Había sido el tesorero de la rama neoyorquina de MWB, aunque ahora tenía el rango de «Fugitivo, Paradero Desconocido». Fue visto por última vez el siete de mayo de hacía tres años.

Mike tenía razón al comparar la investigación con un zoológico, porque era de esos que apestan. Solo en Estados Unidos involucraba a diversos despachos de abogados, el FBI, Tesoro, la Comisión de Valores y Bolsa, la CFTC, la OCC, la Reserva Federal y varios consejos de bancas estatales. El DEA, o unidad para la lucha contra las drogas, había entrado en el juego por los servicios que MWB había prestado a los narcotraficantes. La CIA se interesaba porque MWB contaba entre sus clientes a terroristas y a varios jefes de Estado. Al final se creó un grupo de trabajo entre organismos para poder hacer frente a aquel saco de culebras. Un fiscal federal

de San Diego, un tipo llamado Chris Pérez, compartía el mando con una fiscal federal del Southern District de Nueva York que se llama Shelly DiPaolo. Se rumoreaba que eran listos, crueles y que tenían ambiciones políticas: una simbiosis perfecta.

Me sorprendió que hubiesen logrado tan poco en casi tres años de trabajo con una tropa entera de investigadores, y sin duda un buen presupuesto a su disposición. Al comienzo hubo una serie de acusaciones y algunas condenas —se ganaron juicios, se pidieron negociaciones—, pero después ya no hubo nada reseñable. Se rumoreaba que se acercaba otra tanda de acusaciones. Con tanto tiempo y dinero echado a perder, seguro que iban a rodar cabezas en Nueva York, San Diego y Washington.

Paralela a la investigación de MWB, y casi igual de compleja, transcurría la liquidación del propio banco. MWB ya se había hundido cuando se presentaron los primeros cargos, y sus clientes legales pasaron años haciendo cola para recuperar lo que fuera de sus activos. Los tribunales y los inspectores de varias jurisdicciones pactaron la creación de una comisión que supervisara la liquidación, pero la complejidad de las actividades de MWB y de la investigación obligó a la comisión a buscar ayuda especializada. Entonces recurrieron a Brill Associates, investigaciones y seguridad corporativas, y a Parsons y Perkins, el gran despacho contable. Conocía la reputación de Parsons de oídas, pero había estado en Brill en más de una ocasión. Tenían a gente muy buena, muchos ex federales; también a verdaderos cabrones. Y en Brill tenía un amigo, un tío al que conocía desde mis días en el norte del estado. Apunté cuidadosamente en la libreta que tenía que llamarlo.

Cuando terminé tenía varias páginas llenas de notas. Sabía más acerca de MWB que antes, pero no más acerca de quién podía tratar de presionar a Pierro. Tampoco lo esperaba. Ese es el punto de partida de cualquier investigación. Había varios sitios para empezar a mirar. La gente que tuviera acceso a los documentos del fax, lo cual podía incluir a Nassouli, otros empleados de MWB o de Textiles y tal vez incluso a gente de French Samuelson. Pierro podría tener alguna idea en este aspecto. La lista podía incluir también a quienes trabajaban en la investigación de MWB o en el equipo de la liquidación. Mi amigo en Brill podía introducirme allí, aunque debería andarme con cuidado. Y después estaba el fax. Lo habían enviado desde alguna parte y en el margen superior de cada página estaba impreso el número desde el que lo habían mandado. Era un hilo fino, pero podía tirar de él.

Me acosté a eso de las dos de la madrugada escuchando golpes y el movimiento de cajas en el piso de arriba.

4

—No sé nada y no quiero saber nada —dijo el tendero. Era un latinoamericano alto y delgado a mitad de los cincuenta. Llevaba el pelo color ceniza muy corto y el bigote canoso muy bien cortado. Vestía pantalones de soldado, un jersey gris y unas zapatillas que parecían nuevas. Y no paraba quieto. Estaba limpiando a conciencia el mostrador junto a la caja donde un cliente había derramado un poco de café. El mostrador, como toda la tienda, estaba limpio aunque abarrotado. Peines y analgésicos, condones y discos compactos, cargas para encendedores y vitaminas, así como una reserva de pilas organizadas apretujadas en expositores alrededor de la caja. Había terminado el ajetreo de la mañana y estábamos solos en la tienda.

—Oye, no eres poli. No tengo por qué hablar contigo. Y callar nunca perjudicó a nadie...

Se me ocurrieron un par de perjudicados pero no hice comentarios. Salió de detrás del mostrador y se perdió de vista por un pasillo de estantes. Lo seguí convencido de que moriría sepultado por una avalancha de tampones y cereales para el desayuno.

—Y además, ¿sabes cuánta gente entra cada día para llamar y mandar un fax? —No tenía ni idea pero sospechaba que me lo iba a decir. Hablaba mucho para no tener nada que decir—. Pues entre sesenta y setenta clientes por semana, a veces más. Como no tienen teléfono, compran las tarjetas y telefonean, mandan mensajes por fax y también los reciben. Es un buen negocio. ¿Cómo quieres que lo sepa? —Por lo menos le ponía emoción.

Lo seguí por más calles de estantes al fondo de la tienda, donde había un pequeño quiosco cerca de las neveras con una fotocopidora, un teléfono y un fax. Se acercó a una puerta batiente que daba a un trastero, la abrió de un empujón y sacó un cubo metálico con ruedas y una fregona. Se puso a fregar el suelo.

—No me interesa la actividad que tengas por semana —dije—, sino alguien que mandó un fax hace ocho días. Eran doce páginas, a un número local. ¿Son más páginas de las que acostumbran a mandar tus clientes? ¿Son muchos los que envían faxes a números locales? ¿Recuerdas quién usó el fax hace ocho días? ¿Conservas algún registro? —Dejó la fregona quieta y me dirigió la mirada por primera vez desde que había entrado.

—No eres poli —dijo como si no lo hubiese dicho ya un millón de veces.

—No soy poli. —Siguió fregando un rato en silencio y luego se detuvo.

—Págame.

—¿Por qué iba a pagarte si no sabes realmente nada? —Se le escapó una risita.

—Sí, sí, pero como no eres poli deduzco que podrás declarar gastos y, por tanto, puedes pagarme. Además, quizá sepa algo. —Siguió con el fregado.

—Cuéntamelo y te pagaré lo que valga tu información —dije. Yo también sonreía.

—Vale, vale —dijo ya entre risas—, pero no menos de cien pavos.

—No menos de cincuenta. —Se apoyó en la fregona.

—Hecho. Antes de nada, te sorprendería ver lo que la gente envía desde aquí. Envían cartas largas, documentos a números locales, interurbanos... Hacen de todo. No guardo los registros. Pero hace una semana (es posible que fuera el día que te interesa) entró una indigente. Olía fatal y llevaba puestos unos cincuenta jerséis y unas zapatillas deportivas de caña alta que le iban muy grandes. Pensé que me quería vender latas o cualquier cosa y le iba a pedir que se marchara. Sin embargo, no llevaba latas. Quería mandar un montón de documentos por fax. Y estoy convencido de que a un número local. ¿Ves? Eso era fuera de lo normal. No acostumbro a tener indigentes que quieran usar el fax.

—¿Sabes quién es? —le pregunté. Frunció el entrecejo elaboradamente, como si yo estuviera mal de la cabeza—. ¿La habías visto antes? ¿Por aquí?

Se lo pensó y dijo:

—Quizá sí. En Central Park, enfrente del hospital, donde está el parque infantil. Paso por allí casi todos los días. Igual la he visto por allí o tal vez fuera otra indigente.

—Aparte de la ropa y las zapatillas, ¿qué aspecto tenía?

Se lo pensó otra vez.

—Era blanca. Era vieja. Quiero decir que todos tienen pinta de viejos, pero ella lo era de verdad. Tal vez sesenta o más. Con todo de canas que le salían por aquí —movió las manos desde las sienes hacia afuera—. Era bajita, no llegaba al metro cincuenta y cinco, y rechoncha. No sé hasta qué punto era la ropa. ¿Qué más? Las zapatillas eran azules... realmente sucias, pero eran como azul eléctrico.

Me dejó impresionado y se lo dije. Le di dos veces cincuenta pavos, más setenta y cinco centavos por una taza de café fuerte que me acababa de preparar, y lo dejé limpiando.

No me había costado encontrar la bodega en Madison y la calle Noventa y ocho. Una guía de teléfonos inversa de internet había tomado el número de teléfono en el fax de Pierro y me había dado una dirección en Madison. A las nueve de la mañana había cogido el metro de Lexington Avenue hasta la calle Noventa y seis y luego había seguido hacia el oeste. Era una bella mañana de otoño, clara y fría, que te hacía olvidar la lluvia de la víspera. En una esquina había un local que anunciaba en inglés y español los servicios de teléfono, fax y fotocopiadora, y me figuré que sería allí. El caso es que no esperaba averiguar gran cosa. Los chantajistas no van por ahí anunciando su número de teléfono. Pero tampoco me gusta sobrevalorar la inteligencia de nadie, y debía seguir aquella pista.

Café en mano, giré a la Quinta Avenida, seguí unas cuantas calles hacia el norte hasta Mt. Sinai Hospital, crucé la calle y entré en Central Park después de East Meadow y cerca de un pequeño parque infantil que había escondido junto a la Quinta Avenida. Me hallaba en un rectángulo del parque que estaba limitado al oeste por Park Drive, al norte por la entrada de la calle Ciento dos, al este por la Quinta Avenida y al sur por el eje transversal de la calle Noventa y siete. Apenas eran un par de kilómetros de caminos, pero esperaba no tener que andar tanto. Basándome en lo que me había dicho el tendero, decidí salir del parque infantil.

Encontrar a alguien que vive en la calle puede ser muy fácil o prácticamente imposible. Es una cuestión de hábitos. Hay indigentes que, al margen de lo perturbados o alejados de la realidad que estén, siguen rutinas. Se mueven por zonas definidas, por los recorridos habituales. Duermen en los mismos sitios y comen en los mismos sitios; y van a los mismos sitios a darse un baño, a encontrar ropa, dinero y a conseguir medicamentos. Si conoces una de estas paradas en su recorrido, y tienes tiempo por delante, muchas veces vendrán a ti. Hay otros, no obstante, que no siguen pautas perceptibles. Van de un lado a otro y comen y duermen dónde y cuándo se presente la ocasión. Los de este tipo son casi imposibles de encontrar si buscas solo o sin un golpe de suerte o una intervención divina. Deseé que la señora de las zapatillas azules fuera un animal de costumbres.

A esta hora el parque infantil estaba casi vacío, solo se veía a algunas madres acurrucadas por el frío de la mañana que observaban a sus hijos en edad preescolar a quienes no les afectaba el frío. Ni por allí ni por los bancos se veía a indigentes. Enfilé el camino que serpenteaba hacia la calle Diez y me crucé con algún corredor, con mucha gente paseando al perro y con más madres empujando cochecitos, pero ni rastro de una señora con zapatillas azules. Fui hacia el oeste por la carretera de acceso a Park Drive y me desvié al sur por otro camino más solitario. El ruido del tráfico de la Quinta Avenida y de la transversal era un rumor de fondo. Podía oír la brisa azotando las ramas sin hojas, las sarnosas ardillas grises saltando por la hojarasca y hasta los saltitos de los gorriones que tenía delante dispuestos a sacarme las migas de pan. A pesar del hollín y los humos de escape, percibía, débilmente, el olor a tierra húmeda de otoño. Apuré el café y me quedé con ganas de otro.

Después de una curva encontré a dos tipos buscando en un contenedor de basura. Ambos llevaban muchas capas de ropa arrugada, con sombras de polvo. Uno era alto, con una barba encanecida; el otro llevaba un gorro de vigilante marrón. Buscaban latas, botellas y otros productos reciclables que pudieran cambiar por dinero. Trabajaban con eficiencia, sin hablar. Cuando se dieron cuenta de que yo no pasaba de largo, se pusieron firmes y me miraron con recelo. El caso es que me había puesto unos tejanos, unas camperas hechas polvo y una cazadora de cuero sobre un jersey negro de cuello alto, así que no creía tener un aspecto especialmente amenazador,

pero supongo que me tomaron por policía o alguien que quería robarles. Me quedé quieto a unos diez pies de ellos, para no ponerlos más nerviosos y dije:

—No quiero molestaros, pero a lo mejor podéis ayudarme. Estoy buscando a una persona. Es una mujer que suele estar por aquí, por el parque. Es posible que viva en la calle. Unos sesenta años, bajita, algo rechoncha. Lleva zapatillas color azul eléctrico. ¿La habéis visto?

El más bajo siguió con el trabajo. El alto contestó con voz entrecortada del Medio Oeste.

—Aquí solo trabajamos, nada más. No conocemos a nadie. Pero si sigues ese camino verás a unos cuantos. Quizá ellos sepan —dijo, y señaló el camino que se prolongaba hacia el oeste y continuó con su trabajo. Les di las gracias.

Seguí el camino que serpenteaba por una zona de árboles y subí una cuesta. Al otro lado sonaban gritos y carcajadas y, al acercarme al punto más alto, miré en dirección a East Meadow, al lugar del que procedían.

—Mierda —me dije.

Unos trescientos metros camino abajo, donde había una serie de bancos en curva, cuatro adolescentes estaban fastidiando a unos indigentes que se habían apiñado en uno de los bancos. Eran cinco y parecían todos mayores. Los chavales se movían a su alrededor y los incordiaban, berreando, haciendo posturitas y gestos obscenos y dando patadas y tirones a las bolsas de plástico y de papel a las que los abuelos se aferraban desesperadamente. Había un carrito de la compra volcado cerca de ellos y su contenido de bolsas de plástico llenas de latas se había desparramado por los bancos. El chaval más grandote estaba practicando su gancho en la cabeza de uno de los viejos, preparándose para algo más serio. Una de las mujeres llevaba unas zapatillas sucias color azul eléctrico.

—Mierda.

El caso es que no me gustan los adolescentes. Claro, ya sé que suena a malvado y que probablemente se debe al hecho de haber sido policía. Pero lo cierto es que muchas veces solo te encuentras con dos variedades: el compuesto de adolescente llorón, hostil, autodestructivo y majara o bien el tan popular «todo a la vez». Y demasiados adolescentes van armados. Por desgracia, yo no llevaba armas, así que lo mejor sería actuar deprisa. Bajé por el camino y al acercarme vi que los cuatro chavales eran blancos. Dos rubios y dos morenos. Los rubios eran más jóvenes, dieciséis o así; los otros dos tendrían dieciocho años. Pero eran todos de buen tamaño. Tres de ellos medían casi el metro ochenta y eran de complexión fuerte, aunque un poco patosos, como si no hubieran acabado de madurar. El cuarto estaba maduro. Me llevaba unos cinco centímetros de estatura y pesaba casi diez kilos más que yo. Parecía fuerte de brazos, hombros y pecho.

Eran los nuevos proscritos de la ciudad. Bajo aquella afectación de capucha —los

bombachos y las gorras de béisbol torcidas, los signos con las manos y el fuerte dialecto callejero— eran unos niños pijos. Todos iban bien aseados y acicalados, y llevaban ropa cara y limpia.

Todos llevaban camisas con las puntas del cuello abotonadas. Entreví un *blazer* debajo de un anorak, un uniforme de colegio, pero no pude ver de cual. Uno llevaba en la muñeca un brazalete de Nantucket de tejido trenzado; otros dos llevaban una corbata de Reys y relojes caros. Eran patéticos, pero aun así temía que llevaran armas.

Cuando vieron que me acercaba se quedaron quietos. Suponían que me daría media vuelta o que apretaría el paso haciendo ver que no me enteraba de nada. Pero no hice ninguna de las dos cosas. Bajé el camino a paso lento, mirándoles a los ojos. Se quedaron perplejos, y los tres menos cachas miraron al niño para que les diera instrucciones. Era el que estaba más adelantado cuando pasé por la derecha. Los otros estaban formados en fila detrás de él.

—Eh, tú, ¿qué miras, hijo de puta? —dijo.

Me detuve y lo miré fijamente. Se le habían subido los humos de tanto vapulear a ancianos, así que no lo pensó dos veces. Se acercó con las manos en alto, quizá para empujarme o quizá para darme en la jeta. Fuera lo que fuese, le di yo a él en la boca con el dorso de la mano izquierda, después giré sobre un pie y le encajé un puñetazo en los riñones mientras se tambaleaba. Cayó de rodillas fuera del camino, y le di una patada en los huevos por detrás. Cayó con un ruido sordo hacia adelante, se dio en toda la crisma. Pero, aparte de soltar chirridos y de arañar un poco la tierra, no se movió.

Ocurrió tan deprisa que los otros tres tampoco se habían movido del sitio. Pero yo sí. Pasé por encima del niño y me abalancé sobre ellos.

Los dos más jóvenes eran más listos de lo que parecían. Echaron a correr. Fue la decisión correcta, y la ejecución fue buena; enseguida se perdieron de vista. El otro, un niño con cara de hurón y los ojos azul cielo, fue tonto. Se sacó un cuchillo de caza de un palmo de filo y lo empuñó a la altura del muslo, dispuesto a atacar pero sin saber muy bien cómo. Le aferré el puño cuando iba a subir el cuchillo y no lo solté. Luego me pegué a él, le puse un pulgar en el ojo y apreté... fuerte. Empezó a forcejear para soltarse y trató de golpearme con la mano libre pero estaba demasiado cerca y no podía hacerlo. Apreté un poco más. Gritó y soltó el cuchillo. Lo aparté de un empujón y, mientras retrocedía tambaleándose, le di seis guantazos en la cara y en la cabeza. A continuación lo agarré del cuello de la camisa y lo tiré al suelo junto a su amigo.

—Vamos, nenas, pórtense bien mientras les miró la documentación —dije.

El niño apenas podía moverse, pero al chico hurón le di un puntapié en el costado y otro en la cabeza por si quedaban dudas. Los cacheé, les quité la cartera y

le encontré otro cuchillo al chaval hurón. Qué majo... Me guardé las armas en la cazadora.

Registré las carteras, y entre los dos chavales sumaban cinco carnés falsos, casi trescientos dólares, tres condones, cuatro tarjetas de crédito y dos monederos electrónicos. Encontré también una cajita de maría, dos porros y lo que serían dos secantes de ácido. Por fin encontré documentación real: un carnet de conducir y un permiso de estudiante. Agarré el dinero, la droga, las armas y los carnés reales y tiré el resto al suelo. Entonces les dije:

—Vamos a ver, aquí tenemos a Cross, de dieciocho años de edad, y a Simms, diecisiete años. Debéis de ser los matones de Upper East Side. —Simms, el hurón, se encogió como si fuera a escaparse, así que le puse la campera en la nuca y le hundí un poco la cara en la tierra. Por mucho que disfrutara asustando a esos mocosos debía acabar esto antes de que se acercara alguien—. Nenas, ¿sabéis lo que es un bolsillo profundo? ¿Os suena? Es jerga que emplean los abogados para los padres de gilipollas como vosotros. Y es de donde voy a sacar un montón de pasta si tú o tus amigos os volvéis a acercar a estos señores. Además, me encargaré de sujetaros personalmente para que puedan rajaros las pelotas, eso suponiendo que las tengáis, claro. ¿Me oyen, nenas? —Obtuve algo que estaba a medio camino entre un sollozo y un gruñido de Cross; de Simms no obtuve nada—. Ahora largaos al colé —dije y le di a cada uno un puntapié en el trasero.

Aullaron y se pusieron a recoger sus cosas a cuatro patas. El que era mayor de edad apretó a correr y cuando se hubo alejado unas veinte yardas se puso a soltar tacos. Simms retrocedió lentamente y tomó la palabra:

—Devuélveme el dinero y las demás cosas.

—No lo creo, colega. Lárgate o lo lamentarás —dije. Tenía el ojo inyectado en sangre y me miraba con una rabia contenida que le costaba plasmar con palabras. Al final se conformó con un «que jodan a tu madre» y salió corriendo camino arriba. Qué chicos tan majos; sus padres estarán orgullosos.

En todo este tiempo los indigentes no habían dicho ni una palabra, y cuando me volví hacia los bancos supe por qué. Se habían ido. O casi. Una mujer seguía allí. Había enderezado el carro y estaba recogiendo las latas desperdigadas por el césped. Cada vez que daba un paso las puntas de sus zapatillas azules se doblaban. El caso es que es mejor tener suerte que ser bueno.

—¿Puedo ayudarla?

—No voy a denunciar a esos cabrones. No quiero tener nada que ver con ellos. Y ojalá no vuelvan la semana que viene para vengarse. —Permaneció callada mientras metía en el carro una gran bolsa de plástico—. Si esperas que te dé las gracias, pues gracias. Pero tendrías que haberles pegado un tiro a esos pijos de mierda.

Desde luego estaba rechoncha, de hecho tenía la silueta de un barril de cerveza,

no todo era ropa. Por el alboroto de canas se entreveía un arrugado rostro de duende, y tenía la voz de una mujer mucho más joven, con un acento que no supe ubicar.

—Hoy no llevo pistola —dije—. Tal vez la próxima vez.

Dio un resoplido.

—Los polis siempre van armados ¿no?

—Sí, pero yo no soy poli.

—Claro, un buen ciudadano, ¿eh? Y pasabas por aquí, qué casualidad. Pues a mí me pareces un madero. —Cuando hablaba rebosaba cinismo. Me cayó bien.

—Ya no soy policía. Y no pasaba casualmente por aquí. En realidad te estaba buscando. —Eso no le gustó. Dejó la faena pero no me miró. Se puso tensa, dispuesta a escapar en cualquier momento—. Oye, no estoy aquí para causarte problemas y te pagaré por tu tiempo. Solo quiero hacerte un par de preguntas —dije poniendo la cara más sincera e inofensiva que supe. Pero no la convencí. Se echó a reír con sorna.

—«Solo quiero hacerte un par de preguntas». Todo lo que empieza así acaba mal.

—Quédate estos trescientos pavos a cambio de nada, aunque no me hables. —Le tendí el dinero que les había quitado a los chavales.

—Sí, ya he visto cómo los has conseguido —dijo, pero estaba mirando el dinero.

—Pondré cien más, por cinco minutos. —Me miró a mí y al dinero, todavía sin fiarse.

—Ojalá sean fáciles. Mi cerebro ya no es el que era —dijo, y lo cogió.

—Hay una tienda en la esquina de la 98 con Madison con servicio de fax. ¿Enviaste unos documentos usando ese fax hace ocho días? —Enseguida supo de qué le hablaba pero dudó. No se puso nerviosa, solo era prudente.

—Conozco la tienda. Y sí, estuve allí para enviar unos papeles la semana pasada. Un tipo me pagó cincuenta dólares a cambio. Veinticinco por adelantado y veinticinco cuando le llevara el papelito donde pone que se ha enviado.

—¿Conoces a ese tipo?

—No. Me abordó en el parque. Estaba sentada al lado del parque infantil. Entonces se acercó y me preguntó si quería ganarme unas perras.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era como tú —dijo como si eso fuera todo lo que yo necesitaba saber.

—¿A qué te refieres? ¿Tenía mi estatura? ¿Mi edad? ¿Color de pelo? ¿Se parecía a mí?

—No, no. Era más alto que tú, y mayor, quizá cuarenta y cinco o cincuenta. Sin embargo, tenía tu complexión, algo delgado y fibrado, pero más ancho de hombros. Y no tan guapo —dijo y rompió a reír.

—Vaya... gracias. Entonces ¿a qué te refieres con lo de que era como yo?

—Se comportaba como tú, como un madero —aclaró como si yo fuera un poco lento de reflejos.

Me quedé pensándolo un rato.

—¿Y eso? ¿Dijo algo? ¿Viste algo?

—Se nota. Como tú con esos imbéciles. Les has metido bien pero no estabas enfadado ni nada. Es como si no te importaran lo más mínimo, como si no fueran más que objetos. Y la manera de hablarles... pinchando, pero sobre todo para demostrarles que puedes hacerlo. Ese hombre hizo lo mismo con el viejo borracho que estaba tumbado en el banco de al lado. El viejo había escuchado que me iban a pagar por hacer algo y se acercó a ver si podía sacar algo. Y ese hombre le dirigió una mirada estremecedora. Luego agarró al viejo por el hombro y le hizo algo que lo dejó pálido como un muerto, casi se cayó de rodillas. Después le dijo que se fuera cagando leches si no quería que le arrancara el brazo. Como tú con los niños, ¿entiendes? —La entendí. Siempre es agradable cruzarse con un psicópata.

Cuando acabó de recoger las latas y las bolsas la ayudé a empujar el carro hasta el camino. No supo contarme mucho más. El tío la había abordado por la mañana; iba solo. Se habían ido a la bodega; ella no había visto ningún coche. La había esperado fuera, a la vuelta de la esquina. Fue educado, pero no dijo nada fuera de lo estrictamente necesario para llevar el asunto. Había pagado con billetes de diez y de cinco dólares. Llevaba unos pantalones oscuros, zapatos oscuros, una especie de cazadora azul marino con la cremallera subida hasta el cuello, una gorra de béisbol azul marino sin insignia. El pelo que pudo ver era corto y oscuro. No notó ningún acento. Ninguna cicatriz, ninguna marca de nacimiento, ninguna joya.

Pregunté cómo se llamaba ella, y dudó un momento, me miró y luego, con la mirada perdida, me dijo su nombre. Faith Herman. Pagué a Faith los cien pavos extra y le di una tarjeta con mi número de teléfono. Le pedí que llamara si recordaba alguna cosa más o si volvía a ver al tipo. Puso cara de escéptica, como si le hubiera dicho que llamara cuando le tocara la lotería.

5

Comí en una cafetería situada en la parte norte de Madison. Luego me quedé de pie al sol frente a Cooper-Hewitt e hice algunas llamadas. Primero llamé a Tom Neary, mi contacto en Brill y ex agente del FBI, al que conocí cuando yo era policía y él trabajaba en Utica. Llegamos a conocernos muy bien, al menos profesionalmente, lo bastante para hacernos favores el uno al otro. Neary comenzó en Brill más o menos cuando yo regresé a la ciudad y recientemente se había hecho cargo de su grupo de servicios financieros en el área metropolitana. Llamé a tres números distintos, pero solo pude dejarle un mensaje en el buzón de voz.

Después llamé a Pierro. Le di mi nombre a la secretaria, quien casi me susurró que el señor Pierro estaba trabajando ese día en casa pero que había dejado instrucciones para que me dieran su número de teléfono. Me lo dio como si me entregara su primer hijo. Llamé a su casa. Contestó enseguida y me dijo que me pasara en cualquier momento de la tarde. Me dio una dirección en Park Avenue, el ochenta y pico, que estaba a dos pasos de donde yo estaba.

Se avecinaba la temporada de propinas, y los edificios estaban perfectamente fregados, encerados y brillantados. Los porteros, también de gala, iban vestidos como de almirantes soviéticos. El del edificio de Pierro llevaba un frac con grandes hombreras y muchas condecoraciones que probablemente lo hacían cinco kilos más pesado. Me abrió la puerta y señaló a un conserje que estaba sentado al otro lado de un enorme mostrador de mármol, quien me anunció por el teléfono interno. Después me indicó los ascensores.

—A los Pierro, Billy —dijo al ascensorista.

Billy cerró la puerta de metal y manejó los mandos. Subimos lentamente. El ascensor anticuado, el personal con traje de gala, el olor a cera y a jabón aceitoso y a limpiador de bronce me recordaron al edificio en el que viví de niño. Era del mismo año de antes de la guerra que el de Pierro y se hallaba unas cuantas calles al sur. Ahora era la casa de mi hermano Ned y llevaba meses sin ir a verle.

Billy abrió la puerta de metal, y me adentré en un largo corredor que tenía las paredes de color gris perla, el techo alto y una gruesa alfombra gris y con una tenue y uniforme iluminación procedente de los apliques de vidrio mate del techo. Al fondo del corredor, en ambos sentidos, había una puerta negra y resplandeciente. Billy me indicó la derecha y esperó callado mientras yo llamaba.

Me recibió Pierro. Ese día iba de terrateniente con una camisa de franela con cuadros escoceses, unos pantalones de pana color canela y mocasines. Sonrió, y nos dimos la mano.

—Hola, John, lo has encontrado —dijo.

Pierro parecía relajado y contento de verme, como si me pasara para tomar una

cervecita y ver un partido. Cerró la puerta a mis espaldas. Estábamos en un vestíbulo rectangular de techo alto y quizá trescientos metros cuadrados. Las paredes eran de un amarillo mantecoso y estaban llenas de fotografías con marcos de madera negra. Las pesadas molduras del techo estaban pintadas de verde salvia, y una alfombra verde y amarilla con un complejo estampado de flores cubría una buena parte del suelo de parqué. En medio de la sala había una mesa ovalada de madera negra en la que no había más que un florero con rosas amarillas, una pila de cartas y un juego de llaves. A la izquierda había una puerta que daba a un pasillo corto que se ensanchaba en una despensa. Al fondo vi parte de una gran cocina con encimera de piedra negra y armarios de color crema. Por la larga pared que teníamos enfrente, el recibidor daba a un ancho corredor que se prolongaba a izquierda y derecha. A lo lejos sonaron las carcajadas de un niño.

Pierro sonrió de oreja a oreja.

—Es mi hijo. Es un salvaje. Ven, vamos a mi estudio —dijo, y cruzó el vestíbulo y se fue a la derecha por el pasillo. Lo seguí—. Hoy he querido trabajar en casa para alejarme del teléfono. Así que naturalmente me he pasado la mañana al teléfono.

Eché un vistazo a las otras salas que daban al corredor: el comedor, la salita, el estudio. Aparte del apartamento en sí, que valdría fácilmente unos millones de pavos, el interior carecía del boato y de la fea huella del gusto profesional. Las salas eran amplias y acogedoras, con una luz agradable y muebles de apariencia comfortable. La decoración era exquisita pero sencilla, casi minimalista.

Pierro me hizo pasar a su estudio y cerró la puerta. Era una sala reducida, pero lo bastante grande para un viejo mueble con persiana, una silla de despacho de cuero verde, otra silla recta a juego y un par de lámparas de pie. Las paredes las recorrían estantes de obra de punta a punta que estaban abarrotados de libros y fotos de parientes. Por encima del escritorio había dibujos hechos por niños colgados con chinchetas: manchas de dedos en amarillo y rojo, una calabaza hueca iluminada por dentro hecha con ceras, un pez de acuarela, un caballo, muy bien dibujado con carboncillo.

—Bien, ¿dónde estamos, John? —preguntó.

Le conté lo ocurrido por la mañana y describí al hombre que había pagado a Faith Herman para mandar los documentos. Aunque no le sonaba la descripción, se animó. Parecía convencido de que todo terminaría por resolverse. Le advertí del riesgo de la euforia irracional.

—No adelantemos acontecimientos, Rick —dije—. Apenas tenemos con qué trabajar, hay poco tiempo y solo una persona ocupándose de esto. Y lo que he descubierto hoy no son buenas noticias. La persona que te envía los mensajes no es estúpida. Incluso es posible que lo haya hecho antes. Quiero que sepas que no hay nada de alentador en esto —Pierro pareció desilusionado. Me alegré porque eso

quería decir que lo había comprendido. Proseguí—. Puedo tratar de enterarme de la gente que tenía acceso a los documentos del fax, pero la lista podría ser muy larga y no tenemos tiempo. Tal vez puedas ayudarme a centrar un poco las cosas.

Pierro sacudió la cabeza.

—Este asunto me trae de cabeza desde que empezó, no hago más que preguntarme quién tiene esos documentos... Quién haría esto. Y no lo sé. Después de todos estos años podría ser cualquiera —se arrellanó en la silla y recuperó la mirada tensa de la víspera. Se cruzó de brazos y mirando al vacío por encima de mi cabeza, repitió—: No lo sé.

—Ahora no vamos a preocuparnos de cuánta gente puede haber visto esos documentos a lo largo de los años, ¿vale? Centrémonos en quién los tuvo al principio, cuando cerraste el trato por primera vez. Empecemos por ahí. Háblame de Textiles —dije. Y me habló.

Aquel era uno de los diversos acuerdos que Nassouli le había conseguido. Textiles era un buen cliente de MWB en Europa. La empresa tenía un montón de cuentas de MWB para apoyar sus operaciones en todo el mundo. Y MWB había financiado a Textiles. Pero para introducirse en Estados Unidos necesitaban una financiación adicional, en dólares, y MWB no podía asumir más operaciones con la empresa, pero French Samuelson, que no tenía tratos con Textiles, sí. Nassouli pensó la jugada.

El principal contacto de Pierro en MWB, en el trato de Textiles y todos los demás que Nassouli les puso sobre la mesa, era el propio Nassouli. Pierro solo recordaba haber trabajado directamente con otra persona de MWB, un tipo llamado Al Burrows, que trabajaba para Nassouli al frente del departamento de banca corresponsal de MWB en Nueva York. Burrows había echado una mano en el trato de Textiles y en uno o dos más. Pierro no sabía si Al era la abreviatura de Albert, de Alfred o de Alvin y no tenía ni idea de su paradero. Deletreó el apellido y me dio la descripción que pudo.

Examinamos juntos los documentos del fax buscando no solo a las personas que hubieran accedido a los documentos por separado, sino también a quienes podrían haber tenido el lote entero. No sirvió de mucho. Según Pierro, el difunto director financiero de Textiles, Emilio Díaz, habría tenido la mayor parte de los documentos: la carta de Nassouli a Díaz, la carta que Pierro le dirigió y la lista de importes prestados y devueltos. Pero Nassouli también tenía una copia de la carta que Pierro había dirigido a Díaz. Se la había mandado por cortesía; y todas las operaciones de los créditos de Textiles se realizaron a través de cuentas corrientes de MWB.

Saqué a relucir el memorándum de Nassouli al tal «Expediente» en el que aseguraba que habían falseado los datos de Textiles al rellenar la solicitud del préstamo con Pierro. Pierro saltó.

—Es mentira —dijo. Le cambió la cara—. No sirve de nada plantearse quién accedió a él porque no lo hizo nadie. Es otro invento del hijo de puta que mandó el mensaje. No hay más.

—Entonces tramitar las solicitudes de préstamo y los documentos de la empresa... Eso es competencia de la gente de Textiles ¿no? —Me fulminó con la mirada.

—He dicho que sí. ¿Cómo he de decírtelo?

—¿Hasta qué punto conocías esa empresa? —Apretó los labios y después cerró los ojos un momento mientras se llenaba los pulmones de aire.

—Los conocía tanto como era mi obligación. Eran otros tiempos, John, lo admito. Las normas de *conocer al cliente* no eran tan estrictas como ahora y tal vez se controlaban menos las referencias procedentes del departamento de banca privada o de otra gran empresa... Pero no regalábamos la pasta, joder. Fue mala suerte y, que yo supiera, Textiles era una empresa legal y limpia.

—Vale, lo que pone es mentira, pero ¿qué hay del documento en sí? ¿Estás seguro de que no lo escribió Nassouli?

Pierro me observó un rato y se pasó la mano por la frente. Entonces habló en voz baja y firme:

—¿Por qué cojones iba a hacer eso? ¿Implicarse en algo así? ¿Algo que jamás sucedió? ¿Quién haría eso?

Era una buena pregunta a la que no supe responder. Permanecimos un buen rato callados mientras Pierro se tranquilizaba. Pasamos a la cuestión de los enemigos.

Pierro admitió enseguida que en sus veinte años en French se había granjeado más de un enemigo. Y que era posible que alguno le guardara rencor, pero no hasta ese extremo. Si el objetivo era hundir su carrera, señaló, podían apañárselas de una manera menos arriesgada. Les bastaba con enviar los documentos que le incriminaban al comité ejecutivo de French y Samuelson, y asunto concluido.

Sin embargo, no los veía como posibles chantajistas por la sencilla razón de que ya estaban más que forrados. Le recordé que aún no teníamos la certeza de que fuera chantaje, pero en el fondo estaba de acuerdo con él. El fax tenía más sentido como preludeo a algún tipo de extorsión que como advertencia de que la venganza era inminente. Fuera lo que fuese, probablemente era un método demasiado arriesgado para un ejecutivo de un fondo de inversiones.

Pierro consideraba todas mis preguntas cuidadosamente antes de responder. Y la charla pareció relajarse. A menudo funciona así con los clientes. El hecho de responder a las preguntas los hace sentir como si estuvieran actuando, como si hicieran algo. Es mejor que quedarse esperando a que alguien lo haga por ti. Pero Pierro era lo bastante astuto para reconocer que se trataba de una comodidad pasajera.

—¿En serio que esto ayuda? —preguntó.

—En parte —contesté—. Ahora mismo los documentos son la única pista que

tenemos. Textiles Pan-Europa ya no existe, como tampoco existen los ejecutivos con los que trataste por aquel entonces, así que enfocarlo por ahí no promete. Solo nos queda MWB, hay que mirar a la gente que estaba allí con Nassouli hace dieciocho años y la gente que está allí ahora; eso podría ayudar. Pero francamente es poca cosa —asintió.

Tenía más preguntas cuando el siempre inoportuno teléfono nos interrumpió.

—Russell, hola. Sí, hoy estoy en casa. No, puedo hablar, espera un segundo —Pierro puso la mano en el altavoz y se disculpó—. Es la llamada que estaba esperando.

Asentí y salí del estudio cerrando la puerta. Volví al vestíbulo. Me fijé en las fotos de los marcos negros y me paseé por la sala para mirarlas. Eran fotos en blanco y negro que parecían hechas en sesiones de fotos de moda. Sin embargo, no eran fotos de moda. Más bien eran instantáneas de fotógrafos, de modelos, de maquilladores y demás gente que trabaja en las sesiones. Y eran estupendas. Las mejores reflejaban arrogancia, vanidad, mezquindad, ira, frustración y agotamiento, todas sacadas por sorpresa. Incluso las menos logradas tenían una composición fascinante. La iluminación sombría y los fuertes contrastes me recordaron a viejas escenas de crimen. Muchas se habían tomado en exteriores y reconocí calles de Nueva York y Londres. Eran geniales, pero dudaba que hubiesen sido del gusto de los interesados. En la esquina inferior derecha de cada imagen, escrito a mano en el paspartú, ponía «H. Barrie».

Sonaron pasos por el corredor y la risa de un niño y me volví. Una mujer entró en el vestíbulo empujando a un chiquillo en un cochecito.

—Tú debes ser John. Rick me dijo que te pasarías. Soy Helene. —Sonrió, tendió la mano y se la estreché. Tenía la mano suave y cálida pero me la dio con firmeza.

Helene Pierro tenía treinta y tantos. Era casi de mi estatura y delgada, pero no estaba en los huesos. Tenía los hombros anchos y una firme figura atlética. Llevaba el pelo castaño recogido en una cola de caballo que le llegaba a los hombros. Su pelo era pelo terso y con reflejos rojizos a la luz. Enarcó las cejas finas sobre sus ojazos negros. Los pómulos eran altos y pronunciados, la nariz larga y recta y los labios carnosos. Tenía un buen cutis pero no era perfecto. En torno a los ojos y la boca se le formaban arrugas cuando se reía, y tenía una pequeña cicatriz blanca con forma de coma en la barbilla.

Vestía pantalones de lana gris con un jersey verde de cachemir y mocasines negros sin calcetines y me fijé en cómo se movían los tendones en sus esbeltos tobillos al caminar. Llevaba joyas sencillas pero caras: unos aros de oro labrado en las orejas, un collar a juego y una gruesa alianza. Tenía los dedos largos y flexibles, las uñas muy bien pintadas con un esmalte claro. Recorrió con las dos manos el pelo del chiquillo. Este vestía unos tejanos, unas zapatillas y un jersey rojo de cuello alto con

un velero estampado. Tenía la tez y los ojazos de su madre. Entrechocaba la camioneta que tenía en una mano con el dinosaurio que tenía en la otra mientras simulaba ruidos de explosiones que acababan en risas salvajes. No se cansaba de entrechocarlos. Me dirigió la mirada y me sonrió a medias pero siguió con su juego. Entonces me acordé de los cuchillos y la droga que llevaba encima.

—¿No habrás estado esperando aquí todo el rato? —dijo suavemente con un marcado acento sureño.

—No, solo es una pausa. Rick ha de atender una llamada.

Helene puso los ojos en blanco.

—Te juro que ese hombre y el teléfono... —dijo con una sonrisa—. ¿Quieres que le meta prisa?

—No importa. Puedo esperar. Solo estaba admirando las fotos.

Sonrió abiertamente y rompió a reír.

—¿Esas? Sí, son un poco crueles, pero a mí también me gustan.

—Nunca he oído hablar de H. Barrie. Supongo que los tipos de las fotos se lo cargarían al verlas.

Volvió a reírse.

—H. Barrie no es un hombre, soy yo. Barrie era mi apellido de soltera.

—¿Eras fotógrafa?

—Eso sería exagerar; era estrictamente aficionada. En realidad trabajaba de modelo. Nada importante... casi siempre catálogos. Trabajaba en esas sesiones y saqué las fotos en los ratos muertos. Pero tienes razón, algunos realmente se cabrearon —dijo entre más risas—. Me daba igual, ya ves.

—¿Dejaste de hacer fotos al casarte?

Ella sabía que le estaba sonsacando, pero no parecía importarle.

—Lo había dejado más o menos cuando conocí a Rick. Trabajaba en Londres por última vez, y él acababa de mudarse desde Nueva York. Ser modelo estuvo bien por una temporada y me permitió ver más del mundo que si me hubiese quedado en Carolina del Norte, en Asheville. Pero no es vida, en serio.

—¿Aún haces fotos?

—Ya solo durante las vacaciones —dijo con una risita.

Se arrodilló frente a su hijo y le puso el abrigo a la fuerza. Le subió la cremallera hasta la barbilla, le puso bien el cuello, le pasó los dedos por el pelo y le besó la frente. Después le puso una gorra de punto. Aquello distrajo a Alex y se centró en mí por primera vez.

—Hola —dijo—. Me acerqué y me puse de rodillas.

—Hola.

—Este es Alex. Alex, este es el señor March —dijo Helene.

—Qué dinosaurio —dije.

—T. rex —contestó Alex y con eso retomó sus colisiones. Me levanté.

—No parece tan salvaje como dice Pierro —dije.

Helene rió amargamente.

—Ah, sí, está esperando el momento oportuno, créeme. Ahora vamos a recoger a sus hermanas mayores, y en cuanto lleguen lo pincharán y se pondrá frenético. — Helene se puso el abrigo, un Shearling marrón chocolate. Cogió las llaves y los sobres de la mesa y se los metió en los bolsillos—. Tenemos que correr. ¿Seguro que no quieres que vaya a buscar a Pierro?

—No, gracias, no me importa esperar.

—En ese caso... Me ha encantado conocerte, y seguro que volveremos a verte. — Nos dimos la mano y salió empujando a Alex en el cochecito.

El apartamento quedó en silencio. Ningún ruido de tráfico podía atravesar aquellos gruesos muros, y el único sonido allí eran mis pasos por el vestíbulo. Contemplé las fotografías de Helene Pierro y pensé en ella. No daba la impresión de ser la típica mujer trofeo, aun cuando también parecía estar muy capacitada para eso. Resultaba interesante que no me hubiese preguntado nada acerca del caso o de lo que yo hacía en su casa, pero no sabía exactamente cómo interpretarlo. Podía significar que Helene no escarbaba en los asuntos de su marido o bien que él ya se lo hubiese contado todo, y no hubiese nada que preguntar. Podía significar también muchas cosas más.

Oí unos pasos y al volverme vi a Pierro. Volvía a estar alegre.

—Hola, John, disculpa la espera. ¿Ya se ha ido Helene?

—Sí, acaba de irse con Alex. Es una monada de crío —dije. Pierro sonrió.

—Sí, claro, pero menudo elemento. Vamos, continuemos con esto. —Y regresamos al estudio—. ¿Qué más puedo contarte? —preguntó mientras tomábamos asiento.

—Háblame de Nassouli —Pierro necesitó un momento para poner sus ideas en orden.

—Gerry era un tío listo, y encantador. Por entonces hacía negocios con mucha gente. Era un gran conversador, un buen hombre de negocios. Y era muy sociable. MWB organizaba cantidad de actos sociales. Patrocinaron eventos: conciertos, deportes, galas benéficas, de todo. Gerry era el hombre al frente en Nueva York, así que se prodigaba en todos ellos. Solía ir con una copa de coñac y un puro y una modelo colgada del brazo.

—Suenas como si le conocieras muy bien.

—Era una relación cordial. Tal como he dicho, MWB organizaba muchos actos y yo figuraba en la lista de invitados. Yo y muchos más.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace años. Perdimos el contacto al irme a Londres, hace unos trece años.

Desde entonces solo nos enviamos las postales de Navidad de la empresa.

—En el expediente de Mike pone que Nassouli era el tesorero de la rama de Nueva York. Esa clase de trato que hizo contigo y Textiles, ¿es corriente que lo haga un tesorero?

Pierro sonrió.

—No es corriente. Pero aparte de tesorero, Gerry era el hombre al frente de MWB en la ciudad y su principal contacto con otros bancos, clientes, inspectores, con todo el mundo. De modo que acostumbraba a hacer cosas por el estilo. Y le encantaba.

Le dije que no tenía más preguntas de momento.

—Ha sido espléndido, John. Gracias por pasarte. Y gracias por tu ayuda en esto. —Le habían vuelto a subir los ánimos.

—Aún no he hecho gran cosa y te advierto otra vez que tal vez no pueda hacer nada —dije—. Voy a investigar en la sede de MWB y trataré de mantenerme apartado de los federales. Y también de llegar a Burrows. Pero puede que lo mejor sea esperar a que alguien contacte contigo, y ojalá eso nos dé alguna pista.

Pierro asintió pero seguía mostrándose excesivamente optimista. Me acompañó al ascensor.

—Ya me contarás cómo va el caso, John. Y te agradezco que hayas sido tan claro. Pero sé que harás cuanto esté en tu mano, que estarás velando por nosotros. —Dijo adiós mientras la puerta se cerraba.

Pensé en él durante la bajada. Por un lado se había mostrado comunicativo al responder y sus ganas de ayudar parecían sinceras, pero por otro yo sabía que estaba especialmente dotado para dar esa imagen de inocente, y esa idea me preocupaba. Pierro estaba a años luz de sus días en la escuela nocturna, y no me cabía la menor duda de que esa distancia se hallaba en gran parte en su cabeza.

En la calle hacía más frío pero el cielo seguía despejado. El sol bajo de la tarde iluminaba de un naranja vivo la parte oriental de Central Park y dejaba la occidental a la sombra, donde estaba yo. Buscaba un taxi que me llevara al centro cuando vi a Helene Pierro al otro lado de la calle que regresaba a casa con sus tres hijos. Las niñas tenían el pelo brillante de la madre, recogido atrás con lazos oscuros. Llevaban unos abrigos azul marino a juego y unos leotardos oscuros. Alex continuaba en el cochecito y se desternillaba cada vez que su hermana le daba un tirón al gorro de punto para tapanle los ojos. La hermana mayor caminaba con Helene, que empujaba el cochecito, y le estaba contando algo muy serio a su madre a juzgar por la cara de circunstancias que ponía Helene mientras la escuchaba con atención y le decía que sí con la cabeza.

6

El día había degenerado en un crepúsculo azul y frío para cuando llegué a casa. Ya no había camiones de mudanzas frente al edificio ni cajas en la portería ni se oía a nadie arrastrar objetos pesados en el piso de arriba. Vacié los bolsillos del alijo que me había agenciado de los chavales en Central Park, eché la droga por el váter y guardé los cuchillos en el cajón donde tenía la calderilla. Luego comprobé el contestador. Había dos mensajes nuevos. El primero era de Clare. Había llamado por la mañana para avisarme de que ese día no le daba tiempo a pasarse, pero que ya me vería la semana siguiente. Hablaba con prisas y se oía el tráfico. Bueno, tampoco es que tuviera previsto dedicarle el día.

También había llamado Liz, mi hermana mayor, para invitarme a celebrar Acción de Gracias con la familia. Ella y Lauren se habían repartido los papeles de poli bueno y poli malo, y estaba claro que Liz interpretaba al malo. La fuerza de sus argumentos, que exponía con su voz medio gangosa y la mandíbula tensa, venía a ser que si no iba me mostraría otra vez como el cabronazo que era, así que por qué no les daba una sorpresa a todos y me presentaba. Al final del mensaje decía que llevaba demasiado tiempo sin verme. Esta parte tenía que haberle resultado un esfuerzo. Liz puede ser muchas cosas —inteligente, dura, cínica—, pero ser agradable no es una de ellas.

Tom Neary seguía sin contestar a mi llamada, así que dejé otro mensaje en su buzón de voz y opté por irme a entrenar, una carrera de ocho kilómetros y algo de pesas en el gimnasio de la calle Catorce. Regresé en menos de dos horas, lo justo para perder la llamada de Neary. El mensaje decía que a las siete iba a cenar en un restaurante hindú situado en el centro; si me apetecía podía apuntarme. Me di una ducha, me vestí y me encaminé hacia el metro.

Taking Tiger Mountain se encuentra a un par de calles de City Hall y cerca de las oficinas de Brill. Se trata de un pequeño local poco iluminado y con paredes de color rojo pimiento, así como mesas y sillas color azafrán. Llegué minutos después de las siete y el restaurante estaba medio vacío, pero aun estando abarrotado habría sido imposible que Tom pasara inadvertido.

Tom Neary es grande —más de un metro noventa de alto y unos ciento diez kilos de peso— y recuerda a una nevera con traje y corbata de color oscuro. Los federales que trabajaban con él en Utica lo llamaban Clark Kent. La primera vez que escuché el mote pensé que se debía a su aspecto —el pelo castaño y ondulado, el rostro como esculpido en mármol, serio, las gafas con montura de cuerno— y a que daba la impresión de estar siempre en guardia. Después de conocerlo mejor había visto la subversiva identidad secreta que se escondía tras aquel aspecto indulgente —el humor irónico, las ansias de independencia, el desprecio hacia el ejercicio chulesco de la autoridad— y entonces había pensado que el mote le quedaba aún mejor.

Aquella independencia, junto con su inteligencia y su sentido básico de la justicia, le había causado algún problema con el FBI. Fui testigo directo de ello durante mi estancia en el norte de Nueva York. Neary me había tratado decentemente en un momento en que le habría resultado más fácil no hacerlo, y le cayó una buena por eso.

En determinados aspectos conocía bien a Neary pero ignoraba otras muchas cosas. Sabía que estaba casado pero ignoraba el nombre de su mujer. Y sabía que tenía hijos pero no cuántos ni su edad ni si eran niños o niñas. Sabía que vivía en New Jersey pero no el lugar. Lo que sí sabía desde hacía años era que le gustaba la buena comida, y especialmente la extranjera. Y tras años de pasar penurias en el páramo culinario de Utica, Neary había llegado a la tierra prometida.

Estaba sentado solo en una mesa para cuatro personas y examinaba el menú como si se tratara de un texto sagrado. Había colgado el abrigo en el respaldo de la silla y se había arremangado las mangas de la camisa por encima de sus grandes antebrazos. Me senté en la silla enfrente de él. Neary alargó su mano de oso y me dio un apretón. Cuando el camarero se acercó le pedí un zumo de arándanos. Neary apuró su *ginger ale* y pidió otro.

—Una cita fácil, ¿eh? —dijo sonriente—. Pero aún llevas una vida sana, y eso es bueno.

—¿Ya has pedido?

—Solo pan —señaló una cesta con *nan*, unos platos con *roti* y *puri* relleno y unos cuantos cuencos con diversas salsas *chutney*—. Estaba pensando en un *tandoori* —dijo.

Cogí un pedazo de *nan* de la cesta, que estaba cubierta con una servilleta de lino blanco, y le hincó el diente. Estaba caliente y un poco picante. Delicioso. El pan caliente y la profusión de olores que llegaban de la cocina le gustaron a mi estómago, que reaccionó de inmediato. Eché un vistazo a la carta.

Cuando el camarero regresó con las bebidas pedimos la cena, y luego Neary dio un resoplido y se centró en mí.

—¿Sigues estando a gusto en el sector privado? —le pregunté.

—No paro en todo el día. Se diría que todos mis clientes quieren revisar sus procedimientos de seguridad o comprobar su gestión y necesitan decenas de investigadores para que les echen una mano en sus pleitos. A pesar de los policías y los federales que ahora trabajan para nosotros, me sigue faltando gente para cubrir todo el trabajo que tengo. Pero el dinero entra. Hoy en día debemos de ser la única empresa en expansión. Ese es el lado positivo —dijo Neary.

—¿Y el negativo? —Se paró a pensar.

—Supongo que predominan las zonas grises. El FBI era un cenagal político, claro, y plagado de auténticos cabrones. Pero al menos tenías claro que estabas en el

bando de los buenos, o se suponía que lo estabas. En el sector privado a veces lo único que sabes es quién te paga la factura. Y a algunos les basta con eso. Pero yo me preocupo un poco más. Será por mi educación jesuita —dijo, y dio un bocado a un *puri* relleno de patata—. Y tú, ¿tienes faena?

Afirmé con la cabeza y nos quedamos un momento callados. Era el momento de ir al grano.

—Tom, puedo contar con una mano las veces que te he llamado sin pedirte un favor —dije.

—Lo mismo digo. Mi cuenta está a cero. Ahora no eches por tierra mis estadísticas —dijo impasible.

—No te voy a decepcionar. Quiero pedirte un favor, pero quizá pueda hacer algo a cambio. —Enarcó las cejas y esperó.

Le expliqué el asunto sin dar nombres, aparte de los de MWB y Nassouli, y sin concretar fechas. Le dije que se trataba de un caso de chantaje relacionado con ciertos asuntos en los que mi cliente había participado hacía veinte años con Nassouli y otra empresa que era cliente de MWB y que mi cliente había recibido unos documentos que podían proceder de los archivos de MWB.

—Si los documentos proceden de MWB, es posible que la investigación esté en tela de juicio, al igual que tu trabajo con la liquidación. A lo mejor hay alguien que está trabajando por su cuenta. —Neary dejó de comer y me miró con expresión impasible. Entonces sacudió la cabeza lentamente—. No lo acabo de entender —dijo—. Ese cliente tuyo recibe unos documentos por fax referentes a un acuerdo que hizo con MWB hace veinte años. Alguien quiere extorsionarlo, y ahora tratas de seguir el rastro de los documentos. Vale, hasta aquí te sigo. Pero luego me falla algo... Por ejemplo, qué tiene que ver esto conmigo. —Neary hizo una pausa para partir un trozo de *nan* y continuó—. Esos documentos son de hace veinte años. No tienes ni idea de cuántas copias circularon entonces ni de quién pudo tenerlos; ni eres consciente de por cuántas manos pueden haber pasado en veinte años. Pero de algún modo llegas a la conclusión (ignoro el motivo) de que tal vez procedan de mi empresa o de los federales. —Meneó la cabeza—. Siento decirte que hacía tiempo que no me encontraba ante una sospecha tan infundada.

—Es cierto. Pero es todo lo que tengo. —Neary me lanzó una mirada y volvió a sacudir la cabeza—. No puedo darte los detalles, pero, créeme, de todas las fuentes de las que pueden proceder estos documentos, MWB es la más probable. Y además tengo motivos para pensar que podría haber un policía o un ex policía metido en esto.

Como ya no tenía nada que perder, le conté mi charla en Central Park con Faith Herman y que ella enseguida se había dado cuenta de que yo era poli. Puso cara de incrédulo, pero le hizo gracia.

—Esto mejora por momentos. Tu único punto de partida es una vagabunda

majara que a lo mejor cree que todo el mundo es policía o el hombre lobo o un ser galáctico. Y te basas en eso para sospechar de mis hombres, ¿no?

Nos interrumpió el camarero al ponernos delante dos cuencos de sopa humeante. Neary contempló la suya con cierta reverencia y se metió la corbata entre los botones de la camisa. Tomó un par de cucharadas de la sopa, que llevaba mucha pimienta, y dio un fuerte resoplido antes de continuar.

—La testigo principal esa, ¿te dio una descripción? —Le dije cuanto sabía, Neary tardó en contestar—. Podría ser cualquiera. Vamos, suponiendo que me creyera una milésima parte de todo este asunto, que no me lo creo, ¿cuál es el favor que quieres que te haga?

—Quiero echar un vistazo por la sede de MWB para hablar con los que trabajan allí, sobre el terreno, y ver el tratamiento que se da a los documentos, quién tiene acceso a ellos. Y buscar los originales de los documentos que mandaron por fax.

Neary dio otro resoplido.

—Claro, y si te parece voy a poner a mis empleados en fila para que tu vagabunda nos diga cuál ha sido. —Neary volvió a sacudir la cabeza y tomó un par de cucharadas más—. ¿Qué? ¿Vas a contarme algo más acerca de esos documentos y de tu cliente? —Lo miré fijamente sin decir nada—. Pero, claro, esperas que te invite a la sede de MWB y que te aguante el abrigo mientras te dedicas a husmear en los archivos. Claro, lo de la confidencialidad de los clientes solo se aplica a los tuyos ¿eh?

Se ensanchó en la silla mientras me miraba inexpresivamente. Mi pista no le convencía y se mostraba un tanto indignado por la insinuación de que su trabajo pudiera verse comprometido. Pero ese sarcasmo y esa consternación ocultaban otra cosa: una ligera preocupación.

—Mira, Tom, tengo poco margen de movimiento. Me importa un carajo MWB o la manera en que tu gente justifica sus horas o si los federales se ponen los calzoncillos del revés. Lo único que quiero saber es si esos documentos pertenecen a los archivos de MWB, y, si es así, las personas que hayan podido acceder a ellos. Si no te fías, acompáñame y cuando creas que me paso de la raya me das un toque —hice una pausa para probar la sopa—. Pero si tanto te preocupa la confidencialidad, seguro que querrás saber si uno de los tuyos se lleva algo entre manos a tus espaldas.

Tras pensárselo un rato tomó una decisión.

—De acuerdo, tendrás la visita barata. Te permito que hables con algunos de los empleados para que veas cómo gestionamos los documentos. Y buscaremos esos que dices. Pero si no descubres nada más, con lo poco que tienes ahora, lo dejarás correr. Y te aseguro que te daré algo más que un toque si creo que te has pasado de la raya. —Le creí.

—Gracias, Tom —dije y continué con la sopa—. ¿Colaboras muy de cerca con el

FBI en esto? —continuó al cabo de un rato.

—Bastante. Los veo una vez a la semana, a veces vienen más.

—¿Van mucho por las oficinas? —Neary alzó la vista y dejó de comer.

—Ya no tanto. ¿Por qué? ¿Pretendes evitar encuentros embarazosos? —Asentí.

—Me gustaría pasar desapercibido.

—Claro, será eso —dijo Neary asintiendo también pero con un tono sugerente que no acabé de entender.

—¿Por qué lo dices? —Neary me miró con cara de pasmo.

—Por nada. La verdad es que no me sorprende que quieras mantenerte alejado de él. —Entonces el pasmado fui yo.

—¿Alejado de quién? —Neary me miró con un brillo extraño en la mirada.

—Joder. ¿En serio que no lo sabes? ¿No sabes quién es el agente especial a cargo del caso de MWB? —Negué con la cabeza—. Pues nada menos que Fred Pell, John. —El camarero se acercó para retirar los cuencos vacíos y poner los cubiertos para el segundo plato. Pero de pronto me había quedado sin apetito.

Fred Pell... Tenía que ser él. Fred pertenecía al FBI de D.C., pero cuando lo conocí operaba en el norte del estado de Nueva York junto con Neary y el resto de nosotros, la policía del estado, la RCMP, la famosa Policía Montada de Canadá y la oficina del sheriff de Burr County. Técnicamente hablando, Pell había sido el superior de Neary, algo que le había marcado mucho y que fue en perjuicio de su relación con los federales y de sus perspectivas en el FBI. Sin embargo, Neary nunca le había dado un guantazo, lo cual no podía decirse de mí, pero, claro, Pell nunca le había amenazado con acusarle de asesinato y de conspiración ni le había apaleado en una celda vacía, así que quizá a Neary le habían faltado motivos para meterle.

De Pell no podía salir nada bueno. Era un hijo de la gran puta que siempre hacía lo que le convenía a él y que dividía su tiempo autopromociándose de forma descarada, lamiendo culos de superiores y tramando la caída de sus rivales. También era el primero en apropiarse de los éxitos ajenos y en escurrir el bulto cuando la pifiaba para que se las cargara algún infeliz. Y era un matón con un carácter explosivo y tendencias violentas. Como Neary le había dicho en una ocasión, era el típico tío al que sus subordinados acaban por meterle un tiro en la espalda.

Pero lo que le hacía peligroso era que no tenía nada de tonto, aunque tampoco era tan listo como se creía, y muchas veces la ambición y la mala leche le cegaban por completo. Pell era astuto como lo es un animal, como si fuera un cerdo listo y malvado. La última vez que lo había visto, Pell me creía culpable de dos de las peores cosas que se le podían hacer a Freddy: dar al traste con su oportunidad de gloria y dejarlo en ridículo delante de todos. Por eso me odiaba. Y conociéndole, habría estado alimentando ese odio durante los últimos tres años. Fred Pell. Qué pequeño es el mundo.

—Mala suerte —dije sin alterar la voz.

Neary soltó una risita y dijo:

—Sí, como si te hiciesen un tratamiento capilar con un cincel. Pell apareció en escena hace casi dos años. Y, por si te lo planteabas, sigue siendo el hijo de puta de siempre pero más gordo. En resumen, harás bien en pasar desapercibido. —Se puso a comer—. Yo hice lo mismo.

Entre bocado y bocado, Neary me proporcionó más información. Brill y Parsons y Perkins, el despacho contable, ejercían de bibliotecarios carísimos que se encargaban de buscar en la marea de papel que quedó allí cuando cerraron el banco y de clasificar y catalogar cada documento que encontraban. Y eran unos cuantos, montañas de documentos que trataban cualquier asunto comprendido entre emisiones de bonos por decenas de millones y, por ejemplo, un pedido de mil calendarios de mesa, así como solicitudes de préstamos, facturas de *catering*, justificantes de transferencias, informes de gastos, actas de reuniones, estados de cuentas, contratos de arrendamiento para coches, cartas a clientes y contratos por los servicios de limpieza de los despachos. O, tal y como dijo Neary, era como poner granos de arena por orden alfabético.

Y esas montañas de papel no eran más que una parte del trabajo. La gente de Parsons recurría a esos documentos para valorar las demandas de los acreedores, por lo cual fue preciso reconstruir años de transferencias para calcular lo que MWB le debía a cada acreedor. Brill ayudó a los abogados de MWB a responder a la interminable oleada de demandas y de peticiones de examen procedentes del grupo operativo y de los abogados de la defensa. Brill se encargaba además de la seguridad física de las sedes de MWB en todo el planeta. Solo en Nueva York, Brill tenía a veinte personas trabajando en MWB, sin contar los vigilantes. Parsons tenía a más de cuarenta empleados ocupados con el caso de MWB.

Neary repitió la opinión de Mike de que la investigación era un zoológico, especialmente al principio, cuando aún tenía que ponerse en marcha. Los primeros meses transcurrieron con la clásica disputa frenética entre las diversas agencias que veían en MWB una buena ocasión para aventajar a las otras. Sin embargo, pese a que la situación se había normalizado tras la creación de un grupo operativo conjunto, Neary sospechaba que las relaciones entre DiPaolo y su homólogo en San Diego, Chris Pérez, no iban como la seda.

—Si esto fuese un combate justo, apostarí por Shelly —dijo Neary—. Pérez tiene el peso y el alcance en su contra, pero no tiene nada que hacer contra esa víbora.

—¿Tan mala es?

—Y no hace más que empeorar —contestó Neary—. De entrada abordó muy bien el caso y enseguida pudo apuntarse en su palmarés unas cuantas condenas. Pero los éxitos cada vez son menos frecuentes y se rumorea que los de D.C. se están

inquietando un poco con Shelly. Supongo que quieren ver acusados o demostrar lo duros que son a la hora de combatir la delincuencia de guante blanco. Claro, la están presionando y su estado de ánimo se resiente.

El camarero había retirado los platos y trajo la carta de postres. Neary pidió una punta de tarta, y yo elegí el arroz con leche. Ambos tomamos café. Tras un momento de silencio, Neary se aclaró la garganta y dijo:

—¿Sabes algo del viejo? —Se refería a Donald. Afirmé con la cabeza mientras me acordaba de la llamada que tenía en el contestador y que aún no había contestado—. ¿Está bien? —preguntó en voz baja.

—Sigue en activo, aparte de pescar y cazar. Y en el norte todavía le quieren, así que será sheriff hasta que se canse. Si se descuida lo van a elegir para el Congreso. — Pero no había contestado a su pregunta. La respuesta era no, Donald no estaba bien. Estaba a años luz de estar bien y jamás volverá a estarlo, ni por asomo, como tampoco volveré a estarlo yo.

El camarero se acercó para servirnos más café. Pagué la cuenta, y nos despedimos a la puerta del restaurante. Neary me llamaría a la semana siguiente para darme una visita guiada por la sede de MWB. Se encaminó hacia las oficinas de Brill, y yo paré un taxi.

Los nubarrones que tapaban el cielo amenazaban con descargar lluvia o nieve, pero durante el trayecto en el taxi cayeron las dos. Apoyé la cabeza en la ventana y observé con los ojos entrecerrados cómo caía todo. Tenía la cabeza llena de recuerdos del caso, de Pell, de Donald e, inevitablemente, de Anne.

Cerré los ojos y vi el muelle, el camino de grava y los escalones del porche, la sangre y las moscas gordas. De repente me sentí agotado y comencé a respirar con dificultad. Había previsto seguir trabajando por la noche para empezar a buscar a Al Burrows, pero al llegar a casa no tuve fuerzas ni para encender la luz. Me quedé de pie con el abrigo puesto y mirando por las ventanas la noche. Me notaba el pecho hueco y frío, como vacío, y lo único que sentía era un dolor sordo. Me tapé la cara con las manos.

Se había presentado sin avisar. Hacía mucho que no me sentía así, tan satisfecho de mí mismo, y entonces me había alcanzado.

—Qué mierda —dije en voz baja.

Y entonces lo oí. Era en el piso de arriba. Fum, fum-bum. Fum, fum-bum. Era una sucesión rítmica y rápida. No estaban deslizando cajas. Ni muebles. Probablemente tampoco eran perros ni gatos. ¿Acaso una pértiga? ¿Tenis? Fum, fum-bum. Fum, fum-bum. Ya basta. Subí por las escaleras.

El pasillo de la quinta planta era idéntico al de la cuarta, largo y estrecho, con luminarias colgantes de grueso vidrio esmerilado. La escalera estaba a un lado, el ascensor al otro, y ante mí estaba la puerta del apartamento. Fum, fum-bum. El ruido

atravesaba la puerta, y se oía música. Sonaba a Annie Lennox. Junto al timbre habían pegado una tarjeta de cartón color crema con letras negras en relieve. Ponía «J. Lu». Llamé —fuerte— y el ruido se detuvo a medio fum. Al instante la música sonó más fuerte.

—¿Sí? —dijo una mujer al otro lado de la puerta.

—Soy John March, el vecino del cuarto. No sé qué te llevas entre manos, pero ¿te lo podrías tomar con calma al menos por esta noche?

Lo dije a malas, hasta yo me di cuenta. Se oyeron pasos acercarse a la puerta y a alguien abriendo la mirilla. Luego hubo un tintineo de llaves, ruido de cerrojos y se abrió la puerta.

—Madre mía. No sabes cuánto lo siento. En serio. No encuentro la caja con las esteras y no pensé que el ruido pudiese atravesar estos suelos. De veras te pido disculpas —dijo mientras se secaba con una toalla la frente y el pelo.

Su voz era un agradable contralto. Parecía realmente preocupada, pero se las arreglaba para que le quedara bien.

Era asiática. Pequeña pero no diminuta, quizá un metro sesenta, sesenta y cinco, y esbelta pero no flaca. No, los brazos y los muslos y las pantorrillas los recorrían bellos músculos compactos. Y por lo que podía ver, que era mucho, lo mismo sucedía con el vientre y los pectorales. Llevaba puestos unos pantalones de *spandex* que le tapaban medio muslo y un top a juego muy corto. El pelo era negro azulado y lo llevaba corto, un peinado severo pero con estilo. Su rostro tenía forma de corazón, con unas cejas finas, unos ojazos castaños casi negros y los pómulos altos. La nariz era pequeña y muy recta. Y tenía una boca preciosa, con el labio superior perfectamente arqueado mientras el inferior era sin duda carnosos, como si hiciese pucheros constantemente. Llevaba un pendiente de esmeralda en cada oreja, y en una también un pequeño diamante. Rondaba la treintena.

Tenía la cara y el esbelto cuello sonrosados por el esfuerzo, y el sudor le había oscurecido el trozo del top entre sus pequeños pechos redondos y la cinturilla de los pantalones. Le brillaban gotitas de sudor en los brazos y en el vientre, y tenía el pelo mojado en las puntas. Al echar una ojeada al interior supe por qué sudaba. En medio del apartamento, en un espacio libre y rodeado de cajas apiladas, había un soporte metálico y un pesado saco colgado de él. La vecina llevaba vendadas las manos y las muñecas como los boxeadores, lo mismo que los tobillos y los pies descalzos. Las vendas se le habían separado a medias de golpear el saco, y llevaba los codos y las rodillas llenos de arañazos.

Se me quedó mirando, y me di cuenta de que tenía los ojos clavados en ella. Y me arrepentía de mi comportamiento malhumorado. Entonces la expresión de preocupación se transformó en una leve sonrisa.

—Eres el hermano de Lauren, ¿eh? Hay que ver cómo os parecéis —me tendió la

mano derecha vendada—. Soy Jane Lu.

—¿Al Burrows? Sí, era mi padre. Murió el año pasado a los noventa y ocho años. Pero no trabajaba en ningún banco. Ese cabrón no dio golpe en su vida. —Hizo una pausa para eructar para sus adentros—. ¿Qué más quieres saber? —Ada Burrows tenía un marcado acento de Long Island y no sonaba muy joven, pero era de los Burrows más complacientes con los que había hablado en todo el día.

—¿Conoce a algún otro Al Burrows? ¿Algún hermano o primo o tío?

—No, casi todos los hombres de la familia están muertos. Y ninguno se llamaba Al. Tengo un primo por parte de madre que se llama Albert, pero se apellida Boyle y diría que está muerto igualmente. ¿Algo más?

—No se me ocurre nada —contesté. Sonó decepcionada. Yo también lo estaba. Taché otro nombre de la lista.

Aparte de globalizar el mercado para la chatarra acumulada en los desvanes y de llevar alegría a los amantes de la pornografía del mundo entero, internet ha sido de gran ayuda para los detectives privados, al menos para los detectives a los que no han condenado al paro. Gracias a los abundantes servicios de búsqueda disponibles en la red, es mucho más fácil dar con gente —el principal sustento de los detectives—, tan fácil que muchos ya no recurren a los detectives y buscan ellos mismos. Supongo que los tiempos cambian.

Personalmente, recorro a estos servicios a cada momento. Tecleas el nombre del sujeto que buscas y obtienes un listado de individuos con domicilios y números de teléfono donde podría figurar el tipo al que buscas. Cuantos más datos introduzcas —la ciudad, el estado, quizá también la fecha de nacimiento— mejores serán los resultados. Y no solo eso. Hay muchos motores de búsqueda que proporcionan información sobre condenas penales, títulos de propiedad, quiebras, matrimonios, divorcios y un amplio espectro de datos públicos a buena parte de los cuales se puede acceder de inmediato, en línea. Pero aunque te ahorran un montón de tiempo, estos servicios no hacen milagros si lo único que tienes es un nombre, y ese nombre no es casualmente del tipo Rufus T. Firefly, u otro que sea peculiar. En ese caso, es probable que te devuelva una lista larguísima. Y entonces hay que volver al tradicional trabajo sobre el terreno o, en este caso, al teléfono.

Al empezar la tarde del lunes ya había llamado a nueve A. Burrows, incluyendo a Ada. Había cruzado el ecuador de la lista obtenida tras restringir la búsqueda al área metropolitana de Nueva York. Basándome en lo que Pierro me había contado, la A de Al Burrows que buscaba era un hombre blanco de más de un metro ochenta de estatura que rondaba los cincuenta años y que dieciocho años atrás había sido de complexión fuerte y ya le caía el pelo, que era rubio oscuro. A estas alturas, Al Burrows podía estar gordo y calvo o haber pasado por el quirófano y lucir un cuerpo

esbelto y una melena pelirroja.

Y no lo sabría hasta dar con él.

El padre de Ada era mi segundo difunto A. Burrows; al primero lo habían atropellado dos años atrás mientras trataba de cruzar Queens Boulevard. El chico tenía veintisiete años, y la madre lo llevaba fatal. Me supo mal haberla molestado. Encontré un Albert Burrows en Chatham, New Jersey, que podía tener la edad correcta, pero que me aseguró —bastante a malas— que nunca había trabajado en un banco y que dieciocho años atrás aún vivía en Ciudad del Cabo. Arthur Burrows, vecino de Dobbs Ferry, también tenía la edad correcta, pero se había especializado en el robo de coches y los alunizajes y dieciocho años atrás estaba cumpliendo su segunda condena en algún penal al norte del estado. Aparte de Ada, era el Burrows más hablador al que había llamado y me contó más de lo que yo quería saber acerca de su relación personal con el Mesías.

Encontré un Alexander en Katonah que estaba metido en el mundo de la banca pero que en el período en cuestión todavía estudiaba la secundaria. Y encontré a Alberta, Arlene, Akeema, Amy y Alyssa Burrows repartidas por el Bronx, Brooklyn y Staten Island. Unos Burrows se mostraron recelosos, otros molestos o impacientes y alguno fue francamente maleducado, pero ninguno conocía a Al Burrows... y si lo conocía no me lo quiso decir. En la lista solo figuraban dos sujetos de Manhattan. Alfred Burrows resultó ser negro y de treinta años; y Alan Burrows, al menos de momento, no era más que una voz en un contestador automático.

Apagué el portátil y me aparté rodando en la silla de la larga mesa de roble que uso de escritorio. Estiré los brazos para desentumecer los músculos y me hice un leve masaje en las cervicales. Entre llamar a los Burrows, contactar con Mike y hablar con Tom Neary, me había pasado la mañana al teléfono. Había informado a Mike sobre el paseo por el parque y el encuentro con nuestro cliente, pero Pierro se me había adelantado.

—Me ha llamado para darme las gracias —había dicho Mike—, por haberte recomendado. Dice que la jugada es genial, que eres un genio y que todo va a ir genial.

—Genial —había dicho yo.

Mike había soltado una risita burlona.

—No deja de ser vendedor... Hay que hacer concesiones.

—¿En serio es tan optimista como parece?

—En cierto modo. Pero normalmente me da la impresión de que aparca el problema en algún cajón del cerebro.

—Funciona, por lo menos si lo soportas.

—Es agotador.

También le había hablado a Mike acerca de la cena con Neary. Al mencionar yo a

Fred Pell, se había quedado callado.

—Razón de más para tengas cuidado —dijo al rato. No le contesté—. Supongo que tu silencio significa que estás de acuerdo conmigo —me había dicho medio esperanzado, y después había colgado.

Enseguida llamó Neary para avisarme de que podía hacerme la visita guiada esa misma tarde si me presentaba en la antigua sede de MWB a las tres y media. Me sorprendió agradablemente que me llamara tan pronto y le dije que allí estaría. Me froté los ojos y consulté el reloj: era la una y media... Aún podía echar una carrera.

Durante el fin de semana el ambiente se había secado, pero, como seguía haciendo viento, me puse los pantalones de correr largos y un anorak. Fui directamente hacia el oeste, a los muelles del Hudson. No tenía mucho tiempo y, como la carrera del domingo había sido larga, opté por correr rápido seis kilómetros y medio. Desde el río torcí a la derecha en dirección norte, hacia los muelles de Chelsea, por donde corrí con el viento en contra, pero constante, y tuve problemas para mantener el ritmo de ocho minutos. El viento me dio un respiro cuando enfilé por la calle Veintitrés y pude acelerar. Mientras corría me vino otra vez a la cabeza mi nueva vecina.

Desde que llamara a su puerta, solo me la había encontrado una vez y además brevemente. Había sido al regresar de la larga carrera del domingo. Jane salía del edificio acompañada de un rubio acicalado al estilo universitario que sonreía mostrando los dientes. Ella vestía unos vaqueros, un jersey de cuello alto naranja y llevaba puestas unas pequeñas gafas de sol con montura metálica. Me dedicó una sonrisa y un saludo, pero, después de haber corrido veinticuatro kilómetros a toda velocidad, no estaba seguro de haberle dado una respuesta coherente.

El viernes anterior, Jane Lu había sido especialmente amable conmigo y se había disculpado mil veces por el ruido, luego me había confesado su debilidad por el *kick boxing* y me había contado que llevaba medio año trabajando con mi hermana Lauren. Hasta me había ofrecido una Pepsi. Y cuanto más amable era ella, más ridículo me había sentido yo por haberme enfadado de aquel modo. Pero en algún momento comprendí que Jane se había dado cuenta de que me sentía incómodo por la situación y que por eso se había mostrado especialmente encantadora; era la mejor estrategia para ver cómo me retorció. Aunque no dejaba de ser molesto, me pareció interesante. Jane era interesante en muchos sentidos, era tremendamente atractiva, con una risa fácil y sincera y un intelecto potente que se leía en sus ojos castaños. Había conversado con ella durante veinte minutos en los que ella tuvo casi siempre la palabra, y luego me había escurrido escaleras abajo para meterme directamente en la cama.

Al cabo de treinta y tres minutos volvía a estar en casa. Hice los estiramientos, me di una ducha rápida y me puse unos pantalones grises con una camisa blanca, una

americana azul y una corbata de color rojo. Y luego me dirigí al centro.

Me apeé del metro en Wall and William y me encaminé hacia el sur. La noche se cernía sobre las callejas oscuras y las volvía aún más oscuras. Los mercados no tardarían en cerrar, y las calles se llenarían de gente que regresaba a casa, pero de momento estaban tranquilas. Había algunas personas apostadas en las entradas de los edificios que fumaban y charlaban o miraban el tráfico mientras otras iban al metro; eran el primer goteo de la hora punta de la tarde. Frente al viejo edificio de Morgan Guaranty había estacionadas unas cuantas furgonetas de los servicios informativos de televisión. El equipo técnico arrastraba los cables por el suelo y bromeaba con los polis que estaban por allí. Había un grupo de turistas descansando en los viejos peldaños de Federal Hall mientras examinaban los mapas y discutían sobre el siguiente enclave que iban a visitar. Algunos vendedores ambulantes daban la jornada por concluida mientras otros la comenzaban. El caso es que había poco ajetreo para ser Wall Street. Menos que en los veranos en los que estuve trabajando aquí, hace siglos. Y menos ajetreo que antes de que se agudara la fiesta, antes de que reventara la burbuja y de que la marcha triunfal de los gerentes imperiales y de los analistas célebres terminara en una serie de paseos de escarnio en público. Había menos movimiento que cuando estaban las torres. Quizá lo imaginé o se debió al efecto que me produce esa zona, pero las caras estaban más pálidas, más cansadas y consumidas de lo que recordaba. Quizá me engañara la luz.

Según el expediente de Mike, New York había sido la principal sede de MWB aparte de la sede central londinense. El fondo de inversiones había sido el principal arrendatario de un prestigioso edificio situado al otro lado de Broad Street, ocupando doce plantas cuyas salas y comedores tenían unas vistas espectaculares. Ahora, sin embargo, lo que quedaba del banco se reducía a dos plantas más próximas al suelo, y en la entrada no se veía más que el granito en el que solía estar el logotipo de MWB. Tras controlar mis identificaciones, el vigilante del vestíbulo señaló un ascensor y me dijo que bajara en la tercera planta. Neary estaba esperándome vestido con un traje azul marino y una camisa blanca con corbata oscura.

—Tom —dije tendiéndole la mano—, te agradezco que hagas esto.

—Siempre es un placer que me debas otro favor. Pero sigo pensando que es una pérdida de tiempo.

Me hizo pasar por una puerta de cristal al área de recepción. Era una sala reducida, sin ventanas y poco acogedora, que tenía como único mobiliario una mesa de acero y una silla giratoria. A la izquierda de la mesa había una puerta metálica y al lado, sujeto en la pared, un lector de llaves magnéticas. El vigilante estaba sentado a la mesa. Era un hombre negro de cincuenta y pocos años que se las arreglaba sin moverse para tener apariencia de duro, de competente y de no estar para bromas. Me miró de arriba abajo con ojos como piedras.

—Hola, Chet —le dijo Neary mientras le mostraba su tarjeta de identificación.

—Hola, señor Neary. ¿Este es su invitado?

—Es él —Neary firmó en el registro de entradas y me hizo firmar a mí. Luego se acercó a la puerta metálica y pasó la tarjeta por el lector. La puerta hizo clic, y la empujó.

Estábamos en un pasillo que se prolongaba a ambos lados. Enfrente había hileras de estanterías de acero de punta a punta de la pared y prácticamente hasta el techo, como en las bibliotecas. Pero el efecto era más de almacén porque no estaban llenas de libros, sino de grandes cajas de expedientes de color verde.

Seguí a Neary hacia la izquierda y doblamos una esquina. La distribución de la planta recordaba a un donut cuadrado, y cuyos cuatro lados eran espacios abiertos, salvo por las estanterías de acero. Los pasillos entre las estanterías eran estrechos y al pasar me fijé en las ventanas sucias que había al otro lado, con vistas a edificios y tubos de ventilación. En cada una de las cuatro esquinas había unos cuantos despachos, mientras que en la parte central estaban los aseos, una cocina, una sala con fotocopiadoras y puertas que daban a la escalera de incendios y a los montacargas. Nos cruzamos con unas doce personas, casi todas jóvenes, casi siempre hombres, pero todos con ropa informal. Y todos conocían a Neary y lo saludaron.

De no ser por las estanterías, los acabados de la planta no estaban nada mal. En los suelos había gruesas alfombras de color café, y las paredes estaban tapizadas con un tejido beis. Los zócalos y las molduras eran imitación de madera noble. Pero aun así la sede de MWB transmitía una especie de vacío y abandono, y al verme rodeado de tantísimas estanterías repletas de cajas me puse un poco claustrofóbico.

—Tenemos esta planta y la de arriba —dijo Neary—. Aquí se encontraban los departamentos de MWB que no estaban en contacto con los clientes. Hemos puesto al vigilante en la entrada y hemos quitado los tabiques para poner las estanterías. La distribución arriba es la misma. Vamos, te presentaré a alguien.

—¿Has contado alguna historia en concreto sobre mí y por qué estoy aquí?

—No he concretado y prefiero no hacerlo. Solo les he dicho que estás en el ramo. No pasa nada. La mayoría de mi gente han sido agentes del FBI y están acostumbrados a enterarse de todo a medias. Y la gente de Parsons son todos contables... Esos ya no esperan nada.

Neary se acercó a una de las esquinas de la planta y lo seguí. Entramos en un reducido despacho del que habían quitado hasta las alcayatas para los cuadros. Los únicos muebles eran una mesa de metal con dos sillas muy usadas a un lado y una silla giratoria al otro. Esta la ocupaba una mujer que estaba concentrada en un monitor, con los dedos inmóviles sobre el teclado y un bolígrafo entre los dientes. Ni siquiera nos miró.

—¿Te va bien ahora? —le preguntó Neary.

—Dame un segundo —contestó ella sin moverse. Tenía varias ventanas abiertas en la pantalla y estaba leyendo un documento en una ventana en la que había un buscador activo.

—Bueno —se dijo, y se encaró en la silla hacia nosotros. Se levantó y tendió la mano—. Cheryl Compton.

Cheryl Compton tendría treinta años y es posible que llegara al metro cincuenta y dos de puntillas y a los cincuenta quilos de peso. Tenía la tez del color del café con leche y una melena tupida que le llegaba a los hombros del color del chocolate negro. El rostro era ancho y las facciones asiáticas y africanas formaban un conjunto atractivo. Sus ojazos casi negros chispeaban impacientes a pesar de su aspecto cansado. Tenía la barbilla menuda y triangular y el mentón muy marcado que en un lado de la cara terminaba en bultito cuando encajaba los dientes, así como unos labios carnosos que fruncía. Compton también llevaba ropa cómoda, unos pantalones de punto gris y un suéter negro. La única joya que llevaba era un reloj de plástico negro. Se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y volvió a sentarse. Nosotros también nos sentamos.

—Cheryl entró en la empresa hace unos tres años, antes había estado en hacienda —dijo Neary—, y la mayor parte de su tiempo con Brill lo ha dedicado a este trabajo. Primero trabajó con la gente de Parsons y con los técnicos poniendo en marcha un sistema de gestión de documentos y ahora dirige la investigación de MWB. Y por mucho que la paguemos siempre será poco porque ella es de las pocas personas que conoce a fondo este asunto.

Esbozó una leve sonrisa. Compton puso los ojos en blanco pero relajó un poco la mandíbula. Se dirigió a mí:

—Neary me ha contado que andas buscando algo de información sobre lo que hacemos y el modo en que lo hacemos. Si te parece te doy una visión de conjunto y entonces me dices por dónde quieres que siga. Supongo que sabrás lo básico sobre el caso de MWB.

—Creo que sí. Ya te avisaré si me pierdo —dije. Ella respiró hondo.

—Aquí se realizan básicamente tres tipos de trabajo —los iba contando con los dedos—. Tenemos el análisis de la liquidación, el soporte a los juicios y la gestión de documentos. Puede que suene a jerga de asesoría, claro, pero desde luego significa algo.

»La gente de Parsons se dedica sobre todo al análisis de la liquidación, nosotros les echamos una mano de vez en cuando. Su trabajo consiste en esencia en reconstruir el balance del fondo de inversiones; por un lado determinan los activos que tiene y por otro tratan de averiguar lo que adeuda y a quién. Ellos pueden darte los detalles más escabrosos.

»El soporte a los juicios es competencia de Brill y no es más que un nombre

bonito para designar el envío de documentos a personas. Como ya debes saber, se han entablado muchas causas penales contra antiguos empleados de MWB, y hay más en camino. Pero además cada vez se entablan más procesos civiles, lo que significa que la comisión de liquidación de MWB recibe todos los días peticiones (en realidad son órdenes) para que suelte documentos. Los investigadores del grupo operativo, el fiscal federal, los abogados de la defensa, los demandantes en causas civiles, etcétera, todos quieren documentos, muchos documentos. Si la comisión de liquidación accede a la solicitud, y no tienen más remedio que acceder, nosotros nos encargamos de rescatar esos documentos. —Compton hablaba rápido. Se notaba que había dado esta charla otras veces, que la tenía ensayada. Hizo una pausa para ver si aún la seguía. Y la seguía.

—Entre estas dos actividades está nuestra tercera tarea: la gestión de documentos. Fue la primera actividad que desarrollamos y de ella depende que funcionen las otras dos. Empezamos a trabajar pensando que nos habíamos embarcado en un barco fantasma en el triángulo de las Bermudas. Me refiero a que todo estaba normal pero la tripulación se había esfumado. Los altos cargos estaban entre rejas o huidos, y las personas que de hecho hacían el trabajo, los vendedores, la gente que llevaba la empresa y los contables, habían sido despedidos. No podíamos recurrir a ellos porque eran posibles sospechosos. Así que nos pusimos al timón de un banco vacío, un barco fantasma. Y la única forma de saber qué cojones había ocurrido era a partir de los documentos que encontramos aquí.

»Pero la montaña de papeles era tremenda y la organización documental no era uno de los puntos fuertes de MWB. Para poder gestionar y controlar los documentos seguimos una serie de protocolos y usamos un sistema informático. Los protocolos son sencillos, aunque el trabajo en sí no lo es. A cada documento que encontramos le asignamos un número de identificación único y lo escaneamos para introducirlo en nuestra base central de datos. Luego alguien revisa el documento, lo clasifica y hace un resumen de su contenido, y todos estos pasos también se introducen en la base de datos. Después, el documento original se retira y se pierde en un almacén de New Jersey donde queda guardado. A partir de entonces, todas nuestras investigaciones y las de Parsons se hacen a través de la base de datos. —En el ordenador sonó un pitido y Compton lanzó una mirada a la pantalla. Hizo clic en algo y prosiguió.

—Pongamos que Parsons necesita echar un vistazo a toda la correspondencia entre MWB y cierto cliente. Con este sistema pueden buscarlo por fecha, por asunto, por departamento o por muchos otros criterios y todo ello en línea. O pongamos que nos piden, quizá los fiscales federales, ciertos documentos. Entonces los buscamos en el sistema y les pedimos a los tipos del almacén los documentos originales. Y también usamos el sistema para llevar un registro de las personas que han pedido cada documento y para dejar constancia de lo que enviamos y de adónde y cuándo lo

enviamos. —Se tomó un respiro y esperó las preguntas. Esta vez tenía algunas.

—¿En la base de datos solo se introducen los documentos en papel? ¿Qué hay de los correos electrónicos? ¿Y los datos procedentes de los sistemas contables de MWB?

Compton ya movía la cabeza afirmativamente antes de que yo acabara la pregunta.

—Sí, sí. Lo guardamos todo. Los correos y demás documentos electrónicos también se introducen en la base de datos y están sujetos al mismo protocolo que el papel, solo que no hace falta escanearlos. También nos valemos de sus sistemas, como el libro de contabilidad general o los sistemas de comercio, pero los datos no se introducen en la base de datos central.

—¿Se han introducido ya todos los documentos?

—Casi todos. Hemos registrado los que se encontraron en las sedes del mundo entero pero todavía hay muchos pendientes de clasificación, por ejemplo, una gran parte de los que están en las estanterías.

—Entonces esos documentos se remontan a... ¿cuánto tiempo?

—Casi tres décadas atrás, cuando MWB abrió sus puertas.

—¿Y la gente necesita documentos tan viejos?

—Bueno, el FBI se centra en las actividades más recientes que aún no hayan prescrito, las desarrolladas en los últimos siete años más o menos. Pero los de Parsons, para hacer la liquidación, han de retroceder hasta entonces.

—¿Y todo el trabajo se hace aquí? ¿El escaneo, los resúmenes y el resto?

—Sí. El control ha de ser central. En cuanto la información entra en el sistema, nuestros equipos de supervisión pueden acceder a ella. Estamos conectados a una red mundial.

—Y una vez dentro, ¿cómo vuelves a encontrarlo? ¿Es imprescindible saber el número de identificación?

Compton hizo una mueca.

—Sería una opción, pero nadie conoce los números. Ya te he contado que una parte de nuestro trabajo es clasificar los documentos. Estas categorías las usamos para encontrarlos posteriormente en la base de datos. Etiquetamos cada documento con información sobre el asunto que trata, así como la fecha, el autor y el departamento del que depende, a quién iba dirigido, quién ha recibido copias y naturalmente su origen, que es el lugar donde lo hemos encontrado. Y hay muchos otros criterios. Podemos buscarlos usando uno o varios de estos criterios.

Neary carraspeó y tomó la palabra:

—¿Podrías hacerle una demostración, Cheryl? —Compton volvió a encajar las mandíbulas y consultó su reloj.

—Tenía previsto dejarlo en manos de Mitch y Bobby, si no hay inconveniente —

dijo.

Neary pareció un tanto sorprendido pero asintió.

—Claro que no —dijo—. ¿Están en su despacho?

Ella también asintió. Ambos nos levantamos y agradecí a Compton que me hubiera dedicado su tiempo. Me dio un rápido y distraído apretón de manos y enseguida comenzó a coger algunos papeles que estaban en la mesa.

Seguí a Neary de vuelta por el pasillo principal hacia la siguiente esquina de la planta. Entramos en otro despacho de dimensiones similares al de Compton y casi igual de austero, salvo que en él había dos mesas. Y un hombre sentado a cada mesa.

—Mitch, Bobby, siento despertaros, pero Cheryl os ha nombrado encargados de hacer una rápida demostración del sistema de documentos —dijo Neary.

Ambos se echaron a reír y se levantaron para presentarse. Bobby Coe era un tío sonrosado de cerca de treinta años que ya se estaba quedando calvo. Era más o menos de mi estatura y tenía el rostro redondo y franco y los ojos grandes y azules enmarcados por la fina montura metálica de sus gafas. El poco pelo que le quedaba era rubio cobrizo y lo llevaba corto. Vestía unos pantalones caquis y una camisa roja que se había arremangado dejando a la vista sus fuertes antebrazos llenos de pecas. Neary había dicho que la mayoría de sus empleados eran antiguos agentes del FBI, y quizá Coe también lo fuera, pero en mi opinión tenía el aspecto de un ex guarda forestal.

Mitch Vetter, su compañero de despacho, tendría la edad de Coe pero era más bajo, alrededor de un metro setenta y cinco, y menos corpulento. Tenía el pelo castaño, oscuro y ondulado, que llevaba largo tratando de ocultar una incipiente coronilla, y una cara alargada y pálida con las cejas pobladas y los ojos castaños situados muy cerca de su nariz prominente. Tenía una barba cerrada y las sombras al final de la jornada eran de un tono algo más claro que el bigote y la perilla de aspecto cuidado. Con unos pantalones negros y una camisa azul marino tenía toda la pinta de haber trabajado para el FBI; era de esos agentes que enviarías de infiltrado a una banda de mañosos de New Jersey.

—Sí, Cheryl nos ha informado —dijo Vetter. El tono de voz era sorprendentemente alto y tenía un marcado acento neoyorquino—. Acércate.

Vetter se sentó y encaró el monitor. Neary y yo cogimos sendas sillas, y Coe se levantó para sentarse en el borde de la mesa, a nuestro lado. Vetter tenía un buscador activado en una ventana de la pantalla.

—Cheryl nos ha explicado lo básico, así que podéis ir al grano, Mitch —dijo Neary.

Vetter asintió.

—Perfecto. Este es el motor de búsqueda de nuestra base de datos de documentos, y esta es la pantalla en la que puedes formular preguntas —explicó—. Aquí puedes

aplicar filtros a toda la base de datos para, por ejemplo, encontrar todos los documentos que produjo el departamento de préstamos el 23 de julio de 1994.

Mientras hablaba no dejaba de teclear a gran velocidad. Introdujo criterios de búsqueda en diversos campos etiquetados que se mostraba en pantalla. Fui capaz de descifrar el significado de algunos tales como «fecha del documento» y «autor», pero había otros campos, como «req loe ref», que se me resistían.

—Por internet no puedes acceder a esto ¿no? —le pregunté.

—Ni de broma —respondió Coe mirándome estupefacto—. Esto funciona en una intranet que hemos montado nosotros. Es como un internet privado. —Vetter hizo clic en el botón «buscar», y al momento se mostraron los resultados en una lista—. ¿Lo ves? —Vetter señaló la pantalla—. Tenemos en total 124 documentos. En este listado se muestran los primeros veinte. Seleccionamos un documento y podemos leer el resumen —seleccionó uno e hizo clic en otro botón. Se abrió una nueva ventana que reproducía unos cuantos párrafos de texto—. O bien podemos visualizar el original.

Hizo clic en otro botón y se abrió otra ventana que en esta ocasión era un documento con el membrete de MWB. Se diría que era una carta a un cliente.

—Y si queremos también podemos buscar cualquier otro documento con la referencia de este cliente —dijo Coe. Vetter hizo una demostración. El motor indicó 568 entradas, y las primeras veinte se visualizaron en pantalla.

—¿Y si quieres encontrar todo lo que ha escrito una persona en particular? —pregunté.

—Ningún problema —dijo Vetter y me lo mostró.

—¿Y en la base de datos consta el lugar en que se encontró cada documento?

—Así es —contestó Coe.

Se hizo un momento de silencio.

—¿Y también usáis el sistema para llevar el registro de quién ha pedido qué cosa? —le pregunté.

—Sí, claro. Todo queda registrado, también la persona que hace una petición, la fecha en que la presentaron, lo que pidieron y lo que les mandamos y cuándo se lo mandamos —respondió Coe.

—¿Y qué hay de las búsquedas como la que acabas de hacer?

—¿Las búsquedas en línea? Esas también quedan registradas. Cuando digo «todo» me refiero a que no hay excepciones.

—¿Puedes buscar documentos basándote en quién ha accedido a ellos? —Vetter y Coe cruzaron la mirada y finalmente habló Coe.

—Si te refieres a buscar todo documento que haya pedido por ejemplo el agente especial X, la respuesta es sí. Es sencillo. Como he dicho antes, si alguien nos pide que le mandemos un documento, introducimos en el sistema el quién, el qué, el dónde y el cuándo y basamos la búsqueda en estos criterios. Si te refieres a buscar, por decir

algo, todo lo que yo he buscado en línea últimamente, eso también es posible pero las cosas se complican. Y no todo el mundo es capaz de hacerlo porque para eso has de buscar en los archivos de registro, y este motor de búsqueda no busca en esos archivos.

Vetter se había vuelto en la silla para mirarme con un principio de curiosidad. Se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa, lentamente, esperando nuevas preguntas y dándole vueltas a la cabeza. Pero cuando yo iba a formular la siguiente pregunta, Neary propuso que los dejáramos seguir con su trabajo. Se levantó, les dio las gracias y caminó hacia la puerta.

8

—¿Demasiadas preguntas? —le pregunté cuando volvimos a estar en el pasillo.

Neary asintió y dijo:

—Vetter comenzaba a sospechar algo.

—Lo siento. Pero es que me gusta ese sistema. Parece que podría decirme muchas cosas que me interesan; los documentos escritos por Nassouli, los que encontraron en su despacho y las personas que hayan pedido verlos.

—No te preocupes, todo llegará. Además, puedo contestarte algunas de esas preguntas sin necesidad del sistema. ¿Quieres saber cuántos documentos se encontraron en el despacho de Nassouli? Pues la lista es corta. Nada, ni un trocito de papel... salvo una libreta pringosa y amarillenta y los pañuelos de papel. —Me quedé estupefacto—. Creemos que estuvo dándole a la trituradora de papel antes de abandonar el despacho. Otros directivos hicieron lo mismo, y eso disgustó bastante a Shelly y compañía cuando se enteraron. Y ya que sale el tema, ¿quieres saber quién ha estado buscando los documentos de Nassouli? Pues encabeza tu lista con el FBI. Hasta hace unos meses estaban encima de cualquier cosa que tuviera que ver con él. Pidieron copias de todo lo que él hubiese escrito o copiado o que hiciera referencia a él.

—¿Y qué ocurrió después?

Neary se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente. Hace cinco o seis meses terminó sin más. No hicieron más peticiones. Los federales dejaron de ocuparse de él. Y les fastidia que salga el tema, así que no insisto.

—Entonces... ¿Crees que igual lo han encontrado?

—Con esos nunca se sabe —dijo arqueando las cejas—. Quizá deberíamos llamar a Freddy Pell y preguntárselo. Le encantará echarnos una mano. Acompáñame al piso de arriba para echar un vistazo a la gente de Parsons y después podremos husmear en el sistema. —Le seguí y cruzamos la puerta metálica que daba a la recepción y los ascensores.

El área de recepción de la cuarta planta era idéntica a la tercera salvo por el vigilante sentado al otro lado de la mesa. Esta vez era un blanco corpulento de unos cincuenta y cinco años, con la cara sonrosada y un pelo rojizo en el que se asomaban las primeras canas.

—Hola, Tim —dijo Neary—. Él va conmigo. Ya se ha registrado abajo.

Tim asintió y Neary abrió la puerta de metal con su llave magnética. La cuarta planta también tenía la distribución de donut cuadrado de la tercera, así como los bosques de estanterías, y daba la misma sensación de abandono. Neary me iba poniendo en antecedentes mientras volvíamos otra esquina del pasillo y pasábamos

junto a otros despachos.

—Como ya ha dicho Cheryl —dijo—, Parsons se dedica sobre todo a las actividades relacionadas con la liquidación. Fueron los primeros en ser contratados por la comisión, incluso antes que nosotros. Aquí en Nueva York tienen trabajando a más de cuarenta personas y es probable que entre sesenta y setenta más repartidos por las sedes de MWB del mundo entero. El compañero que dirige la liquidación se presenta como mucho un par de horas al mes que se pasa principalmente comentando sobre el comité de gestión. El que de veras lleva todo esto es Evan Mills. Es un hijo de puta pero un tío brillante en cuanto ves más allá de su pinta de universitario entrado en años —soltó una risotada—. Eh, puede que tengáis mucho en común. Tiene que andar por aquí.

Entramos a una sala alargada, toda blanca y fuertemente iluminada, que no tenía ventanas. Encima de la mesa de metal y plástico había seis ordenadores. Tres tipos estaban concentrados en un monitor. Nos dirigieron la mirada pero no saludaron.

—¿Mills? —les preguntó Neary.

—Despacho de proyectos —contestó uno, y señaló con el pulgar a un lado. Los tres volvieron la vista otra vez al monitor.

Seguí a Neary hasta un cuartucho que tenía más pinta de almacén de archivos que de despacho. Medía unos dos metros y medio por tres metros, y un fluorescente del techo iluminaba aquellas paredes de estanterías cargadas de grandes archivadores blancos con etiquetas del tipo «Horas de trabajo» y «Gastos». Algunos archivadores llevaban el logotipo de Brill, pero la mayoría tenían estampado el sello de Parsons and Perkins. En la sala también había una mesita de metal en la que compartían sitio, muy juntos, un ordenador, un teléfono, un fax con sus correspondientes bandejas de entrada y de salida, un montón de impresos en blanco y —por lo menos en ese momento— unas zapatillas de deporte bastante hechas polvo.

Las zapatillas pertenecían al joven que estaba repanchingado en la silla al otro lado de la mesita. Sujetaba el auricular del teléfono con el hombro y tenía un archivador blanco en las rodillas. Estaba escuchando a alguien y puso los ojos en blanco en señal de morirse de aburrimiento. Se pasó la mano por la frente amplia y por un mechón de pelo rubio. Entonces sonrió a Neary haciéndole el gesto de blablablá y después le disparó con el pulgar y el índice. Aparte de las zapatillas, llevaba unos bombachos color caqui y un jersey azul marino sobre una camiseta a rayas a juego. Al subirse las mangas, vi que tenía los antebrazos fibrados y un reloj de pulsera metálico que parecía salido del cuadro de mandos de un caza.

Cuando lo mirabas de cerca, aquel tipo envejecía diez años. Tenía mechetas de canas por el pelo y arrugas en torno a los ojos, grises y un poco saltones, y en torno a su boca larga y casi sin labios. El color sonrosado de su nariz afilada no se debía al sol sino a una rotura en cadena de capilares. Le eché unos cuarenta años. Volvió a

pasarse la mano por el pelo y tomó la palabra:

—Sí, señora Cleaver, se lo mandaremos de inmediato —dijo con amabilidad simulada—. ¿Y entonces dejará que las nenas salgan a jugar a la calle? —estuvo un rato escuchando y de pronto se sentó firme. Agarró el auricular con la mano y dijo con inquina—: ¿Le parece una actitud inadmisibile? Pues entonces venga a decírselo usted misma a mis empleados, que llevan dos meses sin cobrar dietas porque usted y sus putos *burrocratas* son incapaces de llevar bien el papeleo. Mi actitud no es nada comparada con la de ellos. Voy a enviarle otra vez el documento de los cojones, pero le aseguro que es la última vez que tenemos esta conversación porque, si esto vuelve a ocurrir, me iré a ver al encargado de estos acuerdos para que usted le cuente por qué no hace más que cagarla.

Colgó dando un fuerte golpe y al momento siguiente el enfado se le había borrado de la cara.

—Qué payasos. Tratamos de hacer aparecer cuentas para poder rastrear los gastos, pero a veces es más difícil que conseguir que el fisco mueva el culo —se echó a reír. Dejó el archivador sobre la mesa, se puso de pie y se estiró. Entonces le dedicó una sonrisa a Neary y le tendió la mano—. Pero si tenemos aquí al mismísimo J. Edgar... ¿Cómo te va, Hoov? —se dieron la mano. ¿Hoov?

Neary esbozó una sonrisa un poco forzada e hizo las presentaciones:

—Evan, te presento a John. John, Evan Mills. Estoy dándole una especie de visita guiada para que se haga una idea de lo que hacemos aquí y he pensado que igual podrías explicarle por encima el trabajo que realiza Parsons.

Mills me dio un apretón más fuerte de lo que me esperaba.

—Lo que tú me pidas, Hoov, ya lo sabes. ¿Eres otro federal que ha tirado la toalla? —me preguntó Mills. Sonreí pero no dije nada—. No lo dices ¿eh? Solo con la mirada, lo imprescindible, podrías contármelo tranquilamente pero luego tendrías que matarme, claro, capto la idea. —Se echó a reír y se encaminó hacia el pasillo. Neary y yo lo seguimos. Mills caminaba mientras nos iba dando una charla que tenía más que ensayada.

«Supongo que Hoov te habrá explicado quién hace cada cosa, ¿verdad? Y que Parsons se centra en el trabajo de liquidación. Se trata de la típica contabilidad judicial, la de toda la vida. ¿Pero qué quiere decir eso? Bueno, siempre digo que la contabilidad judicial es como la arqueología, solo que menos sucia y no tienes que ir de acampada. Las dos consisten en reunir millones de piezas de material insignificante para reconstruir con ellas una imagen de algo del pasado. En nuestro caso, tratamos de reconstruir los balances de MWB. —A Mills le encantaba escucharse y en ningún momento interrumpió la charla ni se volvió para mirarnos.

—Doy por sentado que careces de experiencia contable. Claro, ni tú ni nadie que no sea contable. Y a ellos a veces también les cuesta entender esto, de modo que voy

a evitar en lo posible los tecnicismos. Un balance es básicamente un recuento del activo y el pasivo de una empresa. Los activos son lo que posee y los pasivos lo que adeuda. Hacer un balance requiere un esfuerzo pero no hace falta que seas físico nuclear. Para un banco, el recuento de los activos viene a ser la suma de los préstamos pendientes que se han contraído, más los fondos y los valores o títulos que el banco haya obtenido a través de sus actividades comerciales, más lo que tenga en sus cajas fuertes, y que puede ser dinero en metálico o acciones y bonos, aparte de oro y también otras cosas. Y entonces sumas a eso cualquier importe o valor que la empresa tenga ingresados en otros bancos y entidades.

»El recuento del pasivo es la otra cara. Te centras en todos los préstamos que ha tomado el banco, el dinero y los valores que custodie para sus clientes, las obligaciones y acciones que haya emitido, las cargas que se adeuden de su actividad comercial y todo lo que se encuentre en sus cajas fuertes que pertenezca a un tercero. Eso es lo que hacemos nosotros. Naturalmente, tratándose de MWB la cosa se complica. —Mills nos hizo pasar a la cocina. Se sirvió un mejunje de aspecto venenoso y se apoyó en la encimera.

—¿Queréis café? ¿No? Es lo más sensato. Bueno. El primer y mayor obstáculo en este trabajo es la cantidad de entidades legales, todo tipo de instituciones financieras, bajo el paraguas de este *holding*. Tenemos que hacer frente a una gran cantidad de nombres a la hora de investigar las actividades. Y para colmo los de MWB eran los peores archivadores del mundo. No sé si lo hacían expresamente o si era por pura incompetencia, pero es increíble que sus cuentas hubiesen pasado una sola auditoría. —Probó el café y torció el gesto.

—Estos son los problemas más serios, pero no han sido los únicos. Pondré un ejemplo: los operadores de MWB eran muy activos, de manera que cuando les retiraron las concesiones aún se tenían que procesar una gran cantidad de operaciones que nosotros tuvimos que examinar con lupa. Y encontrar las cuentas de dinero y los valores en otras entidades también fue doloroso. Disponíamos de algunos documentos como punto de partida pero al final tuvimos que ir a visitar a todas las empresas que prestaban este tipo de servicios para ver si MWB también tenía cuentas con ellos. Y además estaban las cajas fuertes. Es sorprendente lo que tenían dentro. Digamos que una buena parte era de origen dudoso. —Mills sonrió para sus adentros sacudiendo la cabeza.

—Vale, ya tenemos el balance reconstruido, ¿y ahora qué? ¿Qué hacemos con él? Bueno, los activos son siempre los pasivos de otras personas y los inspectores aún no habían clausurado esta sede cuando comenzaron a llover las demandas. Para confirmar esas demandas reconstruimos las actividades de MWB con cada demandante. Es un trabajo insoportable; los casos más complejos se remontan a años atrás y suponen miles de transferencias. —Mills apuró la taza.

—Eso es todo. En resumen: esto es lo que hacemos aquí en Nueva York y también en las sedes del extranjero. —Se cruzó de brazos y se nos quedó mirando a los dos con cara de duda—. No sé qué más contar.

Cruzamos la mirada con Neary. Ninguno habló.

—¿Cómo lo haces? —dije finalmente—. ¿Cómo encajas todas las piezas?

—¿Te refieres a la mecánica? —Mills me miró y se encogió de hombros—. Uno de mis equipos está trabajando aquí al lado. Puedes saberlo de primera mano. — Seguimos a Mills por el pasillo hasta la sala de reuniones en la que Neary y yo habíamos estado antes. Los tres seguían allí. Mills se dirigió a ellos—. Soldados, permitidme interrumpir vuestra tarea. Ya conocéis a Hoov, de Brill. Este es su amigo, John —Mills hizo una pausa dramática y me dirigió la mirada—, John, el Misterioso. Tiene algunas preguntas generales y muy rápidas para vosotros y después podéis volver a la mina de sal. —Se volvió hacia nosotros—. Estos son Stan Greer —señaló a un tipo con gafas, delgado, pálido y rubio pajizo, que vestía una camisa escocesa azul—, Charlie Koch —un pelirrojo corpulento y con pecas que llevaba un suéter de los Jets— y Vijay Desai —un hindú de tez oscura y delgado que llevaba un jersey rojo vivo sobre una camisa negra.

No pareció que les hiciera mucha gracia aquella interrupción y, claro, también se mostraron un tanto incómodos por la manera en que Mills me había presentado, John el Misterioso. Mills se volvió hacia mí esperando a que tomara la palabra y dije:

—Evan me ha contado por encima el tipo de trabajo que hacéis aquí. Pero me gustaría poder hacerme una idea de cómo lo hacéis en la práctica. Quizá podéis empezar por el modo en que estáis organizados, por quién hace cada cosa.

Miraron a Mills y luego se miraron entre ellos sin saber cuál debía tomar la palabra. Mills puso cara de aburrirse y no decidió por ellos. Finalmente fue Desai quien saltó al ruedo.

—¿Sabes que tratamos de reconstruir el balance y de valorar las demandas? —me preguntó. Asentí—. En el balance trabajan varios equipos de entre tres y seis contables con una amplia experiencia en auditorías. Hemos dividido las diversas entidades de MWB y hemos asignado una división a cada equipo. Cada uno de ellos se encarga del balance relativo a dichas entidades, además de revisar el trabajo de otros equipos para el control de calidad. Las demandas las llevan otros equipos que suelen estar formados por dos o cuatro personas.

—¿Y por dónde empiezan? ¿Con qué trabajan? —le pregunté algo impaciente.

Desai siguió:

—Miran sobre todo los datos de la contabilidad del banco y los otros sistemas de almacenamiento de archivos. Y los documentos que MWB hizo llegar a lo largo de los años a los inspectores, al Banco de la Reserva Federal, al estado de Nueva York, a la superintendencia de bancos, etcétera. Por último, vuelven a consultar los

documentos de origen: formularios de cuentas, confirmaciones, contratos de préstamos, extractos de cuenta, cartas con los clientes, cosas de ese tipo. Y para eso utilizamos el sistema de documentos.

Mills consultó el reloj de pulsera y luego se dirigió a Neary.

—Hoov, si no hay nada más, tengo mucho trabajo y esta gente también. A menos que pueda facturarte por actividades de asesoría. —Por muy sutil que fuera el comentario, nos dimos cuenta de que nos estaba echando.

Dimos las gracias por la explicación y fuimos hacia los ascensores. Poco antes de llegar a la puerta de salida me di la vuelta y vi que Mills estaba de pie al fondo del pasillo, mirándonos.

—¿Será borde...? —dije mientras esperábamos el ascensor.

—Sí.

—La visita guiada ha sido corta —dije.

—Bastante, pero también ha salido barata. Vamos a echar un vistazo a tus documentos.

Pasaban de las cinco cuando regresamos a la tercera planta, y el paisaje borroso que se veía por las ventanas estaba oscurecido por la noche. Las luces que seguían encendidas en los edificios próximos hacían que aquella planta pareciera más abandonada que nunca. Seguí a Neary hasta un despacho pequeño. Sobre el escritorio de madera noble solo había un ordenador y un teléfono. Neary tomó asiento, puso en marcha el ordenador y se acercó el teclado.

—Coge una silla —dijo, y lo hice. Tecleó deprisa, entró en el sistema y activó el buscador. Al salir en pantalla la página del motor de búsqueda, se apoyó en el respaldo y me miró—. Y ahora es cuando jugamos a aquello de «te enseño la mía si me enseñas la tuya» —dijo. Le miré a los ojos, sin decir nada. Señaló el teclado—. Conduzco yo, y si no me das material para buscar, no llegaremos a ninguna parte.

—También puedes cederme el volante —dije.

Neary resopló.

—Me temo que no, John. Ya me he arriesgado al traerte aquí, así que, a menos que cantes, esta visita termina ya.

Nos miramos fijamente sin decir nada. Neary no iba a presionarme pero tampoco se estaba marcando un farol. Me daba a elegir. Asentí y saqué mi libreta.

—Todo lo que me interesa se remonta a hace dieciocho años. Comencemos con las cartas de Nassouli con fecha de febrero de ese año.

Se puso a teclear. El motor dio con veintiún documentos que cumplían esos criterios. Leí la lista de los resultados, pero no encontré los que andaba buscando. Las fechas no se correspondían, y lo mismo sucedía con los asuntos. Neary me dirigió la mirada, y yo sacudí la cabeza.

—Vamos uno a cero —dijo.

—De hecho, dos a cero.

Se encogió de hombros.

—¿Qué más? —preguntó.

—¿Qué tal las cartas que recibió Nassouli —volví a consultar mis notas— entre el ocho y el quince de marzo de ese año?

Esta vez el motor encontró once documentos. Enseguida me fijé en uno. Neary se dio cuenta.

—¿Alguno? —preguntó. Asentí—. ¿Vas a decirme cuál es o tengo que adivinarlo?

—Enséñame los cinco primeros —dije.

Cada vez que hacía clic en uno, se abría una nueva ventana con un resumen del documento seleccionado y una imagen previa del original.

El mío era el número tres. Se trataba de la carta de Pierro a Díaz en la cual le informaba del establecimiento de una línea de crédito. Era idéntica a la carta del fax. Según el resumen, el original se había encontrado almacenado fuera de la sede, en los archivos del departamento de banca corresponsal, concretamente en los archivos de su antiguo jefe Alan Burrows.

—¿Quién más ha pedido este documento? —pregunté. Neary desplazó el cursor e hizo clic un par de veces.

—Solo los federales, hará un año. Ya te he dicho que quieren todo lo que esté relacionado con Nassouli. —Nos quedamos callados un momento—. ¿Esto es todo? —preguntó. Asentí—. Así que nos faltan dos documentos, y al tercero no ha accedido nadie aparte de los federales. No hay nada que indique que tus documentos sean de MWB, John. Tendrás que buscar en otra parte.

Guardé la libreta y me arrellané en la silla.

—¿Habéis encontrado documentos del archivo de Nassouli fuera de esta sede? —le pregunté.

—Sí, algunos —respondió con cautela.

—Entonces Nassouli no recogió esa documentación para pasarla por la trituradora, hummm...

—Supongo que no le dio tiempo.

—Los documentos que busco son viejos, lo bastante como para que se almacenaran fuera de la sede. Pero allí no se encontró ninguno. ¿Cómo te explicas eso? —Neary se lo pensó, descontento por mi insinuación.

—No lo entiendo. Puede ser que no los enviara a un almacén externo y que los triturara con el resto. También es posible que le importaran un rábano y los tirara hace años. La gente de MWB no se mataba con la gestión de los archivos.

—No oigo otra cosa. Pero otra opción es que los documentos estuvieran aquí y que jamás se introdujeran en el sistema.

—Tonterías —dijo Neary. Suspiró hondo y apagó el ordenador. Luego se arrellanó en la silla, descansó las manos sobre el vientre con los dedos entrelazados y me miró fijamente—. ¿Qué más puedo contarte? —preguntó.

Tuve que pensármelo porque en realidad no tenía ni idea. El despacho estaba en silencio salvo por el rumor del aire que entraba por las rejillas de ventilación del techo.

—¿Estas dos plantas son lo único que queda de MWB en Nueva York?

—Más o menos —contestó Neary—. Casi todo lo demás lo han vaciado y lo han vuelto a alquilar.

—¿Dónde estaba el despacho de Nassouli?

—En la planta cuarenta y cuatro, uno de los parkings.

—¿Queda alguna cosa allí?

—No por mucho tiempo. La semana pasada firmaron un contrato de alquiler y la que viene comenzarán las reformas. Los equipos y los archivos se los llevaron hace tiempo. No queda gran cosa, pero si quieres podemos echar una ojeada.

Fuimos al vestíbulo, tomamos otro ascensor y subimos a la planta cuarenta y cuatro. Otro vigilante uniformado saludó a Neary y pulsó un botón para que pasáramos. Neary cogió unas llaves de la mesa. Luego entramos por una puerta de metal y recorrimos un pasillo corto. La forma de esta planta era idéntica a las inferiores pero la distribución era muy distinta. El borde interior del donut lo formaban pequeños despachos sin ventanas pero con paredes de cristal con vistas al resto de la planta. Había más y mayores despachos a lo largo del borde externo, también con paredes de cristal, pero tenían ventanas y unas vistas impresionantes del puerto y del horizonte urbano de la zona alta. Encajonado entre esos despachos acristalados estaba el parque propiamente dicho: cinco hileras de escritorios largos, separadas por pasillos estrechos que recorrían los dos lados del donut.

Si las plantas inferiores daban la impresión de abandono, esta planta parecía directamente saqueada. Los despachos estaban casi vacíos, solo quedaba algún que otro mueble dañado y una caja de mudanzas. En algunos despachos las cortinas y las venecianas de los paneles de cristal estaban tiradas en el suelo de cualquier manera mientras en otros aún colgaban torcidas. La moqueta estaba llena de manchas, se había despegado en varios puntos y en otros ya ni siquiera estaba. Faltaban filas enteras de aislamiento acústico en el falso techo. Las luminarias que no estaban rotas en el suelo no se encendían. El bosque de tecnología, esos monitores, teclados y complejos terminales telefónicos que acostumbran a poblar las mesas de un operador, aquí lo habían arrancado de cuajo; solo quedaba un tremendo lío de cables y algún que otro rastro limpio sobre aquellas mesas tan sucias. Las mesas en sí eran como coches para el desguace. El ambiente era frío y estaba cargado, el olor me recordaba al de una estación de autobuses.

Cruzamos el parque hasta un gran despacho que hacía esquina y que disponía de una salita de espera y una sala de reuniones con paredes de cristal. Neary buscó una llave y abrió la puerta. Ese despacho estaba en mejor estado. Las cortinas, las moquetas y las lámparas estaban intactas, al igual que los muebles que quedaban: un escritorio de madera de teca maciza con la superficie de piedra pulida, dos aparadores enormes y una estantería también de teca. Neary se acercó a la ventana para ver las vistas.

Eran espectaculares. Al norte, el puente de Brooklyn, el de Manhattan, la FDR Drive que se prolonga por el East River y otro tramo del frente marítimo de Brooklyn. Y todo resplandecía en la noche. Más hacia el este se veía más Brooklyn, la mole ensombrecida de Governor's Island y a lo lejos las luces del puente de Verrazano que se elevaba sobre las oscuras aguas del puerto. Miramos el paisaje en silencio.

—Bonitas vistas, pero nada más —dijo Neary. Miré a mí alrededor. En un aparador había una caja de mudanzas, sin cerrar.

—¿Qué hay en esa caja? —le pregunté.

—Cosas que Nassouli dejó aquí. Adornos para poner en la mesa, unas lápidas de plexiglás que regalaba cada vez que cerraba un acuerdo y las fotos que estaban colgadas en las paredes, casi todas de él en fiestas.

Neary introdujo una mano en la caja y sacó una foto en color de tamaño grande que estaba montada entre dos placas de vidrio. Se veía a gente en una fiesta, una fiesta muy chic. Los hombres iban de etiqueta, y las mujeres vestían unas telas transparentes que brillaban. Reconocí al fondo el templo de Dendur, reconstruido en el museo Metropolitano. El hombre que salía en primer plano debía de ser Gerard Nassouli.

Era guapo y, en esa foto, podía tener de treinta y cinco a cincuenta años. La foto era de medio cuerpo y se le veía corpulento pero sin estar gordo. Tenía la cara ancha con los ojos con forma de almendra, la nariz recta y prominente, la boca grande con labios llenos y los dientes blanquísimos que resaltaban con su tez oscura. El pelo era brillante y negro y tupido como las cejas. Tenía bigote y una barba a lo Van Dyck, los dos muy cerrados. En la foto sonreía y parecía estar hablando con alguien al otro lado del marco. Tenía una mano alzada en un brindis mientras con la otra se agarraba a una rubia esbelta que le sacaba unos centímetros pero que apenas sería mayor de edad. La chica esbozaba una sonrisa con los ojos cerrados y la cabeza ladeada hacia él, quien la tenía bien sujeta por la cadera con su manaza de aspecto muy cuidado.

Aquel pelo impecable, sus facciones oscuras y su corpachón le daban un aire de oso bonachón que me hizo pensar en Rick Pierro. Pero así como Pierro transmitía un mensaje abierto de «soy lo que ves», de oso campechano y agradable, en Nassouli se percibía una amenaza, quizá incluso cierta crueldad: era un oso pirata. Un oso del

Hellfire Club.

—Aquí sale con un antiguo alcalde durante un partido de los Knicks. Y aquí con una modelo en... ¿Qué es esto? ¿Belmont? Y aquí lo tienes con la presentadora del concurso ese en otra fiesta de gala. —Neary iba sacando las fotos de la caja y las ponía sobre la mesa—. Nassouli en un club, otra gala; aquí está en el Lincoln Center, en el Guggenheim. Y en el Madison Square Garden.

Todas las fotografías estaban enmarcadas del mismo modo, entre placas de vidrio, y en todas salía Nassouli en primer plano. Aunque en ninguna de ellas mirara directamente al objetivo, tuve la impresión de que era consciente de que la cámara estaba allí. Los acontecimientos que reproducían las fotos abarcaban un período de unas décadas y se podía ver el paso del tiempo por el modo en que vestía la gente. El único que no cambiaba era Nassouli. Tal vez estuviera un poco más gordo y mofletudo en las fotos más recientes, pero por lo demás parecía no envejecer. Un oso Dorian Gray.

—Esta es más vieja... Aquí está en el Odeon. —La puso sobre la mesa.

Se trataba de una imagen en blanco y negro y era la única en la que no era consciente de la cámara, la única foto inocente del conjunto. La habían sacado en la calle, de noche, desde el asiento trasero de un coche y por una ventanilla medio subida. Acabaría de llover porque la calle brillaba y las gotas de agua resbalan por el cristal. Nassouli acaba de salir del Odeon, la fachada del restaurante estaba a sus espaldas, y se acercaba al coche y a la cámara con el brazo extendido, como si fuera a abrir la puerta. Detrás de él había varias figuras, unas sombras borrosas cuyas caras eran unas manchas blancas. Lo único nítido era el rostro de Nassouli. Y era escalofriante.

En las otras fotografías se intuía cierto peligro a pesar de la fachada atractiva y bien cuidada. Pero aquella foto no daba lugar a dudas. No se trataba de un granuja con estilo; ese tipo era malvado y ponía los pelos de punta por su espectacular apariencia. El ancho rostro de Nassouli tenía algo diabólico, sus ojos oscuros y entrecerrados brillaban, mientras sus gruesos labios se contraían en una mueca complaciente y lasciva. Era la mirada que habría tenido Torquemada al final de una dura jornada de trabajo o la sonrisa de la serpiente después de ofrecer la primera manzana. Era un milagro que esa fotografía hubiese estado colgada en su despacho.

La composición y los fuertes contrastes y sombras me resultaban tan familiares que no me hizo falta leer el nombre que ponía en letra pequeña en el paspartú para reconocer la obra de H. Barrie.

9

—Cielo, te vas a hacer daño si haces eso —gritó una de las chicas desde la esquina. Tenía una gran mata de pelo naranja y bamboleante y unas piernas más largas que las mías que lucía con una minifalda de cuero del tamaño de una servilleta.

—Trabajas demasiado —dijo otra, riéndose—. Ven aquí, que haremos que te relajés. —Los veinte centímetros de sus tacones de aguja y el corpiño de látex rojo brillaban a la luz de las farolas. Tenía el cuello y los hombros de un luchador.

—Buenos días, chicas —dije.

Las saludé con la mano y seguí corriendo. «Chicas» no era ni política ni anatómicamente correcto, claro, pero ese era su sueño y quién soy yo para cuestionar nada. Aún era de noche cuando avanzaba hacia el sur por la Undécima Avenida en el tramo final de una carrera de diez kilómetros. Dejé atrás el Javits Center y los camiones que ya andaban por allí y puse otra vez el piloto automático. Una parte de mi cerebro vigilaba el tráfico y los baches mientras la otra trataba de poner en orden lo que había descubierto en MWB. Por el momento tenía más preguntas que respuestas.

Había visto parte del lío que Brill y Parsons tenían organizado en la sede de MWB y el modo en que lo iban solucionando. Había visto su ingenioso sistema de gestión de los documentos. Pero por ingenioso que fuera, solo disponía de uno de los documentos mandados por fax a Pierro. ¿Acaso los otros dos no habían estado jamás en la sede? Por lo que había visto allí, una vez que se había registrado algo en el sistema, no era fácil suprimirlo sin dejar un reguero de rastros. Pero ¿hasta qué punto era difícil no introducirlo de entrada en el sistema?

Las personas con las que había hablado un día antes sabrían la respuesta, seguro. Conocían a fondo su trabajo y parecían estar al tanto del mundo financiero, de MWB y del sistema de documentos. Y esos conocimientos pueden ser muy útiles si de vez en cuando haces horas extra de chantajista. Claro, Mike diría que son conjeturas disparatadas; al igual que Neary. Y puede que tuvieran razón.

La verdad es que yo ya especulaba lo mío, pero en el visor tenía a Gerard Nassouli. Su colección de fotos era cuando menos peculiar. Casi todas las había colgado por vanidad, trofeos estereotipados que pretenden dibujar al hombre como alguien popular e importante. Solo faltaba una foto de él con batín y pañuelo flanqueado por un par de conejitas. La foto de Helene era la nota discordante. ¿Había retratado al verdadero Nassouli en aquella calle mojada? Y si eso era cierto, ¿cómo es que la tenía colgada en su despacho? ¿Acaso le gustaba el aire siniestro y frío que le daba a aquellas fotos babosas?

¿Y qué pasaba con Helene? Al parecer conocía a Nassouli desde hacía años, desde su época de modelo y fotógrafa. Pero ¿cómo se habían conocido? ¿En qué

grado y en qué momento? ¿Y cómo es que ni ella ni su marido me lo habían contado? Claro, no se lo había preguntado y, por tanto, no me habían mentido, pero habían omitido ese dato. Eso me preocupaba y quería tener unas palabras con Helene.

En MWB solo había encontrado un buen dato: Al era la abreviatura de Alan. Alan Burrows. En mi lista solo figuraba un Alan Burrows, el tipo de Manhattan. Lo había llamado la noche anterior nada más llegar al apartamento. Contestó a la primera.

Le conté que andaba buscando información para un escritor que pensaba escribir un libro sobre MWB. Era una historia digna y Burrows no puso trabas, pero no tenía muchas ganas de hablar. Su primera reacción había sido un silencio profundo y solo supe que seguía al teléfono porque le oía respirar. Entonces carraspeó un poco y dijo muy educadamente y en voz baja que llevaba cerca de quince años sin trabajar en el banco, que no tenía ningún contacto con nadie desde entonces y que estaba más que retirado. Pero insistí. Le dije que podía ir a su despacho a charlar con él si eso facilitaba las cosas. La idea no le hizo ninguna gracia. Al final cedió. Había quedado con él por la noche, en su casa.

Eran muchas piezas y quizá ni siquiera del mismo rompecabezas. Le daba vueltas y más vueltas a todo ello mientras corría, pero ni siquiera lograba encajar dos piezas. Cuando enfilé hacia el este por la calle Dieciséis, el día ya clareaba con arreboles.

Puse la cafetera e hice los estiramientos mientras salía el café. Me tomé la primera taza de pie junto a la encimera. Luego me di una ducha, me afeité, me vestí y me tomé un par de tazas más con el desayuno. Una vez que hube cargado mi dosis habitual de cafeína, llamé a Mike y le conté mi visita a MWB. Escuchó en silencio hasta que toqué el asunto de Nassouli y Helene. Entonces exhaló un largo suspiro.

—Ya veo que Pierro tampoco te lo ha contado a ti —dije.

—Ni una palabra.

—¿Podemos sacar algo en claro de eso?

Mike lo pensó un rato y contestó:

—No lo sé.

Acordamos que no le mencionaríamos la foto a Rick hasta que yo hubiese hablado con Helene. Terminé el informe contándole lo de Burrows y la cita que tenía con él por la noche. Estaba a punto de colgar, pero supe evitarlo para compartir con él mi visión optimista del caso.

—No va a ninguna parte —dije.

—¿Tan mal están las cosas? —Soltó una risita.

—No hay nada a lo que aferrarse. Un poco de humo, un par de puntos luminosos, y, en cuanto a mí, algunas conjeturas disparatadas pero nada que ofrezca la más mínima esperanza. Si Burrows no nos da alguna pista tendremos que hablar con Pierro.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Mike.

—¿Cómo está él?

—Entre bien y regular. Trabaja al ritmo habitual: muchas horas y debe ausentarse un par de días por semana. Y sigue con este asunto aparcado en la cabeza, aunque me da la impresión de que empieza a acusar el esfuerzo.

—¿Ningún otro fax?

—Nada; ningún contacto. Me pregunto a qué están esperando.

—¿A que se ponga nervioso? Ablandarlo para darle el pellizco. —Mike tuvo que considerarlo.

—Pues funciona —dijo.

Pasé el resto del día entre papeles. Habría preferido mirar cómo se secaba una pared recién pintada, pero era inevitable. Tenía que entregar un informe final a mi último cliente, una gran aseguradora, y poner al día mis anotaciones sobre el caso. No tenía sentido dejarlo para más adelante. Desconecté el teléfono, preparé más café, puse los compactos de Charlie Haden, Norah Jones y Macy Gray en el reproductor y puse en marcha el portátil.

Tomándome solo breves pausas, seguí tecleando hasta las seis, cuando el interfono me avisó de que tenía una visita. Unos segundos después, la pantalla instalada en la pared de la cocina mostró la imagen granulosa de una mujer. Era Lauren, mi hermana menor. No servía de nada ignorarla porque aquel era su apartamento y ella tenía una llave. Las cosas son así con mi familia: por mucho que corras van a encontrarte.

—¿Qué? Ahora ya ni usas el teléfono ¿eh? —espetó desde el rellano.

Me rodeó el cuello con un brazo y me besó en la mejilla. Como medía casi un metro ochenta, no le hizo falta ponerse de puntillas para besarme. Tenía la cara fría del aire de la tarde. Olía a jazmín.

Jane Lu tenía razón en lo referente al parecido. Lauren y yo nos parecíamos a mi padre: altos, delgados, la tez pálida, con el mismo pelo negro y liso, el mismo mechón por la frente, los mismos ojos verdes en un rostro rectangular y la misma nariz recta y prominente. Lauren llevaba la raya en medio y el pelo recogido en una cola de caballo bastante suelta que le llegaba a media espalda. Vestía un jersey de cuello vuelto rojo cereza, unos tejanos negros y unos mocasines también negros. Llevaba el abrigo colgado del brazo y una mochila gris y baquetada del hombro. Su maletín. Parecía estar lleno, de lo cual deduje que venía directamente del despacho.

—¿Vienes para controlar a tu inquilino? ¿Qué ocurre? ¿Algún cheque de alquiler sin fondos? —Le estampé un beso en la mejilla.

—Si te limitaras a ser grosero y quizá a ignorar tres de las cuatro llamadas en lugar de ignorarlas todas, te ahorrarías estas irrupciones. ¿Te queda *ginger ale*? —Descargó el abrigo y la mochila, fue hasta la nevera y se puso a buscar.

—Estoy muy ocupado. De hecho he quedado esta noche y no tardaré en salir.

Lauren encontró una lata y tras tirar de la anilla le dio un buen trago.

—No te preocupes, no iba a quedarme. Voy a cenar con Keith en el restaurante que han abierto aquí en la esquina. Solo pasaba para confirmar —me señalaba desde el otro lado de la barra y movía el índice para recalcar sus palabras— que vas a ir a la cena de Acción de Gracias en casa de tu hermano. —Dio otro trago al *ginger ale* mientras me miraba por encima de la lata, sonriendo.

Suspiré hondo y meneé la cabeza.

—Lauren, te agradezco que te preocupes por mí, pero estoy bien, en serio. Prefiero pasar un día tranquilo ¿sabes? Quiero que Acción de Gracias pase volando sin enterarme.

Pero Lauren no atendía a razones.

—¿Que pase volando sin enterarte? ¿Qué puñetas quieres decir? ¿Correr ochenta kilómetros, comer atún en lata y echarte en la cama? ¿En eso consistió tu última cena de Acción de Gracias? Vaya, suena fenomenal.

—Pues es preferible a aguantar sermones todo el santo día y a que me traten como si fuera una granada a punto de estallar o alguna mierda que haya escupido el gato.

—¿Eso es lo crees que va a pasar?

—Es lo que pasa siempre.

—Oh, vamos, Johnny...

—Olvídate. No tengo ganas de que me digan cómo debo mejorar mi vida ¿vale? Así que déjalo estar.

Pero Lauren no se echaba atrás. Los ojos verdes le brillaron y se puso muy seria.

—Soy tu hermana, gilipollas; me importa un rábano si tienes ganas o no. Tu familia está preocupada y estamos en nuestro derecho. Por favor, mírate. Anne lleva más de tres años muerta, y tú vives como un ermitaño majara. Trabajas; corres; trabajas; corres. No ves a tu familia y, aparte de Mike, no conozco a tus amigos. ¿Ya ligas de vez en cuando? —Sacudió la cabeza—. Supongo que eso es mejor que la bebida, pero ¿hay que ser tan radical? —Pensé que ya había terminado y tomé aire para contestar pero fui excesivamente optimista—. Y que quede claro —siguió, bajando el tono— que yo nunca he querido mejorarte. Me da lo mismo cómo y dónde te ganas la vida. Lo único que quiero es que seas feliz o por lo menos que aceptes la opción de serlo algún día.

—Laurie...

—Nadie te va a sermonear ni te va mirar como a un bicho raro, te lo prometo. Somos tu familia, John, y queremos verte. Tus sobrinos quieren verte.

Lauren era implacable con tal de salirse con la suya y muy capaz de tocar todos los registros. Fui consciente de lo que estaba por llegar y de que estaba abocado al fracaso.

—Más no, basta. Iré. —Lauren sonrió. Nada la hacía disfrutar tanto como someter a otros a su voluntad. También sonreí.

—¿No te has pasado un poco con lo de los sobrinos?

—¿Y qué? Funciona —dijo. Tomó un buen trago de *ginger ale* y me miró con picardía—. Me han dicho que has conocido a mi jefa. —Tardé un poco en hacer la conexión.

—¿Jane Lu? No me dijo que fuera tu jefa, solo que trabajáis juntas.

—Eso es típico de Jane, siempre tan humilde. Pero la que manda es ella. La han puesto los responsables de capital de riesgo después de purgar al antiguo equipo directivo. —Lauren estaba al frente del departamento de marketing y ventas de una empresa «puntocom» que acababa de superar un momento crítico—. Y menos mal que la trajeron porque Jane es un genio de la administración. Después del colapso del mercado, todos estábamos bastante quemados, al menos los que quedábamos, y, claro, cuando la directiva nos dijo que iban a limpiar a fondo y a nombrar a una especie de gerente interino, pues no nos sentó bien, por usar un eufemismo. Ah, sí, nos dijeron que era buenísima, que había estudiado en MIT, que era de los estudiantes más jóvenes de Harvard, que había trabajado en Goldman y McKinsey, que había vuelto a encarrilar un par de empresas biotecnológicas y blablablá. Sonaba a cuento chino. Pero, a los seis meses de su llegada, hay luz al final del túnel, y todos estamos dispuestos a hacer lo imposible por ella, incluida yo. Y ya sabes lo harta que estoy de todo.

—¿Cómo lo ha hecho? ¿Os ha puesto algo en el agua?

—Quizá. O quizá se deba a que hemos tenido por primera vez un trimestre con ganancias y que este año vamos a alcanzar los objetivos previstos. O que Jane es la primera en arrimar el hombro horas seguidas. O quizá se deba a que es una tía tan inteligente que casi da miedo.

—Caray. Cuenta, ¿regaláis camisetas y cromos a los nuevos socios del club de fans?

No le hizo gracia la broma, sacudió la cabeza y torció el gesto como queriendo decir «A veces me cuesta creer que tenga un hermano tan gilipollas». Luego consultó el reloj y se dirigió hacia la puerta.

—Ya me he cansado de tu sentido del humor. Me voy a cenar con mi media naranja. Nos vemos el jueves. Estaremos la familia y un par de invitados sueltos. Se lo diré a Liz, a Nel y a todos. Se enfundó el abrigo, cargó la mochila en un hombro y se esfumó.

Para entonces yo también tenía que irme a la casa de Alan Burrows. Pero antes volví a conectar el teléfono y controlé el buzón de voz. Había un solo mensaje de hacía tres horas, de Clare. Otra vez no podía pasarse. Con las fiestas y tal la semana había pasado volando. Llamaría el lunes. Lo siento. El caso es que dudaba que Clare

lo sintiera, como también dudaba que fuéramos a vernos la semana siguiente. Y me di cuenta de que no me importaba. Era el momento de irse.

Burrows vivía en una precaria torre de apartamentos con fachada de ladrillo situada en el extremo norte de York Avenue. De los pisos superiores sobresalían unos balconcitos como si fueran dientes salidos, y el vestíbulo estaba lleno de espejos veteados y mármol barato. Eran viviendas de alquiler de un dormitorio, de esas que suelen compartir tres o cuatro chavales con el título aún caliente en el bolsillo, y donde los nuevos divorciados trataban de construir una vida nueva sobre los restos de la vieja. Un conserje que se aburría me indicó dónde estaban los ascensores incluso antes de llamar arriba para anunciar mi visita. Subí solo en un ascensor mal iluminado que olía a comida rancia. Burrows me esperaba en la puerta de su piso.

—Por aquí, señor March.

Burrows era una bonita ruina. Tendría cincuenta y tantos años, era alto, un metro ochenta o así, ancho de hombros y con un torso considerable y similar al de un atleta caído en el abandono. Tenía unos atractivos rasgos impasibles a lo John Wayne, pero ya desdibujados, y en su rostro abotargado se veían los kilómetros recorridos. Tenía arrugas profundas por la cara, y la piel en torno a los gastados ojos castaños era más oscura y estaba surcada por venitas. Los capilares rotos habían dejado un rastro morado en la mejilla similar a un brochazo y otro en un lado de su nariz afilada. Le quedaba algún mechón rubio entre las canas, y el poco pelo que tenía lo llevaba peinado atrás, con la frente despejada, y estaba mojado, como si acabara de salir de la ducha. El cuello de la camisa también estaba mojado y se había arremangado dejando ver unos antebrazos sin vello. Llevaba zapatillas de cuero marrón y de aspecto suave y tenía las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de color caqui. Se apartó para que yo pasara y no me estrechó la mano.

El apartamento era pequeño, de techo bajo, y tenía el aspecto estéril de una sala de espera. Me encontraba en un pasillo corto. A mi derecha había una cocina mínima y a mi izquierda un dormitorio y un cuarto de baño. La sala de estar, que era un cubo blanco, estaba al fondo y tenía pocos muebles y baratos. En un rincón había un sofá beis con una silla a juego y una mesita, y había estanterías bajas por toda una pared, mientras la mesa de comer hacía las veces de escritorio. Una alfombra gris y descolorida tapaba la mayor parte del parqué, que estaba colocado fatal. Al fondo de la sala una puerta de cristal daba a uno de los balcones que había visto desde la calle. Desde arriba era igual de pequeño.

Las paredes estaban desnudas. La única foto en la casa estaba encima de la mesa: una foto borrosa de una chica con un bebé en brazos enmarcada en plata. Los libros de los estantes estaban ordenados por tamaño, de manera que las biografías y los libros de historia compartían sitio con libros de texto sobre bienes inmuebles mientras que una Biblia negra estaba flanqueada por libros de cocina baja en sal y dietas de

adelgazamiento. Los únicos adornos en la sala —dos candelabros de plata, un despertador de viaje y una caja esmaltada en rojo— parecían fuera de lugar, como si se hubiesen perdido por el camino de una vida mejor.

Burrows señaló el sofá y tomé asiento. Se sacó del bolsillo de la camisa unas pequeñas gafas doradas y se las puso sujetándose las patillas de alambre por detrás de las orejas. Las gafas le agrandaban los ojos y le daban un aire académico.

—¿Quiere tomar algo, señor March? —preguntó—. Tengo té helado, zumo, agua. Puedo preparar café si lo prefiere. —Tenía la voz grave y entrañable pero la manera de hablar denotaba también cierta rigidez, casi formal, y me dio la impresión de que no estaba acostumbrado a recibir visitas.

—Agua está bien —dije.

Entró en la cocina y regresó con dos vasos de agua. Me dio uno, junto con una servilleta de papel, y se sentó frente a mí. Suspiró hondo y se miró los zapatos sobre la alfombra, con el vaso entre las manos y apoyado en las rodillas. Me fijé en que cerca de la puerta había una bolsa de deporte y unas zapatillas.

—¿Acaba de llegar del gimnasio? —pregunté. Me miró sorprendido y esperó un momento antes de contestar.

—Así es. Voy cada día, después del trabajo.

—Qué disciplinado —dije.

—Intento serlo.

—¿A qué se dedica ahora que no está en la banca?

No escuchó mi pregunta o prefirió ignorarla.

—Señor March, tal como le dije por teléfono, no sé si podré ayudarle. No les serví de mucho a los federales que vinieron a verme.

—¿Cuánto hace de eso?

—Ya hace tiempo. Dos años y medio, quizá más. Pero no les pude contar gran cosa. —Se puso a beber a sorbos mientras yo sonreía con cara de inocente.

—Bueno, empiezo prácticamente de cero, así que cualquier cosa que me cuente servirá. Y tal como dije por teléfono, esta conversación es confidencial. La persona de la que quiero hablar con usted es Gerard Nassouli. Me han dicho que usted trabajó para él.

Burrows movió la cabeza sin dejar de mirarse los pies.

—Sí, los federales también querían hablar de él. Adónde podía haber ido, a quién podía acudir si tenía problemas, si yo tenía noticias de él, lo que yo sabía de sus asuntos financieros, si conocía algún amigo suyo o si él podía tener propiedades en el extranjero. Y así sucesivamente. Pero no pude ayudarles.

—Le hacían esas preguntas porque querían encontrarlo. Pero yo no lo busco. Lo que a mí me interesa es saber cómo era antes. Cómo hacía negocios. Cómo hacía tratos. Y tal vez pueda contarme algo de la época en que trabajaban juntos.

—No sé si hay algo que contar. —Dio otro sorbo de agua.

—Pero trabajó para él.

—Siete años, mientras estuve en MWB. Yo trabajaba en la sede de Nueva York, y Nassouli estaba al frente.

—¿Y usted llevaba el departamento de banca corresponsal?

—Durante seis años. Entré de segundo responsable del departamento, pero al primero lo volvieron a trasladar a Londres y lo sustituí.

—Y cuando se fue de MWB, ¿se retiró también de la banca?

Burrows me dirigió la mirada y se enderezó un poco.

—Íbamos a hablar de Nassouli, no de mí.

—Así es. Pero como no puede decirme nada de él quizá sea más sensato hablar de asuntos que usted sí puede contarme, por ejemplo, por qué se fue de MWB en su momento y por qué se ha retirado de la banca. —Tomé un par de tragos y seguí—. Usted empezó a trabajar en MWB cuando rondaba los treinta años de edad, pero ya tendría años de experiencia en el momento en que lo designaron el número dos del departamento. Hasta teniendo en cuenta que usted cursara unos años de formación especializada en banca, y que cuento fatal de cabeza, llevaba al menos una década trabajando en bancos cuando lo dejó. No se renuncia a diez años de carrera así sin más. ¿Por qué lo hizo?

Burrows me miraba sacudiendo la cabeza.

—Más de trece años en total, y me retiré por motivos personales ¿está claro? —dijo más cansado que otra cosa—. Mire, si lo que quiere es hablar de mí, lo siento pero la respuesta es no. —Fue a la cocina con el vaso vacío y regresó con el vaso lleno—. ¿Cómo se ha enterado de que llevaba la banca corresponsal? —preguntó.

—Investigando. Me dedico a eso.

—¿Y qué ha averiguado sobre Gerard hasta el momento?

—No mucho. Que era un gran negociante. Que era encantador, le gustaban las fiestas. Que le gustaban las mujeres y ser visto con ellas.

Burrows resopló.

—Le gustaba ser visto con ellas y le gustaba follárselas, eso es cierto. Pero no sé hasta qué punto le gustaban. En realidad, creo que las odiaba. —Se le trabó la lengua al decir «follárselas» como si no estuviera acostumbrado a las expresiones vulgares. Tomó unos sorbos de agua—. Negociante, encantador, el alma de la fiesta... Por lo visto ha hablado con gente que no le conocían bien.

Alan Burrows era una paradoja. Insistía en que no tenía nada que contarme, y de momento no me había contado nada y, sin embargo, no me echaba del apartamento. Y seguía hablando. Había algo que no encajaba, y que jugaba a mi favor.

—¿Entonces no era así?

Se pasó la mano por el pelo mojado mientras miraba el vaso.

—Esa era la imagen que le gustaba dar y hasta cierto punto también era así. Pero había otra faceta muy diferente —hizo una pausa y volvió a mirarme—. Su jefe podría dedicarle un libro entero a Gerard pero tendría que ser una novela porque nadie creería que fuera real. —Le tembló la voz un momento como si le faltara aire. Tomó un buen trago y se quedó callado.

—Me gustaría escuchar su versión, usted es la primera persona que conozco que puede contármelo —dije.

Burrows negó con la cabeza.

—Contarlo... Joder... Llevo quince años tratando de olvidarlo —dijo casi en susurros.

—¿Cómo lo lleva?

—Mal.

Las arrugas parecían hacerse más profundas en aquella cara bonita y castigada y los ojos parecían más vidriosos y cansados que antes. Tomó aire y preguntó:

—¿En serio trabaja para un escritor?

Adiós a mi historia decente. Aguardé unos segundos antes de contestar.

—No, no es verdad. Trato de ayudar a alguien que tuvo negocios, negocios legales con Nassouli hace mucho, y que ahora tiene problemas por eso.

—Negocios legales... con Nassouli, supongo que es teóricamente posible —dijo Burrows soltando una risita—. Pero si su cliente hizo algún trato con Gerard, quizá necesite más ayuda de la que usted pueda prestarle. Dígale que debería hablar con un cura.

—No me olvidaré de comentárselo. Pero ahora mismo soy la única ayuda disponible. Y tal vez usted.

—¿Suele funcionarle esta forma de abordar a la gente, señor March? ¿Mentirles de entrada y luego pedirles ayuda? —Burrows fue otra vez incapaz de enfadarse. En lugar de eso, un cansancio profundo pareció apoderarse de él.

—He actuado de la manera que he creído más conveniente para mi cliente, señor Burrows. Pensé que se mostraría más dispuesto a hablar con alguien que busca información para un libro. Quizá no me expresé bien por teléfono. Me ha ocurrido otras veces, y trato de rectificar enseguida cuando puedo. Pero no le mentí cuando le dije que esto era confidencial.

Burrows movió la mano como si quisiera ahuyentar una mosca.

—No me molesta que me mientan, señor March. Quizá estoy acostumbrado después de haber trabajado con Nassouli durante siete años o quizá se debe al trabajo en Wall Street. Sea como sea, aprendes a vivir con la mentira y no te sorprende.

Me miró y apartó la mirada. Estaba al borde del precipicio y se balanceaba en el límite de algo. Tenía los ojos vidriosos y entornados y recorrían la sala sin rumbo fijo. Era una mirada que yo ya había visto anteriormente y que me llevó de vuelta a mis

días de policía, a sospechosos exhaustos que se debatían entre el miedo y la necesidad cada vez mayor de hablar y ser entendidos... Tal vez perdonados. Cuando me planteaba hacia dónde podía tirar de él o si debía seguir tirando, se puso rígido y me miró fijamente.

Me miraba con los ojos amusgados, como si condujera en coche por una niebla casi cerrada esperando ver contornos familiares y posibles peligros. Cruzamos la mirada un buen rato. No sé qué buscaba en mis ojos y en mi cara, tal vez una señal de complicidad. Un rastro compartido de pérdida o arrepentimiento, un conocimiento compartido con habitaciones solitarias y la tiranía de los recuerdos. Fuera lo que fuese, supongo que lo encontró. Tomó una decisión y dijo:

—A mucha gente le cuesta entender el mal, creer en su existencia, a menos que lo hayan experimentado de primera mano, claro. A mí también me pasaba antes de conocerle. Hasta ese momento, el mal y la corrupción no eran más que palabras abstractas. Gerard Nassouli es el ser más mezquino que he conocido en mi vida. Es un puto monstruo. —Esta vez no le costó soltar el taco.

—Sí, le encantaba hacer negocios y la buena vida, y usted ya sabrá por los periódicos la clase de asuntos a los que se dedicaba en MWB. Pero era un genio de la corrupción. Su verdadera pasión era corromper a personas y coleccionarlas como quien colecciona insectos clavados con alfileres y los enmarca. Para él ningún trato era un éxito completo si no le había proporcionado un nuevo sujeto para su colección. Por eso creo que MWB era el lugar perfecto para él porque le permitía conciliar su vocación y su pasatiempo. —Giraba lentamente el vaso entre las manos.

—Ya sé que suena extraño. No es fácil entenderlo si no lo has visto con tus propios ojos. Trabajé con ese hombre durante siete años y al principio no me di cuenta. Era inteligente, encantador, pero lo que mejor se le daba era leer a la gente. Era capaz de verlos por dentro, cómo funcionaban, lo que querían, lo que les movía. Y fuera lo que fuese siempre se las arreglaba para proporcionárselo sin pedir nada a cambio. Al menos al principio.—Hablaban muy bajo y tenía que esforzarme para entenderlo—. Pero al final lo perdían todo.

El apartamento quedó en el silencio más absoluto. Ningún ruido de tráfico ni de máquinas del edificio ni de electrodomésticos. Me quedé lo más quieto posible, respirando superficialmente, y me fijé en la pared que había detrás de Burrows, tenía miedo de que cualquier movimiento o ruido o incluso la intensidad de mi mirada pudieran romper aquella magia y se asustara como un ciervo. Burrows se incorporó en la silla, apoyando los codos en las piernas mientras seguía sujetando el vaso con las dos manos. Miraba el contenido como si fuera un agujero sin fondo.

—Pensabas que era el mejor amigo que jamás habías tenido, inteligente, divertido, un hombre de mundo tremendamente comprensivo con los defectos personales. Si tenías un vicio, una debilidad o una ligera manía, en fin, Gerard

también tenía muchos. Y, cualesquiera que fuesen los tuyos, él no se inmutaba. Solo te guiñaba el ojo y asentía como diciendo «Qué más da. Adelante. Disfruta. Los hombres somos así». Y entonces se arrellanaba en la silla y esperaba y observaba. Para ver el tipo de mujer o de hombre que te gustaba, para ver lo que te causaba celos y te amargaba, para ver la clase de mentiras que te decías a ti mismo, para ver lo que te gustaba y lo que odiabas de ti mismo, pero sobre todo para ver lo que más deseabas. Podía llevarle meses, incluso años. No le importaba. Era paciente. Decía que era como cuidar un jardín.

Cuando Burrows levantó la mirada, me asusté. Tenía los ojos enrojecidos.

—Lo que digo es demasiado ambiguo, ¿no? Usted quiere saber cómo era, cómo hacía negocios. Necesita datos concretos.

Entonces la agradable voz grave de Burrows sonó firme y siguió así a lo largo de todas las historias que me contó.

—Larry, llamémosle Larry, acababa de mudarse a la ciudad desde algún lugar en el Medio Oeste para instalarse con la mujer con que acaba de casarse. Larry era ambicioso y tenía suerte. Tenía el mundo cogido por los cojones. Y no tenía ni idea de lo que le esperaba. —Burrows dio fácilmente con el ritmo narrativo adecuado, y me dio la impresión de que llevaba tiempo deseando contar lo ocurrido. El tono era irónico y distante. Tenía un don natural para la ironía. Pero el distanciamiento le suponía un verdadero esfuerzo.

—Larry había encontrado trabajo de operador cambiario para uno de los mayores creadores de mercado que había en Wall Street. Había sido la joven promesa en el banco del que provenía, pero, claro, era un banco regional con empleados de pueblo. Ahora jugaba en primera y, con el mercado de divisas en pleno apogeo, se había propuesto ganar mucho dinero. Y falta le hacía, porque la flamante señora de Larry tenía unos gustos caros, grandes aspiraciones sociales y una resolución firme. La larga lista de cosas que quería la encabezaba una casa para vivir. Pero no en cualquier sitio. No, la señora Larry tenía planes para criar a sus niños rubios únicamente en determinadas zonas de Manhattan. Tal vez en Park Avenue, pero no por encima de la calle Ochenta, o quizá en la Quinta Avenida, un apartamento con terraza y unas bonitas vistas al parque.

»Larry llegó a la ciudad pensando que con sus ahorros podría comprarse un apartamento. Pero hace veinte años, con Nueva York en pleno auge inmobiliario, sus ahorros eran calderilla. La señora Larry solo se fijaba en los edificios más exquisitos y con los vecinos más quisquillosos cuyas comunidades exigían que cada apartamento se pagara en metálico. Y era mucho más dinero del que Larry disponía y más de lo que probablemente vería, en el mejor de los casos, en todo un año, concretamente cuando cobrara los dividendos. Pero eso disgustó a la señora Larry, a quien se le daba mejor poner morritos que tener paciencia.

»Y Nassouli entra en escena. Había estado cultivando a Larry desde que este empezó a trabajar allí. Nosotros operábamos en los mercados de divisas, y Gerard procuraba estar al tanto del movimiento de vendedores de los creadores de mercado. Tenía predilección por los jóvenes recién llegados. Los llamaba «suelo fértil».

»A Nassouli le bastó con una comida con Larry, una cena con él y su señora y una salida de tíos a un club de *striptease* para descubrir la dinámica de la pareja y la presión a la que Larry estaba sometido. No tenía escapatoria. Nassouli se erigió enseguida en el mentor de Larry en Nueva York, le enseñó cómo funcionaba todo, le abrió puertas y lo introdujo en los círculos y las entidades apropiadas. Ni una semana después lo puso en las garras de un agente inmobiliario amigo suyo que le mostró a la señora Larry los mejores apartamentos de la oferta inmobiliaria neoyorquina y que,

cómo no, tenían unas normas muy estrictas en cuanto al pago al contado de los apartamentos. Después de seis semanas y unos cien apartamentos encontraron la casa de sus sueños en la esquina de la calle Setenta y cuatro con Park Avenue; diez habitaciones, terrazas y vistas, todo el asunto. A la señora Larry no se le podía negar una casa así. Los problemas de Larry alcanzaron entonces su punto crítico.

»¡Ah! Pero por suerte llegó su gran amigo Gerard con una solución sencillísima: les haría un préstamo personal por el importe en cuestión. Y para asegurarse de que los datos financieros de Larry recibían la aprobación incluso de las comunidades de copropietarios más exigentes, Nassouli ingresaría el importe del préstamo en una cuenta, a nombre de Larry, en MWB. Dicha cuenta dispondría de un importe considerable y todo aquel que pidiese información sobre ella tendría la impresión de que la cuenta estaba así desde hacía tiempo. Y además, como Nassouli no hacía las cosas a medias, conseguiría cartas de recomendación para los Larry de gente importante, incluso de celebridades, que no tenían ni idea de quién eran los Larry pero que estaban en deuda con Gerard.

»Larry se opuso débilmente, pero Gerard, ese entrañable hombre de mundo, tan conectado, zanjó el tema con una facilidad pasmosa. «No te preocupes, chaval, en serio. Tienes un problema de liquidez, solo es un mal momento. Esto es un crédito de emergencia. Aquí es frecuente hacerlo... En la ciudad hacemos las cosas así.» Y tal como suele pasar en estos casos, Larry fue cómplice de su corrupción. Creyó a Nassouli, mordió el anzuelo, porque este le dijo precisamente lo que quería oír. Y eso fue cuanto hizo falta para que Larry se viera involucrado en fraude y conspiración y violara a saber cuántas normas de conducta de su empresa.

»A los dos meses los Larry ya habían decidido la casa que iban a comprar. La señora Larry estaba contenta, pero se le pasó pronto porque tenían que hacer reformas y decorar el apartamento, lo cual dejó a Larry, otra vez, sin fondos. Pero el tío Gerard volvió a echarle una mano y le dijo: «¿Te acuerdas de la cuenta en MWB, la que está a tu nombre? Pues considérala una línea de crédito, saca lo que te haga falta y lo devuelves en otro momento... Cuando te vaya bien». Esta vez Larry no se opuso. Y entonces llegó ese momento.

»Se avecinaba por fin el pago de los dividendos. Larry había tenido un buen año, y los mercados de divisas seguían al alza, de manera que cobró un buen pellizco. Pero no lo bastante para saldar sus deudas con Nassouli. La compra del apartamento y las obras que había encargado su mujer hundieron a Larry en los números rojos. Pero el dinero no era lo que movía a Gerard. Lo que él tenía en mente era meterse en el bolsillo a un operador de divisas, alguien dócil que trabajara para un creador de mercado, alguien que de vez en cuando le hiciera favores tales como darle una idea de las situaciones y estrategias comerciales del banco o llevar asuntos al margen del mercado. A los nueve meses de su primera cita con Gerard Nassouli, Larry pasó a ser

esa persona.

»Era otro más en la lista de favoritos de Gerard. Por entonces eran unos diez y, salvo en los detalles, la historia se repetía. Y cada vez que le hacían un favor a Nassouli quedaban más atrapados en sus redes hasta convertirse en sus marionetas. —Burrows sacudió la cabeza—. Ni uno de ellos era especialmente simpático. El caso es que no te daban lástima. Ellos se lo buscaron. Habían pactado con el diablo y tenían lo que se merecían. Hasta hubo quién se mostró realmente contento con el pacto. Pero a la mayoría de ellos... los fue consumiendo. Los veías degenerar a lo largo de meses y años. Era como un cáncer. Al principio no era más que un secretillo, un rincón oscuro, algo de apetito que debía saciarse muy de vez en cuando. Pero cada vez quedaban más atrapados, y el apetito se transformaba en hambre voraz, hasta que el resto de sus vidas dejaba de tener importancia y lo único que quedaba era ese secreto. Las últimas noticias que tengo de Larry es que vende yates en Florida, sin su señora. Me dijeron que ella sigue en Nueva York, pero que ahora es el problema de otro. —Burrows bebió un sorbo de agua. A mí se me habían entumecido las piernas y tenía un calambre en el cuello, pero aún no me atrevía a moverme. Burrows prosiguió con su voz grave.

—El caso de Moe fue distinto. Moe era vicepresidente de un prestigioso banco de inversiones, una de las pocas sociedades que quedaban en Wall Street. Su carrera profesional se había limitado a ese banco, y lo había hecho estupendamente según cualquier baremo que no fuera el de Wall Street, claro. Había ganado dinero, aunque no una fortuna. Le habían asignado buenos trabajos, aunque no los mejores. Pero Moe comenzó a preocuparse. Durante una reunión se dio cuenta de que el resto de los asistentes eran al menos cinco años más jóvenes que él y comprendió que su carrera había concluido en silencio. Sus compañeros de hacía dos o tres años ya eran socios. Y los chavales que estaban sentados con él a la mesa los había captado él mismo en la escuela de negocios apenas unos años atrás. Cuando Moe abordó el tema con su jefe, de la forma indirecta con que se trataban estas cosas en aquella empresa, este le confirmó sus temores. Sí, varios socios creían que Moe no estaba preparado para ser socio y había quien opinaba que no lo estaría jamás. Todos estaban de acuerdo en que Moe era excelente obedeciendo órdenes, pero dudaban que tuviera «visión estratégica». ¿Acaso era capaz de «pensar fuera de la norma»?

»Naturalmente, Moe comenzó a pensar en serio. Pensó en los años que había invertido en la empresa, en el tiempo que había pasado viajando, en cómo había desarraigado a su familia emigrando por todo el mundo, el modo en que había arruinado la vida de su hijo mayor al sacarlo de la escuela en el último curso, la hostilidad de su hija. Y después de tomarse unas copas, y más copas, pensó en algunas de las personas que habían llegado a socios en los últimos años mientras él languidecía. Y de tanto pensar, Moe se volvió un tipo preocupado, amargado y

enfadado. Nassouli acudió a él como una mosca acude a la mierda.

»Moe y Nassouli se conocieron cuando Moe viajó al extranjero siguiendo órdenes. Esta vez buscaba clientes entre empresas latinoamericanas que tuvieran fuertes intereses en Estados Unidos, lo cual formaba parte de la estrategia de su empresa para abrir una franquicia en los mercados emergentes. MWB terminó por prestar muchos servicios bancarios tradicionales a estas empresas, tanto en su país de origen como en Estados Unidos. La primera vez que se citaron, Nassouli detectó cierto descontento en Moe y al cabo de una semana lo invitó a comer. Pero Moe no era ningún pardillo, y Nassouli lo vio enseguida. Estaba ante un hombre maduro y más sabio y necesitaba otro enfoque. Nada de manoseos sudorosos en el asiento trasero ni tocamientos en los lavabos. No, con Moe tenía que ser sutil. Moe precisaba un toque romántico.

»Empezó hablando del trabajo. «A nuestros clientes les han impresionado las opciones de vuestra empresa...» Naturalmente le añadió una pizca de adulación. «Les encantó haber podido hablar con un alto cargo como tú, con tu experiencia y tu percepción de los mercados...» Y puso la guinda con la perspectiva de un trato muy favorable para Moe. «Sí, están muy interesados en seguir conversando, pero prefieren tratar directamente contigo.» Era mentira, claro, pero dio resultado: Moe mordió el anzuelo.

»Durante los meses que siguieron, Nassouli organizó muchas entrevistas prometedoras, pero a la postre no concluyentes, con clientes latinoamericanos de MWB. No sé si Moe cayó en la cuenta de que las entrevistas presentaban extrañas coincidencias: una habitación llena de gente atenta que asentía, todo sonrisas y un par de preguntas facilonas que él contestaba sin despeinarse, más gestos afirmativos con las cabezas, pero esta vez lentos y sentidos, como si les acabaran de explicar mecánica cuántica, después una comida cara, más sonrisas y entonces... Nada... Nada en firme salvo la promesa de volver a reunirse. Aparte de estas tomaduras de pelo, a veces lo invitaba a su casa a distinguidos actos sociales, actos a los que Moe jamás había sido invitado y que solo conocía por los comentarios que hacían al día siguiente los socios de su empresa que solían acudir. Y Moe pasó de la lista B a la lista A de Gerard. Cenicienta por fin fue al baile.

»Tras meses de usar la táctica del palo y la zanahoria, cuando Moe ya estaba a punto de caramelo y molesto por las reuniones, y su nueva vida social se le había subido a la cabeza, llegó el momento de ponerse serios. El siguiente paso de Nassouli fue pedirle consejo a Moe. Gerard le dijo en confianza que MWB había tratado de montar un banco de inversiones pero que enseguida había quedado claro que les faltaba talento en la cúpula. A lo mejor Moe conocía a alguien con la debida experiencia, visión y empuje para poner en marcha el proyecto. Lo primero que le pasó por la cabeza a Moe fue «¿Qué tal yo?» Y eso es lo que dijo pero discretamente,

claro, a lo cual Gerard reaccionó estupefacto, incluso medio avergonzado. «Por supuesto que estaríamos encantados de tener a alguien de tu talla y con tu talento, pero no se nos había ocurrido que quisieras dejar la sociedad. En cualquier momento te harán socio.» Nassouli era todo un actor.

»Entonces fue Moe quien se mostró avergonzado. Tras tartamudear y trabársele la lengua, y ayudarse con un par de lingotazos de whisky escocés hábilmente pedido por Gerard, Moe le confesó que no era seguro que fueran a hacerle socio. Nassouli no entendía nada y se mostró indignado. «¿Cómo es posible? No pueden dejar de lado a un tío con tu talento, con tu perspectiva... ¡Es vergonzoso!» Moe, que ya acusaba los efectos de la malta, no supo qué decir. «Tiene que ver con visiones y pensar fuera de lo normal», no pudo decir más. Pero no tardó en soltarlo: el orgullo dañado, la ira y la amargura, el sentirse traicionado. Aquello era música para los oídos de Nassouli.

»Al conocer el problema de Moe, Nassouli supo cuáles eran las tentaciones que podía susurrarle. El problema de la sociedad con Moe era su falta de visión, que era incapaz de controlar todo el campo de juego; la sociedad tenía como estrategia poner en marcha una franquicia para los mercados emergentes; MWB quería constituir un banco de inversiones. «Y —dijo Gerard—, aquí tienes una jugada brillante para impresionar a los socios.» Y se lo explicó pacientemente a su amigo Moe: una alianza estratégica entre la empresa de Moe y MWB de cara a los mercados emergentes, una alianza que permitiría a la sociedad valerse de la enorme red y cartera de clientes de MWB en esos mercados y que le proporcionaría de inmediato una presencia y muchos clientes.

»Moe no lo entendió al principio, y Gerard se lo tuvo que explicar un par de veces. Cuando por fin lo asimiló, primero se quedó atónito y luego se mostró suspicaz. ¿Tenía Nassouli realmente tanto poder como para cerrar un acuerdo de este tipo? Gerard, seguro de sí mismo pero aún estupefacto, le explicó que al ser el responsable de Nueva York lo era a su vez de todas las Américas para MWB y que era uno de los cinco directivos del banco que podían inclinar la balanza en ese sentido. ¿Y qué sacaba MWB de esa alianza? Gerard tenía otra vez la respuesta preparada: a través de la empresa de Moe, MWB podría ofrecer a sus clientes unos servicios de banca de inversiones que de otro modo no se incluirían en su oferta de servicios. Y lo único que MWB quería a cambio era compartir algunos gastos y un porcentaje de los ingresos de los clientes que aportara. Claro, lo que no dijo es que para MWB eso supondría otro canal limpio, prestigioso y amplio para blanquear el dinero de sus clientes.

»Entonces susurró la tentación más dulce de todas. «Llévales este trato a los socios, llévaselo como si fuese tu creación, y nosotros por nuestra parte les dejaremos claro que sin Moe, a quien tanto respetamos porque ha sabido granjearse nuestra admiración y confianza, sin Moe no hay trato.» Moe debió imaginarse la escena: la

reunión con los socios, él haciendo la presentación, las perspectivas de ingresos cada vez más altos, y después las conversaciones a solas con el socio principal. Moe supo, y Gerard vio ese conocimiento brillando en los ojos agradecidos de Moe, que ese trato era el billete que lo llevaría a ser socio. —Burrows interrumpió la historia para beber agua y negó ligeramente con la cabeza.

—Y si Gerard lo hubiese dejado ahí, lo cual podría haber hecho fácilmente, Moe habría pecado de inocente o quizá de estúpido y por supuesto de vanidoso, pero nada más. No habría sido cómplice. Pero eso no habría satisfecho a Gerard. Finalmente, Gerard tuvo su satisfacción.

»Ocurrió la noche anterior a la firma de la alianza. Los últimos meses habían sido duros para Moe. La reunión con los socios había superado sus delirios, y al cabo de unos días lo abordó su jefe para confirmar lo que Moe ya había intuido durante la reunión: que había conseguido que algunos de los socios lo miraran de otra manera, que había logrado que le escucharan, que iba a tener muy buenas noticias cuando llegara el momento de elegir a nuevos socios. Moe llamó a su amigo Gerard para contárselo incluso antes que a su mujer. Después de eso, las juntas y las reuniones de trabajo se habían sucedido a un ritmo trepidante, un ejercicio de la debida diligencia que Moe, ante el empeño de Gerard, había asumido personalmente para su empresa, así como comidas y cenas interminables. Al día siguiente se procedería a la firma del acuerdo, seguido de ruedas de prensa y varias entrevistas, y después se iría con su mujer una semana a un balneario. A su vuelta, la junta anunciaría a los nuevos socios. Pero antes había quedado para cenar con Nassouli, el buen amigo que lo había hecho posible.

»La cena era en la sala de reuniones que Nassouli tenía en su despacho. Cuando el camarero terminó de servir la comida, se quedaron solos. Bueno, ellos dos y el dispositivo de grabación que Gerard había hecho instalar en la sala y que aquella noche funcionaba estupendamente. Gerard enseguida fue al grano. Tenían dos cosas que celebrar, le dijo, no solo la firma al día siguiente, sino también el primer asunto profesional que MWB iba a poner en manos de la empresa de Moe en el marco del acuerdo. Se trataba de una empresa privada de Colombia, un viejo cliente de MWB, cuyo presidente era un tipo con mucha influencia en otros clientes de MWB. Andaban buscando una inyección de capital para financiar nuevas fábricas, nuevas instalaciones y la creación de nuevos canales de distribución. Buscaban a alguien que invirtiera una fuerte suma en su empresa y les entusiasmaba la idea de hacer negocios con la rama de capital de riesgo de la empresa de Moe. Este se mostró sorprendido a la par que satisfecho ya que habían previsto un período de meses hasta que pudieran arrancar. Naturalmente, tenía muchas preguntas: quiénes eran, a qué se dedicaban, quiénes estaban al frente...

»Gerard contestó a las preguntas sonriendo, se le notaba en la voz. Y cómo no iba

a sonreír si eso era la culminación de un año preparando el terreno. «¿Quieres los nombres que les daremos a tus socios o los nombres reales?», preguntó a su vez. Moe se mostró confundido. Gerard repitió la pregunta, despacio, esta vez sin sonreír, como si Moe fuera un niño imbecil. Moe seguía sin entenderlo, pero puede que también le ofendiera el tono en que Gerard le había hablado. Gerard lo interrumpió. Su voz fue como una bofetada: «Ah, sí, a ti hay que explicarte las cosas dos o tres veces para que las entiendas, ¿verdad?». En la grabación podía escucharse el resuello de Moe. Pero antes de que pudiera decir nada, Gerard se lo dijo con toda claridad. Los nombres que iban a darle a la empresa de Moe eran los de un distribuidor de café colombiano muy conocido y propietario nominal de la empresa. Los verdaderos y auténticos propietarios de la empresa cafetera eran un cártel de cocaína aún más conocido y de jefes especialmente violentos.

»Moe se echó a reír. Su amigo le gastaba una broma, una broma de muy mal gusto. Entonces se hacía un silencio en la grabación durante el cual me imagino a Gerard mirando fijamente a Moe del modo que solía hacerlo, como si este acabara de volcarle la copa de vino. Moe comprendió que no bromeaba. Carraspeó y se le trabó la lengua. «Esto es absurdo. No puedes hablar en serio. Mi empresa no querrá tomar parte en esto.» Gerard lo dejó hablar un poco y entonces atajó sin contemplaciones. «Puedo asegurarte que la documentación de esta empresa es intachable y pasará sin problemas cualquier investigación de rutina. Se trata de una inversión muy rentable. Los socios no van a enterarse de nada. A menos que se lo digas tú, claro. Quizá tendrías que decírselo, Moe, cuanto más lo pienso más convencido estoy de ello. ¿Te gustaría contárselo ahora mismo? Pues adelante, puedes usar mi teléfono.» Entonces la grabación prácticamente terminaba. Solo se oían sollozos y el ruido que hacía Gerard al comer.

»Está claro que Moe no se lo contó a sus socios ni esa noche ni nunca. ¿Cómo iba a contárselo? A los dos años de firmar el acuerdo cayó muerto por un infarto de miocardio. Tengo entendido que el contrato de socio dejó a su mujer en una buena situación. —Burrows se quedó callado mientras se masajeaba las sienes—. Gerard se tomó su tiempo con Moe, lo manejó con sumo cuidado. Hubo otros a los que manipuló durante más tiempo. Pero para él no era solo cuestión de sutilidad y destreza. No, cuando quería podía ser muy cruel... —Se quedó callado mientras se restregaba los ojos subiéndose las gafas—. La última historia es muy corta.

»Nassouli salía con muchas mujeres... ya lo sabes. Tenía una colección interminable que querían ser modelo o actriz, algunas no eran más que niñas, en realidad adolescentes alejadas por primera vez de casa. El se encargaba de que lo pasaran bien, al menos al principio. Era un tipo encantador y muy divertido que había viajado por todo el planeta. Las llevaba a conocer personas y lugares sobre los que ellas solo habían leído en revistas y se gastaba mucho dinero en ellas... Les enseñaba

de todo. Esto no es nada nuevo... Es la historia de siempre, claro. Pero es una vida que te embriaga si tienes dieciocho años y te has criado en un camping para caravanas de Florida.

»Salía con una chica durante dos o tres meses, a veces menos, y luego cortaba la relación pero siempre de forma amistosa. «No te olvides de que soy tu amigo. Si te puedo ayudar en algo, con tu carrera o lo que sea, por favor, dímelo.» Era asombroso el número de chicas que seguían siendo sus amigas y que acudían a sus fiestas. Y también lo era que muchas de ellas comenzaran a salir, no importa cómo, con clientes, compañeros y otros allegados de Gerard. Él las llamaba «obsequios de fiesta», aunque procuraba no decirlo delante de mucha gente. A fin de cuentas, algunas de las chicas terminaron por casarse con los hombres que habían conocido en las fiestas de Gerard, y ellos no veían a sus mujeres como obsequios. Las veían como trofeos.

»Gerard tenía además otros obsequios de fiesta. Cuando lo conocí, él frecuentaba casi todos los clubes de *striptease* de renombre de Manhattan. Y también coleccionaba bailarinas de *striptease*, pero solo por períodos más cortos y en grandes cantidades. La relación con ellas era mucho más sencilla. Esos obsequios de fiesta los ponía a disposición de los hombres que figuraban en su expediente, como Larry por ejemplo, y que estaban nerviosos y necesitaban tranquilizarse o de los clientes que querían una noche de diversión o de los infelices a los que Gerard andaba cultivando y que tenían gustos más picantes. Pero Gerard no regalaba nada, y estos obsequios no iban a ser la excepción.

»Claro, siempre que ofrecía sus obsequios, Gerard ponía también el lugar de la fiesta, que era un apartamento propiedad de MWB que estaba convenientemente situado, decorado con gusto y bien abastecido, con asistenta y conserje. Y cada estancia, sin que los invitados lo supieran, estaba provista de cámaras de vídeo. Así que cada favor que se hacía en el apartamento quedaba registrado de principio a fin para la posteridad. Gerard tenía una gran colección de estas cintas, y cada una de ellas le permitía presionar y controlar a voluntad a sus protagonistas. Y en ocasiones a personas que ni siquiera salían en ellas.

»De vez en cuando organizaba pases privados de cintas, pero solo para un grupo muy selecto. Eran increíbles, las imágenes eran muy claras y el sonido era perfecto. Y cualquier variación que se te ocurra... Pero he dicho que esta historia era corta ¿verdad?

»Gerard tenía problemas con un asociado... No importa de qué tipo. Este tío, llamémosle Curly Joe, había decidido dejar de hacer negocios con Gerard. No le amenazó con dirigirse a las autoridades, en ningún momento se lo planteó. No era viable porque Curly estaba metido hasta las cejas, y todo el mundo tenía claro que una decisión así era, cuando menos, poco saludable. Sin embargo, Gerard quiso darle

una lección.

»Curly Joe llevaba años casado con una ex modelo preciosa a la que había conocido en una fiesta de Nassouli. Por entonces ella era un poco salvaje, un poco aficionada a la bebida y a meterse unas rayas en los lavabos. Pero al conocerse, ella quiso sentar la cabeza, y Curly también. Se casaron y tuvieron un hijo en menos de un año. Curly no tenía nada de santo, lejos de eso, pero adoraba a su mujer, señor March. Todos los que le conocían lo sabían.

»Curly estaba decidido a seguir por su cuenta, y, después de muchas tensiones, Gerard pareció tirar la toalla. Incluso invitó a Curly a salir de copas en una especie de reconciliación y despedida. Y fue una noche de lo más agradable, pasaron por todos sus locales favoritos y terminaron en el apartamento de Nassouli para tomar la última copa. —Burrows hablaba con un tono suave y firme, pero tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—Le sirvió una copa de coñac y le propuso mirar alguna cinta en recuerdo de los viejos tiempos. Curly se negó, esas imágenes lo ponían enfermo, pero Gerard insistió. Además, dijo, tenía una grabación estupenda, una cinta vieja que Curly aún no había visto. —Burrows respiró hondo—. Me parece que ya se imagina lo que ocurrió entonces, señor March. —Ahora se mostraba impasible—. Baste decir que en la cinta salía la mujer de Curly, la madre de su hijo, con dos bailarinas de Gerard y un hombre. Curly lo conocía, era otro compinche de Nassouli, un tipo especialmente brutal. Curly no quiso seguir mirando, pero vio que bebían e inhalaban cocaína. No daba la impresión de que los coaccionaran. Aunque estaba colocada, la mujer de Curly, que ya era su prometida en el momento de la grabación, según lo que indicaba el vídeo, se mostraba muy activa y descarada y era el centro de las atenciones del hombre y las dos mujeres. —Burrows se aclaró la garganta—, Gerard tenía que dejarle claro que Curly era lo que era gracias a él y evitar que se hiciera ilusiones sobre sí mismo y sobre las cosas de su vida que Gerard le había dado. Y se anotó el tanto.

Nos quedamos callados unos minutos mientras el mundo que nos rodeaba volvió a arrancar. Cuando alzó la vista, vi que Burrows tenía un rastro de lágrima en la mejilla. Pero no se daba cuenta o no le importaba.

—Espero que esto les sirva de algo a usted y su cliente, señor March.

Asentí. Aún tenía muchas preguntas pero no sabía si Burrows querría responder a todas. Seguí adelante.

—Entonces, la táctica de Nassouli era manipular a la gente de manera que se involucraran en asuntos ilegales, y luego valerse de eso para chantajearlos. —Burrows asintió—. Pero Nassouli necesitaba tener pruebas que los incriminara, una prueba por persona que tomara parte en cualquier actividad ilegal.

Volvió a afirmar con la cabeza.

—Ah, sí, Gerard era muy meticuloso en cuanto a la conservación de sus archivos. Llevaba un expediente y un historial para cada «variedad» de su jardín. Guardaba datos sobre cada encuentro que tenía con una persona, lo que habían hablado, copias de documentos, grabaciones de sonido, incluso cintas de vídeo... la historia completa de su corrupción. Tengo el presentimiento de que disfrutaba solo con catalogarlos.

«Tenía expedientes. Tenía expedientes. Tenía expedientes». Respiré hondo para controlar los latidos del corazón. No quería quedarme sin aire.

—¿No era arriesgado para él? —le pregunté—. Cualquier cosa que incriminara a sus víctimas lo incriminaba también a él, ¿no? La conversación que grabó con Moe sin ir más lejos.

Burrows asintió y dijo:

—Gerard siempre se arriesgaba. Y era muy arrogante. Tentaba la suerte, como hizo con Moe, pero era un riesgo calculado. Estoy seguro de que Gerard sabía perfectamente cómo reaccionaría Moe y acertó. No solía equivocarse en estas cosas. Y sabía asimismo que sus archivos no podían caer en manos equivocadas.

—¿Sabe dónde los guardaba?

—Hace quince años, en su despacho. Tenía un gran aparador con muchos cajones donde los guardaba bajo llave. Ese mueble era tan seguro como una caja fuerte.

—Aparte de usted ¿quién estaba al corriente de las actividades de Nassouli y de que tenía esos expedientes?

—En Nueva York solo unos cuantos, básicamente el equipo de gestión de Gerard.

—¿Cómo se llaman?

Tras un momento de duda me dio tres nombres que reconocí. Los tres eran fugitivos, al igual que Nassouli.

—Es posible que en Londres una o dos personas supieran lo que hacía, pero no conocían los pormenores. Pero recuerde que le hablo de hace quince años. —Hizo una pausa, como si estuviera tomando una decisión. Le cambió la expresión de la cara—. Había otra persona que, pese a no trabajar para MWB, era muy cercana a Gerard. Trautmann, Bernhard Trautmann. Él y su empresa llevaban la vigilancia de la sede de Nueva York y le hacían también otros trabajos tales como seleccionar a las bailarinas de *striptease* y encargarse de las grabaciones en su apartamento. Estaba al tanto de muchos asuntos y probablemente de ciertas cosas que yo ignoraba.

Le leí a Burrows una lista de empresas, entre ellas Textiles Pan-Europa y Europa Mills USA, a las que se hacía referencia en el documento enviado por fax, junto con otros nombres sacados del artículo del *Economist*.

—Había tantas empresas, señor March... las confundo. Funcionaban bien, con buenos ingresos y facturaciones; el dinero circulaba con fluidez por cuentas limpiísimas y preferentemente en diversas monedas, lo cual permitía introducir el dinero gradualmente en el sistema para moverlo después en todas direcciones

mediante transferencias, préstamos, acuerdos en divisas y demás. Las autoridades lo llamaban «colocación encubierta». —Burrows se quedó mirando al vacío, recordando—. Los nombres me resultan familiares, pero no puedo asegurarlo. Para ser sincero, en lo referente a esa época, tengo lagunas y posiblemente memoria selectiva. En esa época le daba a la bebida, y seguí bebiendo durante años, aparte de tomar otras cosas que no le hacían ningún favor a mis células grises.

Me pregunté qué iban a hacer sus células grises con mi siguiente pregunta.

—Moe está muerto, y dice que Larry está en Florida, retirado de la banca. —Hice una pausa y cruzamos la mirada—. ¿Puede darme los nombres (los verdaderos) de cualquier otra «especie» cultivada por Nassouli en esa época? —Se enderezó y comenzó a negar con la cabeza, se batía en retirada. Me apresuré a seguir—. Señor Burrows, no me interesan sus deslices. Allá cada uno. Pero necesito saber si esas personas tienen los mismos problemas que mi cliente.

Burrows apretó los labios y se cruzó de brazos sin dejar de sacudir la cabeza.

—Nassouli les hizo mucho daño, los hizo pasar por un infierno, lo merecieran o no. Yo también soy culpable y por eso debo hacer frente a mis demonios. No pienso ayudar a que revivan las pesadillas.

—Esa no es mi intención, señor Burrows. Pero alguien está haciéndole algo similar a mi cliente. Y es posible que ese alguien también los acose a ellos. A lo mejor necesitan ayuda. Seré discreto, seré rápido y tendré mucho tacto, pero es preciso que hable con alguno.

—Perdone que le diga que a estas alturas creo más en las hadas que en el altruismo.

—No he dicho que sea altruista. Miro por el interés de mi cliente. Y si compruebo que otras personas de los expedientes de Nassouli están siendo extorsionadas, eso me permitirá reducir el número de posibilidades que debo barajar. Si encuentro al responsable de esto voy a disuadirle de seguir molestando a mi cliente. Pero si también va molestando a otros soy capaz de disuadirlo de una manera más general, no lo dude. —Esperé un momento mientras Burrows parecía tambalearse al borde de un abismo. Seguí en voz baja—. Si lo que quiere es reparar el daño que les hizo... Enderezar las cosas... Quizá esto ayude.

Cruzamos la mirada hasta que Burrows comenzó a negar con la cabeza y a frotarse los ojos. Entonces me dio cuatro nombres. Los anoté en la libreta y le dije:

—Gracias. Esto me ayuda. No les diré su nombre a ellos.

Burrows se encogió de hombros. Parecía extenuado. No iba a poder sacarle más información, pero quería saber una cosa más.

—¿Habló con los federales de esto?

—Como ya le he dicho, las preguntas tenían que ver con el paradero de Nassouli. No preguntaron nada más.

—¿Y si lo hubiesen preguntado?

Se encogió de hombros.

—Probablemente se lo habría contado.

—¿No le preocupan las posibles acciones legales?

Dio un resoplido y negó con la cabeza.

—Según mi abogado, a los federales solo les interesan los casos que pueden ir a juicio y que acostumbra a ser más recientes, los que no han prescrito; y lo que les podría haber interesado de mí pasó hace muchos años. Aunque de todos modos me daría igual. —Luego se levantó, hice otro tanto, y comprendí que era el momento de irme. Pero él también tenía unas preguntas para mí—. ¿Va a buscar a Nassouli, señor March?

—No lo creo. Hay gente con más dinero y tiempo que yo que lleva buscándolo tres años y no da con él. Ahora mismo, prefiero emplear mi tiempo en otras cosas.

—Y Bernhard Trautmann, ¿hablará con él?

—Si lo encuentro, sí.

Burrows volvió a apretar los labios.

—Me temo que va a cruzarse con él. Pero tenga cuidado, señor March, no se fíe. Trautmann es... cruel, es violento. Da con el perfil de psicópata. Pero no es estúpido. Lo he visto reírse tranquilamente con hombres a quienes poco después molía a golpes. Se diría que disfrutaba procurando que estuvieran a gusto antes de reventarlos. En este sentido, él y Nassouli son tal para cual.

—No lo olvidaré —dije, y dejé a Alan Burrows con su extraña penitencia.

—«Mi banquero es Satanás». No suena mal, ¿verdad? Atraes la atención en las fiestas —dijo Mike.

—Depende de la fiesta —dije.

Eran las diez y media de la mañana de la víspera de Acción de Gracias. Me hallaba en el despacho de Mike, repantigado en una de sus relucientes sillas de cuero y con los pies encima de su escritorio de vidrio reluciente mientras me tomaba un café expreso de una de sus tacitas. Acababa de ponerlo al tanto de la conversación con Burrows de la noche anterior. Mike iba recogiendo el escritorio, hojeando papeles, tirando algunos, apilando el resto y llamando de vez en cuando a su secretaria, Fran, para que se llevara los seleccionados. Ella refunfuñaba mientras se dirigía hacia la puerta. Al igual que en todos los despachos de la ciudad, el de Paley Clay estaba bastante tranquilo porque apenas había empleados y se respiraba el ambiente relajado previo a un festivo. Incluso Mike se había doblegado a la informalidad propia del día y había cambiado el traje por un elegante pantalón verde oliva y una chaqueta de paño escocés. Yo iba aún más informal, con unos tejanos y un jersey de cuello alto gris.

—Pero Burrows se refería a eso; a que Nassouli es una especie de Mefistófeles sádico...

—Y que conserva archivos.

—Entonces es un Mefistófeles sádico que conserva archivos y que corrompe a tipos inocentes y confiados del mundo de las finanzas y la moda...

—No sé si todos eran tan inocentes en el mundo de las finanzas.

—Habla de los pormenores más tarde. Según Burrows, ese tío es el demonio. ¿Y tú lo encuentras creíble? —Asentí—. ¿Por qué? —preguntó Mike.

Pensé en ello. Cada vez se me daba mejor pues había pasado casi toda la noche dándole vueltas a lo que había visto y escuchado.

—Por un par de cosas. Primero, que no gana nada mintiéndome. Si tuviese algo que esconder sobre su participación en los trapicheos de Nassouli, o si estuviera metido en el chantaje de Pierro, le habría resultado más sencillo no hacerme caso. Le bastaba con negarse a hablar conmigo o, mejor aún, hablar conmigo pero no darme nada. Taladrarme hasta que yo me largara. Pero no lo hizo, sino que me hablo de asuntos sucios que habían ocurrido quince o veinte años atrás y reconoció haber tomado parte en ellos, al menos como confidente de Nassouli. A no ser que se trate de un chiflado con ganas de llamar la atención, ¿qué gana con eso?

»Y, segundo, que quería hablar, necesitaba hablar. Me dio la impresión de que llevaba alguna carga pesada. No sé en qué consiste ni si tiene que ver con algo que hizo mientras estaba con Nassouli o lo que le pasó a su mujer o quizá otra cosa, pero

sea lo que sea se está limpiando el karma. Y hablar conmigo formaba parte de ello.

»Además está la foto. La cara que vi en la foto de Helene en MWB... Ese es el Gerard Nassouli que describió Burrows.

Mike se quedó pensativo.

—A la luz de todo esto, ¿tienes alguna idea sobre los Pierro? —preguntó por fin.

—Ninguna que sirva. Según Burrows, en teoría es posible que alguien hiciera negocios legales con Nassouli, así que puede que Pierro esté tan limpio como dice. Pero mi fe pasa por momentos difíciles. —Mike soltó una risita—. Ya te dije que los clientes mienten. Sin embargo, sigue siendo nuestro cliente.

—Sí, lo es —dije—. Y quiero hablar con él, a ver si le suenan los nombres que me dio Burrows. También me gustaría saber lo que piensa sobre el retrato que hizo Burrows de su amigo Gerry Nassouli. Y debo hablar con Helene. Lo que Burrows contó acerca de la colección de novias de Nassouli me ha hecho pensar en ella.

Mike asintió y puso algunos papeles más en el montón.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Primero voy a buscar a Trautmann y a los cuatro tipos que Burrows nombró. Voy a sacudir árboles, a ver si cae algo.

—Lo de Trautmann promete. Burrows dijo que él estaba al tanto de las prácticas de Nassouli, sobre todo de los asuntos más sórdidos. Y el chantaje podría ser uno de ellos. —Asentí. Mike prosiguió—. Claro que la persona que más promete es el propio Nassouli. Ser fugitivo puede ser carísimo. Y es quien sabría sacarle más partido a los expedientes.

—No es fácil olvidarle —dije—. Pero es muy arriesgado hacer chantaje cuando te buscan los federales. Y hay un aspecto local que no acaba de encajar en esa posibilidad. A Pierro los documentos no se los mandaron desde Brasil, sino desde la calle Noventa y ocho. Y no creo que Gerard Nassouli lleve tres años escondido en el Bronx.

—Tal vez tenga ayuda en la zona —dijo Mike.

Me encogí de hombros.

—Tener un cómplice puede ser peligroso para un fugitivo —dije—. Igualmente, si los federales no han dado con él en tres años, ¿cómo voy a encontrarlo en cuatro semanas?

—Eso es muy distinto. ¿Y si Trautmann fuera su cómplice en Nueva York? —me preguntó, y tiró un montón de periódicos a la basura.

—Quizá. Puede ser Nassouli, Trautmann, Alger Hiss y Gordon Liddy, quizá estén juntos en esto.

—Pues Tim Russert siempre me ha parecido un cabrón con pinta sospechosa. No nos olvidemos de él —dijo Mike, sonriendo. Se puso a mirar otro montón de papeles—. ¿Y qué me dices de Brill y Parsons... has descartado la idea de que se trate de una

acción interna? —me preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No, pero sin la ayuda de Neary no puedo hacer nada. Y Neary no tiene ninguna razón para hacer más de lo que ha hecho, ninguna a no ser que logre convencerlo de que está pasando algo en su empresa. Y de momento no tengo nada para convencerlo.

—¿Le has hablado de Burrows?

—Todavía no. Lo he llamado esta mañana para invitarle a comer y le he preguntado si tenía más información sobre Trautmann.

Apuré el café y me puse de pie. Mike apartó la vista del correo basura que tenía delante y dijo:

—Mantenme informado. Y que aproveche el pavo.

Hacía frío, alrededor de ocho grados de temperatura. Un par de nubarrones recorrían el cielo azul oscuro y proyectaban pequeñas sombras que avanzaban deprisa por los edificios y las calles silenciosas. Paré un taxi frente a Lever House y fui al centro.

Another Green World es un prestigioso restaurante vegetariano chino. Está decorado en tonos azules y verdes pálidos, con vidrio mate y acero cepillado, y es el local de moda en Mott Street. El centro estaba todavía más tranquilo que en las inmediaciones del despacho de Mike, y Neary era de las pocas personas que había dentro.

—Esto es muy apropiado para ti —dijo, y me pasó la carta—. Tienen unas mil variedades de *tofu*. —Miramos las opciones disponibles y optamos por compartir algunos platos: fideos, empanadillas, rollitos de primavera, verduras variadas y mucho *tofu*. Después de que la camarera cogiera el pedido, puse a Neary al corriente de mi encuentro la noche anterior, sin mencionar a Burrows.

Escuchó en silencio y luego se pasó la mano por el pelo corto y ondulado y se quedó un rato más en silencio. Finalmente dijo:

—Vale, Nassouli es un hijo de puta. Ya lo sabía. A fin de cuentas, por algo lo buscan. Y sabíamos que tenía un sistema de grabación de sonido en su sala de reuniones, al igual que en casi todas las salas de la sede de MWB. Y también sabíamos que utilizaba ese apartamento como sala de juegos, aunque no teníamos ni idea de lo de las cintas.

—Es perverso y conservaba unos expedientes exhaustivos.

—Sí, vale, conservaba unos expedientes. Y según tu fuente a Nassouli le sobran los motivos para destruirlos antes de largarse, o se los llevó —dijo Neary.

—¿Y si no lo hizo?

—Pues mal asunto, y si mañana gano la lotería será estupendo. Pero en los dos casos se trata de putas conjeturas y ahora mismo no tengo razones para creerme

ninguna de las dos cosas. —Tomó unos sorbos de té y prosiguió—. Yo que tú intentaría establecer un patrón entre las otras víctimas de Nassouli, y luego me centraría en Trautmann.

—Jo, gracias por el consejo, señor Neary —dije irritado.

—No te olvides de quién pide el favor a quién, y procuro que no te atragantes con esto. Solo digo que puede que hayas encontrado algo y puede que no. Pero aunque estés en lo cierto, sigo sin ver la conexión con mi gente. Demuéstrame que esa conexión existe y tendrás toda mi atención, créeme. —Neary hizo un gesto hacia los platos que ya nos habían servido—. No dejes que se enfríe la comida. —Probé los fideos, y Neary cogió un rollito de primavera—. Tengo algo de información sobre Trautmann —dijo después de zamparse un par de rollitos—. Procede del expediente que mi antecesor preparó cuando encargaron a Brill la vigilancia en MWB. Puede que haya más, pero tendrás que esperar hasta el lunes. —Sacó un gran sobre amarillo del bolsillo del abrigo y me lo dio.

»Este tío es la leche. Fue policía, investigador, y se dedicaba a drogas y vicio en el Bronx. Durante unos años lo consideraron la promesa del departamento. Logró un montón de arrestos, algunas menciones honoríficas, y todo el mundo esperaba grandes cosas de él. Pero entonces se acabó. Un macarra y dos de sus chicas recibieron una paliza casi mortal, y acusaron a Trautmann de abuso de autoridad. Y acto seguido se cuestionaron algunos de sus casos anteriores. Lo acusaron de coacción, de falsificar pruebas y se rumoreó que cobraba por dar protección. Al final no se presentaron cargos (nadie estaba dispuesto a testificar en su contra) y Trautmann terminó por dimitir. De esto hace veinticinco años.

»A los pocos meses se hizo con una licencia de detective privado y comenzó a trabajar de gorila en algunos clubes de Manhattan, y se montó en el dólar. A continuación montó una empresa de seguratas de alquiler, Trident Security Consulting, que hacía más de lo mismo, clubes, control de eventos y trabajos por el estilo. Al cabo de un tiempo se orientó a una categoría superior y comenzó a especializarse en los servicios de seguridad para bancos, concretamente en las sucursales de bancos extranjeros, y se hizo con un puñado de clientes, incluyendo MWB. Y su empresa creció al mismo ritmo que MWB en Nueva York. Terminó por dejar a sus otros clientes y trabajó exclusivamente para ellos.»

—¿Qué ha hecho desde que MWB fue a la quiebra? —le pregunté.

—Trident Security todavía existe, pero ha ido a menos. Han vuelto al negocio de polis de alquiler y tienen a un par de viejos alcohólicos y rechonchos y algunos chavales flacuchos que hacen de vigilantes en almacenes de Queens y Staten Island —explicó Neary.

—¿Los federales no lo empapelaron a él?

—Lo investigaron a fondo, pero al final no. Trautmann les dijo que no era más

que un proveedor de servicios que no tenía nada que ver con las actividades de MWB y por lo visto supo convencerlos. —Neary se comió ruidosamente un trozo de brécol—. Trautmann debe de tener ya cincuenta y tantos años, pero este tío es un caso serio. Desde que dejara la policía lo han demandado diez veces: agresiones, acoso, una violación... Y un intento de asesinato hace apenas cuatro años. Pero los demandantes siempre se echaban atrás o no se acordaban de nada, y se libró. —Hizo una pausa para probar el *tofu* frito—. Ten cuidado con él.

Asentí.

—No eres el primero que me lo dice. —Seguimos comiendo en silencio y pensé en Trautmann—. Así que un ex poli, cincuentón y violento... ¿De qué me suena esa descripción? —pregunté inocentemente—. Ah, sí, es parecida a la que me dio Faith Herman, aquella indigente que envía documentos por fax y cuya declaración rechazaste con tanto desprecio. —Neary trataba de llevarse a la boca unos fideos con los palitos, pero levantó el dedo corazón de la mano que tenía libre. Se acabó los fideos y comenzó con las empanadas—. ¿Qué hay entre los federales y Nassouli? —pregunté pasado un rato.

Neary se encogió de hombros y mojó una empanada en el cuenco con salsa de soja.

—Ya me lo preguntaste hace dos días. Y te dije que tenían obsesión con él. Luego la obsesión concluyó hará cinco o seis meses.

—¿Alguna teoría al respecto?

—No hay muchas posibilidades. Primera: dejaron de buscar porque lo encontraron o saben exactamente dónde encontrarlo. Segunda: dejaron de buscar porque ya no sabían dónde mirar. Tercera: aún lo buscan pero hacen ver que no. No me preguntes por qué.

Pensé en ello un rato.

—Estoy de acuerdo contigo. La tercera opción no tiene sentido, y la segunda no me convence porque si realmente la hubieran cagado con la búsqueda no andarían contándolo por ahí. —Neary asintió—. Me decanto pues por la primera opción. Puedo comprender que se callen si lo han encontrado pero no pueden echarle el guante. —Volvió a asentir—. ¿Pero crees que se callarían si ya lo tuvieran? Eso no cuadra.

Neary se zampó otro rollito.

—A lo mejor quieren hacer un trato con él —dijo con la boca llena—. A Shelly le iría de perlas tener a un tipo como él de testigo colaborando. Y si todavía están haciendo el trato, o si ya lo hicieron pero lo tienen congelado en alguna parte, puedo entender que no abran la puta boca.

—¿Hay alguien allí que pueda pasarte información? —pregunté.

Neary frunció el ceño.

—Joder, March. ¿Qué te propones sacarme por una comida gratis?

—No te pido las llaves del Hoover Building ni nada por el estilo —dije.

El ceño de Neary se hizo más evidente, sacudió la cabeza y dijo:

—¿Se te ha ocurrido pensar que mi trabajo es imprescindible para mí? Esto no es un pequeño favor ¿sabes? Ellos se toman esta mierda muy en serio. —Se pasó la manaza por el pelo y calló un momento—. Puedo hacerles una o dos preguntas... Con mucha precaución. Y si responden, pues bueno, habrá que contentarse con eso porque no iré más allá.

—Gracias, Tom —dije. Neary soltó un gruñido y cogió las dos últimas empanadas.

Caminamos hasta Broadway y nos despedimos. Neary se fue en dirección sur y yo me dirigí al norte, a mi casa. Hice el recorrido a pie y me detuve únicamente en una tienda de juguetes de Union Square para comprarles alguna cosa a mis sobrinos.

El edificio estaba en silencio y parecía no haber ningún vecino. Todos se habían ido por las vacaciones. Encendí el portátil y, tras conectarme a internet, activé tres de mis motores de búsqueda favoritos. Introduje en ellos los cuatro nombres que Burrows me había dado, Kenneth Whelan, Michael Lenzi, Nicholas Welch y Steven Bregman, y restringí las búsquedas a Nueva York, New Jersey y Connecticut. Después me desconecté; los servicios de búsqueda me enviarían los resultados por correo electrónico.

Me puse los pantalones de correr, una sudadera y volví a salir. Había comido mucho *tofu* y no quería vomitar encima del calzado, de modo que me lo tomé con calma —un kilómetro cada seis minutos— y en cuarenta y cinco minutos recorrí Washington Square, Village y el SoHo. Ya en casa, me di una ducha, me cambié y abrí una lata de atún. Luego sintonicé WFUV en la radio y me puse a leer una compilación de cuentos de Carver hasta que me dormí.

12

El día de Acción de Gracias el taxi me dejó frente al edificio de Ned a las tres de la tarde y con apenas una hora de retraso a pesar de mis esfuerzos por retrasarme. Un tipo al que no conocía me abrió la puerta de entrada de bronce. Crucé el amplio vestíbulo hasta el búnker de mármol del conserje, a quien tampoco conocía, y que llamó arriba para anunciarme. Al tipo del ascensor sí lo conocía. Me saludó con un gesto de cabeza.

—Cuánto tiempo —dijo. No lo bastante.

La puerta del ascensor se abrió y pasé al rellano de más de diez metros cuadrados. Las paredes eran de color crema, y en el suelo había baldosas negras y blancas que simulaban la forma de un brillante. Del alto techo colgaba una pequeña araña de bronce. A mi izquierda, había una mesa de ébano con un jarrón alto de cristal lleno de flores y, al fondo, dos puertas negras brillantes. Apreté el timbre y oí que sonaba en el interior.

Meg abrió la puerta. Meg es una chica nerviosa de County Mayo con muchas pecas y los ojos azules y esquivos, aunque yo también estaría nervioso si fuese la sirvienta de Janine y me hicieran ir con esas pintas.

—Hola, Meg —dije.

—Hola, señor March. Me alegro de verle —dijo con un leve acento.

Entré y le di el abrigo. Me hallaba en un vestíbulo con las paredes de color gris pálido y molduras blancas. De las paredes colgaban unos cuadros de paisajes hechos a lápiz por algún maestro holandés que siempre me habían gustado, y en el suelo había una gran alfombra oriental.

Janine, mi cuñada, me observaba desde la puerta que había enfrente. ¿Vestido apropiadamente? ¿Acompañado? ¿Magulladuras a la vista? ¿Armas? Me había puesto unos pantalones de pana verde oscura con un suéter negro encima de una camiseta azul, de modo que la vestimenta pasó la inspección. Iba solo y sin lesiones, al menos que fueran visibles. Me sonrió y se acercó para saludarme.

—Hola, forastero. Cómo pasa el tiempo —dijo.

Me dio unas palmaditas en los brazos y simuló darme un beso muy cerca del oído. Janine tiene cuarenta y dos años, un año menos que Ned, pero, al igual que él, tiene el aspecto y los modales de alguien de cincuenta. Mide un metro sesenta y cinco, tiene el cuello largo y delicado, es larguirucha y plana como una tabla. Su pelo es rubio nórdico y lleva un riguroso corte estilo paje. La nariz es recta y estrecha, y la boca es pequeña con unos labios finos con tendencia a fruncirse. Tiene los ojos color aciano brillante y con varias aberturas, que oscilan entre grandes como platos, cuando Ned le regala algo caro, y entornados y penetrantes, como cuando pone de vuelta y media a los novatos impertinentes de las entidades benéficas con las que colabora.

Conmigo estaban en posición de cautela.

Janine vestía un pantalón hecho a medida color camello, un conjunto de cachemir del color del chocolate y un collar de perlas. Se fijó en los paquetes que yo llevaba y puso cara de curiosidad.

—Para los chicos —dije.

—Oh, John, no hacía falta. En serio, ya tienen tantas cosas... ¿Qué es?

—Un puzzle para Alec y Lego para Derek. —Le di los paquetes, y los dejó en un rincón.

—Seguro que les va a encantar. Llevan toda la tarde preguntando cada cinco minutos cuándo va a llegar el tío Johnny.

Me condujo al otro lado del vestíbulo, donde había un amplio pasillo que daba a la salita. A medida que nos acercábamos sonaban más fuerte las voces y el ruido de cubiertos y platos.

La sala de estar, como el resto de la vivienda, era amplia y la decoración era convencional. Estábamos en una punta de aquella sala de techos altos. Las paredes eran de un verde algo más oscuro que un billete de dólar, y las pilastras, las molduras y el techo de vigas eran blanquísimas. En una pared destacaba una repisa de mármol blanco mientras la pared que teníamos enfrente la recorrían ventanales y puertas batientes con cortinas verdes y doradas drapeadas por los marcos. Las puertas daban a una terraza que rodeaba casi todo el apartamento. La luz más débil de la tarde proyectaba en la estancia un resplandor de color ámbar.

Los muebles eran antiguos y franceses, y, pese a haber muchos, había espacio libre de sobras. Las diez personas o así que estaban en la sala solo ocupaban una pequeña parte de esta. La mayoría se volvió para mirarnos cuando entramos. Algunos sonrieron. Ned estaba allí, al igual que Lauren y su marido, Keith. Liz estaba hablando con un hombre mayor de pelo castaño oscuro al que yo no conocía. Mi hermano David estaba en la terraza con alguien a quien yo no podía ver. Su mujer, Stephanie, estaba sentada con otras personas a las que yo tampoco conocía. Ned se acercó para saludarme.

—Ya pensábamos que tendríamos que empezar sin ti —dijo sujetándome por el hombro—. Me alegro de verte, Johnny. Vamos, te serviré una copa. —Me llevó hacia un gran carro de bebidas cromado—. ¿Sigues tomando arándanos con soda? —Asentí, y él cogió un vaso y empezó a sacar cubitos de hielo de una cubitera plateada.

Ned es unos centímetros más bajo y más ancho que yo. Tiene el pelo rojizo, corto y ondulado, y menos pelo y más canas que la última vez que le había visto. Tenía la cara cuadrada y rubicunda con facciones rotundas. Sus ojos grises parecían cansados y distraídos, y tenía más arrugas en torno a su boca pequeña de lo que yo recordaba. Las preocupaciones propias de ser el número dos en Klein e Hijos. Vestía pantalones de color gris oscuro con una americana azul marino y una camisa blanca. Su corbata

roja tenía un estampado de pavos. Me dio el vaso y, cuando iba a decirme alguna cosa, alguien me hundió un dedo en las costillas y me estampó un beso en la mejilla. Liz.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te has olvidado de mirar la hora o la dirección?

—Hola —dije y le di un beso en la mejilla.

Liz vestía un jersey de cuello alto de cachemir negro y una falda corta a cuadros, así como una cinta a juego en el tupido pelo rubio. Liz es delgada y alta, de mi estatura sin tacones. Tiene treinta y seis años, y los aparenta, los ojos chispeantes y verdes, la nariz potente y la boca amplia, en una cara delgada. Más que atractiva, es guapa y con cara de lista.

Sin embargo, seguro que los operadores de bolsa que trabajan a sus órdenes en Klein emplean otras palabras a la hora de describirla, de las cuales «zorra temible» debe de ser la más amistosa, y puede que tengan razón. Liz es guapa e inteligente pero enseguida pierde la paciencia y castiga los errores con su implacable sarcasmo.

Su acompañante era como todos sus amigos del género masculino: maduro, europeo, atractivo y con aspecto de rico. Lo presentó como Marco, que sonreía con una imparcialidad perpleja que enseguida envidié.

—Otra vez en el seno de la familia. Ya sabía yo que no podrías seguir apartado —dijo mientras me hacía un repaso con la mirada—. Estás flacucho, come algo.

Meg recorría la sala con una bandeja plateada llena de salmón ahumado, paté, gambas y un par de cosas que no reconocí. Liz le dijo que se acercara. Cogí algo de salmón y noté una mano en el hombro.

—Lauren me contó que te había presionado para que vinieras. Eso es agradable cuando le pasa a otro. ¿Cómo te va, John? —dijo Keith con una sonrisa irónica.

El marido de Lauren es alto, alrededor del metro noventa, y delgado, con la pelambreira castaña y rebelde, los ojos azules y penetrantes y la nariz larga e irregular. Llevaba puestos un pantalón caqui, una chaqueta de paño escocés y una camisa tejana arrugada con el botón de arriba desabrochado. Keith tiene un doctorado en investigación en biología molecular y hace cosas con el ADN en la Universidad Rockefeller. Sonreí y le di la mano. Lauren estaba detrás de él y dijo:

—¿Ves cómo no es para tanto? Pones cara de pasarlo bien.

—Me lo paso bomba —dije.

—Vamos a presentarte a los extraviados.

Lauren y Keith me condujeron a uno de los sofás y me presentaron a una pareja alemana y a un chico italiano. Los tres trabajaban en el laboratorio de Keith y llevaban poco tiempo en Nueva York. No es que hablaran muy bien el inglés pero se veían agradables si bien un tanto nerviosos. Sentarse mucho rato al lado de Stephanie suele tener ese efecto.

—Has venido. David y yo estábamos convencidos de que no ibas a venir.

Stephanie me dedicó una leve sonrisa. Tiene treinta y cuatro años, los mismos que David, y ambos han sido inseparables desde que se conocieron en la escuela de negocios. Y no es de extrañar. No creo que ninguno de los dos hubiese encontrado antes a alguien con tanto ímpetu o agresividad. O se casaban o se mataban el uno al otro. Supongo que tomaron la decisión correcta.

Stephanie mide un metro cincuenta y ocho y está flaca como un galgo, tiene el pelo castaño y rebelde, que trata de domar en peinados extraños, y unos ojazos castaños y esquivos agrandados por su cara menuda. Suele contraer la boca con expresión amargada. Stephanie es analista de capital social para una gran empresa del centro y, por lo que me han dicho, es buenísima. Pero su talento real consiste en tramar con David la manera de acelerar la carrera de él y a costa de quién. Apenas tenemos contacto.

—Siento decepcionarte —le dije a ella y me dirigí a Lauren—. ¿Dónde están los chicos?

La pregunta se contestó sola cuando las dos fieras entraron corriendo gritando a coro:

—¡Tío Johnny!

Derek, que con seis años es el mayor, trató de comportarse como es debido y me estrechó la mano. Su hermano de cuatro años, Alec, se me abrazó a las piernas y me dio un cabezazo en las rodillas. Yo los levanté por turnos y se me abrazaron y me dieron un beso. Mis sobrinos son pelirrojos y tienen la pelambrera tupida, y más alborotada de lo normal en esos momentos, y las facciones anchas de su padre. Estaban el doble de altos que la última vez que los había visto.

Janine los había vestido igual para Acción de Gracias, con pantalones caquis, camisas azules y mocasines, pero ya iban hechos un desastre, con las caritas rojas como un tomate y las camisas fuera del pantalón que se les caía. Alec solo llevaba un zapato. Entonces llegó una chica con expresión divertida que vestía una falda corta y gris con un suéter negro, y con el otro zapato en la mano. Tyler es la canguro de Ned y Janine y procede de alguna parte del medio oeste estadounidense. Tiene unos veinte años, una larga melena rubia y los ojos azules y fríos. Me miró sonriente y se arrodilló para ponerle el zapato a Alec.

—Parece que os haya atropellado un camión —dije.

—Y a ti un tren. —Alec se puso a reír y se dio otro porrazo contra mi pierna.

—Eh, hemos visto los regalos. ¿Jugamos con el Lego? —me preguntó Derek.

—Ahora no, señorito —dijo Janine acercándose a él por detrás—. Vamos a comer, así que ya os estáis adecentando un poco. No sé cómo os las habéis apañado para llevar estas pintas —lo dijo mirando expresamente a Tyler, que se hizo la sueca.

—Jugaremos después de cenar —dije mientras Tyler se los llevaba.

—Ahí está David —dijo Janine a nadie en particular—. Bueno. ¿Pasamos al

comedor?

David debe de tener mi estatura. Está delgado y, como Ned, es rubicundo y tiene el pelo rojizo y ondulado, pero más largo que él. Tiene los rasgos marcados y tan juntos que nunca sabes si está arrugando la frente o se cachondea. Vestía el mismo traje azul y pantalón gris que Ned pero con una pajarita a rayas azules. Estaba en la terraza y entró en la sala acompañado de otra persona.

Ella llevaba unos zapatitos negros con una tira por delante y una hebilla a un lado, unas medias de color verde bosque y una falda plisada negra que le llegaba a medio muslo con un cinturón ancho de terciopelo con hebilla de cuerno, y una blusa muy ceñida de cuello alto del mismo tono que las medias. Los bosques de Sherwood al estilo del SoHo. Las únicas joyas que llevaba eran un brillante y dos esmeraldas en las orejas menudas y sonreía educadamente a lo que David le contaba, pero, al entrar, Jane Lu enarcó una de sus finas cejas cuando me vio.

Me volví hacia Lauren, que sonreía satisfecha y le dije:

—¿Otro extraviado?

—Sí. Su familia está en Boston y mañana tiene que trabajar. Como se han ido todos sus conocidos, la he invitado. ¿No te lo conté?

—Claro, te olvidarías.

La seguí hasta el comedor, que era algo más reducido que la salita. Lo habían pintado de naranja oscuro y también tenía puertas que daban a la terraza con drapeados color verde. En una pared colgaba un viejo tapiz que representaba frutas y hortalizas. La mesa era ovalada y, pese a ser quince, nos pudimos sentar con espacio suficiente para los codos.

Ned y Janine siguieron la tradición a rajatabla pero querían que hubiera comida para todos los gustos. El enorme pavo tenía tres tipos de relleno, arándanos en salsa y en remojo, puré de patatas y boniatos, guisantes, cebollas cremosas, zanahorias confitadas, pan blanco y de maíz recién hecho, tarta de calabaza, tarta de manzana y natillas de la India.

Durante la comida, los comensales cambiaron de sitio constantemente y hablaron por los codos como acostumbra a hacer mi familia cuando se reúne. El principal tema de conversación en la mesa eran los mercados financieros y la política. Las conversaciones a menor escala eran más variadas. Keith y Jane Lu descubrieron que tenían conocidos en común en Cambridge y compartieron información sobre una empresa biotecnológica que había ido a la quiebra. Liz y Lauren se pusieron al día sobre las vidas de nuestros primos. Ned y Janine trataban en vano de determinar de qué país europeo era Marco. Jane estuvo hablando un rato en un alemán fluido con la pareja alemana, quienes se reían y se les veía más a gusto. Lauren, Liz y Jane hablaron de mudanzas y decoración y se reían. Tyler le explicó a Marco que hay más de una Kansas City y dónde estaba Missouri. Janine y Stephanie criticaron las fiestas

a las que habían acudido recientemente. Ned, David y Liz charlaron largo y tendido en voz baja sobre unos asuntos de Klein, con expresión seria y cansada. Mis sobrinos no paraban de hablarme de una película en la que los héroes eran unos conejitos que se transformaban en robots gigantes que hacían la guerra.

Fue agradable. El único silencio incómodo en la mesa fue cuando la alemana me preguntó en qué trabajaba. David y Stephanie resoplaron casi al unísono, Lauren y Liz los fulminaron con la mirada, a Ned le entró la tos nerviosa, y a Janine casi se le cayó la copa de vino. Se lo conté, pero le costaba entender el inglés y me miraba perpleja. Jane le dijo alguna cosa y ella asintió.

—¿Magnum, sí? —dijo, sonriendo.

Hasta después del café no ocurrió lo inevitable. Ned me detuvo cuando todos salían del comedor. Tenía mal aspecto, como si le apretara el cuello de la camisa. Volvimos a sentarnos. David estaba de pie al otro lado de la mesa y se sirvió lo que quedaba del Chablis con una mueca en la cara.

—¿Por qué pierdes el tiempo? —le dijo a Ned—. Sabes que no le interesa. No le ha interesado nunca.

Ned frunció el entrecejo y se aclaró la garganta.

—Quiero hablar a solas con John si no te importa. —David bebió vino, sacudió la cabeza y se fue—. Todo el trabajo de vigilancia en Klein depende ahora de Risk Management Associates, seguramente ya lo sabes —dijo Ned. Y yo lo sabía. RMA era la competencia de Brill, una gran empresa de detectives que operaba en el ámbito internacional—. Llevan más de cien años realizando un trabajo excelente para nosotros, y no tenemos ninguna queja. Pero hace poco nos han informado de que el compañero que llevaba nuestros asuntos, un tipo que tiene toda nuestra confianza, va a jubilarse pronto, lo cual unido a la mayor complejidad de las medidas de seguridad ha llevado al comité a buscar a alguien que se encargue de llevar nuestra relación con RMA, por decirlo de algún modo, alguien al frente de la seguridad. Se trata de una función importante en el seno de la empresa, de director adjunto. No me andaré con rodeos, John: pensamos que eres el hombre indicado.

Sacudí la cabeza.

—No —dije—, gracias, Ned, pero no. Puedo recomendaros a gente que está mucho mejor capacitada para ese trabajo. Pero en serio, no es para mí.

Ned trató de convencerme, pero David regresó y atajó.

—Ya te he dicho que era inútil. Como él, inútil, es perder el tiempo. No quiere un trabajo de verdad, por bueno que sea y por muchos esfuerzos que hayas realizado para crearlo para él. Prefiere seguir con lo que sea que haga, espiar por los ojos de las cerraduras a la gente. Le gusta más avergonzarnos. —Ned respiró hondo y le mudó el semblante, pero David se dirigió a mí—. Y tú... Eres de lo más previsible. Aunque no sé por qué te preocupas tanto; mamá ya no está aquí para que la trastornes y papá ya

no tiene que hacer frente a tu patetismo. ¿A quién quieres fastidiar ahora?

—No te he pedido tu opinión, David —dijo Ned fríamente—. Tú no estás en el comité y esto no tiene que ver contigo. Discúlpate ahora mismo y déjanos solos.

Pero me levanté antes y cruzamos la mirada con David un buen rato.

—Gracias de todos modos, Ned —dije.

Anduve por el largo pasillo, pasé por la sala de estar donde se encontraban casi todos y por la estancia en la que Keith estaba mirando un partido de fútbol americano mientras le explicaba el juego a Marco, y salí a la terraza a tomar el aire de la noche.

En los altos edificios que había al otro lado de Park Avenue había ventanas iluminadas y podía ver a la gente en sus casas. Fiestas, familias. Entre los edificios alcanzaba a ver la masa oscura de Central Park y las lucecitas de West Side. Las calles estaban silenciosas, y una brisa fría se encargó de aliviar parte del sofoco que tenía encima. Me apoyé en el antepecho de la terraza y vacié de aire mis pulmones, lentamente.

Aunque era un gilipollas insufrible, David tenía razón. Pero yo no era lo único previsible, también lo era aquella penosa pelea. Mi familia y yo llevamos años con este conflicto o lo que quiera que sea.

Apenas ha cambiado nada. Antes de las perspectivas profesionales las peleas se debieron a la empresa y mis horas de trabajo, y antes de eso a los avisos y las expulsiones del colegio. Y antes de hacerlo Ned, eran mis tíos los que me daban consejos sensatos y bien intencionados, mientras que, hasta su muerte, fue Elaine, mi madre quien hacía el tipo de comentarios que acababa de hacer David. Y desde que mi padre, Philip, murió, se echa de menos a un espectador entretenido y estupefacto.

Pero la pelea en sí —sobre irresponsabilidad, expectativas y decepciones, sobre pérdida y vergüenza— persiste. No es nada nuevo y se remonta a la época de Philip y Elaine, a la lucha más prolongada que mantuvieron entre ellos.

No es que la guerra entre ellos fuera abierta, no hubo combates, y no estaba tan bien organizada. Era más bien un conflicto fronterizo latente con feroces escaramuzas, treguas tensas y un sinnúmero de invasiones sorpresa. Pero no tengo claro quién defiende cada territorio ni contra quién, ni cómo me convertí en el sucesor de mi padre en esta batalla, ni cómo me convertí en el objeto de las condenas y quejas de mi madre. Quizá no era tan hábil como mi hermano y mi hermana a la hora de esquivar el fuego cruzado, de agachar la cabeza o elegir bando.

Se abrió una puerta y sonaron unos pasos. Lauren estaba a mi lado.

—Lo siento —dijo en voz baja. Me puse a reír.

—No voy a decir que te lo dije.

—Mejor no. Ya me siento fatal así. Te he obligado a venir prometiéndote que esto no pasaría y...

—Ya hace tiempo que estamos así, Laurie. No es culpa tuya.

Se quedó mirando la calle un rato en silencio.

—Ned no lo ha dicho con malas intenciones —dijo.

—¿Y David?

—David es un capullo. —Se echó a reír y me reí con ella.

—Su imitación de mamá mejora por momentos. Si cierras los ojos no ves la diferencia.

Lauren me miró a los ojos y dijo:

—Ella también lo hacía por tu bien ¿sabes? En serio.

—Si tú lo dices.

—Es solo que... Eras tan parecido a papá. Al menos ella lo creía. —Una ráfaga fría sopló por la terraza y noté que se estremecía. Cruzó los brazos, abrazándose.

—Y eso era malo por definición ¿verdad? ¿Por qué se casó con él entonces?

Nos llamamos mirando un avión que surcaba el cielo.

—¿Te lo has planteado alguna vez? ¿Qué vieron el uno en el otro?

Solté una risita.

—Pocas veces. Nunca conoces del todo a la gente y menos aún a las parejas. Y si se trata del matrimonio de tus padres es mejor olvidarlo.

—¿Esta es tu opinión profesional?

—Si me lo preguntaras a título profesional te diría lo que suelo decirles a quienes quieren que siga a sus parejas: ¿Seguro que quieres saberlo? —Se rió un poco.

—Probablemente no. Ya cuesta imaginártelos haciendo el amor. Y luego tendría que gastarme una fortuna en psicólogos. —El viento sopló más fuerte, y Lauren empezó a tiritar.

—Entra —dije—. Vas a coger frío.

—Si entras conmigo. —Se frotó los brazos.

—Enseguida.

La seguí con la mirada mientras ella entraba y se acercaba a Keith y Marco en la salita. En una vida anterior esa salita era el estudio de mi padre, el lugar del que mis tíos decían que era su retiro precipitado, cuando estaba lleno de estantes con libros, de arriba abajo, con un sofá roto, una butaca de cuero y un pequeño escritorio. Pero ya no quedaba nada. Con sus altos ventanales y vistas del cielo, a veces pensaba que era una cabaña construida en un árbol, un faro o un velero. Mi padre lo llamaba su refugio de caza.

El estudio no era territorio prohibido; podíamos entrar cuando queríamos. Pero yo era el único que entraba. Entonces lo hallaba echado en el sofá o sentado en la silla, a veces escribía o dibujaba en su mesita y me tendía para leer con él en silencio. Cuando fui mayor, mi padre a veces cogía un libro del estante y me lo lanzaba. Se limitaba a decir «puede que te guste» y después no preguntaba qué me había parecido. La lista era ecléctica, sobre todo poesía y novelas, Rilke, Akhmatova,

Borges, Raymond Chandler, Robertson Davies, John Fante, Philip K. Dick... Y si había un mensaje en ellos jamás fui capaz de encontrarlo.

Mi padre trabajaba en Klein, en un puesto que mi abuelo creó para él, y un día, después de doce años, dejó de ir al trabajo; no supe nunca por qué. Era una de tantas cosas que nunca supe... Ni de él ni de ambos.

Puse las manos en el antepecho y noté que el frío penetraba en ellas. Miré a las personas que se movían por las ventanas al otro lado de la calle. Pensé en lo que acababa de decirle a Lauren y sacudí la cabeza: «¿Seguro que quieres saberlo?».

—Los clientes están locos —me dije.

El caso es que tenían poco en común. Él era hijo único, el último de una antigua familia WASP —protestante, anglosajona y blanca— que había perdido su fortuna y categoría antes de nacer él. Su legado, solía decir, consistía en una enmohecida casita en Fisher's Island, en jugar bien al squash y en un hígado a prueba de bombas. Ella era la más joven de los cuatro hermanos, la única hija. Su familia también era antigua, que no WASP. No jugaba al squash, apenas bebía alcohol y había heredado bastante más que una casita enmohecida.

Se conocieron en una fiesta que se celebraba en una casa cerca de Washington Square. Se casaron a los cuatro meses en City Hall. Ese mismo día volaron a Italia y se quedaron allí más de un año. Aquel fue, que yo sepa, su único acto de rebeldía. Cuando regresaron, ella estaba embarazada de cuatro meses.

No sé por qué se casaron ni por qué abandonaron el país ni por qué se ausentaron tanto tiempo ni por qué volvieron. Tampoco tengo ni idea de la razón por la que Philip aceptó el trabajo en Klein, ni por qué lo dejó para pasarse el día en su refugio, en la cancha de squash o bebiendo Martini. Y aunque puedo imaginarme la rabia de mi madre, no entiendo por qué se casó con Philip si lo que quería era vivir como siempre había vivido. ¿Qué quería?

No pregunté nunca a Philip por su trabajo y, cuando tuve mis propios encontronazos con Wall Street, ya era tarde para comparar experiencias. Así que jamás supe cómo le había ido a él ni si su experiencia era similar a la mía. ¿Quedó horrorizado por la codicia y el desenfreno? ¿Quizá estupefacto por la burocracia y el politiquero? ¿Se moría de aburrimiento? ¿Pudo encontrar aunque solo fuera una cosa que le interesara? No lo supe nunca.

Las puertas batientes volvieron a abrirse por la sala de estar, Tyler salió a la terraza y dijo:

—Los chicos preguntan por ti.

Estaban en el dormitorio de Derek haciendo algo complicado con los bloques de Lego. Me senté en el suelo y les eché una mano.

—¿Estás bien, tío Johnny? —preguntó Alec. Me miraba por encima de la tapa abierta de un arcón de juguetes.

—Estoy bien, chaval. Pásame esas piezas verdes, ¿vale?

Después jugamos un rato con los coches Hot Wheels y construimos con vías de madera una amplia red ferroviaria. A continuación Derek trató de enseñarme a jugar con la Game Boy, pero no le cogí el truco ni conseguí pulsar los botones en el momento oportuno. Entonces jugamos con un balón Nerf, luego fui un zombi y les hice cosquillas a ambos hasta que se mondaban de risa y parecía que les iba a dar algo. Se hacía tarde para ellos y necesitaban descansar, yo también estaba cansado, así que nos tumbamos en la cama de Derek, yo en medio, y les leí seis o siete cuentos.

Al cabo de un rato me di cuenta de que se habían quedado dormidos. Me quedé sentado con ellos, muy quieto, y contemplé los juguetes desparramados por el suelo y la oscuridad por las ventanas. Alec suspiró hondo y se dio la vuelta. Miré a mis sobrinos y pensé que vivían en un mundo protegido y privilegiado, muy alejado del que yo viví de niño. El caso es que también me dormí y, cuando abrí los ojos, Jane Lu estaba apoyada en la puerta, mirándome.

—¿Compartimos taxi? —susurró.

13

El cielo encapotado y el viento frío se encargaron de que solo los niños más duros se atrevieran a jugar en el parque. Los columpios vacíos se movían en pequeños círculos ruidosos mientras el rechinar metálico recordaba los graznidos de pájaros lejanos. El cajón de arena estaba empapado por la lluvia del fin de semana y abandonado. Un par de valientes bajaban por el tobogán. Otros se encaramaban por una estructura para trepar llena de rampas, escaleras y barras. Un par de niñas, algunas madres y algún que otro abuelo los miraban desde los bancos. Me senté en un banco próximo a la entrada del parque; yo y un cochecito.

Era alrededor de la una y media del lunes, y yo miraba a Alex Pierro y a su madre en la estructura para trepar. El artilugio estaba pensado para niños mayores, pero el crío había insistido aunque le tenían que echar una mano. La madre lo sujetaba con cuidado por la cintura mientras él subía por una escalera al segundo nivel. Al llegar a lo alto la apartó de un empujón, indignado.

Habíamos quedado a la una en punto en la esquina de la Quinta Avenida con la calle Setenta y nueve. Alex iba en el cochecito y llevaba un mono de pana, unas botas de trabajo en miniatura y un forro polar para combatir el frío. Tenía los mofletes y las manitas sonrosadas. Me había sonreído un momento pero le interesaba más su locomotora de juguete. Me sorprendió verle.

—Casi es su hora de la siesta —se había disculpado Helene sonriendo—. Jugará un rato y caerá rendido. Entonces podremos hablar. He traído algo de comida para nosotros —había dicho dando unos golpecitos en la enorme bolsa colgada en el cochecito.

La había seguido al cruzar la Quinta Avenida hacia Central Park hasta que llegamos al parque infantil próximo a la calle Setenta y siete. Helene vestía un jersey verde botella sobre un suéter de cuello alto blanco, unos tejanos ceñidos y unos botines de tacón bajo. Llevaba el pelo suelto con la raya en medio y una diadema a juego con el suéter.

—Se quedará roque en unos minutos.

Al llegar al parque había dejado su abrigo en el cochecito y se había ido detrás de Alex. Media hora después, Alex seguía sin mostrar signos de cansancio.

Pero era agradable mirar a los niños jugando y no me importó esperar. Había tenido un par de días ajetreados. El viernes después de Acción de Gracias había recibido los resultados de todos los servicios de búsqueda por cada uno de los nombres que había introducido. Había listado las respuestas suprimiendo las repetidas. Tanto para Kenneth Whelan como para Steven Bregman tenía cinco resultados posibles. Para Nicholas Welch, ocho, y para Michael Lenzi, tres. Me había pasado el fin de semana reduciendo la lista.

Los servicios me habían proporcionado la fecha de nacimiento de casi todos los nombres, junto con el último domicilio conocido y los domicilios anteriores. A partir de estas fechas taché a todo aquel que fuera demasiado joven o viejo para poder haber tratado con MWB en la época en que Alan Burrows trabajaba allí. Descarté diez nombres de la lista, con lo cual me quedé con dos Whelan, tres Bregman, cinco Welch y un solo Michael Lenzi.

Luego busqué por internet lo que se había publicado acerca de los cuatro nombres, incluyendo los principales periódicos de los tres estados, así como un puñado de los semanarios locales gratuitos, diversas revistas profesionales en los ámbitos financiero y bancario y un *quién es quién* de la gente que se mueve en este círculo. Entonces contrasté estos resultados con lo que quedaba de la lista, lo cual me permitió tachar un par de nombres más. Logré dar con un artículo de doce años atrás en un diario de New Jersey acerca de un tal Nick Welch que entrenaba cerca de Gladstone a jóvenes promesas de la hípica. Según el artículo, era vecino y natural de New Jersey y seguía viviendo en la casa en que se había criado. En mi lista había un Nick Welch con domicilio en Gladstone que carecía de domicilios anteriores. Lo taché. Y también descarté a otro Welch que había sido condenado por meterle fuego a su negocio de neumáticos en Stamford, Connecticut, hacía un año, y a un Bregman cuya nota necrológica de hacía tres años mencionaba su larga trayectoria profesional en Con Ed.

Siguiendo este método di con otros posibles candidatos. El más reciente *quién es quién* incluía a un Kenneth Whelan de Summit, New Jersey, que era director de finanzas corporativas para un gran banco suizo. Una breve noticia del *Wall Street Journal* de hacía casi tres años y un artículo más extenso de una publicación especializada aparecido por las mismas fechas informaban de que Steve Bregman dejaba su cargo en una gran empresa especializada en la gestión de activos para poner en marcha su propio fondo especulativo. Según la revista, Bregman residía en Pound Ridge, Nueva York. Y a Nick Welch de New Canaan, Connecticut, le habían dedicado dos párrafos enteros en su periódico local hacía dieciocho meses porque había muerto en un accidente de embarcaciones en Long Island Sound. Era un pez gordo de uno de los mayores agentes de bolsa de Wall Street. En mi lista figuraban un Whelan en Summit, un Bregman en Pound Ridge y un Welch en New Canaan, y había marcado con un asterisco los tres nombres.

Por la mañana había llamado al único Michael Lenzi de la lista, en Brooklyn Heights. Había contestado una mujer que sonaba joven y que me había dado el número de su despacho. Entonces había llamado al número y había dado con él. A Lenzi le había contado la verdad... O por lo menos una versión de la verdad: que su nombre había salido a relucir en el transcurso de una investigación confidencial y que deseaba citarme con él. No, la investigación no estaba relacionada directamente con

él, pero yo esperaba que pudiera darme información de fondo. Lenzi se había mostrado prudente y curioso, por lo que hice hincapié en que mi cliente quería que se tratara de una conversación confidencial y que sería más claro con él cuando nos encontráramos. Al final se mostró de acuerdo y quedamos para el día siguiente por la tarde.

Entonces había probado con Kenneth Whelan de Summit, New Jersey, pero con menos suerte. Ningún servicio de búsqueda o directorio tenía el número de teléfono del tal Whelan, y en la guía de teléfonos inversa aparecía otra persona viviendo en el domicilio de Summit. Había llamado al principal número de teléfono en Nueva York del banco suizo en que Whelan trabajaba conforme al *quién es quién*. Tuve que hablar con unos diez departamentos antes de encontrar a una agradable mujer con un cadencioso acento jamaicano quien me informó que Kenneth Whelan había sido trasladado a la sede del banco en Singapur.

Después había llamado a otro Kenneth Whelan de mi lista, de Rockland County, esperando que también trabajara en el ámbito bancario, pero no tuve suerte porque se dedicaba al suministro de productos de fontanería. El Whelan de Singapur tenía todos los números para ser el hombre que andaba buscando. Y era una pena porque quería hablar con todos ellos cara a cara para ver qué tenían que decir y cómo lo decían. Pero en cuanto a Whelan, tendría que conformarme con el teléfono. Dada la diferencia horaria, intentaría encontrarlo por la noche.

A continuación, había abierto el expediente que Neary me había dado sobre Trautmann y había dado con un número de teléfono y una dirección de su empresa, Trident Security Consulting. Trautmann, al parecer, había adoptado un formato de nueva economía. Al marcar el número contestó un servicio contestador con un teleoperador al que le costó deletrear Trident. Al buscar en un directorio in verso comprobé que la dirección de la empresa correspondía a un buzón comercial situado en Hillside Avenue, en Bellerose, Queens. De acuerdo con el expediente, el domicilio de Trautmann se hallaba también en Bellerose. Así que tendría que acercarme a Queens pero no tenía la intención de llamar antes para concertar una cita. Quería sorprender a Trautmann, pero no antes de haber tenido la ocasión de examinarle.

Las últimas llamadas de la mañana fueron al señor y la señora Pierro. Encontré a Rick en su despacho, y quedamos en que me pasaría mañana por la mañana, entre dos citas. Y encontré a Helene en su casa, a quien no le sorprendió que la llamara ni que quisiera verme con ella. Tampoco se mostró preocupada ni curiosa. Solo me preguntó si me iba bien a la una. Le dije que sí.

A continuación, desentumecí los músculos con unos veloces seis kilómetros y medio a lo largo del Hudson. Luego me duché, me afeité y, tras ponerme unos pantalones de pana negra, un jersey de cuello alto amarillo claro y una cazadora de cuero negro, me había encaminado hacia el lugar de mi cita con Helene.

—Está a punto de caer rendido, en serio —dijo Helene mientras iba siguiendo a Alex, quien se dirigía ya a los toboganes—. ¿Puedes pararlo cuando baje? —Los toboganes también era para niños mayores, pero eso no desanimaba a Alex.

—Claro —dije y la seguí.

Helene lo controlaba mientras subía la escalera y yo esperaba abajo. Llegó arriba sin problemas, pero el tobogán estaba mojado y resbaladizo y cuando fue a sentarse se le escurrieron los pies adelante, cayó bajando sobre la espalda con los pies arriba y se salió del tramo final del tobogán. Lo cogí al vuelo y lo levanté en el aire mientras el crío se desternillaba. Helene se acercó sacudiendo la cabeza.

—Gracias —me dijo. Y tomó a Alex en brazos—. Ya está bien, machote. Tienes que descansar, ¿eh? ¿Quieres el pete?

Alex se frotaba los ojos.

—Pete —dijo.

Helene lo puso enseguida en el cochecito y le dio el chupete. Luego le calzó un gorro, unas manoplas y ajustó el respaldo para que el crío estuviese estirado. Ella se puso el abrigo y unos guantes de color chocolate que se había sacado del bolsillo.

—Caminemos un poco hasta que se quede dormido. Entonces podremos comer —dijo.

Abandonamos el parque y seguimos un camino que llevaba al sur, al estanque de las barcas. Cuando llegamos, Alex ya dormía como un bendito.

El estanque lo habían drenado debido al invierno, y había muchos bancos disponibles. Tomamos asiento en uno encarado hacia el oeste. Helene abrió la bolsa y sacó dos bocadillos envueltos con papel, un par de manzanas Granny Smith, una botella de agua mineral y tazas y servilletas de papel.

—Espero que sea suficiente. Tiene que haber galletas por aquí —dijo mientras buscaba en la bolsa. Alzó la vista y me miró—. ¿Creías que íbamos a un picnic en la hierba? —negué con la cabeza—. Elige: *mozzarella* con *prosciutto* o con tomate. A mí me gustan los dos. —Hoy tenía el acento sureño más marcado.

—Tomate —dije.

Me dio un bocadillo y comenzó a desenvolver el suyo. No eran precisamente las circunstancias más habituales para llevar a cabo una conversación delicada: durante un picnic en el parque mientras el hijo de la interrogada dormía cerca. Hubiese preferido otra cosa. Si Helene tenía la intención de desarmarme iba por buen camino. Abrió la botella y llenó las dos tazas. Lo mejor sería ir al grano antes de me tejiera unos calcetines.

—¿Sabes en qué estoy trabajando para tu marido?

—Sí. Los documentos que le mandaron por fax. Alguien quiere chantajear a Rick porque hace años tuvo trato con MWB —dijo, y me dio una taza.

Asentí.

—¿Rick sabe que hemos quedado?

Arqueó las cejas.

—Pues claro. Me ha pedido que haga cuanto esté en mi mano para ayudarte.

Volví a asentir.

—La semana pasada fui a ver lo que quedaba de MWB, estuve en el antiguo despacho de Gerard Nassouli. Vi una foto que le hiciste hace años. —Se quitó los guantes y le dio un mordisco al bocadillo. Ninguna respuesta. Bien—. ¿Cuánto hace que sacaste esa foto?

—¿Cómo era? —me preguntó. Se la describí y ella asintió un par de veces—. Ya hace mucho. Veamos... Hará unos trece... no, catorce años. —Dio otro mordisco al bocadillo.

—¿Antes de conocer a Rick? —Afirmó con la cabeza—. ¿Cuándo conociste a Nassouli?

—Al poco de llegar a Nueva York. Hace unos quince años.

—¿Cómo lo conociste?

Tuvo que pensarlo.

—No estoy segura. Sé que fue en una fiesta. Me parece que una compañera de cuarto lo conocía. En aquella época vivía con unas seis chicas en un piso cochambroso situado en East Village. En la tercera planta, sin ascensor, el cuarto de baño en la cocina, un piso de esos. La chica de más edad tendría veintidós años y ni una de nosotras llevaba siquiera un año en la ciudad. Me parece que salió con él una temporada.

—¿Y tú? ¿Saliste con él?

Me miró a los ojos y esbozó una tenue sonrisa.

—Sí. Una temporada.

—¿Cuánto duró esa temporada?

—Tres o cuatro meses, creo.

Nos quedamos callados un rato mientras comíamos. Tomé un par de tragos de agua. Alex suspiró hondo y cayó en un sueño más profundo. El viento erizó los charcos que aún quedaban en el fondo del estanque e hizo revolotear algunas hojas mojadas. Dos palomas se posaron cerca de nosotros y estuvieron pendientes de nuestra comida.

—¿Te acostaste con él?

Helene se quedó tan pancha; incluso me miró con expresión divertida. Se rió un poco meneando la cabeza.

—¿Salir? ¿Vuelven a llamarlo así? Ya soy demasiado vieja para saberlo. Si se trata de sexo no aclara mucho las cosas, ¿no? —dijo, y tomó un trago de agua—. Pero para contestar a tu pregunta te diré que sí.

—¿Solo durante la temporada que salisteis? —pregunté. Asintió—. ¿Qué ocurrió?

¿Por qué lo dejasteis?

Helene se encogió ligeramente de hombros.

—No sé si hizo falta un motivo de peso. No creo que él se lo tomara tan en serio. En cualquier caso, yo no lo hice. Lo más probable es que se le presentara algo mejor.

—Y después, ¿lo veías con frecuencia?

—Una temporada. Seguía invitándome a fiestas y tal. Muchas veces cenábamos juntos —dio otro trago y me miró con una leve sonrisa—. ¿Esto forma parte de tu investigación o solo eres cotilla? —preguntó.

Ignoré la pregunta, y los dos seguimos comiendo.

—¿Cuanto duró esa relación de amistad?

—Entre seis y ocho meses, quizá un año.

Hice un cálculo rápido.

—¿Hasta que le hiciste esa foto? —Helene volvió a sonreír y asintió.

—Más o menos.

—¿Qué pasó entonces? ¿Por qué perdisteis el contacto?

—Supongo que yo tenía cosas mejores que hacer —dijo, y dio un mordisco a la manzana.

—¿Lo dejasteis a buenas?

—Ah, sí... Como buenos amigos. —Masticaba lentamente, sin dejar de mirarme.

—¿Cómo era él?

—¿Gerard? Pues... En realidad era encantador. Chapado a la antigua. Muy generoso, con regalos y favores y así. Un hombre de mundo, al menos me lo parecía entonces. Era como si no hubiese lugar o persona que Gerard no conociera. Conocía todos los locales de moda y siempre tenía una mesa a su disposición. Sabía exactamente qué pedir, los vinos y demás. Claro que en aquella época yo estaba muy verde, así que probablemente no fuera la más indicada para emitir un juicio justo. —Se paró a pensar—. Y le encantaban las fiestas, de eso no cabe duda. No es que fuera un gran bebedor, ni se subía a la barra a bailar. No era así. Solo le gustaba el ambiente de fiesta, el hecho de que corriera la bebida, la comida, los puros, las mujeres guapas, la música... Le gustaba rodearse de la buena vida.

—¿Con qué clase de regalos y favores era generoso?

—¿Regalos? No me acuerdo, pero siempre andaba comprando cosas. Nada del otro mundo, ni coches ni nada así, sino cosas bonitas. Una vez me regaló un pañuelo Hermès, otra una cámara... Cosas así.

—¿Y los favores?

Dio otro bocado a la manzana y dejó de mirarme.

—Me ayudó con un par de trabajos. Mis primeros catálogos. Conocía a la gente que llevaba la empresa.

Alex se movió un poco, y Helene pudo calmarlo moviendo el cochecito.

—¿Conociste a Rick a través de Nassouli?

Negó con la cabeza.

—Indirectamente. Rick acababa de mudarse a Londres. Estuve trabajando allí unas semanas con otra chica que conocía a Gerry. Este le había dado a Rick el número de esa chica. Salíamos de copas de vez en cuando; al cabo de cinco meses, Rick y yo nos casamos. Ya hace once años de eso.

Volvió a sonreír. El viento sopló más fuerte, y Helene sacó una manta azul de la bolsa y tapó a Alex.

—La semana pasada un tipo me contó cosas muy diferentes sobre Nassouli. Y nada bueno. Decía que Nassouli utilizaba y corrompía a la gente, que conquistaba a las mujeres y cuando se cansaba de ellas se las cedía a sus amigos como si fueran regalos. Y también me habló de otros asuntos... Grabaciones de vídeo, chantaje y cosas por el estilo. Asuntos muy desagradables, muy sucios. —Di otro bocado a la manzana. Estaba buena, ácida y crujiente—. ¿Sabes algo de eso?

Hasta entonces mis preguntas no habían preocupado mucho a Helene. No la afectaban, incluso le hacían gracia y apenas respondía con evasivas. Si estaba fingiendo, era una actriz tremenda. Pero aquella fachada se resquebrajaba. Helene bebió agua, tosió y se quedó mirando la estatua de Alicia en el país de las maravillas situada al otro lado del estanque vacío.

—No tenía ni idea de a qué se dedicaba. Conocí a algunos de sus amigos de negocios (supongo que todos sus amigos lo eran), pero solo conocí bien a Rick. Así que si esa persona te habló de negocios, no puedo ayudarte.

—No me habló solo de negocios, Helene.

Bebió agua y soltó una risita burlona para sus adentros.

—Por aquel entonces Gerard tenía aquella... movida a su alrededor. Eran chicas con las que había salido y que... siempre le rodeaban, seguían acudiendo a sus cenas y fiestas, seguían aceptando los regalos y los favores. Y lo pasaban bien, a juzgar por lo que vi. —Se le iba apagando la voz.

—¿Alguna vez les pidió algo a cambio?

Se quedó callada un rato, mirando a Alicia, en la otra orilla, quizá pensando en madrigueras de conejos.

—No con tantas palabras, pero... diría que sí.

Se llenó la taza y tras dar unos sorbos se quedó mirando el estanque vacío. Tenía el rostro inexpresivo y la tez muy tersa con aquella luz pálida. Una ráfaga le alborotó el pelo castaño, y se tapó con el abrigo.

—¿Qué clase de cosas? —pregunté. Sacudió la cabeza. No lo sabía o no iba a decírmelo—. ¿Formabas parte de esa movida? —pregunté suavemente.

Otra vez tardó en contestar.

—Supongo que a medias. Acababa de llegar a Nueva York... Todo era nuevo para

mí. Al principio no formé parte de aquel circo, pero al final sí, aunque era consciente de que aquel mundo no me iba. —Bebió un poco—. Creo que eso explica la foto.

—Pero has dicho que cortasteis como amigos...

Ella asintió.

—Y así fue. También he dicho que Gerard nunca pedía las cosas con tantas palabras. Era encantador y educado, y también muy escurridizo. Decía las cosas de manera que siempre tenía una salida cuando le responsabilizabas de ello, y eso también te daba una salida a ti, una salida que te permitía decir no o ignorarle o hacer ver que no le habías entendido sin tener que decírselo directamente. Era un don.

—¿Rick sabe todo esto? —pregunté. Asintió—. ¿Es esa la razón por la que cortó el contacto con Nassouli? —Helene se encogió de hombros—. ¿Y ya no lo visteis más al regresar a Nueva York?

—No.

—¿No os lo cruzasteis por ahí? —insistí. Sacudió la cabeza—. ¿De veras? ¿No es un poco extraño? Quiero decir que Nueva York es una ciudad de provincia en ciertos círculos. —Volvió a encogerse de hombros—. ¿Cuándo le viste por última vez?

Miró fijamente a Alicia, lo pensó y volvió a sacudir la cabeza.

—No lo sé exactamente. Fue hace tiempo... Más de doce años.

Ya no se comía el bocadillo. Solo lo manoseaba y lo hacía pedacitos.

—Rick no me lo contó. ¿Por qué?

Otra vez se encogió de hombros.

—Nunca supe nada acerca de los asuntos de Gerard y por entonces ni siquiera conocía a Rick. Es posible que no lo relacionara con... el chantaje. —Cruzamos la mirada y luego sonrió irónicamente—. Y a decir verdad, John, mi marido es bastante tradicional. Ya sabes, un italiano de Long Island. Creo que le incomoda hablar con otros de mis relaciones anteriores.

Le pregunté si había oído hablar de Michael Lenzi, Nick Welch, Kenneth Whelan, Steven Bregman, Bernhard Trautmann y Al Burrows, y, aunque dijo que no a todos, me pareció verla palidecer al mencionar a Trautmann, pero igual me equivoqué. Nos quedamos callados un rato. El viento cobró más fuerza y cayó alguna que otra gota fría. Una fue a parar a la mejilla de Alex, que puso cara de enfadado y se puso de lado. Helene subió la funda del cochecito y comenzó a guardar cosas en la bolsa.

—Tengo que llevarlo a casa, en serio —dijo y se puso de pie—. Ha sido un placer hablar contigo, John. Espero haber ayudado en algo, a ti y a Rick. Hazme saber si puedo hacer cualquier cosa por ti. —Me dio un paquetito rojo—. No hemos llegado a las galletas. Llévatelas a casa. Están buenísimas.

Volví en metro al centro, comiendo galletas y pensando en Helene. Me había confirmado su relación con Nassouli y la había explicado a medias. En cierto modo también había confirmado la descripción dada por Burrows. Se había puesto tensa en

algún momento, aunque eso es lo que acostumbra a ocurrir cuando uno comenta sus locuras juveniles. Me daba la impresión de que no lo había contado todo, lo cual tampoco me extrañaba, y de que a la hora de mostrarse ingenua lo hacía igual de bien o más que su marido. Para cuando el metro llegó a mi parada, ya no quedaban galletas.

Todavía era pronto para llamar a Kenneth Whelan en Singapur, así que aproveché para llamar a Mike.

—¿Entonces no la pillaron in fraganti? ¿No hizo carrera como actriz porno? —preguntó después de escuchar mi informe.

—No que ella reconozca —dije—. Conocía al tipo, salió con él, se acostó con él y cortó.

—... y después se negó a formar parte de su corrillo de hembras.

—... y se separaron como amigos y fueron felices y comieron perdices. Tú la conoces... ¿Te sorprende en algo?

—No. La verdad es que nunca me ha parecido tímida. Y no se las da de novicia de convento. Está claro que cualquier chica que a los dieciocho se va a Nueva York para ser modelo ha tenido que buscarse la vida y espabilar.

—¿No crees que formara parte del corrillo de Nassouli en un sentido más amplio?

—No —dijo Mike tras pensarlo un rato—. Helene no es de esas que se cuelgan de alguien.

—¿Entonces cómo es?

—Es inteligente... Un poco solitaria. De vez en cuando va a alguna reunión social, normalmente con fines benéficos, y, si no me equivoco, está en el consejo del colegio al que van sus hijas. Pero siempre va a su aire. —Hizo una pausa—. ¿Esto nos ayuda con el problema de Pierro?

—Ni puñetera idea —reconocí.

Alrededor de las siete llamé a Singapur. Lo único que tenía era el número central del banco en el que trabajaba Whelan, y llamé a ese número. Contestó una mujer con voz de niña y un leve acento inglés. La conexión no es que fuera espléndida. La telefonista me puso con un par de personas de cuyas palabras deduje que Whelan no era un empleado más, sino el hombre al frente de toda la región de Asia-Pacífico. Pensé por un momento que eso reducía mis posibilidades de llegar directamente a él, pero me equivocaba. A los diez minutos tenía al teléfono a la asistente personal de Whelan, una tal señorita Li, preguntándome en un inglés perfecto por el asunto que yo quería tratar con el señor Whelan.

—Se trata de MWB y Gerard Nassouli —dije.

Me puso de nuevo en espera y en menos de un minuto la señorita Li me informó:

—Le pongo con el señor Whelan. —Y entonces contestó él.

—Soy Kenneth Whelan. ¿Qué puedo hacer por usted, señor... Marsh? —Tenía la

voz profunda y pese a la mala conexión sonaba como un locutor de radio.

—Es March. Llamo para hacerle un par de preguntas.

Y le conté mi versión. Whelan se quedó mudo, y llegué a pensar que se había cortado la conexión. Pero seguía a la escucha.

—No sé si puedo ayudarle en algo, señor Marsh. Tuve trato con Gerard Nassouli hace muchos años, cuando yo trabajaba en otra entidad que desempeñaba tareas de asesoría para un cliente de MWB que quería hacerse con una empresa estadounidense... un fabricante de accesorios de automóviles, si no recuerdo mal. Al final no se cerró el trato, pero no recuerdo el motivo. No era nada complicado. Después de eso no he vuelto a relacionarme con él, salvo en algún acontecimiento social.

—Mi apellido es March, señor Whelan. ¿Recuerda cuándo vio y habló con Nassouli por última vez? —Otra pausa.

—No del todo. Desde luego fue hace muchos años, mucho antes del colapso de MWB. Tal vez cinco o seis años.

—¿Y no ha vuelto a verle ni ha hablado con él desde entonces?

—No.

—Aparte de mí, ¿se ha puesto alguien en contacto con usted con motivo de sus actividades con Nassouli o MWB? —Whelan se quedó callado un buen rato.

—No, nadie, señor Marsh. Usted es el único que me ha mencionado a Nassouli en mucho tiempo.

—Me apellido March, señor Whelan, como marzo en inglés. ¿Cuánto hace que lo trasladaron a Singapur?

—Unos tres años —contestó Whelan, y entonces sonó de fondo la voz de la señorita Li—. Lo siento, pero no puedo dedicarle más tiempo. Espero que todo esto le sea de ayuda. Adiós, señor Marsh. —Hubo un clic, y no oí más que el zumbido del éter.

—Es March —le dije a nadie.

El traje de Rick Pierro tenía un aspecto impecable. Era gris, más oscuro que el cielo nublado pero más claro que el Town Car estacionado en la calle, y le caía perfecto y suelto por el torso. Aunque ya eran casi las doce del mediodía y no había parado de llover desde la madrugada, llevaba la raya de los pantalones bien marcada y flexible. Pierro se apeó con energía, entró en la cafetería y cruzó la sala para saludarme.

Él también tenía buen aspecto, aunque tal vez no tanto como su traje. El pelo negro brillante seguía peinado hacia atrás desde la frente, y aún tenía la sonrisa amplia, despierta y amable, pero los ojos estaban cansados y apagados y la tez aceitunada tenía un toque amarillento. La piel del cuello le colgaba un poco por encima del nudo de la corbata azul marino. Seguía siendo un oso impecable y trajeado pero desnutrido. Aunque el apretón de manos fue tan firme como siempre.

—Me alegro de verte, John —dijo.

Pierro se sentó y miró a su alrededor. Había querido reunirse en un sitio fuera de lo común y pensé que Black Cow cumplía con los requisitos. Está en el SoHo, en una bocacalle de Prince Street, y es un local pequeño con ventanales en la entrada, un alto techo de metal y algunas mesitas pequeñas a lo largo de una pared, mientras en la otra hay una enorme barra de ébano. Ya era tarde para un desayuno, aún era pronto para comer y, aparte de dos mujeres flacas de la galería de al lado, una camarera aburrída y un tío detrás de la barra, estábamos solos. Pierro se mostraba satisfecho por su anonimato allí. Me miró sonriendo y dijo:

—¿Cómo celebraste Acción de Gracias? ¿Tuviste tu porción de pavo y de béisbol? —Respondí con un carraspeo evasivo y prosiguió—. Es mi celebración favorita. Me gusta tener a toda la familia reunida, y mis hijos aún son lo bastante niños como para entusiasmarse con el desfile. Mis padres vinieron desde Boca y la madre y la hermana de Helene también estaban, la cocina era una locura —se dio unos golpecitos en el talle—. Esto no lo tenía la semana pasada —dijo. Pero yo diría que había adelgazado.

La camarera se acercó, pero Pierro alzó la mano antes de que ella hablara.

—Nada —dijo.

Ella se encogió de hombros y me miró a mí.

—Otro café, por favor.

Se fue a por él. Pierro consultó su reloj.

—Siento tener poco tiempo, John. Tengo una comida en la zona alta.

Asentí.

—Seré breve. Tuve una charla larga con Al Burrows la semana pasada. Me he enterado de un par de cosas acerca de Gerard Nassouli. Quizá te lo ha comentado

Helene. —Pierro miraba a algún punto situado junto a mi oreja izquierda y asentía levemente—. Burrows no se ahorró los detalles escabrosos. Pero, resumiendo, contó que Nassouli era la encarnación del demonio, no solo un blanqueador de dinero sino también un corruptor y un chantajista, y que le extrañaba que hubiese hecho negocios normales con alguien.

Pierro me miró a los ojos. Resopló.

—¿Eso es una pregunta? ¿Quizá otra versión del «eres delincuente»? Pensaba que ya habíamos aclarado esta mierda —espetó con la voz ronca.

El Oso Caballeroso se escurría en el bosque. Seguí mirándole pero no dije nada. Jugaba con los cubiertos con sus manazas.

—Supongo que quieres volver a escucharlo. Bien: mis negocios con Gerry eran legales. ¿Ya vale? ¿Es suficiente? ¿Podemos seguir con mi problema?

Seguí mirándole a los ojos.

—¿Qué te imaginas que me contó Burrows? —le pregunté. Volvió a resoplar.

—¿Y yo qué sé? ¿Por qué tendría que imaginarme algo? —Pierro respiró hondo y trató de sonreír pero se quedó a medio camino entre un tic y un ceño. Resopló y hundió los hombros levemente—. Supongo que es cierto lo que dice el gobierno sobre Gerry, no tengo ningún motivo para dudarle, pero mis negocios con él no tenían nada que ver con eso. Es posible que Burrows tenga razón, ¿y yo qué cojones sé?

—¿Hay motivos para pensar que Burrows miente? —pregunté.

Pierro hacía girar un tenedor. Se encogió de hombros.

—Yo apenas conocía a Nassouli; no sé lo que él hacía o dejaba de hacer.

Asentí y le di los cinco nombres que había largado Burrows: Whelan, Bregman, Welch, Lenzi y Trautmann. Con la vista en la mesa los escuchó y dijo cinco veces no. Pierro miró el reloj y alzó la vista. Se frotó el puente de la nariz y suspiró.

—Soy gilipollas, ¿eh? —dijo más suavemente—. Lo siento, hoy estoy un poco cansado. ¿Hay algo más?

—Te he hecho mis preguntas y tú me has dado tus respuestas.

Hizo un ruido que podría haber sido una risa.

—Y mi mujer... ¿Ya tienes lo que querías de ella? —preguntó, pero otra vez con la voz ronca. Afirmé con la cabeza—. ¿De veras tenías que sacar todas esas chorradas? Eso pertenece al pasado, joder. ¿De qué sirve sacar a relucir toda esa mierda?

—No estoy seguro de que ayude pero no podía saberlo a menos que se lo preguntara. Tenía que hacerlo. Siento haberla puesto en un aprieto.

—Me molestó más a mí —dijo Pierro. Sacudió la cabeza—. Me estoy cabreando otra vez... Perdona. Pero es que... Helene es buena gente, John... Mejor de lo que merezco. Y no tiene que airear sus trapos sucios si no es por un buen motivo.

—Había un motivo, Rick. Y en cuanto a los trapos sucios, me han contado cosas peores.

Pierro apretó los labios.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Le conté mis planes para encontrar a las cinco personas citadas por Burrows. Asintió.

—¿Y sabremos algo si alguien más ha recibido un mensaje de fax?

—Sabremos algo más. —Pierro volvió a consultar el reloj, y pensé que habíamos acabado. Pero aún no—. No me había dado cuenta de que eras el hermano de Ned March —dijo. Lo miré a los ojos—. Conozco a tu hermano por su reputación y asistí a una conferencia suya hace años... Y a tu hermano David también lo conozco. Son tíos inteligentes, los dos. Y Klein es fenomenal... Quedan pocas empresas con su categoría. —Y se echó a reír—. Yo también he estado investigando.

—Ya lo veo.

Se le notaba satisfecho de haberme cogido por sorpresa. Pero también se le notaba otra cosa: curiosidad.

—Dime si me meto dónde no me llaman, John, pero tengo que preguntártelo: ¿cómo es que no llevas ningún departamento de Klein siendo de la familia? ¿Cómo te las has apañado para terminar de detective?

«¿Cómo es que terminaste de detective? ¿Por qué lo haces?» Me lo han preguntado tantas veces a lo largo de los años que ya debería tener las respuestas a mano, pero no las tengo. En vez de eso, murmuro paridas sobre aversiones a escritorios y que no estoy hecho para los bancos. Le conté eso también a Pierro, pero sonrió meneando la cabeza sin creérselo.

—Cielos, con esa familia yo habría sido gerente de French hace años. —Volvió a mirar la hora y se levantó—. Tengo que irme, John. Es un placer haber hablado contigo. Y otra vez gracias por todo lo que estás haciendo.

Y él y su traje impecable se encaminaron hacia la puerta. Yo me fui al centro.

—Usted no consta —dijo, y volvió a mirar con atención y algo desconcertada al monitor que tenía encima de su pequeño escritorio de metal—. Si aquí no lo pone es que usted no tiene cita.

Era una veinteañera con un botoncito de oro en la nariz y otro en la lengua que iba maquillada como si acabara de escaparse de una audición para *Cats*. Tecleaba con cuidado para que no se le estropeará la manicura francesa de las uñas en aquel tremendo intento por localizarme en la agenda de Michael Lenzi. Llevaba una de esas cadenas *kitsch* de los setenta con las letras de su nombre bañadas en oro. «Brie». Me daba la impresión que tendría mejores opciones con el queso de verdad.

—Descansaré un rato mientras miras —dije.

Me ignoró y continuó con el lento tecleo. Tomé asiento. Miré el goteo de mi paraguas; miré la hoja que tenía pegada en la bota. Escuché a Brie pulsando alrededor de una tecla por minuto y la escucharía también cuando tuviera que contestar al teléfono, me quedaría allí hasta las Navidades.

Arroyo Systems tenía su sede en una de las primeras plantas de un edificio cualquiera de Broadway, cerca de Fulton Street. La recepción carecía de ventanas y era pequeña, amueblada con una silla de cuero negro, un sofá de dos plazas a juego, una mesa de cromo y vidrio y una planta muerta en un macetón de plástico. Las paredes de cartón piedra tenían rayas, y la moqueta estaba desgastada y llena de manchas. Había unos cuantos fluorescentes apagados y los que funcionaban hacían un ruido muy molesto. En una pared colgaban algunas fotografías de cimas de montañas cubiertas de polvo. Sobre la mesa de vidrio había algunas revistas atrasadas de finanzas y software, junto con un *New York Post* del sábado anterior y un par de folletos de Arroyo Systems plagados de diagramas vistosos pero indescifrables, fotos de gente elegantemente vestida y mirando abducida a sus monitores y galimatías tales como «arquitectura basada en sustratos n orientada a objetos». Era imposible descifrar lo que hacía Arroyo Systems, así que leí primero el periódico.

—¿Está seguro de que era hoy... martes? —preguntó sin apartar la vista del monitor.

—La concerté con el señor Lenzi ayer por la mañana; para hoy a la una. ¿Por qué no lo llama?

Me miró como si le hubiese hablado en urdu y luego volvió a centrarse en el monitor. Volvió a teclear poniendo cara de no entender nada cuando un hombre nervudo y de aspecto enérgico salió de un despacho y le dirigió unas palabras.

—Espero a un tipo hacia la una. —Se quedó callado y me miró—. Igual eres tú. ¿Eres March? —Afirmé con la cabeza. Mike Lenzi. Me dio la mano con fuerza. Le seguí a su despacho. Brie no se enteró y seguía buscando en la pantalla, con las uñas intactas sobre el teclado—. ¿Cuánto rato te ha hecho esperar? —preguntó.

—Menos de una semana —dije. Dio un resoplido.

—No sé de dónde las sacamos... Seguro que de Marte. Y se van al cabo de un mes o dos. Tuvimos una que no llegó ni a la pausa del mediodía. Salió para comer y no volvimos a verla. Se llevó un portátil y un par de carteras.

Seguí a Lenzi por un pasillo corto, pasamos por una sala de reuniones y una cocina y llegamos a un laberinto de despachos minúsculos separados por paneles hasta la altura del hombro. Nos encaminamos hacia una serie de despachos que había al fondo. Los despachos estaban llenos de equipos y todas las superficies tenían capas de papeles, manuales, discos compactos, envases de comida, envoltorios de caramelos, latas de refrescos, tazas de café y otra clase de basura difícil de identificar. El despacho era pequeño, era un caos, y olía como un dormitorio de estudiantes o la

sala de espera de un aeropuerto tras una semana de vuelos cancelados.

Oí hablar ruso y otro idioma que no reconocí. Casi todos los empleados eran jóvenes. Prácticamente todos vestían de manera informal, unos con pantalón y camisa o bien con tejanos y camiseta, y otros con algo similar a un pijama.

Lenzi era la excepción. Llevaba el pantalón de un traje azul marino y una camisa a rayas azul y rosa con gemelos y una corbata azul con figuras geométricas rojas. Era bajo, alrededor del metro sesenta, con el pelo oscuro y rizado, con canas y entradas. La cara era delgada y tenía los ojos oscuros y hundidos. Las ojeras tenían un aspecto blando, como si la piel se hubiese soltado. Iba bien afeitado, pero, a juzgar por las sombras en la mandíbula, tenía que trabajárselo. Le eché cuarenta y cinco años.

El despacho era pequeño y estaba abarrotado de cosas. Y la mugrienta ventana con vistas al tubo de ventilación no hacía sino empeorar las cosas. Me hizo sentar en una de las sillas de invitados y cerró la puerta. Pasó por detrás y se sentó en su gran despacho oscuro.

—¿Horas extra? —pregunté señalando a los despachos.

—Programadores —contestó sacudiendo la cabeza—. No puedes vivir sin ellos, pero a veces los matarías. Son un puto caos... perdona que te lo diga. Si fueras un cliente no pasarías de la sala de reuniones. —Lenzi no paraba quieto en la silla. Cogió un clip y comenzó a jugar con él.

—¿Qué clase de software hacéis aquí? —pregunté.

—Sistemas para el comercio. Para el mercado de divisas, de valores y derivados. Programas para fijar precios, atracción de actividad comercial, mantenimiento de posición y algún riesgo. Probablemente no te dice nada.

Me encogí de hombros.

—¿Qué tamaño tiene la empresa?

—Pequeño. Llevamos casi dos años en marcha, tenemos a unos sesenta empleados, casi todos están ahí. —Señaló la puerta—. Tengo un par de agentes en Londres. Estamos entrando.

Sonaba a optimista empedernido.

—¿Trabajas aquí desde el principio?

—No, entré poco después.

—Sin embargo, no eres programador.

Volvió a resoplar.

—¿Yo? No. Estoy en ventas. —Había enderezado el clip y lo dobló en espiral. Tenía las manos pálidas y grandes, con algo de vello negro y venas azules en el dorso, que movía deprisa como si hubiese tomado demasiado café.

—Antes de eso, ¿estuviste en bancos? —pregunté.

Lenzi saltó y dijo:

—Espera, tío, antes de darte mi currículum tendrás que explicarme de qué va esto.

¿Estamos?

—Es lo justo. ¿Te suena el nombre de Merchant's Worldwide Bank?

Lenzi se puso pálido y dejó de maltratar al clip.

—Me han hablado de él.

—Tu nombre ha salido a relucir en un caso que llevo y que está relacionado tangencialmente con MWB...

Lenzi me interrumpió.

—¿Cómo ha salido a relucir? —Se quedó inmóvil.

—De forma muy imprecisa. Se supone que tenías tratos con ellos hace tiempo, hará quince o veinte años. —Lenzi apoyó las manos planas sobre el escritorio. Tenía el rostro impassible salvo una venita que le latía en la frente—. Que hiciste negocios con un tipo llamado Gerard Nassouli.

Fue como si le hubiese escupido en un ojo. Lenzi se apartó de un empujón del escritorio y se aferró a los brazos de la silla. Los apretaba tanto que las manos se le pusieron blancas y las venas sobresalían como si fueran cables azules. Tenía el rostro desencajado y las mejillas encendidas. Apretaba los labios y todo su cuerpo se tensó. Aunque yo le sacaba más de diez centímetros y pesaba doce kilos más que él, estaba dispuesto a saltarme encima. En cualquier momento.

—¿Quién eres y qué coño quieres? —dijo con un siseo peligroso, como vapor escapando por una válvula. Pero trataba de controlarse respirando hondo y flexionaba y estiraba los dedos, para enjaular al tigre.

—Estoy buscando información —dije sin alterar la voz—. Nada más. Quiero saber si conocías a Gerard Nassouli. Y si alguien más se ha puesto en contacto contigo estos últimos años con motivo de tus tratos con él. —Lenzi me miraba fijamente en silencio, llenando y vaciando los pulmones—. No quiero saber cómo lo conociste ni los negocios que tenías con él. Me da igual. Solo quiero saber si alguna vez te han amenazado por ello. ¿Te han chantajeado?

Finalmente, entre susurros entrecortados, dijo:

—Largo de aquí. Y si vuelves a acercarte a mí, juro que te mato.

Aquello iba por mal camino... Las amenazas de muerte siempre son claras al respecto. Estaba cegado por la rabia que se había adueñado de él al mencionar yo a Nassouli. Y quedarme allí sentado no iba a mejorar la situación. Si no me largaba tendría que pelearme con él o ver cómo le daba un infarto. Me puse de pie y le dejé una tarjeta de visita en el borde del escritorio.

—No quiero perjudicarte, Lenzi. Llámame cuando quieras hablar. —Lo dejé a solas con su tigre.

A la vuelta de la esquina de Arroyo Systems entré en una cafetería para pedir un café doble sin dejar de pensar en Michael Lenzi. Estaba casi seguro de no ser la primera persona que abordaba a Lenzi con el desagradable tema de Nassouli. Aquella

confirmación indirecta era útil, pero necesitaba más. Me acabé el café, anduve hasta Fulton Street y cogí el metro.

Brooklyn Heights está en el límite oeste de la división administrativa de Brooklyn, en la otra orilla del East River y frente al sur de Manhattan pasado el puente de Brooklyn. Es un barrio próspero, casi arrabalero y tiene más en común con Scarsdale que con Bay Ridge o Bensonhurst. Sus calles tranquilas y flanqueadas con árboles, las casas bien conservadas y las vistas de postal del horizonte de Manhattan, así como su proximidad a las oficinas del centro, habían llevado a mucha gente de Wall Street a cruzar el puente para vivir allí. Desde Manhattan se llegaba en diez minutos al corazón de Heights.

Desde el andén subí en un ascensor lento a la calle. Ya no llovía, pero el cielo estaba plomizo y el viento soplaba en rachas que hacían caer las gotas que quedaban en los árboles sin hojas. Anduve por Clark Street hasta Willow Street. Torcí a la izquierda y seguí casi hasta la esquina de Pierrepont. El edificio de Lenzi estaba en el lado oeste de la calle. Era una amplia casa de ladrillo, al estilo federal, de cuatro plantas, con marcos blancos y postigos negros en unas ventanas alargadas. Tenía una verja de hierro forjado y boj. Unos cuantos peldaños conducían al pórtico de entrada y a una puerta de vidrio y hierro forjado.

Anduve hasta una entrada con un suelo de madera gastada. Enfrente había otra puerta de vidrio que estaba cerrada. En la pared a mi izquierda había un vídeo portero y botones para todos los apartamentos. Lenzi vivía en el 4B. Por la puerta de dentro se veía un vestíbulo bien decorado y empapelado a rayas, una mesita, un par de sillas, una serie de buzones de cobre brillante y un ascensor. Pulsé el botón del interfono para el 4B.

—¿Sí? —dijo. La voz sonaba enlatada y lejana por el pequeño altavoz. Era de una mujer joven. Joven y ansiosa. Miré a la cámara y mostré la mejor de mis sonrisas.

—¿Señora Lenzi?

—¿Quién es? —Ahora se mostraba recelosa y asustada. Estaba claro que tenía que mejorar mi sonrisa.

—Señora Lenzi, me llamo March. Hablamos por teléfono ayer por la mañana...

—¡Oh, cielos! No me lo puedo creer. No tengo nada que decirle. Nada. Váyase o llamo a la policía. —Estaba asustada y enfadada, pero más asustada.

—Señora Lenzi, por favor, solo quiero hablar con usted...

—Y yo hablo en serio —se estaba poniendo chillona—. Me ha dicho que podía presentarse aquí. Y he pensado que estaba chiflado, pero... Cielos. Márchese ahora mismo o llamo al 911. —Sonó un clic por el altavoz.

—¿Señora Lenzi? ¿Señora Lenzi? —Nada.

Salí de la entrada y me quedé en los peldaños. A media tarde la calle ya estaba tranquila y de vez en cuando entraba y salía alguien del edificio. Un taxi pasó

despacio por la calle y, tras dejar a un pasajero en la esquina de Pierrepont, se fue deprisa. Me fijé en que calle abajo había un cartero con su carrito de tres ruedas frente a un edificio similar al de Lenzi. Entró. Bajé los peldaños y fui hacia Pierrepont Street y doblé la esquina. Saqué el móvil y marqué el número de la casa de Lenzi. Dejé que sonara diez veces. No contestaba. En la siguiente esquina había un puesto para comprar el *Daily News*. Introduje unas monedas y compré un ejemplar.

Regresé a la esquina de Willow para controlar al cartero, que ya se encontraba en el edificio contiguo al de Lenzi. Tardó diez minutos en salir. Después estuvo un rato revolviendo en el carrito y se fue hacia los escalones del edificio de Lenzi. Eché a correr a toda pastilla y me colé detrás del cartero antes de que la puerta se cerrara. Seguí caminando con mis llaves en la mano, el paraguas colgado del brazo y con el periódico abierto por la página de deportes. El cartero se volvió para mirarme.

—¿Qué tal? —le pregunté sin apartar la vista del periódico.

Llamé al ascensor. El cartero refunfuñó algo sin dejar de mirarme. Busqué las tiras cómicas. Llegó el ascensor, me metí y le di al 4. Seguía mirándome mientras la puerta se cerraba.

La puerta volvió a abrirse en un rellano con el mismo papel rayado que en el vestíbulo. Había tres apartamentos; el 4B estaba enfrente del ascensor y tenía una puerta verde con el número del apartamento en dorado por encima de la mirilla. Me acerqué a las puertas de los otros apartamentos y escuché. Estaban en silencio. Todo el edificio estaba en silencio. Pulsé el timbre. Oí pasos al otro lado y a alguien mirando por la mirilla.

—¡Oh, cielos! —dijo entre jadeos—. ¿Cómo has entrado? Cielos... Te has colado, ¿será cabronazo? Se acabó, voy a llamar al 911, hijo de puta. —Ahora estaba muy asustada, casi histérica.

—Señora Lenzi, cálmese. No quiero hacerle daño ni a usted ni a su marido. Solo quiero hablar con usted...

—¿Hablar? Ya he hablado contigo un minuto por teléfono. Y ahora va y se cuela en el edificio, joder... No tienes ni idea... —Se puso a llorar. Oía su respiración entrecortada muy cerca, como si tuviera la cabeza apoyada en la puerta. Empezó a golpearla—. Te lo ruego, vete. Por favor, no tienes ni idea de cómo se pone... Lo enfadado que está porque te di su número. Está loco. Por favor.

Esto tampoco iba bien. No sabía cuáles eran los demonios que mis preguntas habían desenterrado en la familia Lenzi, pero me acordé de lo que Alan Burrows me había dicho sobre hacerles revivir la pesadilla. Y pensé, amargamente, en mi respuesta. «Seré discreto, seré rápido y tendré mucho tacto.» Mierda.

—A lo mejor puedo ayudar a su marido, señora Lenzi. Deslizaré mi tarjeta por debajo de la puerta. Llámeme. Por favor.

—¿Ayudarle? ¿Ayudarle? —Estaba histérica, casi chillaba. Ahora sonaba por

abajo, como si se hubiese dejado caer al suelo—. ¿Qué coño vas a hacer tú? ¿Vas a hacer que lo readmitan en el banco? ¿Vas a pagarle la puta hipoteca? ¿Vas a hacer que deje la bebida? —Rompió a llorar y pensé que la había perdido, pero ella tomó aire y volvió—. Por lo que más quieras, vete... estábamos aguantando, lo estábamos consiguiendo, y ahora... Por favor, déjalo en paz. Si quieres ayudar... Déjalo estar. — Y entonces volvió a los sollozos y la perdí por completo.

El metro tardó un buen rato en llegar a la estación de Clark Street, lo bastante para sentirme fatal por lo que les había hecho a Lenzi y a su mujer y para plantearme el rumbo que debía seguir. A Lenzi le había ocurrido algo, y era algo tan serio que bastaba con mencionarle a Nassouli para que perdiera el juicio. La señora Lenzi podía saber de qué se trataba, pero si lo sabía no tenía la intención de contármelo. Estaba aterrorizada por la cólera de Lenzi y porque sus vidas se desmoronaban. Y yo no podía someterlos a esa presión.

De lo poco que habían dicho podía deducir que Lenzi había trabajado en un banco y que hace dos años, quizá antes, lo echaron. Pero ¿qué banco era y por qué lo habían despedido? Pensé en Arroyo Systems y el tipo de software que desarrollaban. «Sistemas para el comercio, para el mercado de divisas, de valores y derivados.» Lenzi llevaba en Arroyo menos de dos años y antes había trabajado en bancos. Quizá supo valerse de su experiencia en esos mercados para vender los programas de Arroyo. No era gran cosa, pero al menos tenía una teoría que podía poner a prueba.

El comercio de libre mercado del tipo que Arroyo practicaba se basa en el trato personal. Y trabajar en esos mercados es un poco como vivir en una ciudad pequeña. Todos se conocen y todos se critican por detrás. Si Lenzi trabajaba en ese mundo, ya fuera de operador, vendedor, agente o cualquier otra actividad, otros participantes tendrían que conocerlo. Y yo tenía a uno en mente.

Pasaban unos minutos de las cuatro, la jornada laboral tocaba a su fin. Me apeé en la parada de Wall Street y anduve un par de calles hacia el este y un par más hacia el sur. La llamé por el móvil al llegar a su edificio.

—Klein. Liz March —dijo bruscamente.

—Soy tu hermano.

—¿El hermano del que me avergüenzo? —dijo entre risas.

—El mismo. ¿Tienes un rato? Estoy delante del edificio y tienes que hacerme un favor a cambio de un café.

—Un momento —dijo y tapó el auricular con la mano y puso de vuelta y media a alguien—. Quedamos en el sitio que hay en William Street. Dame diez minutos.

Volví la esquina, me senté a una mesa, pedí un café y esperé. A la media hora llegó ella. Vestía un traje pantalón con una camisa naranja neón y el pelo recogido con una cinta del mismo color.

—Caray —dijo—. Dos veces en menos de una semana. Tiene que haber alguna

explicación. Se avecina el Apocalipsis. Después de que Ned te hiciera de asesor laboral y las palabras cariñosas de David no esperaba verte el pelo hasta dentro de un año o así. —Pidió un *latte* no sé qué.

—A menos que necesitara algo de ti, claro —dije. Ella sonrió—. ¿Te suena un tal Mike Lenzi?

Liz se lo pensó.

—Un tío flaco, pelo oscuro... ¿Y que se cree Joe Pesci en *Uno de los nuestros*?

—Sí. ¿De qué lo conoces?

—Lo conozco solo de oídas. Estuvo al frente del departamento de cotización de intereses de Plessey Guaranty. Coincidimos en alguna cena de Robin Hood. Bebía demasiado y perseguía a cualquier cosa con falda. Es medio gilipollas.

—¿Sabes qué le paso?

—Sé que dejó Plessey hace tiempo... Unos dos años. No sé adónde fue.

—¿Sabes por qué lo dejó?

Liz negó con la cabeza.

—Pero puedo enterarme, claro. ¿Quieres que haga una llamada? —Afirmé con la cabeza. Liz sacó el móvil—. Este chaval trabaja para mí —dijo mientras marcaba el número—. Lleva toda la vida en esto y conoce a todo el mundo. —Esperó a que contestara—. Bobby, soy yo. —Escuchó un momento—. Sí, sí, es cierto. No más de quinientos puntos base. Eso es mentira. Dice gilipollecés y nos está estafando, ya se lo puedes decir de mi parte. Y también que se plantee en serio si quiere seguir colaborando con nosotros. —Hizo una pausa—. Ya, ya. Otra cosa. ¿Te acuerdas de Mike Lenzi? El que estaba en Plessey hasta hace dos años. —Me dirigió la mirada afirmando con la cabeza—. Sí, el gilipollas. Oye, ¿Qué le pasó? —Liz escuchó a Bobby un buen rato, asintiendo—. Eres el mejor, Bobby, después subo a verte. ¿Quieres alguna cosa? —Y se despidió.

—Dice que Lenzi lo dejó hace dos años bajo sospecha. Alguna irregularidad, pero Plessey lo mantuvo en secreto. Claro, hay rumores. Se decía que Lenzi había estado filtrando información estratégica, y probablemente durante años. Por lo visto, Lenzi pactó renunciar a todas sus acciones y opciones a cambio de que no se presentaran cargos en su contra. Y las dos partes no lo hablan con nadie porque la situación es embarazosa para todos. Lenzi ya no está en el mercado financiero, ahora se dedica a vender programas de comercio de segunda a ese mercado. Por cierto, le debes a Bobby un *latte* descafeinado con leche desnatada.

Pagué la cuenta.

Ya eran casi las seis cuando salí del metro en la calle Catorce. La lluvia y el viento habían cesado y hacía una noche fría y clara. Estaba cansado, agarrotado y tenso de tanto café y avanzaba por la Séptima Avenida sin quitarme de la cabeza a la mujer de Lenzi, una mujer sin rostro apoyada en la puerta, llorando. No quise

engañarme con la ilusión de que debía hacerlo, que el hacerles daño a cambio de información formara parte de mi trabajo, que solo defendía los intereses de mi cliente. ¿Para qué darle vueltas si no creía en eso? Mierda.

Pero lo que había averiguado de ella y su marido y de Liz y Bobby era suficiente para hacerme una idea. Michael Lenzi había sido uno de los operadores favoritos de Nassouli. Hace unos quince años lo tuvo en el bolsillo, y así lo había conocido Burrows, y podía haberle hecho favores a Nassouli hasta el colapso de MWB. Dos años atrás, alguien había intentado hacerles chantaje con pruebas de sus negocios con Nassouli, la clase de prueba que Nassouli guardaba en sus expedientes personales, y habían amenazado a Lenzi con sacarlos a la luz. Lenzi contestó que se las metieran por el culo o algo por el estilo, tras lo cual entregaron un paquete a la dirección de Plessey. Y entonces fue el adiós, Mike, no te olvides de dejar la pasta antes de salir por la puerta y no volver a trabajar en este mundo.

Pero mi idea tenía muchas lagunas, y Lenzi era el único que podía paliarlas. Solo él podía decirme qué tenían con él, cómo habían contactado y qué le habían pedido. Solo él podía confirmarme que alguien había tratado de extorsionarle. O decir que mi idea era una parida... Que después de quién sabe cuántos años de hacerle favores a Nassouli la dirección se había dado cuenta y lo habían echado a la puta calle.

Me desvestí, me puse la ropa de correr e hice una carrera de ocho kilómetros en treinta y ocho minutos y medio. Después fui al gimnasio a hacer un poco de pesas hasta que me temblaron los brazos y me entraron leves náuseas. Luego me fui a casa, me duché, me comí dos paquetes de yogur y me dormí vacío.

—Voy a llenártela —dijo Lisa Welch. Me cogió el vaso y se deslizó por el suelo de pizarra del porche hasta la cocina contigua.

Era una mujer tranquila, casi etérea, con el cabello liso color paja que le llegaba a media espalda. Tenía una cara de rasgos finos, abierta, y aunque estábamos casi a diciembre, lucía un moreno dorado en los pómulos marcados y en la frente ancha. Los ojos azules le cambiaban de tono según fuera la intensidad de la luz, de gris a casi violeta. La boca era ancha y en reposo adoptaba una leve sonrisa que caía por las comisuras. Le faltaba poco para el metro setenta y pesaría cincuenta y cinco kilos incluyendo la calderilla de los bolsillos. Llevaba puestos unos tejanos y una camiseta azul sin mangas en la que ponía «Sanibel Dive Shop». Tenía los brazos fuertes y un poco bronceados. Tendría mi edad.

La escuché deslizarse descalza por el suelo de madera de la cocina, abrir la nevera y verter agua en el vaso, y abrir el horno para mirar el pan que se cocía dentro. Sonó el teléfono, y habló bajito, sin alterar la voz, aunque no pude entenderlo todo. Cerca de la mesa de hierro forjado y vidrio a la que yo estaba sentado dormía un indolente Labrador de color chocolate llamado Jesse que suspiraba hondo.

Mientras esperaba a Lisa miré a sus hijos jugando en el césped que había al otro lado del patio de piedra al que daba el porche. Tenía un niño y una niña, de cinco y tres años, y los dos rubios, con los ojos azules, las caras anchas y las extremidades largas como su madre. La niña también transmitía parte de su serenidad. Estaba dando de comer a dos muñecos en un cochecito y de vez en cuando los paseaba por el patio. El chico era más cafre. Trepaba y saltaba por toda la estructura enfrentándose a piratas o robots o robots piratas... Era difícil decirlo.

Era jueves por la tarde y hacía calor para estar a finales de otoño, unos quince grados. Los pájaros gorjeaban bajo, lo que unido al calorcito que hacía en el porche, el aire que corría por las ventanas, las voces de niños jugando, la respiración fuerte y lenta de Jesse, el olor a pan en el horno y la dulce voz de Lisa, aquel lugar tenía en mí un efecto soporífero. Unas galletas y un vaso de leche y estaría listo para echarme una siestecita. Pero no había ido para eso.

La mañana anterior había estado filtrando la lista de nombres. De los dos Steven Bregman que quedaban en la lista, solo se dedicaba a las finanzas el de Pound Ridge. Y de los tres Nick Welch, solo el difunto señor Welch, con último domicilio en New Canaan, encajaba en el perfil. La tarde anterior la había dedicado a ponerme en contacto con Steven Bregman y la viuda de Welch y a convencerlos para que me recibieran.

A Bregman le conté la misma historia que a Lenzi: su nombre había salido a relucir en una investigación confidencial, y quería citarme con él para hacerle unas

preguntas. Había reaccionado de la forma prevista: un silencio prudente, una curiosidad prudente y un prudente consentimiento dado de mala gana. Le había contado la misma historia a Lisa Welch, salvo que a ella le dije que era el marido quien había salido a relucir. Su reacción me sorprendió:

—Creía que esto había terminado. Recibí el cheque hace cuatro meses y ya lo daba por zanjado. Mi abogado me dijo que ya estaba. —No parecía estar nerviosa ni molesta, solo estaba desconcertada. Como yo.

—Señora Welch, no tengo ni idea de lo que me está contando —dije.

—¿Usted no es de Connecticut Mutual?

—No, señora.

—Oh... Disculpe —dijo, y accedió a verme.

New Canaan y Pound Ridge son ciudades vecinas y separadas solo por la frontera entre los estados de Nueva York y Connecticut, por lo que planeé hacer las dos visitas en una tarde; Lisa a las dos y Bregman a las cinco. Me había levantado tarde y había salido a correr. Después, una vez afeitado, desayunado y vestido con pantalones negros, un polo granate y un suéter gris, había ido a por el coche de alquiler. A la una menos cuarto el Taurus y yo nos poníamos en marcha.

Salir de la ciudad había sido el infierno de siempre... Un tráfico demencial por calles con socavones y autopistas interrumpidas sin previo aviso y señales escritas por mentirosos e idiotas. Tomé la 95 en dirección norte, ya de por sí una pesadilla de obras de mantenimiento y camiones ladeándose, y salí en Darien. Enfilé la 124 por el esplendor de las afueras de Darien y me introduje en el esplendor de las afueras de New Canaan. A medida que avanzaba el terreno era más ondulado, había menos tráfico y las casas y los jardines eran más grandes.

Los árboles no tenían hojas en New Canaan, lo mismo que en Nueva York, pero allí eran más limpios en el método. Al otro lado de los muros de piedra levantados con maña, aquellos jardines tan caros estaban secos y marchitos y preparados para el invierno. Las hojas habían sido aspiradas, metidas en bolsas y transportadas, las plantas resistentes a las heladas habían sido podadas y protegidas con paja, los arbustos estaban envueltos en yute y habían puesto un vallado para que no pasaran los ciervos. Lisa Welch vivía en un desvío de la 124, en una carretera que se prolongaba por una colina y que en el último kilómetro y medio antes de llegar a su casa se transformaba en una especie de tabla de lavar.

Era una casa blanca de estilo colonial con postigos negros y una puerta roja brillante. Se hallaba cerca de la carretera, rodeada de hectáreas de césped, árboles maduros y muros de piedra. No era una casa enorme, no tendría más de cuatro dormitorios, pero había sido cuidadosamente reformada y renovada. Las ventanas correderas eran nuevas y con doble acristalado. El enyesado y los revestimientos de madera estaban impecables. Los suelos de parqué de arce estaban muy bien

colocados, y los focos halógenos convenientemente instalados en el techo. La cocina disponía de la última tecnología y el mismo revestimiento de madera de cerezo que los armarios. Y el sistema de seguridad era tecnología punta. La decoración era sencilla, de aspecto confortable y cara.

Me había pedido que la llamara Lisa y me había llevado por la cocina hasta el porche para poder vigilar a los críos mientras jugaban fuera y me daba información sobre Welch. Era catorce años mayor que ella. Se habían conocido en la boda de un primo de ella con un amigo de él. Y a los seis meses se prometieron. Ella dejó su trabajo de educadora de preescolar, y se mudaron a Connecticut después de la luna de miel. Llevaban seis años casados cuando él murió. Decía que era un padre entregado, y activo en la iglesia y entidades benéficas. Era el segundo matrimonio de él. El primero había concluido diez años antes... sin hijos. Lisa jamás conoció a su antecesora y no sabía dónde vivía. Se deslizó por el porche para ponerme el vaso delante y volvió a sentarse.

—John, no sé hasta qué punto puedo hablarte de los asuntos de Nick. No los traía a casa. Apenas hablábamos de eso y yo no conocía a la gente con la que trabajaba.

—¿No hacíais vida social?

—No. El trabajo no lo absorbía, al menos mientras estuvo conmigo.

—¿Antes sí?

—Ah, sí. Cuando lo conocí el trabajo era su vida. Pero cambió de prioridades.

—¿Y eso?

Sonrió un poco.

—Descubrió otras cosas. Cosas más importantes. Como su familia, como formar parte de la comunidad.

—Vaya cambio —dije.

Volvió a sonreír pero no dijo nada. Estaba sentada sobre una pierna, inmóvil a excepción de los ojos, que seguían a los niños.

—¿Trabajó muchos años con su empresa?

—Sí. Hizo allí toda su carrera. Más de veinte años.

—¿Has oído hablar de MWB? El Merchant's Worldwide Bank. —Negó con la cabeza—... ¿Y de Gerard Nassouli o Bernhard Trautmann?

Lisa se paró a pensar y sacudió la cabeza.

—Ya te he dicho que apenas sé nada de su trabajo.

Bebí un par de tragos de agua. Un perro ladró a lo lejos. Jesse resopló pero no se movió. Lisa tampoco se movía. Tenía el pie derecho levemente apoyado en el suelo de piedra. Era un pie bonito, bronceado, bellamente arqueado y con los dedos cuidados. Se hizo un silencio que me costó romper.

—Lisa, perdóname por preguntártelo, pero por lo que has dicho por teléfono me ha dado la impresión de que ha habido problemas con el seguro de vida de tu marido.

Se volvió para mirarme con sus ojos de color pizarra.

—En efecto.

—Te pagaron la póliza hace ¿cuánto, cuatro meses? —Asintió—. Eso es más de un año después de que muriera tu marido. —Volvió a asentir—. Es mucho tiempo.

Se miró los largos dedos levemente apoyados en el borde de la mesa.

—Tenían preguntas. Tardaron en quedar satisfechos.

—¿Qué clase de preguntas?

Se pasó el pelo por detrás de las orejas y aclaró la garganta.

—No es que me lo dijeran directamente, pero se preguntaban si Nick se había suicidado.

—¿Por qué pensaban eso?

—De veras no lo sé, John. Decían que había una cláusula de exclusión y unas estadísticas y los papeles de mantenimiento del barco... No lo sé. Ni la policía ni los guardacostas compartían sus dudas.

Jesse estaba soñando que perseguía a alguien o que le perseguían a él. Gruñó, resopló y aulló y volvió a quedarse tranquilo. Pero el único movimiento que se percibía en Lisa eran los latidos lentos y regulares de una arteria en su cuello esbelto.

—¿Qué pensaste?

Me dirigió la mirada un momento.

—Pensé que era una insinuación ofensiva y obscena, John. Mi marido no se suicidaría. Jamás. —La niña empujó el cochecito hasta las puertas batientes y nos saludó con la mano. Y devolvimos el saludo—. Apenas sé cómo era su vida antes de conocerlo. Me da igual. Nos centrábamos en el día a día y en el futuro. Sé que en el pasado no había sido feliz. Entonces era... una persona diferente. Y no siempre una persona buena. Pero Nick cambió cuando nos conocimos, y para bien. Había encontrado su eje, John, en ser marido y padre, en la iglesia, en el trabajo que hacía de voluntario. Le había costado mucho encontrarlo. Jamás lo habría tirado así.

—¿Las semanas antes de morir se comportó de forma extraña? ¿No había ocurrido nada en el trabajo?

—Nada. —Volvió a suspirar y alzó la vista al techo acristalado—. No sabría decirte las veces que he hablado de ello con los de la aseguradora. Te pido por favor que no me hagas volver a pasar por eso. —Asentí.

Jesse se puso de cuatro patas sin prisas. Me olió los zapatos y luego dio un rodeo a la mesa hasta las puertas batientes. Se volvió para mirar a Lisa y dio un aullido. Ella se levantó para abrirle la puerta.

—¿Algo de esto es importante para tu caso, John? —No lo dijo en tono de reproche. Sonaba a que tenía sueño.

—No lo sé —dije, y lo decía en serio.

Lisa me acompañó hasta la puerta y me dio un cálido apretón de manos. Se quedó

quieta al pie de un tilo sin hojas, mirándome mientras me iba en el coche.

Faltaban dos horas para la cita con Bregman, tenía el tiempo suficiente para comer y hacer un par de llamadas. Volví a la 124 en dirección norte y crucé la frontera estatal. En Pound Ridge hay más dinero que en New Canaan, y mucho de ese dinero se dedica a mantener la intimidad de sus habitantes. Las grandes casas y sus terrenos ajardinados están casi escondidos y fuera de la vista de los automovilistas curiosos, y lo único que ves desde las serpenteantes carreteras son bosques frondosos, prados, vallados en estudiado mal estado y muy de vez en cuando un buzón sin nombre junto a un discreto camino particular.

Pound Ridge carece de una calle principal al estilo de Norman Rockwell en New Canaan. La única zona animada es Scott's Corners, un tramo de la 124 con una estación de bomberos, un supermercado de calidad y una sorprendente oferta de restaurantes. Aparqué el Taurus y me metí en una pizzería. Pedí dos porciones de pizza y salí a sentarme en un banco, al sol de la tarde.

La siguiente media hora, y gran parte de la batería del móvil, la dediqué en averiguar que el principal investigador de reclamaciones de Connecticut Mutual Insurance era un tal Stanislaus Kulpinski, que se había encargado personalmente de la demanda de Welch y que tenía el despacho en Stamford. Acabé por encontrar a Stan. Estaba afónico, acatarrado y sonaba a persona mayor pero masticando chicle. Me presenté y le conté lo que quería saber, pero se negó a hablar hasta ver mis referencias y dijo:

—¿A quién conoces que conozca yo? ¿Alguien que trabaje en Connecticut?

—No. ¿Conoces a alguien en Nueva York?

—A muchos —dijo, y comenzó a citar nombres. Ninguno me sonaba pero le di el nombre de algunos tipos que conocía de la policía neoyorquina que no me consideraban algo pegajoso en la acera—. Dame tu número de móvil, te llamaré en media hora.

Y me llamó en el momento en que yo estaba recargando la batería del móvil en el encendedor del coche.

—¿Quieres saber por qué creía que pasaba algo fuera de lo normal con Welch? De acuerdo. ¿Sabes algo de yates?

—Nada.

—Te hará falta algo de información básica, pero te evitaré los detalles técnicos.

Pero no los evitó lo suficiente. Veinte minutos después sabía más de lo que quería sobre los riesgos de incendio y explosión en las embarcaciones con motores de gasolina dentro del casco, sobre el diseño especial que garantizaba una debida ventilación para que no se acumularan gases y sobre la escala de medidas de seguridad que debía tomar hasta el más novato de los patrones de barco para no acabar carbonizado. Me habló de ciertos husmeadores y de extractores de gases y de

la ubicación de los conductos y el volumen de aire que circulaba por el compartimento del motor a varias velocidades. Se trataba al parecer de un tema clave para ciertos segmentos del ámbito de los seguros.

—De lo cual deduzco que a más de un patrón le ha explotado el yate.

—Así es —dijo entre risas.

—Lo cual me lleva de vuelta a mi pregunta. ¿Qué le llevó a interesarse en Welch?

—¿Aparte de que muriera cuatro meses antes de que expirara la cláusula de exclusión por suicidio?

—Aparte de eso.

—Al principio nada. Lo que le pasó a él es parecido a la mierda que pasa cada fin de semana. Welch salió en su yate a pescar un sábado por la mañana, muy temprano, antes de amanecer, y con los tanques llenos de combustible. Se pasa unas horas pescando y, al clarear, arranca los motores para volver y catapum. Una gran explosión. En fin, son cosas que pasan. Pero cuando te lo miras más de cerca empiezan a surgir las dudas. —Stan hizo una pausa para aclarar la garganta y parecía que iba a toser un trozo de pulmón.

—Primero se debió a las estadísticas. Las aseguradoras conservamos estadísticas sobre cualquier asunto, y la frecuencia con que se da este tipo de accidente con yates de la marca y el modelo de Welch y a la edad de este es baja. Bajísima. Quiero decir que solo le pasó a Welch. El yate estaba diseñado para que eso no ocurriera. Claro, esto en sí no significa nada, pero hace que le prestes más atención.

»Luego estaba lo del mantenimiento del yate. Welch lo conservaba en muy buen estado y tenía al día los documentos de las revisiones. El año anterior había hecho revisar los motores, comprobar los depósitos y sustituir los tubos de carburante, y utilizó el yate hasta el momento del accidente sin que se registraran otras averías. Y entonces, de repente... Bum. Entonces le di más vueltas al caso.

»Lo siguiente fue la experiencia de Welch navegando. No era un dominguero sino un tío muy preparado. Era su quinto yate y desde los doce años hasta que salió de la universidad estuvo trabajando en puertos deportivos. ¿Por qué es un dato importante? Bueno, para que ese yate estallara como lo hizo debió darse una concentración de gases tremenda y cuesta creer que Welch no oliera nada si estaba en la cubierta y lo habría notado sin duda al controlar los motores. A menos que no bajara a controlarlos. A menos que ese tipo experimentado olvidara la principal medida de seguridad a bordo de una embarcación con motor de gasolina y no comprobara la posible acumulación de gases antes de arrancar el motor. Y eso aumentó mi curiosidad.

»Por último estaba lo de la pesca. El caso es que él salía a pescar los sábados por la mañana, ya fuera primavera, verano u otoño, y eso es lo que hizo a lo largo de las diez semanas previas a la explosión. Y en ocho de esas salidas lo acompañó su

compañero de pesca, un tipo que vive en Wilton. De hecho, por lo que pude averiguar, este tipo le había acompañado veintiuna veces de las últimas veinticinco salidas en sábado de Welch. Pero el miércoles anterior al accidente Welch llamó a su compañero para cancelar la salida porque había surgido algo. Todavía no sabemos qué fue ese *algo*. —Stan hizo una pausa. Oí que desenvolvía un chicle y volvió a masticar fuerte—. Ahora me duele la cabeza de tanto pensar.

—¿Y no le duele a nadie más? La policía local, los guardacostas...

—Solo a mí. Claro, la policía local tiene quizá quince agentes y ninguno lleva más de diez años en el cuerpo. Y si no recuerdo mal uno había pisado una vez un barco. En cuanto a los guardacostas... Bueno, saben lo que se hacen, claro. Pero están más que hartos. Ven a tanta gente haciendo tonterías en el mar que están de vuelta de todo basándose en que la estupidez humana no tiene límites. Y a decir verdad yo no podía insistir. Welch estaba felizmente casado, sano, y le sobraba la pasta. Ningún indicio de depresión o trastorno mental. Ninguna muestra de que él o su mujer hiciesen trampas. Y ella... No le importaba la demanda. Le daba igual que pagáramos o no.

—¿Algún indicio de que hubiera otra persona involucrada?

—Ni uno.

—¿Has hablado con el compañero de pesca?

—Hasta la extenuación. Me dijo lo mismo que el resto, que Welch era un tío feliz y con razones para vivir.

—Y al final te convenciste de que fue un accidente... —Stan se echó a reír, esta vez más fuerte.

—Para nada. Después de treinta años de oficio sé que ese tío se suicidó. Pero me he cansado de tratar de probarlo. —Las risas acabaron en un acceso de tos. Sonaba como si estuviera echando el otro pulmón.

Steven Bregman vivía a unos kilómetros de Scott's Corners, en un camino transversal lleno de baches de Old Stone Hill Road. Unas columnas de ladrillo y un buzón rojo rayado indicaban la entrada a la propiedad. Eran casi las cinco de la tarde y pasé tres veces de largo antes de encontrar el camino. Conduje un kilómetro por un camino de grava igualada con rastrillo y con altos abetos a ambos lados y llegué a un claro iluminado por focos montados en lo alto de los árboles.

El camino desembocaba en un gran círculo de adoquines. En el centro había una fuente de piedra rodeada por unos bancos de piedra curvados y unos arbustos bien cuidados. La casa principal estaba justo al otro lado. Era una buena construcción pseudo italiana de ladrillo y piedra natural de dos amplias plantas con el tejado de pizarra y unos soportes decorativos en los aleros. Tenía muchas ventanas, todas largas y arqueadas y enmarcadas con piedra natural. Había más piedra a lo largo de los

cimientos, así como en el pórtico de entrada. Por un lado de la casa se alzaba una torre con cuatro ventanas y un pináculo de aspecto peligroso. En el otro lado había un hondo porche con arcadas que se prolongaba hasta la parte de atrás. Las ventanas estaban a oscuras.

A la izquierda, y bastante apartada del círculo, había una cochera alargada y baja construida en el mismo estilo que la casa pero con seis puertas dobles de madera en la fachada. Por unas puertas abiertas pude ver un Bentley estacionado dentro. En la parte cercana a la casa había luz. Aparqué el Taurus cerca de las puertas abiertas. Al verme alguien me llamó.

—¿Eres March? —Reconocí la voz nasal de Bregman y el acento neoyorquino del teléfono. Estaba de pie en la entrada de la parte iluminada de la cochera—. Estoy en el despacho. —Me hizo un gesto para que fuese y entró. Caminé por los adoquines y le seguí.

Aquel espacio había sido separado del garaje para ser el gran despacho de Bregman. Las paredes eran de ladrillo y en tres de ellas había ventanas altas. En el largo tabique a mi izquierda había una serie de armarios altos empotrados con estantes repletos de curiosidades de vidrio, y una barra al fondo. Entre las viejas vigas y traviesas colgaban unas lámparas potentes.

Al otro lado había un escritorio con la superficie de piedra pulida. Encima había dos monitores de pantalla plana, dos teclados y montones de papeles muy ordenados cerca de un maletín metálico que estaba abierto. Bregman estaba de pie al otro lado de la mesa.

Era un tipo alto, delgado, de unos cincuenta años y con aspecto de buitre. Tenía los hombros caídos y un largo cuello curvado con piel de más por la nuez abultada. La cara menuda la coronaban matas de pelo negro rebelde, y las cejas eran negras y también rebeldes sobre unos ojos hundidos muy cerca de la nariz huesuda. En su tez amarillenta se apreciaba la sombra de una barba tupida. La boca, pequeña y maliciosa, apenas tenía labios. Llevaba unos pantalones color canela, un jersey verde encima de una camiseta azul y mocasines marrones. Se sentó y se miró el contenido del maletín como si fuera un cadáver.

Bregman no me dirigió la mirada mientras me acercaba ni me tendió la mano para que se la estrechara ni hizo ningún gesto para que tomara asiento. Me senté igualmente en una de las dos sillas de cuero amarillo que estaban encaradas hacia la mesa.

—Querías hacer unas preguntas. Pues adelante, pregunta. Pero hazlo rápido; no tengo tiempo. —Hablabla deprisa y sin mirarme.

—Entonces voy al grano. ¿Conoces a Gerard Nassouli?

Bregman no dijo nada. Buscaba en el maletín y al rato pensé que no me habría oído. Cuando iba a repetirle la pregunta contestó:

—¿Debería? —Se las arregló para sonar aburrido, distraído y sarcástico a la vez. Me estaba mosqueando.

—Pues yo creo que lo conoces... Por eso estoy aquí. Pero quería que me lo dijese tú.

Me miró a los ojos.

—Tu tono es un poco arrogante para ser alguien sentado en mi casa a quien le dedico mi tiempo —dijo, pero sin enfatizar porque seguía más interesado en el maletín. Yo no dije nada—. ¿De qué se supone que lo conozco?

—Dirigía MWB en Nueva York, quizá hiciste negocios con él hace quince años o así.

Bregman volvió a dirigirme la mirada, aún distraído, y asintió un poco. No estaba seguro de a qué.

—¿Y qué si lo hubiera conocido? —Me lanzó una mirada.

—Entonces hay otros asuntos que quiero tratar contigo.

—¿Asuntos de qué tipo?

—Tipo chantaje.

Volvió a asentir y sacó unas cuantas tarjetas de visita del maletín, hizo otra pila y la dejó también sobre la mesa. Las manos le temblaban un poco. Cogió más papeles del maletín y, tras meter otros, cerró el maletín y lo dejó en el suelo. Luego abrió un cajón del escritorio, sacó una pequeña pistola semiautomática negra y me apuntó con ella.

—Puto parásito —dijo. La voz le temblaba de rabia, de miedo y del subidón de adrenalina—. ¿Qué pasa, hijo de puta? ¿No me desangraste lo bastante la otra vez? ¿Vienes a por más?

Los labios se le habían quedado blancos, como las aletas de su nariz y los dedos de la mano con que sujetaba la pistola. No daba la impresión de ser un experto en armas, pero eso no importaba porque a esa distancia no podía fallar el tiro. La nuez se le movía cada vez que tragaba saliva. Las manos le temblaban cada vez más. Las mías también temblaban si las movía, pero no lo hice. Las dejé muy quietas, no me moví salvo para decir en voz baja:

—Te equivocas de tío, Bregman...

—El que se ha equivocado eres tú, cabrón. Te has equivocado conmigo. —Tenía la voz tensa, como si tratara de gritar pero le faltara el aire para hacerlo. Se puso de pie y salió de detrás del escritorio. Sus movimientos eran espasmódicos pero no dejaba de apuntarme, sobre todo a la cara. Se detuvo frente a mí—. ¿Te crees que voy a permitir esta mierda? De pie, mamón.

Comencé a levantarme despacio y vi que iba a golpearme en la cara con el arma. Al menos lo intentó, pero, como no había golpeado a nadie en su vida, atacó mal y lento. Volví a sentarme, aparté la cabeza para esquivar el golpe y con la izquierda le

agarré la muñeca y la pistola. Le torcí la muñeca hasta que note un chasquido y Bregman dio un grito. Enseguida me levanté dándole un rodillazo en la entepierna. Le di de lleno y se puso a berrear como si fueran a salirse los intestinos por la boca. Cayó sobre las manos y las rodillas, luego volvió a gritar y se derrumbó sobre el codo izquierdo y con la mano izquierda torcida. Después vomitó.

Mi silla se había caído encima de la pistola. La puse bien y me hice con el arma. Era una Beretta. Los nuevos modelos disponen de un ingenioso seguro automático que se activa cuando dejas caer el arma, y había funcionado como en el anuncio. Puse también el seguro manual y quité el cargador. La recámara estaba vacía. Me guardé el cargador en el bolsillo y me metí la pistola entre el cinturón y los riñones. Me estaban temblando las manos y las piernas. Respiré hondo un par de veces.

Bregman estaba echado en posición fetal y tenía arcadas. También lloraba. Mierda. Cogí un vaso de agua de la barra y me lo bebí. Después bebí otro. Lo volví a llenar y cogí hielo del congelador, lo envolví en un trapo y se lo llevé todo a Bregman.

Conseguí que se sentara en una de las sillas y le ayudé a recomponerse un poco. Una vez que estuve seguro de que no iba vomitar más, le di agua y le envolví la muñeca con el trapo del hielo. A continuación cogí la otra silla y me senté de cara a él.

—Bien, ¿me vas a contar ahora qué cojones te pasa?

Metí la mano en el bolsillo en busca de monedas y solo saqué balas. Pero en el puente de Triboro no les gusta encontrarse munición en las cestas del peaje, así que solté el acelerador y conduje el Taurus al carril de los infelices que solo tenían papel moneda.

Eran las balas de la Beretta de Steven Bregman. Le había devuelto la pistola, menos el cargador, y nada más acabar nuestra charla había dejado el cargador en el buzón situado al principio del camino particular pero me había quedado las balas. No es que no me fiara de aquel tío... pero por si acaso.

La muñeca dislocada y la patada en los huevos habían apaciguado de momento la violencia y galopante paranoia de Bregman pese a que después pasó por fases de autocompadecerse, de justificarse y de conspirar. Era un caldo difícil de digerir, pero a pesar de todo Bregman fue una buena fuente de información. Cuando logré calmarlo y le expliqué el motivo de mi visita —que no era para chuparle la sangre—, lo largó todo. Bueno, casi todo.

El primer mensaje de fax había llegado hacía alrededor de un año, con una portada en la que ponía «Hablaemos pronto». Los documentos que se incluían en él eran según Bregman datos inventados, sesgados y mal interpretados de negocios que había hecho con Nassouli hacía tiempo. El segundo fax llegó unos días después. Tenía una portada similar al primer mensaje pero el contenido era más venenoso. Bregman no quería contarme los pormenores de sus asuntos con Nassouli ni nada en concreto, pero lo que fuera que le mandaran le había afectado en serio y habría hecho salir por piernas á sus inversores. Así que al recibir el tercer mensaje se avino a seguir las instrucciones.

Llegó a las dos semanas y era breve, una sola página en la que ponía un importe, Bregman no quiso decir cuánto, que tendría que reunir en una semana. Entonces recibiría las instrucciones para hacer la transferencia que debía acatar inmediatamente. Bregman hizo lo que le mandaron. Una semana después, por la mañana temprano, llegó el último mensaje de fax. Le daba cuatro horas para transferir el dinero a una cuenta numerada de un banco de Luxemburgo. Bregman había cumplido el plazo y ya no había vuelto a tener noticias.

Pero a partir de entonces había estado reflexionando acerca de lo ocurrido y aguardando el siguiente paso del chantajista. Eso lo había vuelto loco. Unos meses después de realizar el pago, la ira y el miedo de Bregman habían alcanzado el punto de ebullición. Ya no lo soportaba; no podía limitarse a esperar, debía actuar. Así que contrató a un detective privado —no me quiso decir a quién— para descubrir la identidad del chantajista. Aunque no lo dijo, tuve la impresión de que para Bregman se trataba del primer paso de una oscura venganza que había estado maquinando.

Sin embargo, Bregman había dado al traste con sus planes desde el principio al no decirle nada sobre los dos primeros mensajes al detective ni ponerle en antecedentes sobre Nassouli y MWB, lo cual dejaba al tipo sin pistas, aparte de las instrucciones de entrega. Tras dos meses en Luxemburgo el detective solo había descubierto hasta qué punto se toman en serio el secreto bancario en ese país. Nada más recibir el dinero, el chantajista lo había transferido a otra cuenta externa y había cerrado la cuenta numerada. Ni el engaño ni las amenazas ni el soborno fueron suficientes para recabar más información.

Aparte de su historia, Bregman no me sirvió de mucho. No tenía teorías acerca de quién podía estar detrás del chantaje, aparte del «hijo de puta de Gerry». Y de Trautmann solo supo decir «ese segurata psicópata».

A medida que avanzaba la charla, gimoteaba cada vez más nervioso por la muñeca y los huevos, pero al saber que el chantajista también tenía otras víctimas se mostró más animado. Se le dibujó una leve sonrisa en la cara y los ojos le brillaban. Se empeñaba en averiguar, con poco acierto, la identidad de mi cliente y, como yo no cedía, trató de sobornarme. Me fui antes de que fuera a darle otra patada en los huevos.

Tras pasar por el peaje crucé el puente y tomé la FDR Drive en dirección sur. Eran las diez cuando devolví el Taurus en el garaje de la calle Diecisiete. Le di un poco más de propina al chico del mostrador y le dije que tuviera el coche preparado. Había previsto recogerlo a primera hora de la mañana siguiente.

Bellerose es un pequeño barrio obrero en las afueras de Queens rodeado de autopistas y cercano a la frontera de Nassau County. Belmont, donde corren los caballos, está al lado. Es un barrio viejo y habitado sobre todo por irlandeses, italianos, alemanes y polacos. Muchos policías, muchos bomberos y muchos tipos que trabajan con las manos.

Se encuentra a unos veinticinco kilómetros al este de Manhattan y para llegar allí hay que tomar el túnel de Midtown hacia la Long Island Expressway, donde debes pasar los cementerios densamente poblados de Calvary y Mt. Zion, pasar por las ruinas de Rego Park y el Shea Stadium y los extraños restos de la exposición universal de 1964 para tomar la salida 30. Desde aquí enfilas Cross Island Parkway y sigues en dirección sur pasando por un parque y unos campos de golf y los espeluznantes edificios del Creedmore Psychiatric hacia Hillside Avenue. Y ahí sales de la CIP.

Eran las cinco menos cuarto de la madrugada del viernes, aún de noche, estaba nublado y hacía cuatro o cinco grados de temperatura, cuando llegué a Hillside. Me quedé en el Taurus con un termo de café, un sándwich de mantequilla de cacahuete y un litro de agua en el asiento de al lado, con unos prismáticos y una cámara en el

suelo y con una Glock 30 guardada en los riñones.

Estaba allí para hablar con Bernhard Trautmann. Iba a contarle la misma historia que a Al Burrows: que estaba investigando para un escritor interesado en MWB. Pero me daba igual que Trautmann se lo tragara o no. Con lo que me habían contado de él no me esperaba una charla agradable con café y galletas. Iba a provocarlo y a ver qué pasaba. Llegué pronto esperando echarle un vistazo antes de empezar con las provocaciones.

Hillside Avenue es una animada calle comercial que se prolonga de este a oeste, con dos carriles en cada sentido separados por una franja de hormigón y semáforos cada dos metros. Los edificios son pequeños, bajos, con los tejados rectos y feos. Las fachadas son de ladrillo y piedra falsa, algunas con materiales como maderos, y albergan una gran diversidad de pequeños comercios. Tiendas de ultramarinos, talleres mecánicos, de hardware, restaurantes baratos, pizzerías, bancos, tiendas para animales, bares y locales para cobrar cheques. Casi todos estaban a oscuras y tenían las persianas bajadas cuando pasé conduciendo.

Las viviendas se hallan en las calles laterales de Hillside y son una mezcla de casas independientes y pareadas de los años cincuenta construidas una junto a otra en parcelas demasiado pequeñas. Son pequeños bloques que hacen pensar en los clásicos moteles: uno o dos pisos, tejado a dos aguas, escalones de hormigón que conducen a las puertas delanteras, porches pequeños con barandillas de aluminio, ventanas de aluminio con vistas a un trocito de césped del tamaño de una alfombra de baño. Algunas fachadas son de ladrillo, otras de estucado o aluminio y en una casa hay un curioso plástico vetado. Unas casas tienen césped a los dos lados del camino que conduce a la puerta; otras tienen grava o tierra aplastada. Hay casas con pequeños garajes bajo la planta principal y casas que los tienen al fondo del jardín, donde se levantan como cobertizos desproporcionados en jardines mínimos. Otras no tienen garaje. Por lo demás, son muy parecidas.

Sin embargo, casi todas tenían ya puesta la iluminación navideña. La casa de Trautmann no tenía luces navideñas. Era como una caja bien cuidada de dos plantas y estucada en beis que se hallaba en una parcela esquinera y que tenía en un lado una pequeña entrada que llevaba a un garaje independiente situado en la parte trasera. Aparte de no tener adornos navideños, no se diferenciaba del resto de la calle, pero de algún modo daba la impresión de ser más inexpugnable. La parcela estaba vallada con una tela metálica hasta la altura del pecho y entre la valla y la casa había un seto tupido y alto. Por la parte trasera el seto también se prolongaba por el vallado e impedía ver el jardín. Las cortinas estaban echadas pero en una ventana del piso de arriba había luz.

La casa de al lado era un clon de la de Trautmann pero con ladrillo y sin valla ni seto. En la entrada tenía un cartel de «se vende» y parecía abandonada. La casa que

había al otro lado era otro clon revestido de aluminio y con un patio trasero vallado en el que un fuerte rottweiler no dejaba de ladrar y de correr de un lado a otro.

No era una calle idónea para ponerse a vigilar desde un coche. Apenas pasaban coches entonces y seguramente seguiría igual más tarde, solo circularían los de los vecinos. Incluso con el aspecto neutral del Taurus no tardaría en llamar la atención de los vecinos, que conocían a los de al lado y el coche que tenían, de vista.

Di la vuelta a la manzana y aparqué en una calle transversal, detrás de una furgoneta, y con vistas al cruce de la casa de Trautmann. Apagué el motor y bajé a medias la ventanilla para que no se empañaran las ventanas. Como su casa era una de las pocas donde había luz, supuse que no tardaría en verle. Y así fue.

El perro se puso a ladrar más fuerte y al mirar calle arriba supe por qué. Un hombre se acercaba corriendo. Avanzaba a buen ritmo con zancadas fluidas y eficientes y, cuando cruzó el haz de luz de una farola, vi su aliento condensado en el aire. Se notaba que era corpulento incluso a esta distancia, quizá me sacaba cinco centímetros y era delgado. Dobló la esquina, se detuvo cerca de los peldaños de la puerta de Trautmann y consultó su reloj de pulsera. Después hizo algunos estiramientos. Cogí los prismáticos.

Llevaba unos pantalones cortos grises con una sudadera a juego sin mangas, y los músculos se le marcaban como si fueran cables en los hombros anchos y los largos brazos y piernas. Las manos eran del tamaño de un listín telefónico. Tenía un tatuaje desvaído de un escorpión en el hombro derecho y una aparatosa cicatriz rojiza en el antebrazo izquierdo. Estiró los ligamentos de las rodillas y después estiró la musculatura de los pies y el tendón de Aquiles. La ejecución era lenta y pausada y, a pesar de ser corpulento, sus movimientos no eran ni torpes ni bruscos. Al contrario, se movía como una serpiente.

Tenía el pelo castaño y corto, con algunas canas en las sienes, y la cara impasible y estrecha de rasgos marcados; los ojos, pequeños y hundidos, la frente huesuda, la nariz pequeña y afilada, los pómulos altos y la boca pequeña. La piel era lo único que delataba sus cincuenta y tres años. Se veía castigada y arrugada como si hubiese pasado mucho tiempo expuesta al viento o con los ojos entrecerrados mirando al sol. Le daba un aire más a vaquero de anuncio que a ex policía de Queens. Bajé los prismáticos, agarré la cámara y saqué unas seis fotos, de frente y de perfil.

Estaba estirando la parte posterior del muslo en los peldaños cuando me percaté de que iba controlando sin prisas y con indiferencia la calle y el cruce. Miró a los dos lados de la calle y volvió a mirar a su alrededor. Pero no creo que me viera porque el Taurus estaba en el lado sombreado de la calle, casi tapado por la furgoneta, y aún no clareaba del todo. Pero me había impresionado lo que fuera que le hubiese ordenado a su cerebro de reptil que mirara a su alrededor y me asusté al ver la facilidad con que lo había hecho. Tras una última tanda de estiramientos, enfiló las escaleras y se

escurrió en la casa.

No volvió a salir hasta una hora después, por lo cual aproveché para tomarme el café y comerme medio sándwich, mientras algunos vecinos se dieron cuenta que estaba aparcado allí y empezaron a mirarme con desconfianza. El barrio despertaba, la calle comenzaba a animarse, y me estaba planteando aparcar en otra calle cuando un Audi A8 negro salió reculando por la rampa de entrada de su casa. Trautmann iba al volante. Esperé un poco y entonces le seguí. Iba hacia Hillside.

Dejé pasar un par de coches y luego un par más al torcer hacia Hillside. Cuando trabajas solo es casi imposible seguir mucho rato a una persona sin ser advertido, a menos que esa persona sea imbécil. Trautmann no era ningún imbécil y tarde o temprano se daría cuenta. Y yo quería que eso ocurriera más tarde. Apenas circulaban otros A8 por allí, por lo que podía seguirle a distancia. Fue hacia el sur unos cuantos kilómetros, hacia Nassau County, y se detuvo frente a un restaurante barato. Pasé de largo. Era de esos locales abiertos las veinticuatro horas del día y estaba concurrido. Enfrente había una tienda de donuts donde también había gente. Di una vuelta a la manzana y aparqué el Taurus en el terreno de la tienda. Entré y usé los servicios, llené de café el termo y compré tres donuts. A continuación regresé al Taurus. Desde allí podía controlar el restaurante, la puerta y la caja. Esperé y traté de no comerme los donuts enseguida.

De vez en cuando miraba con los prismáticos. No es que viera mucho: un trozo de barra, una camarera con expresión dura al otro lado, la caja sobre un mostrador próximo a la puerta, un tipo corpulento con expresión amistosa y el pelo cano a cargo de la caja, personas que entraban, personas que pagaban, personas que salían. El encargado de la caja parecía conocer a todos los clientes que iban circulando.

Al rato ya no me quedaban donuts y había medio acabado las existencias de café cuando vi por los prismáticos que el encargado se ponía tenso de repente. Se le borró la sonrisa y le cambió la cara mientras se concentraba en el mostrador. Acto seguido Trautmann se acercó a él y le dio la cuenta y un billete. El encargado marcó el importe y le dio el cambio. Trautmann era la simpatía personificada —sonreía, charlaba, reía— pero el encargado no decía nada. Trautmann se metió el cambio en el bolsillo y le dio con su manaza una palmada en el hombro. El encargado se encogió y no apartó la vista de Trautmann hasta que este salió por la puerta.

Trautmann cruzó el aparcamiento del restaurante. Vestía una cazadora de cuero negro encima de una camisa gris, unos elegantes pantalones grises y unas camperas negras. Le hice más fotos. Subió al coche y abandonó el terreno en dirección este. Yo hice lo mismo. Ya habían abierto muchas tiendas y el tráfico era bastante más intenso que hacía media hora. Siguió por Hillside Avenue pasando por New Hyde Park y Williston Park. Al llegar a East Williston torció a Roslyn Road y fue hacia el norte. Tres kilómetros después dejó Roslyn Road y entró en el aparcamiento de un centro

comercial cutre que se anunciaba como «Roslyn Meadows», los prados de Roslyn.

Pero eran prados de asfalto agrietado que rodeaban un montón de chapa ondulada que recordaba en cierto modo a un matrimonio mal avenido entre dos hangares. En una punta había una tienda de descuento de electrónica y en la otra unos almacenes baratos, mientras los locales de en medio estaban en alquiler. Aún era pronto, pasaban unos minutos de las ocho, por lo que el aparcamiento estaba prácticamente vacío y los únicos coches aparcados allí estaban en los lados.

Cuando Trautmann accedió al aparcamiento, seguí circulando. El Audi recorrió el terreno y se perdió de vista por detrás del edificio. Seguí por Roslyn Road unos quinientos metros, di la vuelta en un Burger King y volví al centro comercial. Dejé el Taurus cerca de la tienda de electrónica, junto a una camioneta oxidada, y me encaminé hacia la parte trasera del edificio. El Audi estaba aparcado más o menos en el centro del terreno, cerca de unos contenedores de basura y una zona de carga. Apenas había otros coches. Apenas había nada aparte de aquel asfalto hecho trizas, una verja en mal estado y un terreno con hierbajos. Regresé a la parte delantera y entré.

El gran público aún no se había presentado en Roslyn Meadows y sospeché que en caso de hacerlo sería para hacer una visita al local de apuestas del lugar. Sin embargo, el centro comercial estaba preparado para recibirles con sus mejores galas. Por todas partes había bastones de caramelo de corcho blanco, flores de papel y abetos de plástico decrepitos, y hasta los escaparates de los locales vacíos —que no eran pocos— estaban adornados con renos de cartón. Habían vaciado una fuente y la habían transformado en lo que sería el taller de Papá Noel, aunque más bien era el sótano mugriento de Papá Noel. El eje del invento era una gran silla de madera en la que podían fotografiar a fulanita mientras berreaba y pataleaba sobre las rodillas de Papá Noel. Pero ni él ni los elfos habían llegado aún y aunque probablemente seguían durmiendo o estaban también en el local de apuestas, alguien ya había puesto villancicos... «Santa Baby», uno de mis favoritos. Yo iba de negro integral; vestía una sudadera, unos tejanos y unas botas de cuero, así como un anorak para ocultar el arma a miradas indiscretas. Vestía demasiado elegante para Roslyn Meadows.

Había unos cuantos locales abiertos, incluyendo uno en el que vendían *pretzels*, unas galletas en forma de lazo espolvoreadas con canela. Un vigilante estaba apoyado en el mostrador comiéndose una galleta y chorreando mantequilla derretida encima de su radio. Tendría veintiún años, alrededor del metro setenta de alto y unos sesenta kilos de peso. Ya tenía unas buenas entradas, además de la piel picada y cuatro pelos por bigote. Llevaba un uniforme azul y gris con parches de Trident Metro Security en los hombros y en el bolsillo del pecho. Al pasearme por el centro comercial vi a un par de vigilantes más, pero no a Trautmann.

En el punto neurálgico del centro comercial había un amplio corredor hacia la

izquierda que llevaba a más locales vacíos, a las oficinas del centro, a la zona de descarga y al aparcamiento de la parte trasera. Trautmann se hallaba al fondo en compañía de un tipo corpulento que también vestía el uniforme de Trident. Tenía una manaza apoyada en el hombro del vigilante, mientras se encaminaban hacia la zona de carga. Entraron por las puertas y me quedé solo en el corredor. Seguí andando. En las oficinas tampoco había nadie y me aproximé a las puertas entreabiertas que daban a la zona de descarga.

—Sé cómo funciona, Brian —dijo alguien con la voz grave y agradable. Hablaba con un fuerte acento neoyorquino y en tono burlón. Era la voz de alguien con quien te tomarías unas cañas y te reirías de la ridiculez general del mundo—. Te hace falta más dinero, un poco más de lo que te pago yo, y te dedicas a pasar hierba, quizá incluso material más fuerte. Sé de qué va el tema, Brian, créeme...

—Te lo juro, Bernie, solo lo he hecho una vez. En serio, solo una. —Brian era joven y estaba asustado—. Me entretuve con ese tipo en Hempstead, y ya casi tenía todo el dinero, y entonces fui a AC a por el resto, pero no me salió nada. Nada de nada. Ni los dados ni las tragaperras ni el *blackjack*... Me falló todo. —Prácticamente se meaba en los pantalones—. Y encima el tío no dejaba de apretarme, en serio, y me entró miedo... Y la pifié, Bernie, lo sé. Es culpa mía, pero solo ha pasado una vez, te lo juro.

Trautmann se reía.

—¿AC? Joder, Brian, ¿cómo puedes ser tan imbécil? ¿Y jugando a las tragaperras? ¿En qué andabas pensando? Mierda, podrías haber quemado directamente la pasta... Te habrías ahorrado el viaje. —Se echó a reír, muy relajado. La simpatía personificada—. Y bien, ¿funcionó... el trato? ¿Pudiste darle la pasta? ¿Te deja en paz? —La simpatía personificada y ahora preocupada.

—Sí, sí —Brian se iba relajando—. Pero qué tío más gilipollas es ese. Vaya tela —dijo riéndose.

—¿Verdad que es odioso? —preguntó Trautmann con una risita—. ¿Te parece tremendo? —Y entonces sonó un fuerte crujido, como si hubiesen estampado una sandía en el suelo, seguido de un grito asustado y un golpe como si alguien se desplomara. Trautmann prosiguió entre risas—. Vaya, ¿te ha dolido eso? Supongo que ha sido culpa mía ¿eh? Ahora no te pongas a llorar como una nenaza, Bri. Compórtate como un tío, joder. Toma... Métete esto en la boca si te quema en las manos. —Y entonces escuché otro crujido y unos sollozos ahogados.

—Así que el tío de Hempstead es un cabronazo ¿eh, Brie? ¿Y qué soy yo entonces, el puto Mickey Mouse? —Otro crujido seguido de unos cuantos golpes sordos, como si un saco de patatas rodara escaleras abajo. Más sollozos ahogados—. Me importa un carajo lo que hagas. Por mí como si vendes heroína a bebés. Pero no lo hagas en horas de trabajo ni en mis locales. —Se escucharon una serie de golpes,

como si un carnicero estuviese ablandando chuletas, seguido de palabras en tono de súplica que no pude entender.

—Chsss... Chsss... Tranquilízate. —Ruidos como si arrastraran algo por el suelo—. Ya está... Huy, Brian, te has meado encima. Puaj. —Trautmann reía más fuerte—. Vale, vale. Dame la cartera. Joder, no voy a tocar eso. Solo saca el dinero —dijo entre risas. Escuché como si doblaran billetes—. ¿Aún conduces con la Camry? ¿Sí? Pues dame las llaves. En cuanto llegues a casa me haces llegar los papeles del coche ¿vale? —Tras un tintineo, escuché como si alguien arrastrara los pies muy deprisa, otro chasquido y otro gemido desesperado—. Para que no te olvides de mandarme los papeles ¿eh? —Después escuché como si alguien se sacudiera el polvo de encima con las manos.

—No puedo quedarme más rato, Bri, ha sido un placer. Adecéntate un poco y después te largas, porque si vuelvo a verte no seré tan blando como hoy. ¿Estamos?

La puerta que daba al exterior se abrió y se cerró y no escuché nada aparte de los sollozos de Brian, los latidos de mi corazón y «Rockin' Rudolf» sonando por los altavoces.

El corredor seguía desierto. Unas gotas de sudor me resbalaron por la espalda. Me encaminé de vuelta a la entrada a paso ligero. El centro comercial seguía tranquilo. Empujé las puertas que daban al aparcamiento y vi el Taurus. La camioneta oxidada ya no estaba, y en su lugar había un Audi A8 negro. Me acerqué caminando. Trautmann se apeó y apoyó los antebrazos en el techo del coche mirándome fijamente y preguntó, sonriendo:

—¿Te conozco? Me refiero a que hoy hemos pasado tanto rato juntos que tengo la sensación de conocerte.

Sonreía de oreja a oreja, con sorna, y entrecerrando los ojos, azules y chispeantes. Llevaba la cazadora abierta, y vi que tenía una automática en el costado izquierdo. Me lo quedé mirando un rato, pero en ningún momento se le apagó la sonrisa.

—No nos conocemos, Bernie, aún no. Pero quizá deberíamos tener el gusto.

—Ohhh... Sabes cómo me llamo —dijo en tono socarrón y sin dejar de sonreír—. Se me ha puesto la carne de gallina. ¿Quieres hablar de negocios...? ¿Contratar vigilantes quizá? ¿O te pongo cachondo y quieres pedirme los calzoncillos para poder olerlos a gusto?

—Seguro que llevas ropa interior alucinante, pero solo quiero hablar.

—Hablar es fenomenal. A mí me encanta hablar. No me canso. Podremos sentarnos por ahí a tomarnos unos cócteles y hablar hasta decir basta en cuanto me digas quién cojones eres, lo que quieres y por qué me estás siguiendo. —En ningún momento dejó de sonreír ni de mirarme a los ojos.

—Me llamo March y quiero hablar contigo acerca de MWB y Gerard Nassouli —dije.

No me esperaba que fuera a ponerse pálido y nervioso y que lo confesara todo entre temblores, aunque habría estado bien. Tampoco creía que fuera a sacar la pistola gritando «¡No me atraparás vivo!» y abriera fuego. En realidad no me esperaba nada tan dramático, y Trautmann no me decepcionó. Seguía mirándome sonriendo, sin pestañear. Se quedó quieto unos segundos.

—No eres del FBI. —No era una pregunta—. Tampoco eres madero. ¿Detective privado? —Asentí. La sonrisa era enorme—. Además de hablar, quizá sea conveniente que te dé algunos consejos sobre cómo seguir a la gente sin que te descubran ¿eh? No te ofendas, tío, pero has sido un putito desastre. Más te habría valido sentarte a mi lado. —Sonreí pero no dije nada. Trautmann levanto las manos—. Oye... que lo digo por tocar los cojones, ya sé lo difícil que es tener que apañárselas solo en este trabajo. ¿Para quién has dicho que trabajabas?

—No lo he dicho —contesté sin dejar de sonreír.

Trautmann se echó a reír. Nos quedamos un rato cruzando la mirada y sonriendo, dos tíos listos que saben lo que pasa en el mundo. Entonces le conté lo del escritor, mientras él asentía como si fuera la cosa más razonable que hubiese escuchado en la vida.

—Un escritor... mola. Soy un gran lector. Leer me gusta tanto como hablar. A lo mejor he leído algo de él. ¿Cómo se llama?

—Es probable que lo conozcas, Bernie. Es muy famoso. Y ahí está el problema: no quiere revelar su nombre porque aún no se ha decidido a llevar adelante el proyecto. Le da miedo despertar el interés de otras personas, y que se enturbien las aguas.

Volvió a asentir como si todo fuera cada vez más lógico.

—Se enturbian las aguas... Claro, a mí eso también me jode. Y quieres hablar de los viejos tiempos ¿verdad? Pues voy a contarte... ¿también tienes un nombre de pila, March?

—John.

—Pues voy a contarte, Johnny, que me he pasado como un millón de horas hablando bajo los focos con el FBI sobre los viejos tiempos, contándoles hasta de qué color llevaba los calcetines y en qué momento... Y, por lo que a mí respecta, el tema está más que zanjado. ¿Captas la idea? Pero, mierda, ¿sabes qué? Vete a Federal Plaza y les dices a los chicos que hay allí que tienes mi permiso para que te cuenten todo lo que les conté a ellos. Les dices que vas de parte de Bernie. Ya verás lo rápido que te ayudan. —Soltó una risotada y volvió a alzar las manos—. Oye, solo es por tocar las pelotas, Johnny. No puedo evitarlo. Te lo juro. Nunca me canso de fastidiar. Ahora en serio, ¿quieres hablar? ¿Tienes preguntas? Pues intentaré ayudarte. —Ahora me tocaba asentir a mí como si me creyese hasta la última palabra—. Ven, vamos a tomar un café. ¿O prefieres algo más fuerte?

—El café me va bien.

—Hay un Starbucks un poco más adelante. Sube al coche; después te traigo de vuelta.

Sacudí la cabeza y dije:

—Por mí podemos hablar aquí. Me gustaría probar un *pretzel* de esos.

—Como quieras —dijo encogiéndose de hombros. Cerró el coche y puso el bloqueo con la llave electrónica. Dio un rodeo al coche y se acercó, pero yo retrocedí unos pasos y le hice un gesto para que él entrase primero en el centro comercial. Me miró sonriente y entró primero—. Te tiene que ir muy mal el negocio si solo te llega para ese cacharro de alquiler —dijo entre risas mientras caminaba por delante—. Mierda, ya estoy otra vez igual. Es superior a mí. —Alargó el brazo hacia las puertas y, después de pasar yo, saltó una alarma.

Era rápido, muy rápido. Yo estaba buscándolo —esperándolo— e igualmente casi me cogió desprevenido. Me moví nada más sonar la alarma a mis espaldas; al volverme para mirar al Audi, bajé la guardia por un segundo, quizá menos. Pero fue suficiente para él. Trautmann giró deprisa con la pierna en alto para darme una patada y si no me arrancó la cabeza de cuajo fue porque yo estaba en tensión y me esperaba algo así.

Me aparté y traté de parar la patada con el brazo derecho, pero me dio en el hombro con la bota y me rozó la sien. El brazo se me quedó insensible y escuché el débil *bam* antes de notar el impacto y ver las estrellas. Cedí a él, entonces me agaché y giré sobre el pie derecho y lancé una patada hacia atrás con la izquierda. No sé adónde apuntaba, ni siquiera si apuntaba a alguna parte, pero le di en la cadera cuando él tomaba impulso para darme otra patada. Le hice perder el equilibrio y retrocedió tambaleante hasta las puertas. Enseguida fui a por él cubriéndome con el brazo derecho, del que apenas podía valerme, y le encajé un izquierdazo en los riñones seguido de un buen codazo en la cara. Fue como golpear un saco de arena.

Trautmann gruñó y me dio fuerte en las costillas con la izquierda. Luego me agarró por la sudadera y se me acercó lo bastante para meterme dos derechazos rápidos por encima del hombro. Me dio en el brazo izquierdo, pero no lo suficiente. Fue como si me hubiese golpeado un saco de adoquines y me dejó el brazo entumecido. Otros dos golpes así y me tumbaría. Di un paso adelante y traté de meterle un dedo en el ojo. Reaccionó volviendo la cabeza pero no advirtió que yo tenía listo el pulgar derecho para hundírselo en la nuez, y apreté fuerte. Tuvo arcadas y retrocedió un paso, y aproveché para arrearle un cabezazo en la nariz. Se oyó un crujido.

—¡Mierda! —gritó y, al apartarlo yo de un empujón, me arrancó la camisa al caer y se quedó con un trozo en la mano—. ¡Hijo de puta! —Se levantó con dificultad y ya tenía la mano en su pistola cuando se detuvo al ver que lo estaba apuntando con la

Glock.

Se quedó de pie, encogido, respirando con dificultad y rozando con los dedos la culata de su pistola mientras me miraba fijamente. La nariz le sangraba, la tenía hecha puré y posiblemente rota, aparte de un enorme moratón en el cuello y un considerable rasguño en la mejilla. Pero su mirada no reflejaba odio ni rabia, ningún tipo de emoción, se diría que me tomaba la medida.

El corazón me latía con fuerza y me costaba apuntarle con el pulso firme. Iba recuperando la sensibilidad en el brazo derecho pero no sabía si aguantaría la fuerza del retroceso en caso de tener que dispararle. Entonces apartó la mano del arma y mostró las palmas mientras se ponía de pie relajado y sonriente. Respiré hondo y retrocedí unos pasos.

—Supongo que no vamos a tener esa charla ¿eh? —dije al rato.

Trautmann resopló.

—Ah, ya hablaremos, Johnny —dijo, riéndose. Tenía la voz ronca—. Primero voy a hacer mis deberes y después tendremos una larga charla. Claro, ahora ya sé algo más de ti. Sé que no eres el detective nenaza que te creía; eres rápido y sabes encajar los golpes. Y la próxima vez que hablemos te conoceré un poco más. Vamos a tener una charla de tres pares de cojones. —Se sonó la nariz encima del suelo y salió mucha sangre que él se quedó mirando mientras sacudía la cabeza y sonreía—. Te lo prometo —dijo, luego empujó las puertas de cristal y entró en el centro comercial riéndose solo.

Me acerqué al Taurus, me apoyé en él y respiré hondo un par de veces. Miré a mi alrededor. El aparcamiento estaba tranquilo. Por Roslyn Road, que quedaba bastante apartada, había poco tráfico. Hacía un día gris, frío y tranquilo. Apenas eran las nueve y media. La adrenalina comenzaba a bajar, y me temblaban las piernas y los brazos. El dolor hacía acto de presencia. La herida de la sien me sangraba por un lado de la cara. El otro lado lo notaba sensible, comenzaba a hincharse, y tenía un corte dentro de la boca. Estaba casi seguro de tener una costilla rota y de que las manos no tardarían en amoratarse. Me subí al coche, di unos tragos de agua y me centré un rato en respirar bien. Luego dejé la pistola en el asiento de al lado y me fui de Roslyn Meadows para regresar lenta y prudentemente a la ciudad.

—¡Ay, ay! ¿Qué te ha pasado? —dijo Jane Lu sorprendida al cruzármela en la puerta del ascensor. Llevaba un suéter de cuello alto naranja, unos pantalones color caqui y una cazadora de cuero negro. Arrugó su frente perfecta y frunció los labios con cara de preocupada.

—Te reiría tranquilamente la gracia si no me doliera tanto la cara. Pero ¿qué haces en casa a estas horas? ¿No tenías un trabajo serio?

Era un viernes por la tarde, y me acababan de dar el alta de la unidad de urgencias de St. Vincent's, donde tras escanearme y examinarme a fondo me habían declarado más o menos sano. Me prescribieron reposo, Ibuprofeno, llamar si veía cosas raras y un par de semanas sin correr. Las pastillas que me habían dado aún no me habían hecho efecto y seguía atontado por el dolor.

—Soy la jefa, solo hago ver que trabajo —dijo con aire distraído. Me estaba mirando el cardenal que tenía en el lado de la cara y el corte en la sien—. ¿Te ha visto un médico?

—No es tan grave como aparenta.

—¿Te ha visto un médico?

—Sí, y me han dado el visto bueno. Ni huesos rotos ni conmoción, ni siquiera ha hecho falta ponerme puntos. Solo tengo una costilla rota, así que dadas las circunstancias no está mal.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó sin dejar de mirarme la cara. Me rozó la mejilla izquierda con la mano. Fue un gesto inconsciente por su parte, inesperado. Al rozarme con los dedos noté una especie de sacudida eléctrica y reaccioné apartando la cabeza. Jane retiró enseguida la mano—. ¿Te he hecho daño? Lo siento.—No... No, qué va. Lo que duele es esto.

—Y ¿qué ha ocurrido?

—Un accidente laboral.

—Pues vaya trabajo. ¿Te hace falta algo? De la farmacia, del mercado...

—Gracias, pero estoy bien.

Asintió pero siguió ceñuda.

—Bueno, si cambias de idea... —Metió la mano en su bolsito negro y sacó una tarjeta de visita y un bolígrafo y escribió deprisa algo en ella—. El número del despacho es el de Lauren, y el de casa lo he apuntado al dorso. Llama.

Me dio la tarjeta y se fue. Entré al ascensor y pulsé el cuatro. Mientras subía me miré la tarjeta. La letra de Jane era clara y picuda, como las letras de un cianotipo. En el ascensor aún pude oler su perfume.

No había vuelto a verla desde Acción de Gracias, desde que habíamos compartido el taxi de vuelta. Jane se había sentado en la parte de atrás tapándose con su gran

abrigo negro, y yo había mirado las luces y sombras reflejadas en su cara mientras recorríamos las calles. No es que dijera mucho, pero cuando habló lo hizo muy cerca, como si me hablara al oído. Parecía desprender calor, como una especie de perfume.

Cuando el taxi se detuvo frente a nuestro edificio, el móvil de Jane nos sorprendió a los dos. Contestó la llamada y estuvo un rato escuchando en silencio. Cuando habló lo hizo en chino. No podía entender ni una palabra, pero vi que se puso tensa y escuché frustración y enfado en su voz. Acabó la conversación en inglés diciendo:

—Mira, ahora estoy ocupada. Y no sé por qué tenemos que hablar siempre de lo mismo... Y especialmente tan tarde. Mañana te llamo.

Había cerrado bruscamente el móvil. Luego la había acompañado hasta la puerta de su casa y se había hecho un silencio breve, un silencio tenso en el momento de despedirnos.

Dejé la tarjeta sobre la encimera, me quité la cazadora y me estremecí al mover sin querer los músculos próximos a la costilla rota. El dolor era molesto pero a decir verdad había salido bien parado. Unos centímetros más a la izquierda o a la derecha, medio paso aquí y medio segundo de más y me habrían dado una buena paliza. Era consciente de que había tenido suerte, pero no era el momento oportuno para reflexionar sobre el destino. Lo que necesitaba era ponerme en remojo, comer un poco y dormir mucho.

Dejé que se llenara la bañera y me desnudé. Los brazos y los hombros ya tenían los colores de las puestas de sol de Los Ángeles y el costado, la zona de la fractura, era un huevo violáceo de dolor. Estaba hecho un cromo. Me metí con cuidado en la bañera y me escurrí en el agua exceptuando la cabeza. No volví a salir hasta que estuve arrugado y blando y lo bastante recuperado del dolor.

Me puse un pantalón de chándal y una camiseta y encendí algunas luces porque ya se hacía de noche. Mientras estaba en la bañera, me habían dejado algún mensaje en el buzón de voz y me puse a escucharlos. Uno era de Fran, la secretaria de Mike. Le había dejado a Mike un mensaje más bien inconexo en el despacho antes de ir al hospital. Fran había llamado para contarme que Mike iba a estar todo el día en el juzgado, pero que deseaba quedar conmigo mañana para comer en su despacho.

El tercer mensaje era de Clare. Con el estruendo del tráfico de fondo apenas pude escuchar: «Hola. Voy a estar por tu zona un poco más tarde. Ojalá estés en casa».

Genial.

Me preparé unos sándwiches de atún y los llevé a la mesa, junto con un vaso de leche y lo que quedaba de un paquete de Oreo. Me estaba comiendo la última galleta cuando sonó el interfono. Mierda.

—Hala... ¿Has chocado con un autobús o algo? —Clare permanecía en el umbral de la puerta y me miraba de arriba abajo con cara de susto—. Mira esos brazos... Y la cabeza. —Tenía la voz rasposa, como siempre, como si acabara de levantarse y

hubiese hecho gárgaras con whisky escocés. Se quitó el abrigo y tomó asiento en el sofá con los pies juntos y el abrigo sobre las rodillas. Llevaba el pelo rubio suelto, con la raya en el medio. El peinado le enmarcaba el rostro menudo dándole un aspecto más demacrado de lo habitual y le hacía los ojos más grandes y los pómulos más marcados. Vestía un suéter negro y escotado, así como tejanos y zapatos negros. Llevaba diamantes en las orejas y en un dedo, y un gran reloj de acero en la muñeca. Me siguió mirando e hizo una mueca de dolor—. Eso tiene mal aspecto. ¿Duele?

—Solo cuando respiro. —Me senté con cuidado en una silla de cara a ella. El asiento era bajo y me costaría volver a levantarme.

—No es nada grave, ¿verdad? ¿Te pondrás bien?

—Estoy bien —dije.

Ella sacudió levemente la cabeza y desvió la mirada hacia las ventanas mientras jugueteaba con el reloj, que le quedaba suelto, y lo hacía girar. Tenía los hombros tensos, como si fuera una colegiala esperando fuera del despacho del director del colegio.

—Llevaba tiempo sin verte —dijo sin dejar de mirar por la ventana.

—Sí, un par de semanas.

Clare respiró hondo.

—La última vez... Joder... Me pillaste con las defensas muy bajas. —Asentí un par de veces pero no dije nada. Intuía adónde quería ir a parar y no quería interrumpirla—. Creía que más o menos estábamos de acuerdo con lo nuestro ¿sabes? Y entonces... —Se le fue la voz y tuvo que carraspear—. En cualquier caso, me has hecho pensar en lo... en todo esto. Quizá no es lo más conveniente para mí... Y tampoco para ti. ¿Sabes a qué me refiero? —Hizo una pausa para recorrer con la vista mi cara y mis brazos y luego volvió a mirar por la ventana—. He elegido el peor momento posible ¿verdad?

Nos quedamos callados un rato. Ya casi era de noche y las calles se iluminaban del brillo de neón rosáceo neoyorquino. Clare no me había sorprendido. Sin saber por qué, sin planteármelo siquiera, yo había transgredido las normas del adulterio. Y probablemente la había asustado y ella se había imaginado las situaciones más paranoicas. *Atracción fatal...* O tal vez conejitos borrachos. Pero aun así me sorprendió que viniese a decírmelo en persona, aunque yo no sabía muy bien cómo reaccionar. Lo más honesto sería mostrarme tremendamente aliviado, pero sería poco amable. Llegué a la conclusión de que menos era más y dije:

—Te comprendo, Clare. Y creo que tienes razón.

Se relajó a ojos vista y se le dibujó una sonrisa en la cara. Era evidente que ya no le costaba tanto mirarme a los ojos.

—Pues me alegro —dijo aliviada. Entonces frunció los labios—. No me malinterpretes, me sentí muy halagada, pero no creo que tuviera que ver conmigo

¿sabes? —asentí. Se hizo otro silencio. Entonces Clare consultó el reloj, dio un suspiro y se levantó—. He quedado en Village. Tengo que irme. No, no te levantes. —Me besó corriendo en la mejilla. Apenas me dolió—. Cuídate, John. A lo mejor nos vemos por ahí. —Se puso el abrigo. Y al llegar a la puerta se detuvo y se volvió con cara pensativa—. No sé, Johnny, pero quizá debas plantearte tomar Prozac o algo. En serio. Claro, en la cama eres estupendo... Pero no eres lo que se dice muy divertido. Podrías ser una persona más feliz. —Y entonces se fue. Fue la conversación más íntima que jamás tuvimos.

Me quedé sentado pensando en esas drogas que me harían más feliz, que me harían cerrar los ojos y cabecear hasta descansar el mentón en el pecho.

A la mañana siguiente, ya era tarde cuando me levanté como pude y fui a la cocina. Me tomé un cuarto de litro de zumo de naranja y hojeé el periódico hasta que volvió a dolerme todo. Luego me metí en la ducha, donde me quedé un buen rato. Los cardenales se habían hecho más oscuros durante la noche, y el dolor se había concentrado en esa zona y era más intenso. La ducha ayudó, pero solo a medias. Me afeité con cuidado y luego me puse poco a poco los tejanos y una camisa de pana negra. Ya eran casi las once cuando me puse la cazadora y me dirigí a la puerta. Y entonces me detuve.

Cabrear a la gente forma parte de mi trabajo, lo mismo que toda esa palabrería sobre hacérselas pagar. Ya me lo habían dicho muchas veces antes del breve discurso de Trautmann. Normalmente todo se quedaba en palabras. Normalmente. Pero por acostumbrado que estés a ello, la idea de que ahí fuera hay alguien que te la tiene jurada y que está urdiendo un plan no deja de ser desagradable. Casi siempre se trata de un malestar de fondo, como una resaca leve o un exceso de café. Es una mezcla de nerviosismo, prudencia y rabia que hace que el corazón se te acelere cada vez que un coche petardea o que se rompe un cristal o que algo se mueve muy deprisa y muy cerca de ti. Después te das con un canto en los dientes.

Estaba casi convencido de que Trautmann era un psicópata; pero también lo estaba de que no era ningún imbécil. Esperaba que su lado no imbécil le ganara la partida al psicópata y que Trautmann se controlara. Pero no podía contar con ello. Enfundé la Glock, me la guardé en los riñones, y salí.

Era otro día frío y gris, y las nubes eran densas. Me hallaba en los escalones frente a mi edificio y recorrí con la vista las inmediaciones. No vi nada que me pusiera nervioso, pero si Trautmann hacía bien las cosas tampoco habría nada que ver. Lo mejor era asegurarme.

Caminé sin rumbo unas cuantas calles, siempre de cara al tráfico, y seguí sin ver nada. Me dirigí a la estación de metro de la calle Catorce con la esquina de la Séptima Avenida, donde tomé la línea tres hasta la calle Cuarenta y dos. Allí cogí el

tren hasta Grand Central. Subí las escaleras rodeado del esplendor renovado de la estación de tren, rodeado de personas y alboroto que alcanzaban los niveles de la hora punta, y seguí por el largo corredor que llevaba a la salida norte. Volví a ver la luz del día en la esquina de la calle Cuarenta y ocho con Park Avenue. Para entonces estaba casi seguro de que me acompañaban millones de personas que iban a hacer sus compras navideñas sin estar más agresivas de lo habitual. Fui caminando a East End Avenue, a la casa de Mike.

El edificio es una ancha construcción de ladrillo de antes de la guerra con vistas al Carl Schurz Park y el East River. Tiene adornos en piedra blanca, una larga marquesina verde y un vestíbulo con paneles de madera en las paredes y una chimenea, donde ardía un buen fuego cuando llegué. El portero me saludó por mi nombre e ignoró con tacto el mal aspecto de mi cara. Llamó al piso y después me dijo que podía subir. Subí al ascensor y bajé en la planta onceava. La puerta de Mike estaba entreabierta.

—Por aquí —dijo.

Recorrí el vestíbulo abarrotado de libros y un pasillo también abarrotado de libros hasta llegar a la cocina. Era una sala larga, con armarios blancos, una encimera de piedra y electrodomésticos de acero inoxidable. Al fondo de la cocina había un rincón para desayunar con ventanas, así como una mesa con la superficie de acero y sillas de madera. Paula Metz estaba sentada a la mesa tomando café y mirando el correo. Llevaba una camiseta negra y unos tejanos ceñidos que resaltaban sus piernas largas. Tenía los pies descalzos apoyados en otra silla y llevaba el pelo castaño claro recogido en cola de caballo. Mike estaba cortando panecillos en la encimera. Los pantalones caquis y el suéter gris que vestía le daban un aire a universitario.

—Joder, Michael, está hecho polvo. Eso no me lo habías dicho. —Paula se apartó un mechón de la mejilla con sus dedos largos y puso cara de pena.

—Se olvidó de comentarlo en el mensaje —dijo Mike—. ¿Cómo te encuentras?

—Bastante jodido —dije. Me acerqué a la mesa, le di un beso a Paula, me quité la cazadora y tomé asiento.

Paula vio la pistola, levantó las cejas y dijo:

—¿No estamos un poco paranoicos?

—Debidamente atento —dije.

Cuando está relajada, la cara de Paula tiene un aspecto demasiado medieval para decir que es bonita; es demasiado pálida y huesuda, la nariz demasiado larga, los ojos castaños demasiado hundidos y rasgados, las cejas demasiado pobladas y la boca con tendencia a caer por las comisuras. Pero cuando la mueve, impulsada por ese gran interés por la gente, el sentido del humor irónico y el intelecto que ha hecho de ella el socio más joven del mayor gabinete especializado en patentes de la ciudad, las facciones se le suavizan y Paula es muy atractiva. Dio un suspiro y apuró su taza.

—Espero que te pague un plus por el riesgo —dijo.

—¿Plus de riesgo? Doy gracias de que me invite a comer —dije.

Paula se levantó y cogió una taza de un armario y la llenó de café de una jarra que había en la encimera. Me la pasó y se apoyó con la cadera en la encimera cerca de Mike. Este ya había cortado el pan y estaba sacando lonchas de salmón ahumado de un envase blanco y las ponía en un plato.

—Pues eso se le da bien. Y espero que vengas acompañado porque aquí hay comida para diez —dijo Paula, y tenía razón. Aparte de panecillos y salmón, Mike había puesto una cesta de magdalenas, un recipiente con macedonia, un plato con cebolla y tomate cortados y una jarra con zumo de naranja.

—Como siempre dices que John está en los huesos... —dijo Mike.

—Y tú —dijo Paula y le dio un pellizco en el talle—. También digo que le iría bien echarse novia. ¿Ya te has encargado de eso?

—Lo primero es lo primero, cielo —dijo Mike y sacó platos de un armario.

Paula se puso salmón y tomate en un plato y se sirvió más café.

—Bien, me encantaría enterarme de vuestros asuntos sucios pero la semana que viene tengo un juicio de los de verdad, así que voy a retirarme para hacer ver que trabajo. Que aproveche. —Entonces salió de la cocina.

Mike llenó un plato y dijo:

—Vamos al comedor.

Me serví un poco de todo y lo seguí. El comedor era cuadrado y de color crema, con ventanas que daban al parque y al río. Las paredes estaban llenas de imágenes de frutas y hortalizas y en el centro había una mesa redonda de roble y puesta con un mantel blanco.

Comí un poco y hablé mucho sobre Kenneth Whelan, los Lenzi, Lisa Welch, Steven Bregman y Bernhard Trautmann. Mike comía despacio y escuchaba sin interrumpirme. Cuando terminé se quedó callado mirando por la ventana y al cabo de un rato dijo:

—¿Crees que Lenzi tiene el mismo problema que Bregman?

—Es probable. Se negó a ceder al chantaje y por eso lo castigaron. Perdió el trabajo y un montón de pasta. Pero está igual de cabreado que Bregman, y de asustado. Está igual de loco.

Mike asintió.

—¿Y Welch? ¿Te crees la historia del tipo del seguro?

—Kulpinski. Sí, me la creo. Fue muy convincente, aunque solo fueran pruebas indirectas.

—Pero no fue lo bastante convincente para la policía y los guardacostas.

—Kulpinski no se explicaba el suicidio de Welch.

—El chantaje lo explica —dijo Mike.

—Y siempre es el motivo favorito. Según su mujer, Welch empezó una nueva vida después de casarse con ella. Había dejado atrás sus métodos viles y había descubierto las virtudes del hogar y la familia para resurgir, como Ozzie Nelson. Y en ese caso es muy estresante que tu pasado sucio te joda el presente. Si sucedió así, debido al chantaje, puede que optara por simular un accidente. De ese modo se libra del chantajista, le deja la vida resuelta a su familia y su recuerdo se mantiene intacto. Es algo más sutil que Lenzi y Bregman, pero el instinto me dice que a Nick Welch también le hacían chantaje.

Mike volvió a asentir, lentamente.

—¿Y Whelan?

—Cuesta saberlo. Atendió mi llamada enseguida, pero eso no significa nada.

Mike bebió unos sorbos de café y miró por la ventana. Yo me comí un trozo de magdalena. Mike respiró hondo.

—Le pondremos un interrogante —dijo—. Pero al menos sabemos algo. Sabemos que Rick no es la única víctima, sino la última de una larga serie. No sabemos lo larga que es. Y todo apunta a que la persona que anda detrás de esto se sirve de los expedientes de Nassouli.

Asentí.

—Y sabemos también que lleva tiempo haciéndolo, como mínimo un par de años, sin que lo hayan pillado, lo que quiere decir que no tiene nada de tonto. Ha tenido la oportunidad de practicar, la oportunidad de aprender a hacerlo bien.

Mike me hizo una mueca.

—Lo cual nos lleva a la pregunta de quién es —dijo.

—Sé que no soy yo y me atrevo a poner la mano en el fuego por ti, pero no estoy tan seguro de los demás.

Mike esbozó una sonrisa.

—¿Trautmann no encabeza tu lista?

—No lo sé. Es fácil verlo capaz de hacer chantaje y de cualquier guarrada que te puedas imaginar. Pero eso es porque Trautmann es un puto psicópata, no porque tengamos pruebas.

—Entonces ¿cómo interpretas la movida de ayer? ¿Que ataca a la gente por gusto y que te tocó a ti?

—A él le gusta, no te quepa duda, pero esa no es la única razón por la que me atacó. Quería saber quién es mi cliente y quería asustarme.

—Sus métodos fueron algo radicales.

—Su estilo es radical. Buena parte de su estrategia administrativa se basa en él.

—Si quiere asustarte quizá es porque tiene algo que ocultar —dijo. Se fue a la cocina y volvió con el café. Llenó las dos tazas.

—Estoy seguro de que no está limpio, pero no creo que se deje intimidar. A

menos que le presenten pruebas con la solidez de una roca, lo del cadáver aún caliente, fotos y tal, ese tío se las pasará por el forro y se reirá de ti en la cara. Puede que esté loco pero no es tonto. Es un tío duro.

—Pero ¿se dedica al chantaje?

—Es muy capaz, y según Burrows estaba enterado de la existencia de los archivos de Nassouli. También encaja con la descripción que hizo Faith Herman del tipo que pagó para que enviara el mensaje de fax...

—Ahora viene el pero.

—... pero hay algunos detalles que no encajan con su estilo —dije.

—¿Por ejemplo?

—La manera en que Bregman hizo el pago, a través de una cuenta en Luxemburgo. Eso es jugar a un nivel muy superior al de liarse a patadas en un centro comercial.

Mike se lo pensó y sacudió la cabeza.

—Eso no me convence. Has dicho que Trautmann no es tonto. Trabajó un montón de años para Nassouli y MWB. Podría haber aprendido algunos trucos en todo ese tiempo.

—¿Y qué me dices de la forma en que han abordado a Bregman? Un mensaje por fax con malas noticias, el siguiente con noticias peores y luego dejar que se caliente un par de semanas antes de exprimirlo. Me parece demasiado sutil para Trautmann. —Mike volvió a sacudir la cabeza. Arrugó la frente—. Y los datos del fax de Pierro... No todo el mundo sabe interpretarlos. Para darse cuenta del fraude hay que saber algo de banca, de finanzas, saber la forma en que se conceden los créditos y cómo se gestionan los préstamos. ¿De veras crees que aprendió eso trabajando para Nassouli?

Mike se dio un toque con el índice en la barbilla.

—Buen argumento —dijo—. Pero si no es Trautmann, ¿quién es?

—Siempre vuelvo a los expedientes de Nassouli. No llegaron a introducirse en el sistema de documentos de Brill, y partimos de la base de que no fueron destruidos, lo que significa que alguien tuvo que llevárselos. ¿Quién tuvo la ocasión de hacer eso? ¿Y quién tenía los conocimientos para utilizar esos datos?

—Ya sabes que apuesto por Nassouli.

—Pero hay otros sospechosos; quizá alguien relacionado con la investigación o con el equipo de la liquidación. Ellos tenían acceso y la mayor parte tienen los conocimientos.

Mike meneó la cabeza.

—Ninguno podía acceder tan fácilmente a los expedientes como el propio Nassouli y ninguno sabría aprovecharse de ellos como él. Y, siendo fugitivo, es posible que ande escaso de fondos. —Me miró a los ojos—. ¿Aún tienes tus reservas?

—Nassouli, sobre el papel, queda bien, pero no creo que se arriesgue hasta ese

extremo.

—Vuelvo a lo que dije la semana pasada: quizá tiene ayuda. Quizá de Trautmann.

—Quizá, pero eso entraña otros riesgos. Tener un cómplice como Trautmann puede ser muy peligroso si los federales te andan buscando.

Mike lo pensó un rato y dijo:

—Por lo que nos han contado, a Nassouli le encanta asumir riesgos. ¿Y por qué iba a ponerse nervioso por Trautmann? Ese tío le ha hecho el trabajo sucio durante más de veinte años. Trautmann sabe perfectamente dónde están enterrados los cadáveres. ¿Por qué iba a desconfiar ahora de él?

Me encogí de hombros. A pesar de que mi instinto se negaba a reconocerlo, Mike tenía razón. La teoría de la asociación entre Trautmann y Nassouli era la más sólida.

—Claro, es una hipótesis. Pero apenas nos deja margen de juego. Hace tres años que nadie ve a Nassouli y no hay forma de presionar a Trautmann.

Se hizo un silencio y vi por la ventana una barcaza que seguía el curso del río. Avanzaba despacio mientras las gaviotas la sobrevolaban en círculos.

—Quizá tu amiga del parque pueda identificar a Trautmann por las fotos.

—Ya veremos, siempre que pueda encontrarla. Pero, aunque lo reconozca, ¿serviría de algo? No la admitirán como testigo.

—No pretendo llevar esto a juicio, John.

—Si es cierto que Pierro quiere negociar, hacen falta pruebas que puedan sostenerse en un juicio, aunque este no se celebre jamás.

Mike cerró los ojos, se peinó con los dedos y dijo:

—¿Qué hay de la fuente de Neary en la investigación? ¿Ha dado algún resultado?

—Aún no.

Se quedó mirando un dibujo que colgaba de la pared como si lo viera por primera vez. Tenía cara de cansado.

—Estamos agotando las posibilidades —dijo. Afirmé con la cabeza—. Debemos hablar con Rick sobre sus expectativas.

—¿Y qué vamos a contarle?

—No tengo ni puñetera idea.

—Esa frase está bien. Acuérdate de ella para cuando veamos a Pierro, infunde confianza. —Mike se levantó y comenzó a recorrer la sala de un lado a otro, unas veces miraba por la ventana y otras se quedaba mirando las imágenes en la pared.

—¿Cómo está Pierro?

—No está bien. Ya no es capaz de ignorar esto, ni de simular que la situación terminará por resolverse. Se le está escapando de las manos y cada vez se le ve más agotado.

Asentí.

—Faltan tres semanas para que el consejo de French celebre la junta para

nombrar a los nuevos socios —dije después de un rato—. Podríamos optar por la fuerza bruta. Seguir constantemente a Trautmann, agobiarlo y ver qué ocurre. Pero aunque Pierro esté de acuerdo en poner a más gente en esto, tres semanas es poco tiempo. Y si Trautmann es nuestro hombre, ahora será más precavido. —Mike me miró a los ojos, más cansado aún—. Si encuentro a Faith Herman y esta reconoce a Trautmann por las fotos, podríamos ir a por todas. Lo amenazamos con llevarlas a la policía, los federales o entablar una causa civil contra él, lo que sea. A lo mejor tenemos suerte y lo pillamos un día que esté un poco nervioso. Claro que igual se cabrea y le pide más dinero a Pierro... O le envía todos los documentos a su jefe.

—No es que ayudes mucho —dijo Mike.

—Lo sé. Mira, si se repite la pauta que emplearon con Bregman, Pierro no tardará en recibir otro fax. Quizá eso nos dé más juego.

Mike puso cara de escéptico. Ir de optimista no se me da bien. Volvió a sentarse y se comió un panecillo con aire distraído. Paula entró al comedor con la taza vacía en la mano. Se sirvió más café, miró a Mike y le acarició la nuca. Él la miró sonriendo y apoyó la cabeza en la cadera de ella.

—¿Crees que Pierro nos podría ayudar más de lo que ha hecho hasta ahora?

—No se puede decir que los Pierro hayan sido de ayuda en esto, aunque se esfuercen por dar esa impresión —dije. Dirigí la vista a Paula y le pregunté—: ¿A ti qué te parecen?

—¿Rick y Helene? Deben de ser el tema de la semana. —Sonrió a Mike—. No conozco mucho a ninguno de los dos y a él menos que a ella...

—No importa —dije—. Hemos llegado a un punto en que cualquier especulación nos parece un testimonio de experto. —Se le dibujó una sonrisa en la cara y asintió.

—En ese caso te diré lo mismo que le dije a Mike. —Le recorría el pelo con los dedos—. Rick es un tío agradable, al menos como vendedor. Se comporta como tal, con apretones y sonrisitas, pero sabe darle un toque extra de sinceridad. Y es listo, más de lo que hace ver. Te lo puede confirmar un cliente mío que tuvo que negociar con él. Le gusta que lo subestimen. Pero al menos no es el típico fantasma que te taladra con sus éxitos y con lo brillante que es. —Tomó unos sorbos de café—. Sé que está loco por sus hijos y que haría lo que fuese por Helene.

—¿Y Helene?

—Una mujer interesante, ¿eh? Inteligente, atractiva, con una visión muy particular de las cosas, entregada a sus hijos... Pero tiene algo de gato, ¿no crees? Tan independiente, tan dueña de sí misma... Y durísima si hace falta.

—¿Y eso? —pregunté.

Paula sonrió.

—Hace unos años me la encontré con sus hijas un sábado por la mañana en una tienda de donuts de East Hampton. Había mucha cola y nosotras íbamos detrás de tres

tíos muy cachas, ya sabes, carne de gimnasio, con brazos y piernas enormes, tatuados, y el pelo muy corto. Nadie se atrevía a mirarlos. Uno había ligado la noche anterior y se lo estaba contando, en voz alta, a sus amigos sin escatimar en detalles, tampoco en los anatómicos.

»No paraban de hablar, y, como la cola no avanzaba, yo iba a sugerir que fuéramos a otro sitio cuando Helene les plantó cara. Los puso de vuelta y media. No los insultó ni habló más alto; se limitó a sacar su carácter *sureño*. Que cómo se atrevían a hablar así de una mujer, y encima con niños delante; y si sus mamás no los podían haber educado mejor; y que quizá las mujeres les daban miedo y les gustaban más los hombres pero les daba pánico reconocerlo. Siguió en esta línea, sin parar, otros cinco minutos hasta que los chavales se largaron. Los clientes del local la aplaudieron.

—Es dura —dije.

Paula asintió.

—Como un gato... Te puedes llevar bien con ella pero bajo sus condiciones. Si la dejas en paz a ella y a sus cachorros no tendrás problemas.

—¿Y si no? —pregunté.

Paula se echó a reír.

—Pues te arrancará los ojos de un zarpazo.

Ya era media tarde cuando me fui de casa de Mike y Paula. Al otro lado de las nubes el sol declinaba, y el viento soplaba en ráfagas desde el río. Todo lo comprendido entre la acera y el cielo era gris y frío. Yo estaba tieso, cansado y había comido en exceso. Al día siguiente quería ir en busca de Faith Herman, pero en esos momentos lo único que me apetecía era meterme otra vez en la bañera. Fui en taxi a casa. Me dejó en la esquina, y me quedé de pie un momento mirando a mi alrededor. No había gente circulando por las calles. No pasaba ningún coche. No había nada que llamara la atención al caer la tarde. Al menos a simple vista.

Me encaminaba hacia mi edificio cuando una camioneta aparcada frente a él se puso en marcha y dejó a la vista el turismo de color oscuro que estaba detrás. En su interior había dos hombretones. Uno estaba hablando por el móvil. Mierda. Desenfundé la Glock y la sujeté pegada al muslo. Crucé la calle y pasé despacio, muy cerca de los edificios y ocultándome tras los coches aparcados en la otra acera del turismo. No había dado ni diez pasos cuando sonó un chirrido de neumáticos a mis espaldas. Al volverme vi un turismo idéntico que se acercaba en contra dirección y que se detuvo a unos tres metros. Se abrieron las puertas y se apearon dos tipos corpulentos con trajes oscuros. Miré al otro lado, al primer turismo. Tenía las puertas abiertas y junto a él estaban los dos tipos. Todos llevaban pistola, y todas las pistolas me apuntaban a mí.

—¡FBI! —gritó el más corpulento—. Deja el arma en el suelo. Déjala ahora mismo y da un paso atrás. Quiero verte las manos. ¡Hazlo ya!

—Que te jodan, Pell. Me la voy a guardar. Si quieres tener tu Ruby Ridge aquí en la calle Dieciséis, por mí adelante... Pero diles a tus hombres que se larguen.

Dejé la mano izquierda en alto y me guardé despacio la Glock con la derecha. Se me había secado la garganta y notaba que el corazón me latía con fuerza. La tensión me recorría los brazos y las piernas como si fuese electricidad. Fred Pell bajó el arma y ordenó a los suyos que hicieran lo mismo. ¿Qué coño hacía Pell aquí?

—Hace tiempo que no te veía, Killer. Estás que saltas ¿no?

Pell cruzó la calle, sonriendo. El copiloto lo siguió. Tras un gesto de Pell, los otros dos federales volvieron a subirse al turismo y siguieron en contra dirección hasta detenerse frente al coche de Pell.

Llevaba tres años sin ver a Fred Pell, y esos tres años habían sido duros con él. No es que nunca hubiese sido guapo. Es un tipo corpulento, casi tan alto como Tom Neary, pero con muchos más kilos. Había ganado unos quince kilos, casi todos acumulados en su barriga con forma de huevo y su cadera; aunque ahora tenía un sastre mejor, porque vestía un traje azul marino que disimulaba muy bien el sobrepeso.

Tenía menos pelo en torno a la coronilla que la última vez que lo había visto. El contorno del cráneo, el relieve por debajo de la piel tirante estaban más marcados que en un neandertal. Aún tenía la cara ancha y blanda y la estructura ósea oculta bajo la carne abotargada. Pero las arrugas ya surcaban la zona en torno a su nariz carnosa y su boca excesivamente grande. La piel alrededor de sus ojos negros de muñeco estaba flácida y oscura. Se acercó a mí con una sonrisa malvada en la cara que dejaba a la vista una buena parte de sus dientes torcidos. Por lo visto nadie le había saltado un diente en los últimos tres años. Mala suerte. Tenía el mentón y la mandíbula hundidos en el cuello carnoso. Pell debía de tener cuarenta y tantos años, pero aparentaba muchos más.

—Eso tiene buen aspecto, Killer —dijo señalando las heridas de mi cara—. Me gusta. Has estado haciendo amigos otra vez ¿eh? —Rompió a reír salpicando saliva y después se volvió hacia el agente que lo acompañaba y dijo—: Mira, Vincent, a Killer le han puesto la cara como un mapa. Se nos han adelantado. —Se rió un poco más. Vincent no dijo nada pero se me acercó por detrás—. Pero, claro, son cosas que pasan cuando metes las narices en un caso del FBI.

Trató de marcarme con su pulgar en mi hombro, pero le aparté la mano de un golpe.

—No me pongas la mano encima, gordo de mierda, y dile a tu novio que se

aparte, me está poniendo nervioso.

Pell sonrió abiertamente. Los otros dos agentes se habían apeado del coche y estaban cruzando la calle en nuestra dirección.

—Ten cuidado, Vincent, Killer está muy tenso y tiene mal genio. Ya te lo dije cuando trabajábamos en el norte, Killer, ¿te acuerdas? Te dije que no estabas hecho para este trabajo. Te crees mucho más listo que todos nosotros juntos, y la consecuencia es que te lanzas sin pensarlo, luego la pifias y, claro, después tienes otro muerto en la conciencia. —Hizo una pausa y me miró fijamente. Yo notaba el pulso en las sienes—. Hasta aquellos paletos del norte podían contigo. Dedícate a buscar a niños pijos que no se presentan a la reinserción social o a dar con los ponis de polo que han desaparecido... Eso está a tu alcance. —Entonces me dio un empujón en el pecho. Pell era más rápido y fuerte de lo que parecía, y choqué de espaldas con Vincent, que cedió lo mismo que una pared de ladrillos—. Y te pondré la mano encima cuando me dé la gana, capullo, no lo olvides. —Pell se acercó un paso, me puso bien el cuello de la cazadora y dijo—: Mierda, te ha dado una buena paliza ¿no? Pero me han dicho que no te quedaste corto. Que le destrozaste la nariz. —Soltó una risotada—. ¿Ves, Vincent? A Killer le gusta tomar el pelo. Te crees que es un puto pijo jugando a policías y ladrones... Y lo es. Pero es más duro de lo que crees. A este tienes que bajarle los humos a hostias, ¿verdad, Killer?

Pell me estaba provocando para que le saltara al cuello y lo estaba consiguiendo. Yo tenía que controlar mi adrenalina para no atacarlo. Tras respirar hondo un par de veces pude echarme a reír.

—¿Por eso te has traído a tantos agentes? La última vez también te hizo falta mucha ayuda —dije.

Pell torció el gesto.

—El día que venga a por ti vendré solo, hijo de puta, y entonces desearás que haya alguien para que me agarre.

—Vamos, Freddy, tendrá que acompañarte alguien aunque solo sea para aguantarte la panza. —Vincent se rió por lo bajo. Pell se dio cuenta y puso cara de perros. Pobre Vincent. Aquello no iba a beneficiar su carrera—. Así que estás empleando todos esos dólares de los contribuyentes en vigilar mi casa con dos coches, cuatro tíos y quién sabe cuántos donuts y cafés... Y solo para advertirme, ¿eh? Pues podrías haberme llamado por teléfono. Hubiese salido más barato.

—Para un ex compañero como tú, prefiero un trato más personal. —Me empujó ligeramente con el dedo en el pecho—. Quiero saber qué cojones estás haciendo y por qué tú y tu amigo Neary me estáis fastidiando el caso. Y no creas que él saldrá mejor parado que tú. Los niños exploradores ya no participan en esto, y Neary se va a enterar del frío que hace a la intemperie. Entonces se lo pensará dos veces antes de elegir a sus amigos. —Volvió a empujarme con el dedo, esta vez más fuerte—. Así

que ¿por qué no le cuentas al agente especial Pell lo que pasa? ¿A qué viene tanto interés por Gerard Nassouli?

Volví a reírme sacudiendo la cabeza y dije:

—Lo siento, Freddy, no podrá ser. Esto tiene que ver con abogados, información confidencial... Ya sabes cómo funciona esto.

Pell sonreía.

—Ya sé cómo va a terminar esto, Killer, y me muero de ganas de verlo. El lunes por la mañana, a las nueve en punto, quiero verte en St. Andrews Plaza, en el despacho de Shelly DiPaolo. Y te traes a Neary, así los dos le contaréis a Shelly de qué va la cosa. Ella está un poco verde... Apenas sabe cómo funciona el mundo. Le encantará que se lo expliquéis vosotros. —Uno de los federales se puso a reír con disimulo—. Ah, sí, quizá sea conveniente que os acompañe algún abogado por si Shelly no comparte vuestra visión de las cosas.

Mierda. Pell se echó a reír, lo mismo que los dos tíos que tenía detrás.

—Hasta el lunes, Killer, y que tengas buen fin de semana —dijo Pell y dio media vuelta. Y entonces giró sobre una pierna y me encajó un puñetazo en las costillas, justo encima de la rota. Me causó un dolor punzante en la zona y me doblé tratando de tomar aire por la boca—. Joder, Killer, no me dejes en ridículo que he dicho que eras un tío duro. Ponlo tieso, Vincent.

Vincent retrocedió un paso.

—Mire, señor Pell, señor... Espere un momento. Yo... yo no he entrado en el FBI para hacer estas cosas —dijo. La voz sonaba joven y asustada.

—¿Le echamos una mano, señor? —dijo otro agente.

—Sí —contestó Pell—. Al puto Vincent le tiemblan las rodillas. —Me sujetaron por detrás y me enderezaron inmovilizándome los brazos en la espalda. Me temblaban los músculos del costado. Pell tenía la cara desencajada, los ojos entornados y le temblaban las aletas de la nariz. Tenía el aspecto de un cerdo demente—. Esto es por ir de listo, cabrón —dijo Pell, y cogió impulso para darme un puñetazo.

Le di un pisotón en el empeine a quien me estaba sujetando y luego un cabezazo atrás en toda la jeta. Dijo una palabrota y me soltó a medias, lo justo para que yo le diera un puntapié a Pell en la rodilla, y cayó al suelo. Pero me hizo perder el equilibrio, mientras el tipo que tenía detrás se recuperaba y me golpeaba en las costillas. Volví a doblarme, de manera que pudo agarrarme bien y me enderezó de un tirón. Pell se levantó y se sacudió el polvo de encima. Se miró la rodilla y el trozo de tela que le colgaba de los pantalones. Había desenfundado la pistola.

—Hijo de puta —dijo en voz baja, y me dio un culatazo en la sien.

Vi estrellas y noté que la sangre me chorreaba por la mejilla. Se preparó para golpearme otra vez.

—¡Oye, vosotros! Dejadlo en paz —gritó alguien desde la esquina—. He llamado al 911. La policía está al caer. Dejadlo en paz. —Sonaba enfadada, y también asustada, pero más enfadada que otra cosa. Era una voz de mujer. Era Jane Lu.

El agente que me sujetaba me soltó. Me tambaleé un poco pero me tuve en pie. Pell enfundó corriendo la pistola.

—FBI, señora —dijo, y le mostró su identificación a Jane, y los demás agentes hicieron lo mismo—. No tiene por qué preocuparse.

—¿Cómo que no? —Se acercó deprisa montada en cólera. Vestía unos tejanos con un grueso suéter negro y blandía su móvil abierto como si fuese un arma—. He visto lo ocurrido.

—Lo que ha ocurrido, señora, es que este caballero, que por cierto va armado, ha atacado a dos federales que lo estaban interrogando sobre una investigación federal. —Pell se pavoneó adoptando una postura autoritaria—. Lo que ha visto es a dos agentes federales empleando la fuerza apropiada para defenderse.

Jane no le hizo caso. Me agarró del brazo y tras mirarme de arriba abajo dijo:

—Madre mía, John, mírate.

—Jane —dije en voz baja—, estoy bien. Vete a casa. La policía no tardará en llegar. Estoy bien. Ahora entra.

Jane tampoco me hizo caso a mí.

—Joder, cómo tienes la cabeza...

—¿Conoce a este caballero, señora? —preguntó Pell ya con tono más incisivo y hostil. Se oyeron sirenas acercándose.

—Es mi vecino, agente... ¿Cómo se llama usted? ¿Podría mostrarme otra vez su identificación?

Entonces fue Pell quien no hizo caso.

—Pues su vecino tiene suerte de que no lo empapelemos por lo que ha hecho. Y por cierto, ¿qué relación tiene exactamente con su vecino, señora...? ¿Cómo se llama usted?

Jane sacudió la cabeza y se lo miró como si fuera una nueva variedad de cucaracha especialmente repugnante. Un coche patrulla blanco y azul de la policía neoyorquina se acercó con las luces puestas y se detuvo junto a los dos turismos del FBI. Bajaron de él dos agentes uniformados, y uno de los hombres de Pell mostró su identificación y les cerró el paso.

Pell sonrió abiertamente mostrando los dientes torcidos y dijo:

—Yo me encargo de estos tipos, Killer, a no ser que tú y tu muñeca queráis decir alguna cosa. —Jane estaba a punto de hablar pero le cogí la mano y ella se detuvo—. ¿No? Pues de acuerdo, Killer, te veré el lunes temprano. —Se dirigió al coche de la policía pero a medio camino regresó—. En caso de que seas algo más que la vecina, querida, a lo mejor podrías preguntarle a Killer qué le sucedió a su mujer. A buen

entendedor pocas palabras bastan, nena. —Y se fue entre risas.

—¡Joder, eso duele!

—No te muevas, ya casi estoy —dijo Jane. Estaba en mi apartamento sentado a la barra de la cocina. Jane me estaba limpiando la brecha en la cabeza con alcohol—. Solo un poco más. Así ya está. Ahora te pongo esto en la herida. —Tiró el apósito humedecido al suelo, encima de mi camisa manchada de sangre, y tomó un tubo de pomada desinfectante de mi botiquín de primeros auxilios. Tenía las manos fuertes y las movía deprisa y sin dudar—. Tendrían que echarle un vistazo a esto —dijo mientras me aplicaba la pomada. Se refería a mi costado, que estaba más dolorido, hinchado y tenía peor aspecto que nunca. Probablemente tenía razón.

—Lo haré. Pero antes tengo que hacer unas llamadas.

—Adelante, llama ahora, y yo prepararé un poco de té. Después te llevaré a urgencias.

Me la quedé mirando un momento. Ella había insistido en acompañarme y yo no me había resistido mucho. Estaba impresionado por su calma y su habilidad, además de por la facilidad con que se había hecho cargo de todo. No había formulado ni una pregunta.

Volví a mi dormitorio y llamé a Mike Metz. No había nadie en casa y tenía el móvil apagado. Le dejé un mensaje para que me llamara lo antes posible. Llamé a Neary pero otra vez tuve mala suerte. También le dejé un mensaje. A ninguno de los dos iba a gustarle mis noticias. Una cosa es que un agente te inste a comparecer en comisaría, aunque se trate de un federal tan desagradable como Pell, que de paso te apalea. Son gajes del oficio, pero que te lleven ante un fiscal federal es otra cosa.

En Estados Unidos, los fiscales que se encargan de casos importantes suelen ser animales peligrosos, despiadados e implacables, con un amplio mando de investigación y amplios recursos espeluznantes a su disposición. Tratar con un fiscal es peligroso y desagradable en el mejor de los casos, y en el peor, es como si te golpearan con un bate en la cara y luego te tiraran a un pozo hondo y oscuro. Se rumoreaba que Shelly DiPaolo era un ejemplar especialmente sucio de la especie. Si realmente quería saber por qué estábamos interesados en Nassouli tenía los medios para averiguarlo. Este era uno de los riesgos de los que Mike y yo le habíamos advertido a Pierro, un riesgo que yo había tratado de evitar y al parecer sin éxito.

Me puse una camisa limpia, me senté en la cama y medité un rato sobre lo que Pell había dicho. Era consciente desde el principio de que podíamos topar con los federales. Lo sorprendente era que aun cuando me había mantenido apartado de su órbita, Pell se había enterado de mi incidente con Trautmann hasta el punto de saber que le había roto la nariz. ¿Acaso Trautmann les había dado mi nombre? No me parecía propio de él. ¿Lo vigilaban los federales? Es posible, supongo. Pero Pell sabía

además que yo había conversado con Neary. ¿Cómo podía saberlo? ¿Acaso la fuente de Neary se había ido de la lengua?

Puto Pell. Seguía siendo el cabrón de hace tres años, quizá peor. Y se diría que me tenía el mismo cariño de antes y que aún sabía tocarme la fibra sensible. Notaba un dolor punzante en las heridas de la cara y tenía la mandíbula encajada. Respiré profundamente un par de veces para tratar de destensarla.

Jane Lu dio con bolsitas de té, tazas, leche, azúcar y galletas de chocolate sin mi ayuda. Se encontraba junto a la encimera llenando la tetera de agua cuando entré. Ya era de noche, y había encendido más luces. Me senté a la barra.

—¿Ya has llamado?

—No hay nadie en casa. Debo esperar a que me llamen. —Jane asintió y me pasó una taza. Vertió un chorro de leche en la suya, mojó una galleta y dio un bocado. Se había quitado el jersey negro y llevaba una camiseta gris del Instituto de Tecnología de Massachusetts con las mangas cortadas. Me fijé en sus brazos fibrados mientras ella movía la bolsita de té en su taza—. ¿Cómo estás tú? —pregunté.

Tardó un minuto en contestar.

—Estoy bien. Todavía me dura el tembleque, pero bien. No había visto algo así en mi vida, y menos aún verme involucrada.

Afirmé con la cabeza. No daba la impresión de estar temblando, ni por asomo.

—Has hecho bien en llamar al número de urgencias. Pero lo de acercarte corriendo con el móvil en la mano no ha sido muy buena idea. Has tenido suerte porque esos tipos eran del FBI y no suelen saltarse las normas, al menos no todas, pero no ha sido muy sensato. Es mejor dar un grito, un chillido o si hace falta gritar «¡fuego!», pero sin acercarte. —Asintió y tomó unos sorbos de té—. Pero gracias, en serio, me has evitado una situación que se ponía muy fea.

Me miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Te ocurre cada día... esto de meterte en peleas y que te zurren?

—¿Me creerás si te digo que me has pillado en una semana tranquila? —Se limitó a mirarme—. La verdad es que en estos momentos, en cuanto a palizas, tengo una oferta especial que durará hasta la Navidad. —Cruzamos la mirada—. No, no recibo palizas a diario. Ocurre de vez en cuando, pero no es frecuente. Y no suelo ser el que recibe.

—Me alegra oír eso —dijo, sonriendo—. ¿Tus relaciones con las autoridades siempre son tan amistosas?

—Con unas sí y con otras menos. Pell es un caso excepcional. —Jane hacía girar el té en la taza sin decir nada—. ¿No te picó la curiosidad lo que dijo?

Tras permanecer en silencio un buen rato contestó:

—Lauren me contó lo ocurrido en el norte. Debió ser horrible para ti. No puedo imaginarme algo así. —Sacudió levemente la cabeza.

Me quedé mirando cómo el té se hacía más oscuro en la taza.

—¿Qué más te ha contado Lauren?

Me miró fijamente.

—Que después pasaste por una mala racha. Muy mala —dio un sorbo—. Está preocupada por ti. —Volvió la vista hacia las ventanas—. ¿Por qué la tiene tomada contigo ese hombre? —me preguntó al rato.

—Cree que arruiné sus posibilidades de ser el próximo director del FBI. —Jane me dirigió una mirada interrogante—. Veía aquel caso como un trampolín para su carrera porque atrajo la atención de los medios. El juicio lo habrían seguido muchos periódicos. Y Pell era el agente que llevaba el caso, así que se habría convertido en la estrella del espectáculo, al menos eso es lo que creía. Pero cuando el tipo fue asesinado... todo se fue al traste. No hubo arrestos, no tuvo que ensayar su aparición ante las cámaras, nada de juicios, ni CNN. Todo se redujo a una rueda de prensa. Y me culpa de ello.

—¿Por qué? ¿Acaso lo mataste tú?

Afirmé con la cabeza y apuré el té.

—¿De qué se preocupa Lauren?

Jane se lo pensó antes de contestar.

—Le preocupa que aún no lo hayas superado y que ahora te lo guardes para ti. —Dirigió la mirada hacia la herida en la cabeza—. Vuelve a sangrar. —Abrió otro paquete de gasas y salió de detrás de la barra. Se acercó y aplicó con cuidado una gasa en la herida mientras con la otra mano me sujetaba la mejilla—. A este paso te vas a quedar sin camisetas —dijo casi en susurros.

Estaba muy cerca, lo bastante para escuchar cómo se me aceleraba el corazón y para notar los fuertes latidos a través de mi piel. Tenía unos ojazos castaños y su olor me llegó muy dentro. El pulso de Jane era perceptible en su cuello, y le habían subido los colores.

Ambos nos sobresaltamos al sonar el teléfono.

Contesté en el dormitorio. Era Mike Metz. Permaneció en silencio mientras le contaba lo ocurrido con Pell y no abrió la boca hasta pasado un rato para decir:

—Joder.

—Tú lo has dicho.

—Esto pinta mal, John. Por lo que sé, DiPaolo es la leche.

—Sí, yo también lo he oído.

—Si quiere nos puede hacer la vida imposible. Le diremos que la información sobre el caso es fruto del trabajo de abogados, pero puede someternos a una fuerte presión. Mierda. —Mike suspiró hondo—. Bueno, ya sabíamos que esto podía suceder. No nos queda más remedio que afrontarlo. —Escuché a Mike servirse alguna bebida y echar un trago—. Pero esto es muy inesperado. Pell sabe de

Trautmann y de Neary, de ambos, y también que estás interesado en Nassouli. ¿Cómo es posible?

—Ni puñetera idea.

—¿Los habrá informado Trautmann?

—Es una opción, pero no creo que sea él. Y no sé por qué iba a llamarlos.

—¿Quizá para que lo dejes en paz?

—Quizá. Pero entonces se arriesga a que los federales se fijen en él, lo cual no me parece que le interese. Y además sabe que si me entero de que es él quien le ha dado el soplo a Pell sospecharé aún más de él. Trautmann es lo bastante listo para darse cuenta de eso.

—Pero si no ha sido Trautmann, ¿cómo ha podido enterarse Pell?

—Puede que los federales estén vigilando a Trautmann. No vi a nadie, pero eso no significa que no estuvieran allí.

—Creo recordar que Neary había indagado sobre Trautmann y que había decidido dejarlo estar.

—Eso es lo que dijo. Pero eso no quita que a lo mejor lo vigilen aunque solo sea para atrapar a Nassouli.

—En ese caso, es difícil que sea nuestro hombre, ¿no?

—Difícil pero no imposible.

—¿Cómo se han enterado en cuanto a Neary?

—Esa es otra incógnita. Neary tiene una fuente en el equipo de la investigación con quien iba a conversar. Quizá esa fuente no es de fiar y acudió a Pell. O tal vez Pellató cabos al enterarse de mi conversación con Trautmann. Él sabe que Neary y yo somos amigos.

—¿Ya has hablado con Neary?

—Le he dejado un mensaje.

—Esto no le va a hacer ninguna gracia. Lo deja muy expuesto frente a su cliente y la directiva.

—Lo sé, Mike, créeme.

Mike se quedó callado al otro lado de la línea.

—John, ¿Neary sabe el nombre de nuestro cliente?

—No. Si él realmente quisiera podría averiguarlo, pero yo no se lo dije.

—Pues ya es algo. —Escuché un ruido como de cubitos de hielo al otro lado del aparato—. Bueno, tengo que hacer unas llamadas. Prepárate entretanto para el lunes... Practica sobre todo lo de no hablar.

—Ya me conozco el rollo, Mike.

—Me da igual. Soy tu abogado y mi deber es decírtelo. No hables a menos que te formulen una pregunta directa y, si lo hacen, no contestes hasta que yo te haga un gesto. Y entonces ciñete a lo que te haya preguntado y de la forma más breve y

educada posible. Y, sobre todo, no pierdas los estribos ni vayas de listo. Pero lo más importante: cuanto menos hables mejor.

Jane Lu había estado husmeando entre mis discos compactos, y al salir del dormitorio sonaba Cassandra Wilson. Jane estaba sentada sobre sus piernas en el sofá leyendo el *Times*. Los mocasines estaban en el suelo. Se había preparado otra taza de té.

—¿Listo? —preguntó apartando la vista del periódico.

—Una llamada más. No hace falta que esperes si tienes algún compromiso. Estoy bien, de veras.

Jane sonrió y sacudió la cabeza.

—No me importa esperar. Además, si no te llevo a urgencias no estoy segura de vayas a ir. —Levantó el móvil—. Y ya he anulado la cita.

—Espero que no fuera nada especial.

Esbozó una sonrisa enigmática y se encogió levemente de hombros.

—Deberías sentarte, descansar un poco —dijo.

Afirmé con la cabeza y tomé asiento en el sofá, pero me dormí enseguida. Lo siguiente que recuerdo es que Jane me estaba tocando la pierna. Eran casi las siete.

—Teléfono —dijo.

Me esforcé en recuperar la conciencia y volver al dormitorio. Era Neary. Se lo conté todo.

—Joder —dijo.

—En eso hay consenso.

—Me alegro de que te lo tomes así de fácil, March, pero a mí no me parece tan gracioso. No conoces a Shelly. Se te va a comer vivo y yo seré el postre. Y por si no lo habías notado, me estoy jugando el pellejo.

—Ya lo sé, Tom, y lo siento.

—¿Lo sientes? ¿De qué me sirve eso? ¿Para pagar la hipoteca o la ortodoncia de mis hijos? Puede que a ti no te cueste tanto liarla con esa gente, March, pero yo no estoy en el mismo barco. No tengo ningún colchón relleno de dinero en casa.

—Tom, ya sé que te he puesto en un aprieto. Esa no era mi intención y siento que las cosas hayan salido así. Pero yo...

—Guárdate tus razones... Es lo que me merezco por no haberte mandado directamente a paseo. No aprenderé nunca. Te veré el lunes —dijo y colgó.

Mierda. Mierda. Mierda.

Neary estaba cabreado y estaba en su derecho. Aunque, en el mejor de los casos, DiPaolo se limitara solamente a darnos un escarmiento, Tom seguiría teniendo un problema serio. Sus superiores y sus clientes se tomaban la confidencialidad como algo muy serio. Si llegaban a creer que había traicionado la suya, la reputación de Neary quedaría en entredicho y él en la puta calle. Quizá incluso le entablaran una

causa civil.

—¿Ya está? —preguntó Jane. Había apagado la música y se había vuelto a poner los zapatos y el jersey negro. Asentí y cogí una chaqueta. Jane me miró—. ¿Malas noticias?

Volví a asentir. Cuando alargaba el brazo hacia el pomo de la puerta sonó el teléfono.

—Tengo que contestar —dije.

Era Mike.

—He hablado con Pierro.

—Déjame adivinar... No estaba contento. Bueno, no estaría de peor humor que Neary.

—Oh, no estaría tan seguro de eso. Seguro que Tom no acaba de recibir un fax pidiéndole cinco millones de dólares.

—Joder —dijo Rick Pierro con voz ronca—, esto va de mal en peor. —Se frotó la cara con sus manazas.

Pasaban de las diez de la noche del sábado, y Mike Metz y yo estábamos en la sala de estar de Pierro. Mike llevaba un rato allí; yo acababa de salir de St. Vincent. Era una sala amplia decorada en tonos tierra. La tapicería de los sofás y los sillones era de color teja, ocre y arena. De las paredes verde salvia colgaban cuadros abstractos que pegaban con la alfombra.

Pierro estaba sentado en una gran otomana, cabizbajo y con los codos apoyados en las rodillas. Vestía unos pantalones de gabardina verde oliva con una camisa amarilla y un jersey azul de cuello en pico, aunque llevaba la camisa salida por detrás y en una de las mangas había una mancha de alguna sustancia que podía ser mostaza. Se frotó el puente de la nariz con el pulgar y el índice y cerró los ojos con fuerza. Pero cuando volvió a abrirlos, estos seguían reflejando fatiga, preocupación y rabia. Iba con la espalda encorvada y tenía las facciones menos marcadas. El pelo brillante y bien peinado contrastaba en cierto modo con aquel semblante descompuesto.

Helene, que estaba sentada a su lado, apoyó una mano en el hombro de Pierro y comenzó a masajearlo con delicadeza. Llevaba un jersey negro con unos pantalones holgados color camello y el pelo castaño peinado atrás y atado con una cinta negra. Daba la impresión de llevarlo mejor que el marido, pero tenía el rostro pálido y tenso. Recorría con la mirada la sala y de vez en cuando me miraba, pero si había algo que leer en aquellos ojos no fui capaz de descifrarlo. Quizá me encontraba demasiado cansado.

Mike estaba sentado en un sofá de color teja y leía el mensaje de fax con expresión impasible. Iba vestido como la última vez que lo había visto, hacía apenas cuatro horas, con pantalones caquis y un jersey gris. Se levantó y se acercó al vano de la puerta, donde yo estaba apoyado porque me costaba estar sentado. El golpe que me había dado Pell me había desplazado la costilla fracturada, así que el joven médico de St. Vincent me había vendado el tórax con una venda elástica. Mike me pasó el mensaje. Era breve y claro:

CINCO MILLONES DE DÓLARES PREPARADOS PARA SER TRANSFERIDOS POR TELÉFONO EL JUEVES A LAS 8 DE LA MAÑANA. EL IMPORTE DEBERÁ HABERSE TRANSFERIDO EN CUATRO HORAS.

Lo habían mandado a la casa de Pierro. Era como el mensaje que había recibido

Bregman, aunque a este le habían dado una semana de plazo para reunir el importe. Pierro solo tenía cuatro días. Al igual que en el primer fax, en la parte superior figuraba un número de teléfono, pero esta vez con el prefijo 718.

—Esta noche comprobaré este número, y si encuentro la dirección iré allí por la mañana. Pero no espero gran cosa —dije.

Mike asintió y Helene me dirigió la mirada. Pierro no se inmutó.

—Es mucho dinero, Rick —dijo Mike.

Pierro se encogió de hombros.

—Sí, digamos que una tercera parte de mis dividendos del año pasado —dijo.

Está claro que «mucho dinero» era un concepto relativo.

—Es una suma considerable por silenciar el asunto, sobre todo para un hombre inocente —repuse.

Pierro alzó la cabeza, me miró y reaccionó:

—¿A qué coño te refieres?

Mike me lanzó una mirada y contestó en voz baja y tranquila.

—A que realizar el pago no tiene por qué ser lo más sensato, Rick. Tal vez esto no sea más que el primer pago.

Pierro hizo una mueca y se palpó las sienes.

—Joder, Mike, ¿cuántas veces hemos tratado esto? Ya te he dicho que a la gente de French y de Wall Street le da igual que seas culpable o inocente. Si se desata un escándalo así... soy historia. Todo esto... habrá acabado —dijo señalando toda la sala—. Así que no es la alternativa, ¿vale? No es alternativa para mi familia. —Volvió a apoyarse con los codos en las rodillas y exhaló lentamente. Se frotó la nuca.

»Además, por lo que me habéis contado sobre esa fiscal, puede ser que esté jodido de todos modos. Es capaz de llevarme a los tribunales, de encargarse de que mi nombre salga en los periódicos. —Apretó los puños—. ¿Pero cómo se ha enterado esa fiscal de que existimos? ¿Y por qué le importa tanto? ¿Qué cojones quiere de mí? —Se golpeó con la mano abierta en la frente—. ¿Cómo es que se ha montado este lío? —La voz le sonaba a carraspeo rasposo.

Mike suspiró.

—Ese riesgo siempre ha estado presente, Rick —dijo sin alterar la voz—. Sabíamos que podía ocurrir... Lo hablamos desde el principio. Pero no creíamos estar pescando en sus aguas, así que para nosotros también ha sido una sorpresa. —Mike hizo una pausa y miró a Pierro, quien comenzó a mirarse las manazas.

—Francamente, no tengo ni idea del motivo por el que Shelly DiPaolo se ha fijado en nosotros —prosiguió Mike—. Pero no es raro que se interese por nosotros. Si el caso de MWB va bien, eso supondrá un impulso para su carrera... Y si va mal, también dará al traste con ella. Por lo que John ha podido saber, DiPaolo necesita un gran éxito. Nassouli es uno de sus principales objetivos, una de las piezas más

preciadas, así que no es raro que muestre interés por cualquiera que esté relacionado con él, aunque sea de forma remota. Y tampoco es raro que muestre su hostilidad hacia todo aquel del que sospeche que se inmiscuye en su trabajo. Al enterarse de que John había estado husmeando por la sede de MWB y preguntando por Nassouli, es probable que lo incluyera en las dos categorías.

—Entonces está interesada y cabreada, ¿y eso es todo? Si te dice «bájate los pantalones», ¿tú vas y te los bajas? —dijo Pierro. Su voz denotaba irritabilidad mezclada con frustración y angustia.

Mike ignoró sus palabras y dijo:

—La verdad es que se trata de eso. Pero nunca es así de sencillo. No estamos seguros de lo que quiere ni hasta qué punto puede necesitar esa información. Es cierto, tiene mucho poder. Puede interrogar a John, interrogarme a mí y hacer que duela. Y si la señora DiPaolo se empeña en averiguar para quién trabajamos, puede llevarnos ante un gran jurado e interrogarnos bajo juramento para después, si no contestamos, hacer que nos condenen por desacato a la autoridad. —Helene miró a Mike, me miró a mí y miró a su marido. Mike prosiguió.

—Pero su poder no es ilimitado, ni gratuito. Shelly, como todos, se mueve en un mundo de gastos y beneficios. Puede hacernos bajar los pantalones, pero eso supone un gasto en tiempo, dinero y personal. Por lo tanto, va a considerar dicho esfuerzo en función de lo que crea que puede sacar de esto y en función de todas las demás actividades que podría desarrollar en lugar de interrogarnos. Puede que no seamos capaces de detenerla, pero podemos incrementar ese gasto hasta el punto de que deje de tener sentido para ella. Pero lo ideal sería no llegar a ese extremo. Lo ideal sería llegar a un trato con ella.

Pierro volvió a frotarse el puente de la nariz y sacudió la cabeza. Helene le puso la mano en la nuca, pero él evitó que lo acariciara encogiéndose de hombros y se puso de pie. Se metió las manos en los bolsillos y se acercó a las ventanas para mirar la calle.

—Pongamos que consigues hacer un trato —dijo—, ¿qué más da? Quien sea que esté detrás de esto quiere el dinero de aquí a cuatro días, y vosotros no tenéis ni la más remota idea de quién puede ser. —Se acercaba y se alejaba de la ventana como si fuera un oso enjaulado.

—Carecemos de pruebas sólidas, es cierto, pero tenemos una hipótesis... —dijo Mike, pero Pierro lo interrumpió.

—Sí, sí, Trautmann... Ya te he oído. Pero no tienes suficiente para negociar con él, así que no me sirve de nada.

—Pero estamos en ello, Rick. Nos quedan cuatro días. No es mucho, pero es algo, y John ha hecho grandes progresos estas últimas semanas.

Pierro me miró y soltó una risotada.

—Claro, como conseguir que el puto FBI me esté pisando los talones —dijo.

Helene dio un suspiro y se volvió hacia él para mirarlo fijamente.

—Ya está bien, Rick —espetó—. Te comportas como un tonto y dices chorradas. ¿No has escuchado a Mike? Es posible que él y John tengan que comparecer ante un gran jurado por nosotros. Y mira la cara de John, joder. Mira lo que ha tenido que aguantar por nosotros. Discúlpate ahora mismo.

Pierro sacudió la cabeza y me miró con cara de borrego.

—Jo, John, lo siento, no sé lo que me digo. Lo siento... De veras. Helene tiene razón, me he pasado. Es solo que... Mierda, no lo sé. Este asunto... me vuelve loco.

Le hice un gesto con la cabeza. Mike continuó:

—Tenemos que ir paso por paso, Rick. Primero hablaremos con el FBI para ver qué quieren y en qué lugar nos deja eso. Después podremos tomar una decisión sobre el jueves.

Pierro asintió y se apartó del resto. Nos quedamos mirándolo un rato mientras se movía inquieto frente a las ventanas, y luego Helene nos acompañó a la puerta.

—Por favor, no se lo tengáis en cuenta —nos dijo a ambos en el vestíbulo—. Está... en fin, sabéis que está aguantando una fuerte presión. Esto lo vuelve loco. Pero, por favor, os necesitamos.

Me apoyó una mano en el hombro, Mike farfulló algo tranquilizador. Yo le hice una pregunta:

—El mensaje de esta noche ¿es el único desde que recibió el primero? ¿No han mandado ninguno más?

Helene me miró con expresión impasible; ni sorpresa, ni confusión, ni indignación, ni respuesta.

—Por favor, John —me apretó el brazo—, no nos dejes en la estacada, por favor.

—¿Qué cojones pasa aquí? —le dije a Mike una vez que estuvimos en la calle—. Igual soy yo, pero parece que estemos de bulto...

—A mí también me ha dado esa impresión —dijo sacudiendo la cabeza—. Desde luego hay movimiento. Ayer hablaste con Trautmann y entonces, bum, se presenta Pell, a Pierro lo exprimen y de golpe tiene que pagar el jueves. Se diría que alguien se ha puesto nervioso y quiere darse prisa.

—Trautmann no me parece un tipo nervioso. Impulsivo, sí, pero no de los que salen por piernas.

—Entonces, ¿quién es? —preguntó Mike.

Negué con la cabeza y busqué un taxi por la calle.

—¿En serio crees que puedes llegar a un acuerdo con DiPaolo?

Mike dio un resoplido.

—Por supuesto. Algo así como responder a todas sus preguntas a condición de que no nos empapele por desacato.

—Arriba sonaba mejor.

—Rick necesitaba algo para poder pegar ojo esta noche. A partir del lunes ya sabremos cómo dejarle claro lo que puede esperar. —Entonces vi un taxi. Cruzó varios carriles y le chirriaron las llantas al frenar—. Llámame mañana. Dime cómo va —dijo Mike, y se dirigió al este, a su casa.

No fue bien.

Averigüé que el prefijo 718 que ponía en el mensaje de Pierro era de un comercio de Brooklyn, en Atlantic Avenue, en el límite de Boerum Hill. Era un local minúsculo, flanqueado por una tienda de informática y una pizzería, y el único que estaba abierto a primera hora del domingo cuando llegué a aquella sucia calle de aspecto cansino. Lo más parecido al nombre de la tienda era una señal de plástico en la fachada que decía «Periódicos, tabacos, lotería». Dentro, había únicamente unos palmos de suelo comercial rodeados de altos expositores de periódicos en una decena de idiomas distintos. Al otro lado del mostrador había un tupido mosaico de cigarrillos, vídeos porno y chicles, y pegado en la caja registradora un papel escrito a mano en el que se anunciaban la disponibilidad de tarjetas de móvil y fax.

El chico con la cabeza rizada a cargo del establecimiento no me ayudó. No apartó la vista de su grueso libro de texto cuando me dijo que no, que no había trabajado la víspera. Había trabajado su primo solo todo el día. Y después se había ido dos semanas de vacaciones a Florida. No, no sabía en qué lugar de Florida estaba ni dónde encontrarlo, ni siquiera estaba seguro de que fuera a regresar.

Lo dejé estudiando y regresé en metro a Manhattan, hasta Lexington Avenue y la calle Noventa y seis. Luego, con las fotos de Trautmann en el bolsillo, me pasé las siguientes cinco horas paseando por la zona norte de Central Park en busca de Faith Herman. Recorrí los parques infantiles y los caminos, los jardines y los parterres, los paseos, los estanques y los senderos para caballos. Me crucé con paseantes, corredores, marchadores, patinadores, ciclistas, jinetes y amazonas. Vi a personas solas, parejas y familias, personas con perro, personas con gato y hasta unos cuantos con hurón. También vi a borrachos, yonquis, majaras y rateros, así como un montón de policías y turistas. Caminé hasta que me dolieron las costillas y fue la hora de comer. Entonces me zampé un perrito caliente y un *pretzel* sentado al sol en un banco y, una vez que acabé, caminé un poco más. Pero no pude dar con Faith Herman ni con nadie parecido a ella.

Aquel pasear infructuoso tenía un extraño efecto relajante. Hacía un día frío y claro, tan radiante que casi dolía, y alcancé el grado de soledad y de distanciamiento que solo acostumbro a encontrar cuando corro. Pensé en Pierro, en cómo la angustia y la furia habían hecho mella en él y en lo que terminaría siendo tras vivir con ello durante uno o dos años, como les había ocurrido a Lenzi y a Bregman. Estaba casi

seguro de que lo perdería todo. También pensé en Helene y el temple con el que había manejado a su marido. Helene era capaz de soportarlo. Podía perder hasta el último centavo y luego seguir con su vida. Era lo bastante dura.

Y pensé mucho rato en Jane Lu. El incidente con Pell y la conversación con Neary me habían causado un humor de perros plagado de pensamientos oscuros, por lo que en el hospital no había sido una buena compañía, pero a Jane no le había afectado. La sala de espera de urgencias estaba llena de gente, y nosotros esperamos sentados en dos sillas de plástico detrás de una herida de bala en la pierna, un atropello con taxi a la fuga y una pelea a navaja en el metro. Junto con los pacientes, los médicos, los enfermeros y los celadores, entraban y salían muchos policías, bomberos y el personal del servicio de ambulancia llevando a cuestras los equipos con caras de cansancio, y Jane los había mirado atentamente.

—¿Te gustaba ser policía? —me había preguntado.

—Casi siempre.

—No te pareces en nada a estos tipos.

—No todos los policías son iguales.

—¿Te parecías a alguno de tus compañeros?

—La verdad es que no.

Entonces me había mirado a los ojos.

—¿Cómo es que acabaste de policía? ¿Por qué te gusta?

Otra vez las preguntas de siempre. El cansancio y la irritación quisieron que le respondiera las mismas paridas que le había soltado a Pierro, pero Jane había alzado una mano con la cara crispada.

—Si no te apetece hablar del tema solo tienes que decirlo —me había dicho con una risita—. No tienes que quedar bien conmigo.

La había mirado sorprendido, entonces habíamos cruzado la mirada y había pensado en sus preguntas. «¿Cómo?» «¿Por qué?» Las dos preguntas requieren una respuesta larga. Aunque el cómo no es una pregunta difícil; solo es una historia... Y arranca con Anne.

Nos conocimos en el último año de la universidad y me enamoré de ella de la forma en que era capaz de enamorarme por aquel entonces: con ansia, embeleso y plenitud. Y al acabar la carrera lo único que tenía claro era que no quería dedicar mi existencia a Klein e Hijos ni vivir separado de ella. Así que cuando ella volvió a su ciudad natal para trabajar en un periódico local, yo fui con ella.

El padre de Anne me sorprendió. Los progenitores nunca han sido mi fuerte, especialmente los padres, y me daba la impresión de que me llevaría aún peor con un sheriff de condado. Pero me equivoqué. Donald Stennis era inteligente y culto, jugaba bien al ajedrez, tenía un sentido del humor lacónico, un ingenio agudo y una visión de la vida nada sentimental y sorprendentemente liberal. Anne lo llamaba el pinzón del

Atticus. Pero más sorprendente si cabe era la confianza de Donald en su única hija y en el respeto que mostró por la decisión de ella. Fui bienvenido.

Viví en el apartamento situado encima del garaje, donde preparaba el almuerzo para Anne y Donald y por las mañanas, cuando estaban trabajando, me encargaba de limpiar la casa y de leer y correr por las tardes, y por las noches jugaba al ajedrez con Donald. Cuando se acostaba, hacía el amor con Anne tratando de no hacer ruido. No fue una mala época, fue agradable, pero al cabo de dos meses me pareció que tenía que hacer algo con mi vida. Me aburría, carecía de metas y empezaba a inquietarme. Un día Donald me pidió que lo acompañara a dar una vuelta.

La llamó la visita del sheriff de Burr County. Condujimos en su batequeado Crown Victoria, desprovisto de distintivo, a lo largo y ancho del distrito, pasamos por carreteras comarcales y calles principales, por caminos sin asfalto ni nombre, por ciudades, aldeas y asentamientos que eran poco más que tierra aplanada y unas cuantas caravanas. El aire acondicionado se estropeó y bajamos las ventanillas. El coche se llenó de olor a pinos y tierra entremezclados con el tórrido calor estival. Donald no dejó de hablar en ningún momento.

Sus conocimientos sobre el condado y sus gentes eran amplios. Sabía dónde vivían, dónde trabajaban, dónde iban a la iglesia, dónde iban a tomar las copas y también sabía si bebían en exceso. Sabía quién se había casado y quién se había divorciado, quién engañaba al cónyuge y quién había sido sorprendido in fraganti, quién había pegado a su mujer y también la mujer del cual no iba a volver. Sabía quién era amigo de quién, los lazos de sangre o conyugales que los unían, y si habían estado juntos en clase o en la cárcel. Estaba al corriente del que había estado en la cárcel y del que acababa de salir, del que había sido despedido y del que disponía de repente de dinero, del que se había ido de la ciudad y del que no tardaría en volver. Hablaba de todos ellos con cierto cariño.

Era la visión clásica de un policía —historias de codicia, agravios y rencores o de miserias, bebida y furia, de pura maldad y pura estupidez— y de cómo eso confluía y desembocaba en delitos y violencia. Era una visión dura y a menudo triste, me dijo, pero no estaba exenta de humor y de vez en cuando había cabida para la redención. Aquellas historias habían fascinado a Donald durante casi tres décadas. Se pasó siete horas conduciendo sin parar de hablar y cuando volvimos a aparcar el coche en la entrada estábamos cubiertos de sudor y polvo. Y allí fue donde abordó la cuestión.

—Unas veces apenas puedes hacer algo y otras nada en absoluto. Pero hay ocasiones en que marcas la diferencia. Pero no es un trabajo al alcance de todo el mundo porque puedes perderte en él; ponerte enfermo por lo que ves o furioso o triste por lo poco que puedes hacer. Este trabajo puede agotarte, curtirte o, peor aún, aburrirte. No todo el mundo es apto para esto.

»Todos mis hombres son buena gente; me libro de aquellos que no lo son. Pero ya

hace dos años que no tengo un ayudante de sheriff con un título universitario. Tú eres inteligente, tienes curiosidad, no vas de chulo y no te asustas fácilmente. Y tengo un uniforme más o menos de tu talla. ¿Por qué no lo intentas? Total, si no estás hecho para esto siempre puedes volver a la cocina.

Pero estaba hecho para eso.

El porqué es una pregunta más difícil. Algunos de mis motivos apenas se diferenciaban de los de Donald: la fascinación por aquella extraña procesión; el deseo de ayudar, de marcar la diferencia. Pero también me atraían la caza y las incógnitas; el quién, el cómo y el porqué, sobre todo el porqué. Aunque también me gustaba saber al final de la jornada lo que había sido capaz de hacer y lo que no, y saberlo con mayor certeza y concreción de lo que un informe policial jamás podría contar.

Tras la muerte de Anne dejé el trabajo y muchas cosas más. Pero pasado un tiempo todos estos motivos me hicieron volver a él, supongo, y por la angustia ante el sentimiento de vacío que me sobrevino cuando lo dejé.

Jane me había mirado fijamente y en silencio a pesar del alboroto y el ajetreo de la unidad de emergencias. La había estado mirando mientras pensaba en las respuestas y entonces se lo había contado todo.

Pasaban de las tres cuando di la última vuelta por East Meadow y el Conservatory Garden. Después di por zanjada la búsqueda de Faith Herman por ese día y fui en taxi a mi casa. Las ventanas del edificio estaban a oscuras. La escalera estaba tranquila y como vacía, mientras el apartamento estaba sumido en una penumbra fría y gris. No tenía mensajes. Me senté a la barra de la cocina, con el abrigo puesto, mientras anocheecía.

Estaba cansado y dolorido. La soledad inexpugnable que me invadía se desvaneció en el crepúsculo y la sustituyó la preocupación por el lunes y la sensación de que el caso se me había escapado de las manos. Quizá Shelly DiPaolo pondría punto final a todo esto. Quizá a partir de mañana ya no hubiera caso. Me despojé del abrigo y encendí un par de lámparas. Preparé una cafetera y un sándwich de atún. Luego llamé a Mike Metz. No había nadie en casa, así que le dejé un mensaje diciendo que había vuelto con las manos vacías de Brooklyn y Central Park. A continuación cogí del estante un libro de relatos de Andre Dubus y leí hasta que las palabras dejaron de tener sentido.

En algún momento de la noche se levantó el viento, el cielo se cubrió de nubes que descargaron lluvia; una lluvia fría que caía de lado. Al clarear, seguía lloviendo con ganas y el agua se derramaba por los limpiaparabrisas, corría por las cunetas y las aceras y dejaba las calles limpias con reflejos de neón. Llovía a mares cuando, a las nueve, Mike Metz, Tom Neary y yo entramos en la sala de reuniones situada en la sexta planta de One St. Andrews Plaza, la sede de la fiscalía del distrito sur de Nueva York. Fuera, el ambiente era desapacible, pero no era nada comparado con el que se respiraba dentro.

La sala de reuniones era reducida y austera. A un lado había un ventanal provisto de persianas venecianas de metal y la del centro estaba subida por lo que ofrecía unas vistas sombrías a la parte trasera de One Police Plaza. La lluvia azotaba las ventanas y en el exterior todo era del color del pavimento mojado. Las otras paredes eran de un blanco mugriento y únicamente decoradas con fotografías en color enmarcadas del presidente y el ministro de justicia. La mesa de reuniones de metal y plástico la rodeaban doce sillas giratorias tapizadas con un desgastado tweed marrón que se daba de bofetadas con la moqueta azul cobalto. En el techo varios fluorescentes parpadeaban y zumbaban.

Había tres hombres sentados de cara al ventanal. Uno de ellos era Fred Pell. A los otros dos no los había visto nunca. Cuando la recepcionista abrió la puerta se reían a carcajadas, pero al entrar nosotros se hizo un silencio sepulcral.

Nos sentamos frente a ellos, Mike en medio. Los tres íbamos bien trajeados, de azul marino con camisas blancas y corbatas oscuras. Podríamos haber sido vendedores de IBM. O federales.

Pell era el que estaba sentado más cerca de la puerta. Vestía un traje azul de raya diplomática con chaqueta cruzada y tenía la tez lívida bajo la luz de los fluorescentes. La silla a su lado estaba vacía y al otro lado de ésta había un hombretón fofo en mangas de camisa, con una pajarita roja, que tendría unos treinta y cinco años, el pelo ralo y corto, las mejillas sonrosadas y los ojos azules y chispeantes. Junto a él había otro tipo más menudo, delgado y fuerte, también en la treintena, con el cabello negro y rebelde y los ojos castaños y escurridizos en su cara huesuda. También iba en mangas de camisa, pero la suya era azul y llevaba la corbata mal anudada. Cada uno tenía delante una libreta amarilla, un bolígrafo y una taza de café. Pell tenía además una pequeña grabadora. Ninguno se levantó; ninguno nos dio la mano. Solo nos miraron con frialdad y en silencio, y hasta el señor Pajarita nos dedicó una mirada glacial.

Neary también les dedicó una mirada incisiva, más letal que la de cualquiera de ellos. Yo traté de cambiar de táctica y me fijé en las fotos del presidente y el ministro.

Mike les dispensó un trato cordial y amistoso, se presentó, repartió tarjetas de visita y saludó a Pell como si estuviéramos en una fiesta al aire libre y Pell fuera Martha Stewart.

—Agente especial Pell, cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos en el norte del estado. Hace tres años o así ¿no? Tienes buen aspecto.

Pell no dijo nada y trató de fulminarlo con la mirada, pero más bien daba la impresión de padecer flato. Los otros dos se presentaron con sequedad. El señor Pajarita era Paul Conaway y el tipo delgado era Scott Katz, ambos auxiliares del fiscal federal y a las órdenes de Shelly DiPaolo. Seguimos sin darnos la mano. Conaway nos dijo que Shelly llegaría en cualquier momento. Y entonces se hizo otra vez el silencio.

Escuché el leve zumbido de los fluorescentes y el golpeteo sordo de la lluvia y el viento en el exterior. Me notaba las manos frías y el estómago revuelto. Eran los nervios, los mismos que solía tener durante las declaraciones juradas o cuando tenía que testificar ante un tribunal. Eché un vistazo a Mike, quien había puesto cara de póquer y se diría que se hallaba a años luz de nosotros. Neary se asemejaba cada vez más a un bloque de granito. Entonces se abrió la puerta.

Cuando pienso en un fiscal federal no suelo imaginarme a una mujer atractiva, así que Shelly DiPaolo me cogió desprevenido. No era alta, no más de un metro sesenta y cinco, aunque el pelo rubio recogido alto la hacía parecer unos ocho centímetros más alta y los tacones de aguja contribuían con diez centímetros más. Llevaba un traje chaqueta gris ceñido con falda corta que le resaltaba su cuerpo menudo y con curvas. Debajo de la chaqueta llevaba una blusa de seda roja cereza con el cuello redondo y escotado, y las uñas y el carmín del mismo color.

Tenía los labios gruesos como si la hubiese picado una abeja, el mentón afilado con un hoyuelo, los pómulos altos, la nariz afilada y unos ojazos castaños que ella resaltaba aún más con el modo de maquillarse. Llevaba unos pesados pendientes, diversos collares y una cadenita en torno al tobillo, todo de oro. Llevaba muchas joyas en las manos y las muñecas, pero ninguna alianza. El perfume era fuerte y caro. Calculé que tenía unos cuarenta años, pero no antes de mirarla de cerca.

—Debby, ¿me traes un café? —dijo volviéndose hacia el vestíbulo. Tenía un fuerte acento de Brooklyn. Entonces se dirigió a sus auxiliares en la sala de reuniones—. ¿Queréis más café? —Ellos sacudieron la cabeza. Nos echó un vistazo y se volvió otra vez hacia el vestíbulo—. Solo uno, Deb, solo con azúcar. Gracias, encanto.

Cerró la puerta y se sentó en la silla vacía que había junto a Pell. Conaway le susurró algo mientras ella nos miraba fijamente, después comenzó a asentir casi imperceptiblemente. Conaway dijo:

—Señores, como ya saben aquí estamos muy ocupados, así que queremos ser breves. La fiscalía se ha percatado de que están llevando a cabo una investigación

privada —tenía acento de Boston y dijo «investigación privada» como quien dice «practicando la necrofilia»— sobre asuntos directamente relacionados con una investigación federal en curso. Naturalmente dicha cuestión nos preocupa sobremanera. Seguro que se habrán dado cuenta de que este despacho está sumamente interesado en Gerard Nassouli y que desaprobamos cualquier intromisión en lo referente a nuestros testigos reales o potenciales. Les hemos citado aquí por dos razones: primera, para comprobar si realmente están interesados en este caso y, segunda, para ordenarles que cesen de inmediato su investigación.

No estaba seguro de si se suponía que debíamos contestar o aplaudir su dicción, pero antes de decidirnos DiPaolo tomó la palabra.

—Os voy a dar un consejo, gratuito. —Se puso a tamborilear sobre la mesa. Tenía las manos menudas pero fuertes—. Lo que acaban de escuchar es el tono más amable de la casa. Si contestáis a nuestras preguntas, mantendremos ese tono. Y si no... —se encogió de hombros— probaremos otro método.

»He averiguado lo suficiente sobre vosotros para saber que eso no os hace ninguna gracia. —Se volvió hacia Neary—. Tom, te conozco desde hace tiempo y sé cómo te pones cuando crees llevar la razón, lo tozudo que llegas a ser. —Pell resopló y DiPaolo lo hizo callar con una mirada. Se volvió hacia Mike—. Abogado, a ti no te conozco pero me he estado informando y me he enterado de un par de cosas. Eres muy listo, muy... inventivo y no te gusta nada perder. De acuerdo... en eso te pareces a mí. —Entonces se dirigió a mí—. Y tú, ¿qué puedo decir? Tu fama te precede, amigo. Unos me han dicho que eres un joven muy listo, un pelín arrogante, pero bueno en tu trabajo, y otros que eres un niño de buena familia que no da pie con bola, un vaquero que no es apto para el negocio de la familia y que quiere jugar a los detectives, y hay quien dice que eres un fantasma y un pringado que tendría que estar entre rejas por asesinato. —Sacudió la cabeza.

—El caso es que los tres, cada uno a su manera, sois unos macarras. Sois víctimas de la consabida intoxicación por testosterona. Joder, sé lo que es eso, chavales. Sé de qué manera os afecta en esos cerebros limitados que tenéis. He trabajado con tantos tíos como vosotros que a veces tengo la sensación de que también me pasa a mí. Pero tenéis que superarlo... en el acto. Tomaos un minuto antes de contestar. Pensadlo dos veces.

Nos quedamos callados. Debby entró con el café. DiPaolo sopló en la taza un par de veces, dio un sorbo y nos miró a los ojos. Mike dijo:

—Comprendemos que esté preocupada y queremos ayudarla en lo posible. De ningún modo deseamos ni pretendemos inmiscuirnos en una investigación en curso. —Mike habló en voz baja y con calma. Exceptuando a DiPaolo, el otro lado de la mesa se puso a tomar notas. Katz miró a DiPaolo, y esta asintió levemente.

—Ya, qué amabilidad. ¿Por qué no comenzáis contándonos el motivo por el que

andáis buscando información sobre Nassouli? —dijo Katz también con un fuerte acento de Brooklyn.

—Por supuesto —dijo Mike—. El señor March está realizando una investigación para mí como parte del trabajo que llevo a cabo para un cliente. Hemos dado con un posible chantaje cuyo autor o autores nos son desconocidos. Tenemos motivos para creer que los chantajistas apuntan a personas que hicieron negocios con Gerard Nassouli hace años, quince o más, y que se sirven de documentos a los que Nassouli tenía acceso. De ahí nuestro interés por él.

Los tres fiscales federales pusieron cara de póquer, pero la cara mofletuda de Pell era un poema. Reflejaba sorpresa, desconcierto y rabia.

—Apreciamos esta actitud colaboradora, abogado —dijo Katz—. Pero lo cierto es que no nos ha dicho gran cosa. Sea concreto, empezando por el nombre del susodicho cliente.

Mike lució la mejor de sus sonrisas. Miró a Katz y a DiPaolo y dijo:

—Mi cliente no desea revelar su nombre. Estoy seguro de que sabrán comprenderlo.

Pero la expresión de Shelly DiPaolo no era precisamente comprensiva. Entrecerró los ojos y sus labios carnosos se contrajeron mostrando sus dientecitos blancos.

—Bien, abogado —dijo—, has hecho tu elección. Si quieres jugar de ese modo me parece perfecto. —Se dirigió a mí—. Tú, ¿quieres contarme para quién trabajas y con quién has hablado?

Dirigí la mirada a Mike. Este asintió y dije:

—Trabajo para el señor Metz, quien me ha informado de que todo lo que haya hecho y descubierto en el curso de mi investigación debe considerarse resultado de las actividades desarrolladas por un abogado y, por tanto, estrictamente confidencial.

Katz tomó la palabra:

—¿Te informó el señor Metz que la base jurídica de esta afirmación es la hostia de endeble cuando se trata de fisgones como tú? ¿Que igual no te sostiene y te traga entero? ¿Qué te parecería completar tu historial con cargos por obstrucción y desacato?

Miré la foto del presidente. Llevaba una corbata bonita que le pegaba con el traje. Mike contestó por mí:

—No creo que la base legal sea tan endeble, señor Katz.

Katz se puso pálido y apretó con fuerza los labios.

—Bien, ya veremos qué opina el juez —dijo, luego me miró a mí—. Pero no olvides, March, que quien se la juega eres tú. El siempre puede acogerse al carácter confidencial de su relación con el cliente, pero tú pagarás las consecuencias.

—Y quizá no te ha comentado —continuó Conaway— que el nombre del cliente en sí no se incluye en dicha confidencialidad. En efecto, abogado —le dijo a Metz—,

el nombre ni siquiera entra en el contexto más amplio de la relación confidencial entre el abogado y el cliente.

Mike miraba a DiPaolo con la cara inexpresiva. DiPaolo se volvió hacia Neary para interrogarlo.

—Hablando de jugar... ¿Qué tal te va con esto, Tom? No se me ocurre nada a lo que puedas acogerte para no hablar. ¿Sabes quién es el cliente?

—No —dijo Neary.

DiPaolo se lo quedó mirando y sacudió la cabeza.

—¿Qué me dices de las víctimas del chantaje? ¿Las conoces?

—No.

—¿Entonces qué querían de ti?

—Echar un vistazo a los protocolos y los sistemas... Cómo se gestionan los documentos, cómo trabaja el equipo de liquidación, ver los despachos. Ya lo hemos hecho antes para otros despachos de Brill, investigadores externos, incluso para tipos del gobierno, es la visita guiada estándar.

DiPaolo se dirigió otra vez a Mike.

—¿Qué interés tienes tú en eso?

Mike volvió a sonreír y dijo:

—Barajamos la hipótesis de que los chantajistas usan documentos a los que Nassouli tenía acceso. Pero creemos que es posible que otras personas hayan accedido a ellos. Alguien del equipo de liquidación, por ejemplo, o alguien relacionado con la investigación.

Los fiscales permanecían impassibles, pero se diría que a Pell iba a darle un soponcio. Empezó a tartamudear y se puso muy rojo, no pudo contenerse y exclamó:

—Pero ¿qué gilipollez...? —DiPaolo le dirigió otra mirada glacial, y Pell se calló. Ella se quedó un rato en silencio.

—Esa teoría es la leche, tío. Brillante. Podría poner en entredicho todas nuestras pruebas. Es el sueño mojado de los abogados de la defensa. Y tal vez alguien presente después una demanda por daños y perjuicios y a saber qué más. Es de esas chorradas incendiarias e irresponsables que pueden dar al traste con toda una investigación. También obraría milagros con la reputación de Brill. —Se volvió hacia Tom y le preguntó—: ¿Por eso les hiciste la visita guiada?

—Sí.

—¿Encontraron algo?

Tom lo pensó un momento y contestó:

—Tengo entendido que andan buscando asuntos de los expedientes personales de Nassouli. Que yo sepa, no los hemos tenido nunca —dijo.

Me pareció ver un gesto de alivio en la cara de DiPaolo, pero se esfumó antes de que pudiera cerciorarme. Pero si de veras se sintió aliviada, Mike no tardó en aguarle

la fiesta.

—Hemos barajado la posibilidad de que alguien del equipo de liquidación o de la investigación no introdujera esos documentos en el sistema —dijo.

—Basándote... ¿en qué? —le preguntó ella.

Mike puso cara de disculpa.

—Lo siento, pero...

Shelly lo interrumpió.

—Déjate de chorradas, abogado. Estás jugando con mis testigos. Al soltar estas paridas irresponsables puedes joderme la investigación, entonces tú y el Bruce Wayne este —hizo un gesto hacia mí— pensáis que podréis esconderos tras la confidencialidad de la relación abogado-cliente. ¡Pero tendrás que decir el puto nombre de tu cliente! Tan tonto no eres, Metz... Debes ser consciente del montón de mierda que te va a caer encima.

Mike se quedó quieto un momento.

—No tenemos la intención de compartir nuestra teoría ni de comentar el caso con nadie, señora DiPaolo —dijo con calma—. Para ser sincero, no estaríamos aquí si no nos hubiese invitado. No tenemos trato con ningún abogado de la defensa, no hacemos declaraciones ni ofrecemos datos y, si alguien nos lo pidiera, alegaríamos el carácter confidencial de la información. Como he dicho antes, no queremos inmiscuirnos en una investigación en curso.

—¿Entonces por qué os metisteis con Trautmann? —me preguntó Katz.

—Nos fijamos en el señor Trautmann porque había sido un colaborador cercano de Gerard Nassouli —contestó Mike.

—¿Por qué atacaste a Trautmann? —me preguntó Katz. Dirigí la mirada a Mike—. No lo mires a él, maldita sea, mírame a mí. Y contesta a la puta pregunta —bramó Katz.

Mike asintió.

—Trautmann me atacó. Me defendí.

—Esta es tu versión. Es posible que él te demande —dijo Katz.

—Es posible que yo también lo demande a él y de paso al gordo ese. —Señalé a Pell con el pulgar. Pell apretó la cara y por un instante me pareció que se me iba a echar encima, pero DiPaolo le puso una mano en el brazo. Mike me lanzó una mirada de advertencia.

—Abogado —dijo DiPaolo—, no tiene sentido seguir conversando. Paul le ha recordado hace unos minutos que el nombre de tu cliente no es información confidencial. Y como no le has dado una de tus respuestas amistosas y escurridizas, deduzco que sabes quién es. Así que ¿qué decides? ¿Vas a contestar aquí o ante un gran jurado?

Mike le sonrió.

—Hemos tomado nota de la observación del señor Conaway. Pero estoy seguro de que usted sabe que para llevarme a los tribunales le hará falta un buen motivo. Aquí sentado no veo que usted lo tenga.

Shelly DiPaolo se quedó muy quieta mirando a Mike. Katz y Conaway no paraban quietos en la silla. Pell era el único que parecía contento, más bien excitado. Entonces DiPaolo habló en tono amenazador.

—Conque aquí sentado, ¿eh? Entonces es que tienes la cabeza en el culo, Metz. ¿Qué ocurre si tu cliente está al corriente de alguna conducta delictiva en esta investigación? ¿Qué ocurre si tú y March estáis al corriente de documentos que se están buscando como pruebas? ¿Qué tal el que tú y March estéis conspirando para manipular las pruebas y a los testigos? ¿Qué tal el que los dos estéis interfiriendo en el curso de una investigación del FBI? ¿Quieres más motivos? ¿Qué tal si te envío una citación por cada puto papel que tengas sobre el caso y te pasas los próximos seis meses copiándolo todo y prestando declaración? ¿Eh, gilipollas? ¿Cómo lo ves ahora?

Mike y DiPaolo cruzaron la mirada, con rostros inexpresivos. Entonces Mike suspiró.

—Francamente, estoy decepcionado, señora DiPaolo. Y creo que, tal vez, fuera conveniente que hablara con otra persona.

La sala se sumió en un silencio absoluto. Todos miraban fijamente a Shelly. Estaba pálida y tenía la mandíbula rígida. Tenía la vista fija en Mike, quien parecía estar a años luz de la sala, como lo está Plutón. Entonces lentamente empezó a tamborilear con los dedos en la mesa y habló casi en susurros.

—No sé lo que pretendes con este puto juego, Metz, pero es peligroso —dijo.

—No estoy jugando —contestó Mike con la voz firme pero medio crispada—. Y si jugara no lo haría con usted. Como ha dicho antes, no soy tan tonto. No pretendo gran cosa pero sí insisto en no revelar la identidad de mi cliente. Los acuerdos que hizo con Nassouli terminaron hace casi dos décadas y por lo que sé no ha hecho nada más que pueda despertar su interés.

»Lo único que nos interesa de Nassouli, de toda la investigación, son sus expedientes personales. Y me atrevo a decir que usted también siente curiosidad por ellos. Si Nassouli tiene los expedientes, y usted tiene a Nassouli, entonces usted querrá saber si tiene algún negocio en marcha. Si él no tiene los expedientes entonces usted querrá saber si alguien, quizá en su equipo o en el de Neary, los conserva y con malas intenciones. Me gustaría llegar a un acuerdo con usted, señora DiPaolo, pensar en algo que nos beneficie a los dos y que proteja a mi cliente. Si no quiere hacerlo... bueno, será una pena. Pero entonces es posible que su compañero de San Diego, el señor Pérez, se muestre interesado.

»Si cree que va a encontrar un motivo con tanta humareda... no se detenga. Pero

estará desperdiciando una oportunidad. Creo que los dos la desperdiciaremos.

La lluvia golpeaba las ventanas. Conaway y Katz miraban a Mike con expresión incrédula y quizá con cierta admiración. Pell se mostraba impaciente y medio desconcertado preguntándose en qué momento iba a correr la sangre. Shelly bajó la vista hacia sus dedos, que seguían tamborileando en la mesa. Sacudió la cabeza con asombro y acabó por decir en voz baja:

—No me lo puedo creer. Tú, hijo de puta, me estás desafiando. No tienes nada con qué negociar y quieres tratarme con mano dura. Otra cosa no tendrás, pero desde luego tienes huevos, Metz —soltó una risotada. Después se echó adelante y señaló a Mike—. Bueno, disfrútalos mientras puedas, gilipollas, porque antes de que acabe el día los tendré en el bolsillo. Y a vosotros también. —Nos señaló a Neary y a mí—. Voy a ver si para cuando acabe la semana tengo vuestras licencias colgadas de mi pared... para que me entre la risa. —Nosotros no dijimos nada. Ninguno dijo nada, exceptuando a Pell, que no pudo reprimir una risita—. Ahora largaos de aquí —dijo DiPaolo—. Tengo trabajo que hacer.

21

—Qué teatral lo de sacar a Pérez —le dije a Mike. Él, Neary y yo estábamos en el vestíbulo de One St. Andrews. Mike se encogió de hombros.

—Agarrarse a un clavo ardiendo —dijo.

Nos quedamos mirando por la ventana la lluvia que caía sobre la gente que cruzaba la plaza inclinada por el viento.

—Podía haber sido peor —dije, aunque no estaba seguro.

Neary me echó una mano y dijo:

—Sí, podríamos haber acabado a tiros.

—No sabremos si ha ido mal hasta que veamos el siguiente paso de DiPaolo. Ahora le toca a ella mover ficha —dijo Mike mientras se abotonaba el chubasquero.

—Ha dejado muy claras sus intenciones —dijo Neary.

Mike volvió a encogerse de hombros.

—Tal vez. Tengo una cita en el centro. Si me entero de algo os lo haré saber. — Entonces se subió el cuello del chubasquero, abrió el paraguas y se fue caminado bajo la lluvia.

Neary y yo nos miramos.

—¿Has hablado con tus superiores? —le pregunté.

—Ayer.

—¿Cómo se lo tomaron?

—Se llevaron un susto de muerte con la posibilidad de que alguien de la empresa esté relacionado con un chantaje. Lo bastante como para que dejaran de pensar y llegaran a comprender por qué te había dejado entrar. Pero la opinión experta no ha llegado a un acuerdo que ponga fin a la controversia, lo cual dependerá en gran medida de los planes que tenga DiPaolo.

—¿Han informado a Parsons? —pregunté.

—Aún no. Primero quieren ver qué ocurre aquí.

Nos quedamos callados.

—Siento todo esto, Tom.

Alzó una mano y sacudió la cabeza, sonriendo tristemente.

—Tengo que ir al despacho —dijo, se abrochó el cinturón del chubasquero y salió a la calle.

Yo no tenía despacho y en esos momentos tampoco tenía trabajo, así que me fui a casa. No eran ni las once cuando volví a entrar en casa. Las persianas venecianas estaban subidas y me quedé de pie mirando las ventanas porque el frío de la calle parecía atravesar el vidrio, con la luz nebulosa y los golpes de la lluvia. Por debajo del vendaje elástico, me dolía a horrores el costado.

La tensión de la reunión había dejado paso al desánimo y a una incipiente rabia.

Me sentía como si me hubieran robado la cartera o rajado los neumáticos del coche. Me habían arrebatado el caso, y no sabía quién era el responsable. Pero quizá estaba demasiado cansado para hacer algo con mi rabia, ni siquiera sabía adónde dirigirla. En esos momentos lo único que deseaba era taparme con el abrigo, sentarme y cerrar los ojos para escuchar la lluvia. Y, por lo que a mí respectaba, podía llover para siempre.

Sacudí la cabeza. Últimamente había pasado demasiado tiempo sentado a oscuras. Me quité el traje y la corbata y me puse unos tejanos, una camisa, un jersey grueso y botas impermeables. Me guardé la Glock en los riñones, encontré un impermeable, me calcé una gorra de béisbol con la visera larga y agarré las fotos de Trautmann. A veces es mejor la actividad inútil que no hacer nada.

Central Park no estaba desierto, pero la poca gente que había estaba dispersa por el parque y la mayoría paseaba a perros con cara de infelices. Los árboles estaban negros y brillantes, y las zonas hundidas estaban encharcadas. Pensé que si Faith Herman estaba en el parque se habría puesto a cubierto de la lluvia. Centré la búsqueda en esos lugares y, tras dos horas de dar vueltas por el parque, la encontré.

El Delacorte Theatre está al sur de Great Lawn y justo al lado de Turtle Pond, por donde estaría la calle Ochenta y uno si se prolongara por el parque. El Delacorte es un teatro al aire libre que solo se abre en verano, cuando el Public Theatre representa obras de Shakespeare en Central Park. Encontré a Faith Herman y su carro de la compra bajo el profundo alero de la taquilla del teatro de Delacorte. Estaba clasificando latas. Tenía el aspecto de siempre, con el pelo alborotado, la cara arrugada y con las zapatillas azules tan sucias como la última vez que la había visto. Me ignoró al acercarme a ella, pero alzó la vista angustiada cuando me puse a resguardo bajo el alero. La lluvia lo aporreaba con tal fuerza que tuve que hablar casi a gritos.

—Faith, soy yo... John March. ¿Te acuerdas de mí? Hablamos en el parque hace unas semanas.

Faith puso cara de pánico y de confusión. Luego me reconoció.

—Eres el tipo que zurró a aquellos niñatos —dijo. Se fijó en las heridas de mi cara—. Se diría que alguien te ha zurrado a ti.

—Lo han estado intentando, Faith. Necesito que eches un vistazo a algo. —Saqué tres fotos de Trautmann, dos de perfil y una de cara—. ¿Te suena este hombre?

Tardó un poco en decidirse, pero al final cogió las fotos. Las miró atentamente un rato, luego alzó la cabeza y me las devolvió.

—Es él —dijo.

—¿Quién es?

—El tipo del fax. El que me pagó para que lo mandara.

—¿Estás segura?

—Te digo que es él.

Dejé escapar el aire que había contenido sin darme cuenta. Me dirigió una mirada expectante.

—¿Necesitas dinero? —Faith sonrió. Le di cien dólares—. ¿Dónde puedo encontrarte si quiero hablar contigo? ¿Dónde duermes?

Me dio el nombre de un albergue situado en la calle Setenta y cinco Oeste. Hizo una pausa y me miró con ojos esquivos.

—Claro que ese es solo el lugar en el que dejo el cuerpo por la noche —dijo. No dije una palabra, pero me tuvo que notar en la cara que estaba confuso—. ¿Sabes? Cuando se hace de noche tengo que dejar el cuerpo en alguna parte. —Ahora ya debí parecerle tonto—. El coche de Jesús... no puedo subir con él al coche de Jesús. Así que cuando Jesús viene a buscarme cada noche tengo que dejarlo en algún sitio. Luego me monto en el coche y conducimos por toda la ciudad, después vamos a Roma y a Winnipeg, también a Boise. A todas partes. Es un coche precioso... un Lincoln azul oscuro enorme. Funciona estupendamente. Pero no puedes subirme a él con el cuerpo. Tampoco con los periódicos.

Siguió clasificando las latas. Me quedé un rato allí, mirándola, escuchando la lluvia golpear el alero como si llovieran piedras.

Cuando llegué a casa eran casi las tres. A pesar de las prendas impermeables, tenía frío y estaba calado. Me despojé de la ropa, me quité el vendaje y me di una larga ducha caliente pensando en Faith Herman. El Señor te da y el Señor te quita, a veces todo a la vez. Faith estaba mal de la cabeza, al menos a veces, pero lo bastante para que el hecho de que hubiese reconocido a Trautmann no sirviese de nada; yo era el único que la creería. Pero tampoco es que importara mucho, probablemente ya carecía de sentido seguir con aquello. Me quedé quieto mientras el agua me chorreaba en la nuca y los hombros.

Me estaba poniendo el vendaje cuando sonó el teléfono. Metz, pensé, me puse una camiseta y contesté. Pero no era Mike. Era una llamada del norte del estado. Era Donald Stennis.

—¿Estás ocupado? —preguntó con su voz grave.

—No.

Hablamos un buen rato, como siempre, al principio sobre Burr County, la actualidad, los últimos rumores. Donald me habló con su ronca voz de bajo de los tres hermanos geniales que le habían quemado el coche al jefe y que le habían hecho explotar la parrilla, grabando toda la acción en vídeo; y de los dos químicos de cocina que acababan de pasar un año y medio encerrados en una institución del estado y que volvían a estar fabricando anfetaminas, Donald aún no sabía dónde; y de la soldadora que el viernes pasado había pegado a su marido en el aparcamiento de Tidy Shack y le había roto la nariz, si yo no recordaba mal por cuarta vez. No paró de contarme

historias. Yo conocía a los protagonistas, incluso después de tres años. Había algunos personajes nuevos, como los que conducían de noche desde Buffalo por el condado y tiraban en las cunetas basura del hospital, el tipo que envenenaba a los coyotes y les cortaba las patas, las orejas y la cola; pero eran pocos. Y algunas cosas eran inalterables, como el anuncio de los republicanos del lugar, un año antes de las elecciones, de que no iban a presentar a ningún candidato para el puesto de Donald.

Me contó cómo había pasado el otoño. Habló de la caza en aquellos bosques espléndidos y de la pesca en los arroyos y los lagos helados, de los ciervos que había cazado y los peces que se le habían escapado, del oso que rondaba por Green Gorge Trailer Court y de otro oso que casi había matado al perro callejero de Van Adder, del águila que habían encontrado muerta al lado de la autopista y de la primera nevada, hacía cuatro semanas.

Entonces me preguntó cómo estaba yo. Como siempre, no le conté gran cosa y casi todo relacionado con el trabajo, que era el único tema del que sabía hablar... El único relato que hilvanaba esos días y que les daba algún sentido.

Después hablamos, como siempre, de Anne. Donald había visitado un día antes su tumba, junto a la de la madre. «¿Te acuerdas de lo a gusto que se está en aquella colina?» Me acordaba. Aquel viejo roble ya no tenía hojas, pero las había tenido de un rojo intenso durante semanas. Anne amaba a ese roble. Solía trepar a él de niña, todos los domingos, cuando ella y Donald iban a visitar la tumba de la madre. «¿Te acuerdas del roble?» Me acordaba. Donald le había llevado un ramo de crisantemos naranjas. Los crisantemos eran las flores que más le gustaban a Anne, los crisantemos y las rosas rojas. Me acordaba. Me acordaba de todo.

Nos quedamos callados un rato y luego me preguntó, como siempre, si me veía con alguien. Le dije que no.

—Lleva su tiempo, John.

Luego nos deseamos lo mejor el uno al otro y nos despedimos. Puse los brazos en la barra y apoyé la cabeza en ellos. Respiraba deprisa y con dificultad, pero no salían las lágrimas.

Seguía sentado con la cabeza apoyada en los brazos cuando volvió a sonar el teléfono. Y tampoco era Mike, sino Fran, su secretaria, pidiéndome que fuera cuanto antes al despacho. No sabía para qué. Me acabé de vestir y tomé un taxi.

La hora punta de la noche se complicaba con la lluvia y el tráfico adicional por las vacaciones, por lo que tardé cerca de una hora en llegar a la sede de Paley, Clay. Fran estaba sentada a su mesa, ocupada con unos documentos.

—Sala de reuniones —dijo sin apenas mirarme.

Entré para encontrarme a Mike y a Neary sentados el uno al lado del otro en silencio y con la mirada perdida en las vistas nocturnas de la ciudad. Neary iba en mangas de camisa y se había aflojado el nudo de la corbata y desabotonado el cuello. Tenían los ojos llorosos y estaban pálidos. En la mesa había tazas de café y una jarra con agua y vasos. Tenían un aspecto horrendo. Seguramente yo también. Era uno de esos días. Mike hizo un gesto para que tomara asiento y lo hice. Neary exhaló un suspiro y se frotó la cara. Mike bebió un buen trago de agua, dejó el vaso en la mesa y tomó la palabra:

—Ha llamado DiPaolo, con una oferta final. Hemos decidido aceptarla.

—¿Decidimos por sorteo quien dará la cara o nos lo jugamos a piedra papel o tijera? —dije.

Mike esbozó una leve sonrisa. Neary no reaccionó.

—Quiere tres cosas de nosotros —siguió—. En primer lugar que dejemos de investigar a Nassouli. Nada de preguntas a nadie sobre él. No lo nombraremos; ni siquiera pensaremos en él. En segundo lugar, que todo lo que encontremos sobre quién está detrás del chantaje, los expedientes de Nassouli y lo que sea, se lo entregaremos a ella. Tercero, si decimos una sola palabra a alguien, el trato queda anulado; ese alguien incluye a su colega Pérez de San Diego.

—Y a cambio de esto... ¿qué? —pregunté.

—Nos dejará en paz, y a nuestro cliente también —dijo Mike.

—Es una oferta muy generosa —dije—, sobre todo teniendo en cuenta que teníamos la partida perdida de antemano. ¿Por qué?

Mike y Neary cruzaron la mirada.

—Al parecer tiene un plan que no quiere desvelar de momento —dijo Mike.

—¿Y ese plan incluye a Nassouli? ¿Quieres decir que tiene a Nassouli? ¿Está respondiendo por él... de que no está implicado en el chantaje? —Mike se quedó callado. Dirigió la mirada a Neary—. ¿Qué? —pregunté impaciente.

—Supongo que responde por él —dijo Mike.

Neary se rascó la barbilla.

—Sí, le da una especie de coartada —dijo, asintiendo a Mike. Luego me miró a

mí con una sonrisa—. Quiero decir, el hecho de que Nassouli lleve tres años muerto significa que prácticamente podemos descartarlo, ¿no te parece?

Me eché atrás en la silla sacudiendo la cabeza mientras Neary y Metz miraban divertidos lo perplejo que estaba yo.

—¿Qué cojones pasa?

—Encontraron el cadáver hace medio año —dijo Neary—, enterrado en un parque de Suffolk County. Sospechan que llevaba allí unos tres años, desde el momento en que desapareció. Un disparo en la cabeza, calibre 32.

—¿Te lo ha dicho DiPaolo? —pregunté al cabo de un rato.

Neary asintió.

—De mala gana —dijo—. Pero sí.

Sacudí otra vez la cabeza.

—¿Qué planea? ¿Por qué quiere mantenerlo en secreto? —pregunté.

—Esa es la pregunta del millón ¿eh? —dijo Neary, sonriendo. Se volvió hacia Mike.

—DiPaolo no quería contarnos nada —dijo Mike—. Y lo poco que ha dicho ha sido únicamente para que dejemos de investigar a Nassouli. Pero de la lectura entre líneas y de lo que Tom me ha contado se desprende que igual están en plena negociación con personas que han sido acusadas o que estén a punto de serlo. Me parece que tratan por todos los medios de hacerles creer que han cazado a Nassouli. Y, aunque no se puede decir que estén mintiendo, me parece que quieren convencerlos de que el señor Nassouli se muestra colaborador.

—Hostias —dije, sacudiendo la cabeza—. Y a DiPaolo le daba miedo que le echáramos por tierra el tinglado al preguntar por Nassouli.

—Esa es mi teoría.

—Esta mujer se mueve por terreno resbaladizo —dije.

Mike asintió.

—Me da la impresión de que no deben tener tantas pruebas como querrían contra los acusados en el momento en que están dispuestos a arriesgarse hasta ese extremo —dijo.

—Y se diría que la están presionando para ver resultados y saber adónde ha ido a parar toda la pasta que se han gastado en los últimos tres años en perseguir a Nassouli —dijo Neary.

—Han sido duros con nosotros... y rápidos —dije.

Mike asintió.

—Lo cual me hace pensar que la negociación está siendo difícil. Es el momento oportuno —dijo.

Me llené un vaso de agua y, tras beber unos sorbos, me arrellané en la silla y volví a sacudir la cabeza.

—No te pongas demasiado cómodo, chaval —me dijo Neary—. Y quizá prefieras tomarte un café porque nos espera una noche larga.

Me lo quedé mirando y después me volví hacia Mike.

—No sé si seré capaz de soportar tantas sorpresas juntas —dije—. ¿Qué significa «nos espera»? La última vez que te vi creías que este caso no tenía nada que ver con tu empresa. ¿Qué ha ocurrido? ¿Lo de Nassouli te ha hecho cambiar de idea?

—Es uno de los motivos —dijo Neary.

—¿Cuáles son los otros? —dije.

—¿No te has planteado cómo pudo enterarse Pell de que yo te había ayudado?

—Se me han ocurrido una o dos ideas: tu fuente relacionada con la investigación, la persona a quien le hayas preguntado por Nassouli, fue llorando a Freddy, o el gordo se lo ha imaginado solito después de enterarse de mi incidente con Trautmann.

—Bueno, pues te equivocas con las dos —dijo Neary—. Freddy no se ha imaginado una mierda, y yo nunca llegué a hablar con mi contacto porque aún no ha vuelto de las vacaciones. Según Shelly, Pell recibió un mensaje en su buzón de voz el viernes al mediodía, un mensaje anónimo desde una cabina de Brooklyn Heights. Una llamada que le habló de ti y de Trautmann... y de mí.

En ese momento se me ocurrieron muchas cosas. Los federales no andaban vigilando a Trautmann. Alguien le había dado la información a Pell, sobre Trautmann y sobre Neary. Eso significaba que...

—Trautmann —solté— trabaja con alguien del equipo de liquidación.

Neary asintió con una sonrisa burlona en la cara.

—Alguien de mi equipo o de Parsons. Vamos a descubrir quién es.

Mike me pidió un café, y les conté la charla con Faith Herman. A ninguno les sorprendió que hubiese reconocido a Trautmann ni sus delirios con Jesús al volante, aunque lo del Lincoln arrancó una sonrisa de Neary. Entonces comenzamos a barajar nombres.

—La lista no es muy larga —dijo Neary—. Básicamente, es la gente que viste en los despachos de MWB.

Asentí.

Mike frunció el ceño y dijo:

—¿Por qué solo ellos? ¿Por qué no incluir a todo aquel que ahora esté allí y que haya estado relacionado con la investigación desde el inicio? —repuse.

—El momento oportuno —dijo Neary—. Piénsalo... Trautmann y John se calientan el viernes a primera hora; al mediodía alguien llama a Pell, apenas unas horas más tarde. A mi modo de ver, Trautmann informó a nuestro topo sobre el incidente con John y saltaron las alarmas de inmediato. El topo no tuvo que bucear en los registros para atar cabos y saber de quién se trataba. Todo ocurrió demasiado rápido para que tuviera que buscar. El topo supo que se trataba de John en cuanto

Trautmann le dio la descripción porque el topo lo había visto... conmigo. —Mike asintió—. Pero tienes razón en una cosa —siguió Neary—. Prácticamente podemos descartar a todo aquel que no haya estado en el trabajo desde el primer día o días después de empezar.

Los siguientes diez minutos permanecemos en silencio, mientras hacía una lista de las personas que había conocido en MWB: Chet, el vigilante, con esos ojos que daban miedo; la inteligente e inquieta Cheryl Compton; los otros dos tipos de Brill, Bobby Coe, con pinta de guarda forestal, y Mitch Vetter, el que daría el pego de mafioso; el vigilante gordo de la cuarta planta, Tim; el arrogante y sarcástico Evan Mills, del que Neary había dicho que tenía pinta de universitario entrado en años; los tres auditores judiciales de Mills: Greer, el delgado con gafas, Desai, el hindú esbelto, y Koch, el hincha de los Jets; el vigilante de cuyo nombre no me enteré. Neary hizo su propia lista, y las comparamos.

—Los grandes pensadores piensan lo mismo —dije—. ¿Sabes cuánto tiempo lleva esta gente en MWB?

—Todos no. —Neary consultó su reloj. Eran casi las ocho. Sacó el móvil e hizo una llamada—. Hola... ¿Kevin? Soy Tom Neary. —Escuchó un momento y se puso a reír—. Sí, sí, vaya día de mierda que hace. ¿Queda alguien por ahí? —Escuchó un poco más—. ¿Nadie de Parsons? Gracias, Kevin. Enseguida me paso. —Neary me dirigió la mirada y dijo—: Tenemos el despacho a nuestra disposición.

—Yo tengo que poner al día al cliente —dijo Mike—. Esperemos que siga en su sano juicio.

Seguía lloviendo, y el tráfico en el centro era un desastre, así que fuimos en metro. El ambiente estaba húmedo y cargado, olía como un calcetín mojado, pero no tuvimos que esperar mucho. Nos quedamos de pie junto a la puerta del vagón mientras el tren traqueteaba hacia el sur.

—¿Los directivos de tu empresa ya saben las últimas noticias? —dije a Neary.

—Sí, y están rezando para que no sea uno de los suyos. No quieren contarle nada a Parsons ni al cliente hasta estar seguros. Me dejan encargarme de esto siempre que lo haga deprisa y, sobre todo, sin ruido. Y, claro, quieren que los informe cada cinco minutos o así.

—Todos queremos que esto termine cuanto antes —dije—. El plazo límite de mi cliente es el jueves, y me parece que estos tipos, en cualquier caso el topo, también querrán acabar cuanto antes la operación.

Me miró estupefacto.

—¿Por qué? —dijo.

—Porque dan esa impresión. Un día después del incidente con Trautmann, a mi cliente le exigieron pasta... mucha pasta. Y le han dado cuatro días para reuniría. En el otro caso que conozco, a la víctima le dieron una semana entera. —Neary ponía

cara de incrédulo—. Y la llamada a Pell era precipitada y demasiado bonita para que fuera obra de Trautmann. Él tiene más sangre fría; sabe esperar la ocasión.

—¿Crees que el topo se puso nervioso y llamó por su cuenta? —dijo Neary. Asentí—. En ese caso será mejor que lo encontremos pronto antes de que lo encuentre Trautmann.

Subimos en ascensor a la tercera planta, donde Neary se detuvo frente a la mesa del vigilante. Kevin era un cincuentón corpulento con una buena mata de pelo cano y la cara abotargada que estaba devorando un fragante sándwich de fiambre y un *Newsday*.

—Estaremos en la cuatro. Tienes mi número de móvil. Hazme una llamada perdida si alguien entra —dijo Neary.

Kevin se lo quedó mirando, impasible.

—Lo haré, Tom —dijo. No registramos nuestra entrada.

El área de recepción de la cuarta planta estaba mal iluminada y vacía. Neary usó la llave magnética y aguantó la puerta de metal para que yo pasara. La planta estaba a oscuras, exceptuando el corredor que recorría la parte interior. A pesar de la moqueta, oíamos nuestros pasos y todos los ruidos del edificio y nos asustábamos ante cualquier clic o zumbido que sonara de repente. Seguí a Neary y giramos un par de esquinas hasta una sala cerrada con llave. Abrió con la llave. Le dio a un interruptor en la pared y se encendió la luz. Estábamos en una sala reducida y ciega, llena de estantes, era la sala que los de Parsons denominaban despacho de proyectos. Olía a polvo y a papel, a las sobras de la comida de alguien. Neary salió un momento y regresó empujando una silla giratoria. Se quitó el abrigo y la americana.

—Es un trabajo sucio —dijo, y cogió un archivador blanco de un estante.

Pasamos dos horas mirando archivadores llenos de hojas de registro de horas semanales y, cuando terminamos, teníamos una fecha del inicio de las actividades de cada persona de la lista. Tachamos seis nombres que llevaban poco tiempo en el trabajo y nos quedaron cuatro: Cheryl Compton y Mitchel Vetter de Brill, y Evan Mills y Vijay Desai de Parsons.

—¿Hay alguno de ellos que te llame especialmente la atención? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Podría ser cualquiera de ellos —dijo.

—¿También Compton?

Neary repitió el gesto y se pasó la manaza por la nuca.

—Ojalá no tuviera que incluirla, pero llevo demasiado tiempo en el ramo para descartar posibilidades. —Puso el último archivador en el estante—. ¿Se te ha ocurrido algún plan?

—Tengo una idea. Quizá podamos concretarla en plan.

Neary se miró el reloj.

—Un poco de comida nos aclarará las ideas —dijo.

Y así fue. Lo invité a cenar en After the Heat, un asador que está abierto toda la noche en el barrio de la industria cárnica. Nos comimos unas costillas con ensalada de patata y pan de maíz, un trozo de tarta de pacana deliciosa y mucho café fuerte. Y mientras comíamos, y una vez que terminamos, cuando ya no quedaba nadie en el restaurante, concebimos algo parecido a un plan. No era perfecto, ni por asomo. No era elegante ni sutil ni estaba exento de riesgos. Pero los inconvenientes eran mínimos teniendo en cuenta que sería facilísimo llevarlo a cabo. Y como no andábamos sobrados de tiempo no nos costó decidimos por él.

—Voy a hablar con los directivos esta noche. Si no ponen pegas, mañana tendré organizado lo que necesitamos. Suponiendo que los cuatro sospechosos estén en el despacho, lo haremos mañana por la tarde —dijo Neary.

Asentí y dije:

—Cuanto antes mejor.

Cuando salí ya no llovía, pero hacía más frío y el viento soplaba más fuerte. Las calles estaban vacías. A Neary le costó encontrar un taxi, y esperé con él en silencio. Cuando por fin paró uno, hizo un leve movimiento de cabeza, se subió y se fue. Consulté mi reloj. Faltaban cinco minutos para que fuera martes.

Entonces me sentí agotado y agobiado por un día que parecía haber durado cinco días, excitado y ansioso por lo que iba a ocurrir al día siguiente y nervioso de tanto café. Fui caminando a casa por las calles silenciosas y mojadas. Por encima, el viento se había llevado los nubarrones que habían cubierto la ciudad durante todo el día. El cielo se despejaba por momentos, y la luna pálida brillaba en lo alto rodeada de estrellas aún más pálidas.

23

Esa noche dormí poco y lo poco que dormí apenas lo noté. A pesar de la hora, al llegar a casa había llamado a Mike Metz antes de acostarme. Le había contado lo de la lista de nombres y el plan. Él me había hablado de Pierro.

—Se le ha acabado la cuerda, John. Si esto no acaba pronto se va a venir abajo — dijo.

—Con DiPaolo hemos salido favorecidos. Eso son buenas noticias.

—Ha ayudado. Pero está desesperado por acabar con esto cuanto antes. Ya tiene el dinero.

—¿Y si este pago no es el final de esto...? ¿Y si resulta que es el inicio? Si en unas semanas ya se le va la olla, imagínate cómo estará dentro de seis meses o de un año... Aún está a tiempo de ir a la policía o de hablar con los administradores de French.

—Se lo he dicho, John, más de diez veces. No quiere saber nada.

—¿Le has contado lo de Nassouli?

—No del todo. No quiero poner en peligro nuestro trato con Shelly. Pero le he dicho que los federales nos han convencido de que Nassouli no está metido en el ajo.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No pareció encajarlo. No hizo preguntas ni quiso hablar del tema. —Pensé en ello. Pero un fuerte bostezo de Mike me devolvió a la llamada—. Llámame cuando lo tengas todo organizado con Neary —dijo, y colgó.

Ya era la una y media cuando me acosté. Las siguientes cuatro horas y media las pasé buscando una postura cómoda mientras recordaba los acontecimientos del día anterior y los revivía. Me desperté con los ojos legañosos y el cuerpo dolorido.

Estuve un buen rato en la ducha y me afeité sin prisas. Después me vendé el tórax y me puse unos tejanos con un jersey de cuello alto negro. Fui hacia la nevera y bebí un cuarto de litro de zumo de naranja. Me sentía bien... limpio, con la mente despejada, en forma. Pero estaba inquieto e impaciente, ansioso por tener noticias de Neary, me moría de ganas de empezar. La tensión se me acumulaba en el estómago. Me paseaba de un lado a otro frente a las ventanas.

El hecho de sentirme en forma, claro, era una ilusión. El caso es que si no dormía un poco, en una hora estaría para el arrastre y al mediodía me pondría a temblar del cansancio. La impaciencia puede jugar en tu contra y tenía que controlarla. Si lo hacíamos bien y teníamos suerte, hoy tendríamos algo más que humo y sombras. No era un día para perder los nervios. Era un día para concentrarme en mi parte del juego. Lo que necesitaba era echar una carrera larga pero tenía que conformarme con un almuerzo y un paseo. Después igual podría dormir como es debido.

Redirigí las llamadas al móvil y me estaba poniendo la cazadora cuando oí unos

golpes en el piso de arriba. Fum, fum-bum. Fui hacia la cocina para coger la tarjeta de visita que sabía que estaba allí, con el número de teléfono en la otra cara.

—Te invito a desayunar —dije cuando Jane Lu contestó.

Tardó un poco en contestar.

—Quedamos abajo en veinte minutos.

A los veinte minutos exactos Jane salió del ascensor. Llevaba el pelo mojado. Se había puesto un jersey lila de cuello alto y el resto era negro: unos pantalones con una caída elegante, unos zapatos de tacón, el abrigo colgado del brazo y la mochila de cuero colgada del hombro.

Nos encaminamos hacia Rose Darling, un acogedor restaurante situado a la vuelta de la esquina donde sirven unos deliciosos copos de avena. Pedí la papilla y café. Jane pidió una magdalena y té. Cuando la camarera se fue, nos miramos a los ojos un rato.

—¿Nuevas heridas? —dijo.

Negué con la cabeza.

—Son las mismas, solo ha cambiado el colorido. —Esbozó una sonrisa y me preguntó por el caso. Se lo conté por encima, sin los detalles concretos. Ella escuchaba con atención—. Con un poco de suerte hoy vamos a resolverlo —dije.

—Con un poco de suerte te librarás de unos cuantos moratones. —La camarera trajo las bebidas, y las probamos—. Aparte del currículum que me dio mi hermana, apenas sé algo de ti.

Volvió a sonreír, luego asintió y dijo:

—Vamos a ver... Mis padres son de una zona rural de China y en los sesenta emigraron a Estados Unidos. Vivieron unos años en la costa occidental y después se trasladaron a Boston. Mi padre es investigador informático, mi madre es doctora. Tengo una hermana, Barbara, y un hermano, Joe, ambos mayores que yo. Ella trabaja en la facultad de matemáticas del M.I.T., él desarrolla programas. Todos nacimos y nos criamos en Cambridge. Somos el prototipo de familia china que ha logrado más de lo esperado.

—Lauren dice que eres una especie de genio. Creo que esa es la palabra que usó.

Alzó la mano para atajar y dijo:

—Eso es exagerado. Pero trabajo bien.

—¿Cómo te has convertido en directora de alquiler?

Se puso a reír.

—Fue de esas ocasiones en que estás en el momento oportuno y en el sitio adecuado. Yo era consultora administrativa y trabajaba para un fabricante de láseres que funcionaba mal. Necesitaban a alguien que les asesorara, y enseguida fui consciente de los problemas y de lo que tenían que hacer para resolverlos. Pero mi compañero no vio las cosas de la misma manera; y no era la primera vez. De hecho,

solo coincidíamos en que no nos soportábamos el uno al otro. Así que cuando me prohibió comentarle al cliente mis descubrimientos y mis consejos, dimití. Después fui a ver al presidente de la empresa y le proporcioné la información. Y me fui a casa a leer libros de filosofía. A los dos días llamó el presidente y me hizo una oferta que no podía rechazar. Lo demás ya lo sabes.

—¿Por qué te gusta?

—He trabajado en consultoría y antes de eso en banca, y en los dos ámbitos he comprendido que, pese a todo el parloteo sobre diversidad y meritocracia, las cosas resultan más fáciles si eres un hombre y si eres blanco... Sobre todo si te propones llegar a la administración de una empresa. Pero mi trabajo es diferente. A veces trabajo para empresas que están por tercera vez al borde de la quiebra, empresas que pierden dinero, clientes y empleados. Y para entonces a la directiva le da igual de dónde procedes o si meas de pie o si tienes dos cabezas. No buscan afecto; buscan resultados. Me gustan esta clase de retos. Y me gusta llevar las riendas. —Bebió algo de té y sonrió abiertamente—. Claro, también es por la pasta...

La camarera nos sirvió el pedido. Añadí azúcar y leche a los copos. Jane partió la magdalena lo largo. Empezamos a comer.

—¿Qué más puedo contarte? —dijo.

Me quedé un momento callado.

—La llamada que recibiste por Acción de Gracias en el taxi... ¿Qué ocurría?

Jane se puso colorada y trató de sonreír pero no logró más que una mueca de dolor.

—¿Me crees si te digo que era mi padre? Era la décima vez que me llamaba esa semana para que cenara con ellos por Acción de Gracias. Pero lo peor es que el domingo volvió a llamar por lo mismo.

—¿Por qué ese empeño?

Jane jugaba como ausente con los pendientes de la oreja derecha.

—Es una movida china. Mis padres son... muy tradicionales en depende de qué cosas. Les da igual que tenga treinta y un años o que vaya por mi cuarta empresa, les daría igual aunque fuese el presidente del país. Ellos quieren que siga siendo su chiquilla, la pequeña, la soltera... Quieren tenerme controlada. —Se echó a reír, sobre todo para sus adentros—. La última empresa para la que trabajé era una biotecnológica de Cambridge y me apuesto a que yo era la única directiva de la ciudad que seguía durmiendo en la habitación de cuando iba a secundaria. —Jane se dio cuenta de mi cara de sorpresa—. Lo que digo, una movida china.

—Toda esa... intromisión, ¿no te vuelve loca?

Se encogió de hombros.

—Menos que antes, pero, claro, a veces me trae de cabeza. Se hace muy pesado. Pero hacen lo que creen que es debido y eso nunca me ha frenado a la hora de tomar

mis decisiones... así que, ¿qué más da? —Sonrió burlonamente—. Además, desde los dieciséis años solo les he contado lo imprescindible. —Bebió más té y dijo—: ¿Más preguntas?

—No has contado nada sobre relaciones.

—No hay nada que contar.

—¿Nada ahora o nada nunca?

—Nada ahora.

—¿Y en el pasado?

Soltó una risita.

—Supongo que el tiempo demostró que no eran tan importantes. —Entonces se le borró la sonrisa. Por primera vez desde que la conocía le noté cierta indecisión en la mirada—. ¿Y tú? ¿Alguien importante desde...?

Negué con la cabeza. Se me quedó mirando un momento, con cara inexpresiva.

—Lauren dice que pasas mucho tiempo solo.

—Parece que Lauren dice muchas cosas. ¿No puedes darle más trabajo para que se calle un poco? —Jane esbozó una sonrisa, esperando la respuesta—. Es algo que se me da bien —dijo—. A mí me funciona.

Jane guardó silencio, pero movía un lado de la boca con la ceja arqueada y se las apañaba para reflejar un hondo escepticismo y cierta tristeza. Andaba perdido en sus ojazos negros cuando sonó su móvil. Jane contestó la llamada.

—Mierda —dijo al rato—. La reunión es mañana, ¿qué cojones hace ahí ahora? —Volvió a escuchar—. Me da igual lo que pida... ponle un café, llévalo a la sala de reuniones, dile que llegaré en veinte minutos y cierra la puerta. —Cerró el teléfono—. Mierda —dijo suavemente.

—¿Tu padre otra vez? —dijo.

Sonrió de mala gana. Sacudió la cabeza.

—Un miembro del consejo de administración, y uno de los mayores inversores, pero no es precisamente uno de mis fans. El consejo se reúne mañana, pero al parecer pretende aventajar al resto. —Suavizó la sonrisa—. Debo irme —dijo. Se levantó—. Perdona que salga corriendo. Ha sido agradable. Llámame en cuanto hayas resuelto el caso; te invitaré a cenar. —Se puso el abrigo y comenzó a jugar con los botones, pero lo dejó y me puso la mano menuda en la mejilla. Y entonces me dio un beso—. Ojalá tengas suerte hoy —dijo en voz baja, y se fue.

Me quedé sentado, inmóvil, notando el pulso en los oídos y el roce cálido en los labios que se iba esfumando. Cuando logré estabilizar el pulso y recuperar el control de las extremidades, le pedí la cuenta a la camarera.

Caminaba hacia casa cuando Neary llamó. Seguíamos adelante.

A las doce y media sonó el despertador. Había dormido profundamente y sin soñar durante cuatro horas. Me eché abundante agua en la cara, me comí un sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada y me tomé el café mientras miraba el Weather Channel. Según las previsiones, las temperaturas iban a caer a un par de grados bajo cero por la tarde y hacia la noche se pondría a nevar. Y no iban desencaminadas a juzgar por los nubarrones que habían aparecido mientras dormía. Saqué del armario unos tejanos forrados de franela y unos calcetines de lana. Me puse una de mis camisetas de correr de fibra milagrosa y un jersey de cuello alto negro encima. Comprobé la batería del móvil; totalmente cargada. Comprobé la Glock; limpia y cargada. Me enfundé la cazadora de cuero negro, me metí en el bolsillo unos guantes y me dispuse a salir.

Esperé a Neary en la esquina de la Séptima Avenida con la calle Dieciséis. Llegó a las dos en punto sentado en el asiento de copiloto de una furgoneta gris. Parecía cansado, al igual que el vehículo en el que iba. Tenía los parachoques abollados, la carrocería estaba seriamente oxidada y en la puerta del conductor ponía con letras negras y borrosas: L&H Painting 1227-29 Myrtle Ave. Las lunas laterales tenían una gruesa capa de polvo y las de atrás estaban aún más sucias. Pero estaban hechas de un vidrio especial que permitían mirar afuera pero no mirar adentro. Me abrieron una puerta trasera y subí. Nos dirigimos al centro.

Neary iba acompañado de dos tipos. El que iba al volante era un tío fibroso con el pelo rebelde y canoso que iba sin afeitar. Tenía los ojos azules claros y hundidos. Vestía una cazadora gris arremangada mostrando sus antebrazos fuertes con las venas muy marcadas y llevaba un pequeño aro de oro en el lóbulo derecho. Podía rondar los treinta o los cincuenta, o cualquier edad comprendida entre estas.

—Eddie Sikes —dijo con un susurro chirriante mirándome por el retrovisor. Asentí.

El tipo sentado a mi lado era negro, más o menos de mi edad y estatura, pero más corpulento. Llevaba el pelo muy corto y tenía una cara abierta de expresión amable con los pómulos altos, el mentón cuadrado y una boca ancha que parecía a punto de reírse. También llevaba unas gafas con montura de cuerno y ropa que me recordó a los escaparates de Paul Stuart: una americana marrón a cuadros, unos pantalones de lana marrón, una camisa azul con las puntas del cuello abotonadas y una corbata con estampado de cachemira. Sobre las rodillas llevaba doblado un abrigo marrón. Tenía pinta de publicista con éxito hasta que te fijabas en esa cicatriz fina que se prolongaba desde la sien izquierda hasta el cuello y en esos nudillos agrandados por los callos, así como sus ojos, que tenían el brillo cálido y amistoso de dos balas. Naturalmente, la culata negra mate de la gran automática que se entreveía cada vez que se le abría la

chaqueta también era una buena pista.

—Juan Pritchard —me dijo. Tenía la voz agradable, grave y el tono era amistoso.

—En la sede ya hay dos hombres —me dijo Neary—. Han sustituido a dos de los vigilantes de uniforme que recorren los niveles. Dicen que los cuatro sospechosos ya han regresado del descanso para comer. Tenemos un aparcamiento en Water Street desde el que podremos verlo todo.

Eché una ojeada a la furgoneta. Era el comité de bienvenida de vigilancia, una variedad rodante de armatostes para espiar. Prismáticos potentes, material de visión nocturna, mini cámaras digitales, cámaras de vídeo, cámaras al uso y todo tipo de lentes, cinco o seis trípodes, grabadoras de sonido, micrófonos direccionales y muchos otros inventos que fui incapaz de reconocer y que prácticamente cubrían los dos laterales de la furgoneta debidamente alojados en moldes de pórex hechos a medida. La furgona disponía de otras comodidades. A mis pies había una nevera llena de botellas de agua y al lado una caja de barritas energéticas. A un lado de las puertas traseras había incluso un lavabo químico. Era de esos puestos de observación de lujo que solo podía permitirse una empresa como Brill. Teníamos suministros para quedarnos una semana dentro si era preciso. Pero no teníamos tanto tiempo y tampoco nos hacía falta, por lo menos para lo que teníamos entre manos.

El plan básico consistía en provocarlos a los cuatro, de uno en uno, y esperar a ver qué sucedía. Para que tuviera éxito, era indispensable que yo hubiese calculado bien dos cosas: que nuestro topo fuera un aficionado, es decir un ciudadano honrado salvo por estas incursiones en el chantaje en serie; y que él o ella ya estuviese asustado, quizá a punto de salir corriendo. La mecánica era sencilla. Yo llamaría a uno de los sospechosos. Sería una llamada corta y amenazadora. Sin decir mi nombre y usando un distorsionador de voz, le daría diez minutos para que se personara en la esquina sudeste de Broad Street y Pearl Street, de lo contrario, se reabría la investigación del suicidio de Nick Welch, pero por asesinato. Y entonces esperaríamos a ver qué ocurría. Una persona inocente puede tener diversas reacciones ante una llamada así: incomprensión, confusión, incredulidad y ansiedad. En cambio, la inexperiencia y el nerviosismo de nuestro topo le llevarían, esperábamos, a una de estas dos cosas: presentarse en la esquina de Broad y Pearl o huir. Y en los dos casos estaríamos observando y siguiéndolo. Después, Neary y yo nos enfrentaríamos al tipo en cuestión y le haríamos cantar.

Era sencillo, pero tenía riesgos. El primer riesgo era, naturalmente, que mis cálculos fueran erróneos. Quizá el topo no era ningún aficionado, quizá Trautmann lo había entrenado bien o quizá tenía los nervios de acero. Quizá me contestara y no hiciese nada en absoluto. En este caso, nuestra última alternativa sería vigilar muy de cerca a Trautmann y a los cuatro sospechosos, lo cual sería caro y sobre todo lento, y significaría que Pierro tenía la suerte de culo, al menos por el momento.

Existían otros riesgos, y los habíamos tenido en cuenta en el plan. Pero seguro que saldría algún imprevisto. Era de esas grandes verdades de este trabajo: nada salía según lo previsto. La gente reaccionaba inesperadamente, se rompía algún equipo y todo iba mal. Y hay que joderse.

Tardamos bastante en llegar al centro, pero Sikes sabía conducir. Conocía las calles y se mostraba imperturbable con el tráfico. Charló un rato con Pritchard sobre la temporada de los Knicks, pero la mayor parte del recorrido permanecimos callados en la furgoneta, con una leve tensión latente. No era evidente, ni siquiera incómoda, no era más que un zumbido grave, parecido al que hace la calefacción central. El sonido que hacíamos cada uno al concentrarse en su papel.

A las tres, un Chrysler marrón dejó libre una plaza cerca de la esquina sudoeste de Water Street con Broad Street y estacionamos la furgoneta. Desde allí, podíamos controlar al sur la sede de MWB y el cruce de Water y Pearl al norte. Al volante del Chrysler había una atractiva mujer de ojos oscuros y tez aceitunada y la melena rizada. Sentado al lado había un hombre de finos rasgos latinoamericanos. Neary se dirigió a ellos:

—Gracias por guardarme el sitio. ¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Nada —contestó ella—. Pressman y Sánchez han llamado hace diez minutos. Decían que todos estaban en sus despachos.

—Vale. Víctor y tú iréis a Broad. Dadme vuestra posición —dijo Neary. La mujer asintió y se fueron en coche—. Vamos a probar la radio —le dijo Neary a Sikes.

Éste abrió un compartimento junto al asiento del conductor y sacó una gran radio con una funda de cuero negro. Le dio a un interruptor y sonó un zumbido estático que enseguida se normalizó en un leve rumor.

—Unidad Uno a todas las unidades, vamos a hacer pruebas de transmisión —dijo.

—Unidad Dos a Unidad Uno, aquí Pressman, en la tercera planta. Te escucho, Eddie —dijo una voz.

—Tres a Uno, aquí Sánchez, Sikes. Estoy en la cuarta. Se oye bien —dijo otro.

—Unidad Cuatro a Unidad Uno. Aquí DiLillo. —Era la mujer del Chrysler—. He encontrado aparcamiento al oeste de Broad, algo al sur de Stone Street. Visión estupenda. Te escucho perfectamente. Víctor está haciendo la ronda.

—Unidad Cinco a Uno. Aquí Víctor, Eddie. Hace un frío que pela aquí afuera —dijo otra voz.

Sikes miró a Neary, que asintió.

—Juan tiene tu juguete —me dijo Neary.

Pritchard sacó una maleta de plástico negro que tenía debajo del asiento, la abrió y cogió una caja de plástico negro algo más grande que un busca. Era un distorsionador de voz. Me lo pasó.

—Lo he controlado esta mañana. Funciona perfectamente. Pruébalo —dijo.

Hablé en él.

—Probando, probando, uno, dos, tres. En el día más claro, en la noche más oscura, el mal no escapará a mi atención —dije. Sonaba como un robot castrado. Lo apagué.

—Estaré vigilando fuera del edificio —dijo Pritchard. Se ajustó un auricular diminuto a la oreja izquierda y se apeó por la puerta trasera. Un minuto después su voz sonó por la radio probando la transmisión. Sikes le confirmó la prueba.

Neary alargó el brazo atrás y me dio una hoja de papel.

—Es tu chuleta —dijo.

En ella figuraban los nombres, los números de despacho y los domicilios de cada sospechoso, junto con una descripción de su aspecto y una granulosa foto que parecía copiada de algún carnet. También incluía una lista de los números de móvil de todos los miembros de nuestro pequeño equipo.

—¿Por quién empezamos? —pregunté. Creía saber la respuesta a la pregunta. La prioridad de los superiores de Neary era saber si podían ser los dos empleados de Brill, y Neary quería ver la reacción de Cheryl Compton.

—Compton —dijo Neary. Sikes cogió la radio.

—Unidad Uno a Unidad Dos. Lenny, dame la posición de Compton —dijo Sikes. Pasados unos segundos sonó la voz.

—Dos a Uno. Dame un minuto, Eddie. —Al cabo de un rato siguió—. Dos a Uno. No está sentada al escritorio. Está... en el corredor. Ahora gira. —Hubo otra pausa—. Se ha metido en el lavabo, Eddie. No ha parado de entrar y salir de allí en todo el día. Es posible que esté con la regla o con diarrea.

Sikes puso los ojos en blanco. Neary cogió la radio.

—Uno a Dos. Aquí Neary. Ahórrate el informe médico, Len. ¿Dónde está Vetter?

—Dos a Uno. Acabo de pasar junto a su despacho, jefe, está trabajando al escritorio —le contestó Pressman.

Neary miró a Sikes y luego me miró a mí.

—Entonces comenzamos con Vetter. —Y en la radio dijo—: Unidad Uno a todas las unidades: vamos a llamar a Mitch Vetter. Confirмен la recepción.

Uno a uno se confirmaron los empleados de Neary. Luego me pasó un móvil.

—El identificador de llamadas está bloqueado. Es todo tuyo —dijo.

Marqué el número de Vetter y encendí el distorsionador.

—Mitchell Vetter, dígame.

Recordé aquella voz alta y el acento neoyorquino.

—Escúchame bien. A menos que quieras ver cómo se reabre el caso de Nick Welch, pero esta vez por homicidio, acude a la esquina de Broad Street con Pearl en diez minutos. Diez minutos, Vetter, o vas a tener que contestar a muchas preguntas sobre Nick Welch.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio largo. Y de pronto sonaron carcajadas.

—¿Sid? Cabronazo, Sid, ¿eres tú, verdad? —Vetter se desternillaba—. Joder, tío, suenas como un caniche enfermo. Pero lo de la voz ha estado muy conseguido. Pero ¿quién coño es ese Nick no se qué? ¿Sid? ¿Sid?

Colgué. Neary me miró. Sacudí la cabeza.

—Le ha hecho gracia —dije—. A no ser que sea muy retorcido, no sabe quién es Nick Welch. Me ha tomado por un tal Sid.

—Unidad Uno a Unidad Dos. ¿Qué pasa ahí, Lenny? —dijo Neary en la radio.

Enseguida volvió a sonar la voz susurrante de Lenny.

—Aquí Unidad Dos. Está sentado al escritorio, se ríe y ahora llama por teléfono. Habla entre risas. Ha dejado de reír, está confuso. Sigue hablando, sacude la cabeza. Y ha colgado. —Pressman permaneció un rato callado—. Ahora está mirando las paredes, sacudiendo la cabeza. Ya ha vuelto al teclado.

—¿Qué te parece? —me preguntó Neary.

—No creo que sea el topo, pero le daremos unos cuantos minutos más —dije.

Neary asintió y se puso en contacto con Pressman.

—Uno a Dos. Lenny, no le pierdas de vista otros quince minutos.

Pressman confirmó la orden. Neary devolvió la radio a Sikes, que se encargó de informar a las otras unidades. Luego esperamos. Transcurridos quince minutos que parecieron un día, y durante los cuales la acción más emocionante que emprendió el señor Vetter fue comprarse una lata de bebida en una máquina, decidimos seguir adelante. Neary miró a Sikes.

—Unidad Uno a Unidad Dos. ¿Dónde está Compton, Lenny? —dijo Said.

La respuesta se hizo esperar un par de minutos.

—Aquí Dos. Está sentada a su mesa, no hay nadie más en la sala.

Neary afirmó con la cabeza. Sikes volvió a coger la radio e informó al equipo de Neary de que íbamos a llamar a Compton. Confirmaron la orden y Neary me dirigió la mirada. Encendí el distorsionador y marqué su número.

—Cheryl Compton —dijo deprisa. Yo dije mi parte y, otra vez, se hizo un largo silencio, más largo que con Vetter. Pero cuando Cheryl contestó no se reía—. ¿Quién es? —dijo en voz baja y tensa.

—Diez minutos, Cheryl —dije. Más silencio.

—¿Qué hostias me estás haciendo? —siseó. Colgué. Neary me miró.

—No le ha hecho gracia —dije.

Sikes llamó a Pressman.

—Cuenta, Lenny.

—Solo está sentada, agarrada a los brazos de la silla, mirando al vacío. Parece... no sé, muy tiesa. —Se hizo una pausa—. Ahora ha cogido el teléfono. Está hablando, ya ha colgado. Diría que le ha dejado un mensaje a alguien. Vale, se ha levantado. Me

muevo. —Siguió otra pausa, esta vez más larga, y prosiguió—. Va por el pasillo principal hacia la parte norte del edificio. Se mete por uno de los pasillos. Se ha detenido para mirar por una ventana. Tengo que moverme, lo siento.

Esperamos a que Pressman continuara informando. Neary estaba pálido y rígido por la tensión y quizá de rabia. Se le veía agotado. Sikes daba la impresión de aburrirse. Entonces Pressman habló:

—Vale, ha vuelto a su despacho. Otra vez coge el teléfono... habla... cuelga. Puede que haya dejado otro mensaje. Ha vuelto a sentarse sin hacer nada.

Neary me miró.

—No lo sé, Tom. Dale más tiempo —le dije.

Miró el reloj. Eran las cuatro menos veinte y empezaba a anochecer. También faltaba menos para la hora punta, lo cual iba a perjudicarnos. Entre la multitud es más difícil que te descubran, pero también es más fácil perder de vista al sujeto que sigues.

—Veinte minutos —decidió.

Sikes informó al resto. Esperamos. Pressman nos informaba cada cinco minutos. Decía que Cheryl Compton estaba sentada, mirando las musarañas, haciendo llamadas que al parecer no contestaba nadie, recorriendo el despacho de un lado a otro y sentándose otra vez con la mirada perdida.

Una vez que transcurrieron los veinte minutos, Neary le dio quince minutos más. Cinco minutos antes de que expirara el plazo, Compton se mostraba más tranquila y había vuelto al trabajo.

—Está realmente incómoda —dijo Neary—. Y me gustaría saber a quién cojones llama. —Tenía la voz tensa de frustración. Sacudió la cabeza—. Se hace tarde; sigamos adelante. ¿Dónde están Desai y Mills?

—Lenny, no le quites el ojo de encima —dijo Sikes en la radio—. Vamos a la cuarta planta. Unidad Uno a Unidad Tres, ¿dónde estáis?

Sonó la voz de Sánchez para informarnos de que Mills y Desai se encontraban en sus respectivos despachos.

—Primero Desai —dijo Neary.

Sikes asintió y cogió la radio.

—Unidad Uno a Unidad Tres. Pasamos a Desai. Sánchez, dime qué ves.

Sánchez no tardó en informarnos:

—Ya le veo, Eddie. Está trabajando, sentado frente a su escritorio. —Neary dio el asentimiento a Sikes y este comunicó a las unidades que íbamos a llamar a Desai. Después me dirigió la mirada. Cogí el móvil e hice mi papel.

—¿Cómo? ¿Quién... quién es? —reaccionó Vijay Desai—. ¿A quién está llamando? ¿Qué es esto? ¿Un nuevo método de ventas?

—Diez minutos, Desai —concluí.

—¿Para qué? ¿Quién es?

Colgué. Miré a Neary y negué con la cabeza.

—O es un pedazo de actor o no tiene ni idea de qué va esto. Me decanto por lo último —dije.

Sikes habló por la radio:

—Sánchez, ¿qué pasa por ahí?

—Nada, está sentado. Parece algo confuso.

—Dale diez minutos —dijo Neary, pero antes de que Sikes pudiese transmitir la orden, Pressman se puso en contacto.

—Unidad dos a Unidad Uno. Vetter se mueve. Se ha puesto el abrigo y va hacia los ascensores. —Hablabla como si le faltara el aire.

Sikes reaccionó en el acto:

—Unidad Uno a Unidad Seis. ¿Me escuchas, Juan?

—Sí, señor —dijo Pritchard—. Estoy en la puerta de entrada. Lenny, ¿qué lleva puesto?

—Pantalones claros, chaquetón de cuero negro, bufanda a rayas azules y rojas — se apresuró a contestar Pressman.

—En cuanto le vea te aviso —dijo Pritchard.

Mientras esperábamos, Sikes habló con Sánchez. Desai había vuelto al trabajo. Al cabo de unos minutos, Pritchard volvió a contactar.

—Ya lo tengo. Va por Water Street, hacia William Street. Le sigo a una distancia prudente —dijo Pritchard—. Víctor, ¿estás por la zona? ¿Podrías acercarte a él por el flanco?

—Me parece que sí. Estoy en el cruce de Broad Street con Pearl y sigo por esta hacia William Street —dijo Víctor.

—No te separes de él —dijo Sikes. Los minutos pasaban lentamente. Eran casi las cuatro y media y ya casi de noche. Por las aceras circulaba cantidad de gente y el tráfico era más intenso. Cada vez sería más difícil seguirle—. Háblame, Juan —dijo Sikes.

—Giro a William Street. Esto se está llenando de gente, Eddie —dijo Pritchard.

Neary consultó su reloj. El tiempo de Desai había terminado. Ahora le tocaba a Mills. Neary dio la señal a Sikes.

—Sánchez, ¿dónde está Mills? —preguntó Sikes.

—En su despacho. Lo tengo a la vista.

Activé el distorsionador, pero antes de que Sikes pudiera decírselo a las unidades, Pressman volvió a hablar, sin resuello.

—Mierda, Eddie, la he perdido. He perdido a Compton. Me cago en Dios, su abrigo no está. Eddie, no está en esta planta. Puede que salga del edificio. Mierda.

Le faltaba el aire y sonaba angustiado. Sikes puso cara de consternado. Neary

exhaló un fuerte suspiro, un suspiro de disgusto.

—Esto es increíble —dijo con la voz ronca. Le cogió la radio a Sikes. Cuando habló lo hizo con calma y sin alterar la voz—. Tómatelo con calma, Len. Pregúntale al conserje de la entrada. Lorna, ¿estás escuchando esto?

La mujer del Chrysler contestó. A juzgar por el ruido de fondo, estaba en la calle.

—Te he escuchado. Estoy caminando hacia el edificio.

Entonces volvió a hablar Pressman.

—Ha fichado la salida hace cinco minutos, jefe. Mierda.

Lenny no tenía un buen día. Me di media vuelta para mirar por la luna trasera de la furgona a la cantidad de gente que iba pasando. Neary conservaba la calma. Habló en la radio:

—Lorna, abre bien los ojos. Puede que esté en la calle y que te la encuentres de cara. Len, ¿cómo va vestida?

—Pantalones grises, una especie de anorak, gris claro y azul —contestó Pressman. Miré por las lunas traseras, y por un momento me pareció ver un anorak con esos colores y una melena castaña.

—¡La tengo! —dije—. Va por Water Street hacia Whitehall. Acaba de pasar a nuestro lado. —Neary volvió a hablar por la radio.

—Lorna, ¿dónde estás?

—Estoy junto al banco, jefe. Vosotros estáis más cerca —respondió.

Neary lo pensó un momento, se fue a un rincón y volvió con una radio diminuta. Se la metió en el bolsillo y se ajustó un auricular a la oreja. Le entregó la radio grande a Sikes.

—Eddie, tú coordinas esto. Asegúrate de que todos permanecemos en contacto. Y no dejes que ese gilipollas de Pressman se acerque a objetos afilados. Yo me encargo de Cheryl —dijo Neary. Me miró—. Tú y Eddie os encargáis de Mills. Maldita ley de Murphy.

Sonrió irónicamente, sacudió la cabeza y se fue. Sikes y yo nos miramos el uno al otro.

—Vamos a ver cómo van las cosas dentro, jefe —me dijo. Llamó a Sánchez.

—Mills acaba de ir al servicio, Eddy. Te avisaré cuando regrese —dijo Sánchez.

Esperamos y escuchamos las conversaciones nerviosas por la radio. Pritchard y Víctor seguían a Vetter por Hannover Square. Neary seguía a Compton, que había girado a la derecha hacia Whitehall. DiLillo enfilaba corriendo Broad Street, en tanto que se lo permitiera la circulación, tratando de cruzar a Whitehall para ir al encuentro de Compton. Sánchez volvió a comunicarse para decirnos que Mills había regresado a su puesto de trabajo. Marqué el número de su despacho y Mills contestó al instante. Puse en marcha el distorsionador y le hablé.

Se limitó a respirar hondo al otro lado de la línea. Luego silencio. Y colgó.

—¿Qué sucede, Sánchez? —le preguntó Sikes.

—Está Hipando. Se ha quedado sentado, pálido como un papel y pasándose los dedos por el pelo. —Sánchez hizo una pausa—. Ha sacado el móvil. Ahora se levanta. Mierda. Ha cerrado la puerta del despacho, Eddie.

—No le pierdas de vista, Sánchez.

Y esperamos. Sikes controló la situación del equipo que iba a pie. Pritchard y Víctor miraban a Víctor tomarse el café en un local de Hannover Square. Creían que podía estar esperando a alguien. Neary seguía a Compton, que se acercaba a Broadway Street. DiLillo estaba en la siguiente calle. Sánchez volvió a intervenir.

—Se está marchando, Eddie. Repito, Mills se va. Viste pantalones negros y un abrigo gris oscuro. Lleva un maletín de cuero negro colgado del hombro. Pone cara de mala leche, Eddie.

Sikes me miró.

—Dame una radio —dije. Sikes buscó entre el material y cogió una. Me puse el auricular y la puse en marcha. Nada—. Está muerta. —Se la tiré encima de las rodillas.

Soltó un par de tacos con mucho colorido y dijo:

—Era la última.

—Vaya, creía que una empresa como Brill tenía presupuesto para pilas —dije entre risas—. Usaré mi móvil. —Bajé de la furgoneta.

Eran casi las cinco y las calles estaban atestadas. Por poco se me escapó cuando salió del edificio. Caminaba rápido con movimientos rígidos. La melena rubia estaba grasienta y hacía mala cara, aunque también podía deberse a las luces de la calle. Estaba marcando un número en el móvil con dedos temblorosos. Iba hacia Broad Street. Dejé que avanzara unos metros más y le seguí. Con todo ese gentío tendría que mantenerme cerca. Mills giró a la derecha en Water Street y pasó junto a la furgoneta sin mirarla siquiera. Después giró otra vez a la derecha en Whitehall y anduvo en dirección a Bowling Green. Le seguí abriéndome paso entre la gente. Hasta ese momento, era el mismo camino que había seguido Cheryl Compton.

Hacía mucho más frío y se respiraba un ambiente como si en cualquier momento fuera a nevar. Las nubes, que la ciudad iluminaba por abajo, parecían bien cargadas. Mills seguía concentrado con el móvil. A medida que nos acercábamos a Bowling Green, había más gente en la calle. La corriente de gente se convirtió en un río, con afluentes y contracorrientes. Una corriente avanzaba hacia el norte, a Broadway, otra hacia el oeste, a la estación de metro de Bowling Green, y otra corriente empujaba hacia el sur, hacia los *ferrys*, punto de origen y destino de las barcas que enlazan con Staten Island. La gente iba bien abrigada y perdida en las rutinas automáticas de la vuelta a casa. Estábamos en el lado sur de Bowling Green, enfrente de Custom House. Mills cruzó Whitehall y se encaminó hacia el metro. Le seguía a poca

distancia.

Me las arreglé para llamar un momento a Sikes antes de descender por debajo del río. Me hallaba en un tren de la línea 4, hacia Brooklyn, encajado entre un tipo que olía a rancio y una mujerona con los pechos aplastados contra mi costilla rota. Yo estaba de pie en la parte delantera, cerca de la puerta que comunicaba al otro vagón, y por el vidrio rayado alcanzaba a ver un brazo y el hombro de Mills.

Gracias a la chuleta de Neary, sabía que Mills vivía en Park Slope y me figuré que nos dirigiáramos allí, lo cual equivalía a tres paradas hacia Atlantic Avenue, luego un trasbordo, probablemente a la línea 1, y entonces una o dos paradas más. Íbamos cruzando el río por debajo mientras las luces del tren se apagaban y volvían a encenderse cada cierto tiempo. El tren aminoró la marcha al acercarnos a la primera parada en Brooklyn.

Borough Hall es un importante punto de enlace y mucha gente subió y bajó de los vagones. Me asusté un momento al perder a Mills de vista, pero enseguida volví a verlo, lo estaba tapando un hombre que llevaba varias alfombras. Cambié de sitio y lo vi de perfil. La tensión se reflejaba en su cara menuda y en su boca apretada que parecía no tener labios. Hasta entonces no se había mostrado preocupado de que pudieran seguirlo; ninguna mirada furtiva, ni cambios de ruta repentinos. Obcecado por la tensión y el miedo, era completamente ajeno a lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Seguimos avanzando, dejando atrás Nevins Street, hasta Atlantic Avenue, que es un punto de enlace mayor que Borough Hall porque aquí confluyen diversas líneas de metro que enlazan con la estación de Flatbush Avenue, que es el punto de partida del Long Island Rail Road, el LIRR. Si Mills iba a Park Slope, tenía que bajarse aquí. Se enderezó a medida que nos acercábamos a la estación. Me abrí paso hacia las puertas. Cuando se abrieron se formó un tumulto en el que perdí a Mills. Miré a los dos lados del andén y no vi más que una masa humana que avanzaba arrastrando los pies. La estación era un laberinto de estrechos pasillos y escaleras. Seguí las señales hacia la línea 1 cuando vi a un tipo alto y delgado despotricando en un móvil. Era Mills, pero no se dirigía hacia otra línea de metro. Se encaminaba hacia la estación del LIRR.

Flatbush Avenue es una estación pequeña, el punto de partida de un ramal que tiene otras dos paradas en Brooklyn y que termina en Queens, en el centro neurálgico del LIRR, en Jamaica. Aunque siempre la están reformando, sigue siendo un antro de mala muerte con no más de cuatro andenes, unas cuantas taquillas, un mostrador de información, un quiosco destartalado y un escabroso *snack bar*, que en ese momento estaba muy concurrido. Mills avanzaba rodeado de gente hacia los andenes. Cogí algunos horarios de trenes del mostrador de información y le seguí.

En el andén había cuatro hileras de personas que esperaban el tren. Era fácil

controlar a Mills, pero al aproximarse el tren temí volver a perderlo. Intenté acercarme más a él entre un bosque de abrigos gruesos, con lo cual no hice amigos. Mills seguía concentrado en el móvil, pero al parecer sin éxito. Estaba pálido como la cera. Cuando el tren se detuvo, subió a él. Yo también subí, al otro lado del mismo vagón. El vagón carecía de asientos y estaba igual de abarrotado que el metro. Por los altavoces sonó alto lo que sería una voz, y abandonamos a sacudidas la estación.

Pasamos a gran velocidad por los túneles y después fuimos por una vía elevada. Me apoyé en la puerta y miré por la ventana. El plexiglás no dejaba ver gran cosa: oscuridad, el resplandor de las luces de la ciudad y mi rostro, pálido y tenso. El revisor pasó y le compré un billete para Jamaica. El tren redujo la marcha al entrar a la estación de East New York. Saqué el móvil. No tenía muy buena cobertura, pero marqué igualmente el número de Neary. Me contestó pero entre la señal débil y el ruido de trenes no pude entenderle. Le dije dónde estaba y lo que estaba haciendo, pero no tenía ni idea de si se había enterado de algo. Dirigí la vista al fondo del vagón, donde Mills permanecía de pie junto a las puertas y se ladeaba con el tren.

Hojeé los horarios de trenes y localicé el tren en que íbamos. La siguiente parada era Jamaica. Se trataba del punto en que convergen todos los ramales del LIRR y, desde allí, Mills podía dirigirse a cualquier parte de la red que se extendía de Manhattan a Montauk. Después de Jamaica, seguiríamos hacia Hempstead y nos detendríamos en varios barrios de Queens camino de Nassau County. Uno de esos barrios era Bellerose.

Cuando entramos a Jamaica, había mucha gente en el andén. Aquí también subieron y bajaron muchos pasajeros, pero Mills no se movió y yo tampoco me moví. Pasados unos minutos, las puertas se cerraron y el tren se puso en marcha. El revisor volvió a pasar y le compré un billete para Bellerose.

Probé otra vez el móvil. La señal seguía siendo débil. Volví a marcar el número de Neary y esta vez logré escucharle sin problemas. Por desgracia, se trataba del saludo del buzón de voz. Dejé un mensaje para informarle sobre el lugar al que pensaba que íbamos. Luego llamé a Sikes. Me contestó en el acto. Apenas pude entenderle, pero sonaba a emergencia. Enseguida lo puse al tanto de mi situación, y empezó a contarme algo acerca de Compton cuando me quedé sin cobertura. Volví a llamarle pero fue inútil.

Pasamos por la estación de Hollis, después por la de Queens Village, y llegamos a Bellerose. Mills ya estaba delante de la puerta, preparado para salir. En Bellerose bajaba cantidad de gente; Mills fue el primero. Andaba con buen paso, como si tuviese muy claro adónde iba. Yo le seguía a cierta distancia. Ya no me preocupaba perderlo de vista porque sabía adónde iba. Mills salió de la estación y tomó Commonwealth Boulevard. Lo seguí.

Hacía más frío que antes, un frío húmedo que te calaba, y la nieve caía en grandes

copos de formas irregulares que pesaban demasiado para flotar. Se derretían en el pavimento, y las calles que rodeaban la estación brillaban a las luces de sodio. Mills se encaminaba hacia el norte, a Hillside Avenue. La forma de caminar era tensa y brusca, como si le costara refrenar el impulso de ponerse a correr. En ningún momento volvió la vista atrás.

Me llevaba dos calles de ventaja. Recordé el trazado de la zona y supe que Mills no tardaría en girar a la izquierda. No me decepcionó. Cuando dejó Commonwealth, yo también lo hice, pero dos calles antes que él. Caminaba en paralelo a Mills por una calle en la que apenas había tráfico y ningún peatón. Una luz cálida se desprendía de las ventanas de las casitas, y era fácil imaginarse dentro la cena puesta sobre la mesa y a niños haciendo sus deberes. En muchas casas habían colgado las luces navideñas que iluminaban de colores chillones los copos de nieve que iban cayendo.

Podía seguir por esta calle tres manzanas más y luego girar hacia el norte para llegar a la casa de Trautmann. Si me daba prisa llegaría antes que Mills. Eché a correr. No fue muy agradable. Cada vez que apoyaba un pie notaba un dolor punzante. Me costaba llenarme los pulmones de aire y vaciarlos y cada respiración me quemaba por dentro. Después de correr una manzana, los músculos del costado se me fueron agarrotando. Seguí a paso ligero y llegué caminando a la calle de Trautmann.

Me detuve al lado de una camioneta aparcada a menos de un bloque de la casa de Trautmann, al otro lado de la calle. La casa estaba a oscuras y tenía el mismo aspecto cerrado y vigilado de la primera vez que la vi. El corazón me latía fuerte y no era por la carrera. Respiré lentamente un par de veces para contrarrestar la adrenalina producida.

No llevaba ni dos minutos allí cuando Mills cruzó la calle y enfiló los escalones de hormigón que daban a la puerta principal de Trautmann. Llamó al timbre y esperó. Volvió a llamar, esperó y llamó otra vez. Dio un paso atrás, miró a un lado, miró al otro y consultó su reloj de pulsera. Luego bajó los escalones y se escurrió por la rampa de entrada hasta perderse de vista por el lateral de la casa. Me quedé donde estaba. Pasaron uno o dos minutos sin que ocurriera nada cuando vi a través del alto seto que había luz en la parte de atrás de la casa.

Esperé un poco más. La nieve iba cayendo más deprisa, en copos más pequeños que se adherían a los arbustos y a los reducidos céspedes. La calle estaba tranquila, y la nieve le daba un aire aún más tranquilo. Comencé a caminar sin prisas por la acera de enfrente de la casa de Trautmann. En la rampa de entrada no había ningún coche. Seguí caminando hasta la siguiente bocacalle. Por la calle pasó de largo una camioneta. Crucé la calle y di media vuelta.

El cartel de «se vende» seguía en la entrada de la casa de al lado de la de Trautmann, y las ventanas estaban a oscuras y vacías. Pasé la vista por la calle.

Nadie. Entré deprisa por la rampa y rodeé la casa hasta la parte trasera. El jardín era un cuadrado de césped marrón, ahora espolvoreado de nieve. Al fondo estaba limitado por un muro bajo de bloques de hormigón y perpendicular a este se prolongaba un tramo del vallado que rodeaba la parcela de Trautmann. Anduve hacia el rincón más apartado del jardín, por donde limitaba con el garaje independiente de Trautmann. Entre la parte trasera del garaje y el seto de Trautmann había una estrecha franja de tierra. Me encaramé por el vallado y me dejé caer sobre esta sin hacer ruido.

Me puse en cuclillas, escuchando, y al otro lado del seto sonó un gruñido grave. En el jardín de al lado del de Trautmann, el rottweiler se puso a correr en círculos soltando resoplidos y gruñidos. Gruñía cada vez más rabioso y terminó por ladrar. Mierda. Me deslicé lentamente por la parte trasera del garaje y me quedé en el lateral. El perro se calmó. Me quedé un minuto en la oscuridad para recuperar el aliento y escuchar. Miré por la ventana pequeña del garaje. Dentro no había ningún coche.

La parte de atrás de la casa de Trautmann estaba a oscuras exceptuando las dos ventanas del fondo. Crucé la rampa y me aproximé a ellas tratando de pasar lo más cerca posible de la fachada trasera. Al acercarme vi que eran las ventanas de la cocina situadas a ambos lados de un cancel metálico al que daban cuatro escalones de hormigón. Apoyé la mano en la baranda de metal y el pie en el primer escalón. Entonces escuché un sonido rasposo y un crujido.

Y algo blanco me explotó detrás de los ojos y me tragó entero.

Notaba algo frío apoyado en un lado de la cara que me aplastaba la mejilla. Era suave y liso. Pesaba mucho. Abrí un ojo y el mundo se hallaba en una penumbra roja que comenzó a ladearse. Volví a cerrarlo, pero todo siguió dando la vuelta a oscuras.

Tenía algo frío apoyado en un lado de la cara que me aplastaba... No. Tenía la cara apoyada en algo frío. Estaba con la mejilla aplastada contra algo frío, suave y liso. El suelo. Estaba tendido boca abajo. Me sentía flojo, en disolución, ingrátido, como si lo único que me atara a la tierra fueran mi cara en el suelo y mi cabeza, que tenía espesa como un cajón de barro.

Oí sonidos, murmullos, más altos, más bajos, arranques fuertes. Después de un rato se transformaron en palabras, muchas palabras dichas deprisa una detrás de otra. Intentaba captarlas pero se escurrían como si fuesen peces que no cesaban de colear y no logré retenerlas. Pasado un buen rato, las palabras se convirtieron en frases.

—Ya basta de lloriqueos, joder, y ve a por la caja del pasillo.

—¿Estás seguro de que no está despierto? No para de mover los brazos y las piernas.

—Ya te he dicho que después del golpe que ha recibido es normal que le den espasmos. También le he dado una buena patada en la cabeza. Este no se va a ninguna parte. Tú procura no mearte encima.

—¿No es mejor atarle también los tobillos con las tiras de plástico?

—Adelante, pero tendrás que cargar con él a todos lados. Yo prefiero que camine. Anda, respira un poco y deja de dar la lata, ¿vale? Haz algo útil, joder, ve a por la caja.

—¿Te ha cabido todo en tres cajas?

—Sí, lo que hemos cogido, las cintas y todo.

—¿Y el resto?

—Lo quemé en la hoguera el domingo. Ya no necesitamos toda esta mierda y no me hace ninguna gracia que puedan encontrarlo por aquí. Enseguida los tendremos encima, gracias a ti. No querrás ponérselo aún más fácil de lo que ya has hecho... ¿Eh, Millie?

—Te digo que...

—Y yo que te calles un rato. Me importa un carajo lo que digas. Si te hubieses quedado quietecito nada de esto estaría ocurriendo y no estaría haciendo las putas maletas.

—Pero él sabe...

—¿A ti no te enseñaron inglés en tu escuela de pago? ¿Qué es lo que no entiendes cuando digo que te calles de una puta vez? Joder... Y eso que era un negocio redondo. Te has comprado una hacienda cojonuda en Santa no sé qué. Y yo me he costado

una choza en las islas. Y teníamos cuerda para rato, podríamos haber seguido años y años con esto. Pero te has cagado encima en cuanto te han hecho una pregunta. Y además has llamado a los federales... Es increíble, joder. Primero tenemos que adelantar lo de Ricky Pierro. Y ahora esto.

—Sabe lo de Welch...

—¿Cómo has podido llegar tan arriba siendo tan imbécil? ¿Eh, Millie? Si tanto sabía, no te habría llamado para encontrarse contigo en una esquina, so gilipollas. Ha echado el anzuelo y tú eras el pez. Y cuando has picado te ha dado hilo para poder seguirte hasta aquí. ¿Y ahora qué? ¿Eh? Ahora tengo que largarme gracias a ti.

Las voces se acercaban y se alejaban acompañadas de pasos, de un fuerte taconeo en el pavimento. Me resultaban familiares pero no lograba recordar los nombres asociados a ellas. Traté de mover los hombros y los brazos y me di cuenta de que tenía las muñecas atadas a la espalda. Intenté abrir los ojos. El ojo que tenía pegado al suelo se quedó cerrado. El otro estaba pegajoso y se había formado como una costra encima. Intenté romperla como pude y entonces todo volvió a dar la vuelta y me deslicé por el suelo. Lo cerré deprisa.

—Te digo que está volviendo en sí. Acaba de abrir un ojo —dijo una voz situada más cerca. Escuché unos pasos acercándose.

—¿Sí? Vamos a ver —dijo el otro y algo duro me golpeó la costilla rota. Me quedé sin aliento y me aparté instintivamente—. Mierda, Millie, tienes razón. Ayúdame a sentarlo.

Me agarraron por los brazos y me arrastraron hasta una silla. Un dolor punzante me recorrió el costado de la cadera a la axila. Abrí los ojos, y el mundo volvió a ladearse. Los cerré y volví a abrirlos. Y otra vez. El mundo se estabilizó.

Estaba en una cocina. Era una sala de tamaño mediano y rectangular con una puerta y dos ventanas a un lado, un paso que daba a un pasillo a oscuras en el otro y en el tramo de pared que los separaba se concentraba la cocina. La decoración era de los sesenta: armarios verdes amarillentos, encimeras naranjas, suelo de linóleo moteado, los aparatos de color mostaza. Las persianas amarillas de las ventanas estaban bajadas. La lámpara del techo proyectaba una luz débil y desapacible.

Estaba sentado en una silla recta y cerca de una mesa cuadrada de madera. Encima de esta había tres cajas de cartón que ocupaban casi toda la superficie. Las cajas estaban abiertas y contenían abultados sobres manila. La encimera estaba despejada salvo por una botella de vodka destapada, una cubitera, mi pistola, mi móvil y algunos guantes de plástico del tipo que se usan para los arrestos masivos. El maletín de Mills estaba apoyado en el lavavajillas.

—¿Eh! ¡Llamando desde la Tierra a Johnny! ¿Estás ahí, chaval?

Trautmann chasqueó los dedos cerca de mi nariz. Vestía unos tejanos y una camiseta negra de Metallica. Sujetaba un vaso largo y llevaba guardada una potente

automática en un costado. Tenía las manos enormes y una cicatriz roja en el antebrazo que brillaba. La tirita en la nariz y los moratones en las ojeras me hicieron pensar en los vándalos que saquearon Roma.

Mills estaba detrás de él. Aparentaba mil años más que la última vez que lo había visto, y ya no quedaba nada de su trepidante verborrea. Se le veía ojeroso y demacrado. El pelo lacio le caía por la frente. Cruzó los brazos sobre el pecho abrazándose a nada. Nos miraba a Trautmann y a mí como si acabáramos de escapar de una jaula del zoo.

—¿Cómo te encuentras, Johnny? Un poco jodido, diría yo. —Trautmann soltó una risita ahogada y tomó otro trago. Tenía razón. Aparte del dolor del costado y el mareo, notaba punzadas por los brazos y las piernas, los ojos me rebotaban en la cabeza y de vez en cuando me sobrevenía una oleada de arcadas. Pero lo peor era que tenía el cerebro disuelto como la gelatina. No lograba concentrarme, me distraía como si fuera un borracho muy activo en una calle llena de bares—. Se te han cruzado los cables ¿eh? Tranquilo, Sparky se encargará de eso.

Trautmann cogió algo de la mesa y lo lanzó haciéndolo girar atrás en el aire. Era una especie de linterna negra y larga pero, en vez de foco, tenía un cabezal plano del que sobresalían dos dientes de metal. Lo agarró, pulsó un botón y un haz azul de electricidad formó arco entre los dientes. Una pistola paralizante.

—No es muy legal —dijo—. Supera con creces las que usan los polis. Aunque las pilas no te duran nada. Pero no te preocupes, tengo un montón en casa. —Entonces soltó un gruñido e hizo una finta con la pistola hacia mi pecho. No me moví, pero solo porque no asimilaba las cosas lo bastante rápido como para asustarme. Trautmann estalló en carcajadas—. Pero ¿para quién trabajas? ¿Acaso para la viuda de Welch? ¿Pierro? Yo creo que es Ricky, pero Millie no está de acuerdo. Dime que tengo razón, Johnny. —Le miré a los ojos pero no dije nada. Trautmann sonrió—. ¿Queda algún amigo tuyo ahí fuera? ¿Quizá, Neary, tu compañero? Juraría que no. No he visto a nadie y soy muy cuidadoso. Y llevas aquí dentro el rato suficiente para preocupar a cualquier persona que pudiese estar esperándote en la calle. Habría entrado hace rato para echar un vistazo o habría avisado a los maderos. Pero ahí fuera todo está en calma. Y que me cuelguen si no eres un lobo solitario. ¿Me equivoco? —Seguí mirándolo fijamente sin decir nada.

—¿Ves? —dijo volviéndose hacia Mills—. Podrías aprender de este tío. Es un bujarra de colegio de pago como tú, pero no se mea encima. Sí, he estado investigando a Johnny, y ha sido una experiencia fascinante. —Trautmann apuró el vaso y se acercó a la encimera para volver a llenárselo. Y lo hizo generosamente de la botella de vodka. Lo tomaba a lingotazo limpio, y pensé que quizá estuviera borracho, pero no era fácil saberlo con un tipo tan tarado como Trautmann. Mills se mordió el labio y lo miró fijamente.

—Tendrías que ver los artículos de prensa que le han dedicado, Millie. Quitando las fotos porno, son lo más alucinante que he encontrado en internet desde hace siglos... Vaya tela. Resulta que Johnny antes era poli en alguna parte de Encular del Norte, Nueva York. Hace unos tres años les llevaba el café a los federales y a los agentes que andaban detrás de un asesino en serie por su zona. —Entonces me dirigió la mirada—. Chicas muertas en Nueva York, Vermont, incluso en Canadá. ¿Cuántas eran al final? ¿Ocho o diez?

—Doce —le contesté.

Trautmann dio un silbido. Volvió a girar la pistola en el aire y a cogerla con una mano.

—Un tipo ocupado. El caso es que la flor y nata de Washington sometía a un interrogatorio de tercer grado a cualquier puto oso del bosque y sin llegar a ninguna parte, claro. Pero aquí, Johnny, tenía una teoría: el asesino era un vecino de la zona. Así que va y se lo cuenta a los federales y a los polis. ¿Y qué es lo que ocurre? Pues que pasan de él. Creen que dice gilipolleces, supongo, que solo es un niño bien que juega a ser poli en los bosques. Le dicen que se calle y que no se entrometa. Y eso tuvo que joder un montón a Johnny, porque decidió formar un grupo operativo en solitario para cazar al supuesto asesino. —Trautmann hacía girar el vodka en el vaso.

—Pero aquel vecino era aún más psicópata de lo que nadie se había figurado. Después de unos meses de tener a Johnny encima, se le fue la olla... Se le fue del todo, supongo. ¿Y qué hizo? ¡Pues cargarse a la mujer de Johnny, joder! —Se rió y echó otro trago.

—Fue limpio. Ningún cuchillo, ni sexo, ni nada igual a su forma de actuar habitual, solo un disparo en el ojo con una pistola de competición del calibre 22. Pero se aseguró de que Johnny supiera quién lo había hecho. Dejó un casquillo de bala con una bonita huella dactilar, la huella de la palma en una ventana, huellas de neumáticos, todo. Y luego se fue a su casa y lo puso todo por escrito, la confesión completa con nombres y fechas y pormenores que solo podía saber él. Y se sentó a esperar a que los polis fueran a arrestarlo. —Trautmann soltó una risita y se fue hacia la puerta trasera. Subió un poco la persiana y miró por el cristal entornando los ojos. Después regresó. Volvió a lanzar la pistola en el aire.

—Pero lo que sucedió es que el primer poli en plantarse en su casa fue Johnny. —Trautmann volvió a reírse y se acabó el vaso de un trago. Lo dejó en la encimera—. Me imagino que hubo muchas... preguntas sobre lo que ocurrió entonces. Debe de haber diferentes versiones de lo que pasó allí. Sé cómo funcionan estas cosas, chico, créeme. El caso es que cuando llegó la caballería, encontraron a Johnny con aquel tarado mental. Estaba muerto, naturalmente. Contaron diez heridas de bala, y Johnny empuñaba un arma, una pistola barata con los números de serie lijados. No era sospechoso... No. —Trautmann pescó un cubito de hielo del vaso, se lo metió en la

boca y se puso a morderlo ruidosamente.

—Después le dieron una temporada por el culo, sobre todo el gordo de Pell. Qué pequeño es el mundo, ¿eh? Pero Johnny no perdió los nervios ni se puso a llorar como un crío... No. Se quedó callado, aguantó el chaparrón y no perdió los estribos hasta que declararon el caso muerte en legítima defensa. ¿Ves? Puedes aprender de él, Millie. A cerrar la puta boca. —Rompió a reír y le dio a Mills un buen palmetazo en el hombro. Mills se tambaleó y tuvo que apoyarse en la nevera para no caer.

No le presté mucha atención a la historia de Trautmann; era básicamente la versión oficial que ya había escuchado otras veces. Me concentré en Mills. No hacía más que apoyarse en un pie y luego en otro y pisaba como en un paso de *step* un pequeño bulto que había en el suelo mientras miraba fijamente a Trautmann. Su rostro reflejaba angustia, rabia y asco. Y también reflejaba algo más, algo concentrado y furioso, como si estuviese planteándose fórmulas muy complicadas. Trautmann consultó su reloj.

—El tiempo vuela, Johnny, y tengo que limpiar todo esto antes de largarme. Pero no te preocupes. Tendremos mucho tiempo para hablar por el camino.

Un escalofrío me recorrió el vientre. Ir a cualquier parte con Trautmann era mala idea, era fatal. Necesitaba tiempo para despejarme, tiempo para que Neary pudiese llegar aquí.

—¿Dónde vas a encontrarte con él? —le pregunté. Me miraron sorprendidos—. ¿Dónde verás a Nassouli?

Mills miró aún más sorprendido. Trautmann sonrió.

—¿De qué coño hablas? ¿Te crees que ese cabrón está metido en esto? —dijo con una risa burlona.

—Todo el mundo cree que quien mueve los hilos es él —dije. Mi voz me sonaba débil y extraña—. Y que vosotros dos sois los chicos de los recados.

Trautmann se rió a carcajadas.

—Oye, esta es buena. Me gusta. Ese hijo de puta sale huyendo sin decir nada, pero debería compensarme de alguna manera, ¿no? Pues por una vez me hará un favor... Deja que sea él quien cargue con esto. Pero, entre nosotros, no necesito al puto Gerry para nada porque tengo a Millie. —Trautmann apoyó una manaza en el hombro de Mills y le dirigió la mirada con una sonrisa amplia—. Ese es un punto a favor del señor Mills, John, conoce su trabajo. Sí, Evan, fue cojonudo que me encontraras echando un vistazo a aquellos expedientes. —Mills retrocedió, como si no le gustase que lo tocara ni que pronunciase su nombre. Trautmann lo ignoró y volvió a mirar la hora—. Desconecta, Johnny, enseguida vuelvo —dijo Trautmann, y me tocó el brazo con la pistola.

En mi cabeza se dispararon fuegos artificiales y me retorcí hacia atrás y caí. Me quedé en el suelo, entre espasmos. Noté el sabor de la sangre en la boca y me di

cuenta de que me había mordido la lengua. Otra vez estaba tendido boca abajo, pero esta vez seguía consciente. Con los ojos entrecerrados y temblorosos vi que Mills me estaba mirando con cara inexpresiva.

—Vamos, colega —le dijo Trautmann—, échame una mano con algo que debo hacer en el sótano.

Hizo pasar a Mills al pasillo. Era la cordialidad en persona. Había vuelto a apoyar la mano en el hombro de Mills, y pensé en Brian, el desafortunado vigilante en la zona de descarga del centro comercial. Y de pronto supe que Mills no iba a salir de ese sótano con vida. Trautmann abrió una puerta del pasillo, encendió un interruptor y en la pared de enfrente pudo verse una franja de luz amarilla. Se apartó para que Mills pasara y luego le siguió escaleras abajo y cerró la puerta a sus espaldas.

Mierda. Era el momento de irme. Ya tardaba. Traté de girar las muñecas pero noté que se me clavaban con fuerza las bridas de plástico. Me quedaban tan apretadas que tenía las manos frías y medio dormidas. Logré sentarme sobre las rodillas y me levanté, demasiado rápido. La sala pareció inclinarse y me sobrevino una fuerte arcada. Cerré los ojos hasta que se me pasó. Me acerqué a la encimera tratando de no hacer ruido, pero mi pistola y el móvil no estaban allí. Mierda.

Anduve hacia la puerta trasera, me di la vuelta y agarré el pomo con los dedos entumecidos. Lo giré empujando la puerta, pero no se movió. Al mirar con más atención vi que había un grueso pestillo montado a unos treinta centímetros del lado superior de la puerta, fuera de mi alcance. Mierda. Fui hacia el corredor pasando junto a la puerta del sótano hasta la parte delantera de la casa. Me encontraba en un reducido vestíbulo con paneles de madera. A los dos lados había salas a oscuras y había también una escalera estrecha que llevaba al piso de arriba. Tenía la puerta principal enfrente, con otro pestillo colocado muy alto.

Regresé al pasillo, a la puerta del sótano. Esta también tenía un pestillo, a la misma altura que el resto, pero el pomo en sí no tenía cerradura. Se oían voces al otro lado de la puerta, pero no podía entender lo que decían. Volví a la cocina y arrastré la silla por el pasillo lo más silenciosamente que pude hasta la puerta del sótano. La ajusté debajo del pomo valiéndome de las piernas y los pies. La silla no iba a detenerle pero es posible que lo retrasara un momento.

Traté de girar un poco más las muñecas, pero no había margen de movimiento; seguían tan apretadas que sería incapaz de pasar los brazos al frente. Me metí en la cocina y miré encima de la mesa. Solo estaban las tres cajas. En su interior no vi más que sobres manila. En cada sobre ponía un nombre escrito con un grueso rotulador negro. En uno ponía «Bregman». Y en otro, «Pierro». Mierda.

Me acerqué a la cocina. Era de gas, un modelo antiguo con cuatro fuegos y una llama piloto en lugar de encendido eléctrico. Los botones negros estaban gastados. Tenía que irme. Tendría que haberme ido ya. Mis dedos dormidos dieron con el botón

del fuego derecho delantero. Lo abrí al máximo y escuché el débil bum al encenderse. Entonces apreté los dientes y acerqué las bridas, y las muñecas, a la llama.

Logré reprimir un grito pero apenas aguanté unos segundos. Respiré hondo y mordí una punta de la cazadora. Mordí fuerte y volví a acercar las muñecas a la llama. El dolor era insoportable. Olía a plástico quemado y a algo más en lo que prefería no pensar. Y entonces escuché un grito de sorpresa y dos disparos en el sótano. Mierda.

Volví a forcejear con las muñecas. Podía moverlas un poco pero no lo bastante, y me dolían una barbaridad por las quemaduras. En el sótano había movimiento... sonaban pasos. Me llené la boca con la cazadora y puse las muñecas sobre la llama. Hínqué los dientes en el cuero. El olor a plástico fue más intenso y percibía un leve silbido. El dolor era tremendo, me derretía, crecía como si fuese un globo aerostático. Y entonces mis muñecas se soltaron.

La sangre volvió a circular por mis manos y con ello se intensificó el dolor. Me quité lo que quedaba de las bridas a sacudidas. Fui hacia las cajas y cogí el sobre de Pierro de la caja del medio. Era muy abultado y contenía un objeto duro y de plástico. Doblé el sobre y me lo guardé en los pantalones por los riñones. Oí pasos por las escaleras. Mierda.

Miré las cajas y los cuarenta o cincuenta sobres amarillos con los nombres escritos en negro. Pensé en Bregman, en Lenzi y en los pobres cabrones de las historias de Burrows. Pensé en Burrows y en la mujer de Lenzi llorando acurrucada en el suelo al otro lado de la puerta. Agarré el vodka de la encimera y lo vacié encima de las cajas. Trataron de abrir el pomo de la puerta del sótano y la puerta crujió. La silla se deslizó unos milímetros pero volvió a bloquear la puerta. Sonó un grito de sorpresa y más forcejeo en el pomo mientras empujaban con fuerza. Mierda.

Saqué un sobre empapado de vodka de la caja más cercana y lo acerqué a la llama de gas. Prendió. Al otro lado de la puerta sonaron unos gritos furiosos y algo pesado impactó en ella. La puerta dio una sacudida y noté el golpe por la tarima del suelo, pero la silla aguantó. Pasé el sobre en llamas por encima de las cajas, que enseguida ardieron. El fuego causaba mucho humo y un olor químico.

En el sótano sonó otro grito, colérico e ininteligible, y luego se oyeron disparos que retumbaron por la cocina. La botella de vodka explotó, una de las cajas cayó y siguió ardiendo en el suelo, la cocina dio una sacudida y empezaron a salir llamas por un agujero en la parte de delante. Noté que algo me rozaba la mejilla y el cuello. La luz del sótano entraba en la cocina por tres orificios desiguales en la pared. Era el momento de irse. Ya.

Traté de mover el pestillo. Al sonar otro impacto, me volví y vi a través de la humareda que la silla se hacía astillas y que la puerta del sótano se abría de golpe, y entonces salí; bajé los escalones, crucé el jardín, me adentré en la nieve, me fui.

Era un barrio en el que vivían muchos polis y bomberos, y ellos saben de sobras cómo suena un disparo y cómo huele una casa ardiendo. Y no les hacía ninguna gracia que algo así ocurriera en la casa de al lado. No había recorrido ni un bloque en dirección a Hillside Avenue, cuando un vecino me detuvo. Aún iba de uniforme y tenía aspecto de estar agotado, como al final de una dura jornada de trabajo. Llevaba la pistola reglamentaria en la cadera.

Me moví despacio dejando las manos a la vista. Le conté que la casa de Trautmann estaba quemándose y que en el sótano había alguien, posiblemente muerto, y otra persona dentro o por los alrededores que iba armada. Y le dije que si no me sentaba pronto terminaría en el suelo. Me dio la impresión de que reconoció el nombre de Trautmann y que no le sorprendía lo más mínimo el giro de los acontecimientos. Me dijo que me sentara en el bordillo. Fue un alivio poder sentarme. Comenzaron a asomarse personas curiosas por las ventanas y las puertas de la calle y por un lado se acercó un grupo de tipos fuertes. Agaché la cabeza para tratar de controlar el vómito y dejar de temblar. La nieve me iba cubriendo.

La noche se transformó en una imagen borrosa de luces giratorias y sirenas. Al poco de llegar los bomberos y tres coches patrulla, vino una ambulancia. Los sanitarios me proyectaron luces en los ojos, me quitaron las esquirlas más grandes de la cara y me vendaron la herida en la cabeza y las quemaduras en las muñecas. Dijeron que era preciso hacer radiografías y me dejaron en manos de los agentes, que me ofrecieron un coche patrulla para descansar. Me senté en el asiento trasero pero no cerré la puerta por si tenía que vomitar.

El humo de la casa de Trautmann se extendía por la calle y, al alcanzar el coche, me escocieron los ojos. Los cerré y apoyé la cabeza en el respaldo mientras escuchaba las radios de los agentes y las voces que me rodeaban. Según los comentarios de los bomberos, el fuego se reducía a la cocina y enseguida lo habían controlado, pero la cocina había quedado destruida. Por el momento, no habían dado con nadie, vivo o muerto. En algún momento me dormí.

Me despertaron dos policías judiciales, dos funcionarios con cara de cansados de cincuenta y pocos. Me hicieron bajar del coche, me pidieron la documentación y luego me hicieron un montón de preguntas y se enfadaron porque solo contesté a unas cuantas. Me dedicaron una especie de puesta en escena en la que uno hacía de villano y el otro encarnaba la preocupación sincera. Pero como estaban cansados no se metieron de lleno en el papel, y los tres nos dimos cuenta. Cuando ya daban la representación por acabada y se planteaban ponerme las esposas, Tom Neary llegó abriéndose paso entre la gran cantidad de vehículos, uniformes y espectadores. Eddie Sikes y Juan Pritchard le seguían a paso lento. Tenían aspecto de haber dormido

vestidos.

Los tres exhibieron su identificación, y Neary conversó con los policías judiciales mientras Sikes, Pritchard y yo nos apartamos unos pasos. Mientras le esperábamos, me sobrevino una nueva oleada de arcadas y un mareo que casi me hizo perder el equilibrio. Sikes y Pritchard me sujetaron, y volví a sentarme en el asiento trasero del coche. Neary continuaba hablando. Los funcionarios lo escuchaban en silencio y de vez en cuando asentían al unísono. A continuación fuimos a la comisaría. Yo fui con los policías; Neary y compañía nos siguieron. No me esposaron ni me cachearon pero igualmente ya no iban a encontrar nada. El sobre de manila se lo había entregado antes a Juan Pritchard, que lo había ocultado de prisa entre los pliegues de su abrigo.

La comisaría era pequeña, hacía mucho calor y olía a café quemado. Entramos en una sala con paredes de bloques de hormigón pintadas de verde y tomamos asiento en unas sillas metálicas beis a una mesa a juego, y esperamos. Me tomé una Coca-Cola y apoyé la cabeza sobre la mesa. Neary me despertó cuando llegaron los abogados: Mike Metz y una belleza negra de unos cuarenta años a la que no conocía, una abogada de Brill. Los seguían de cerca unos cuantos federales. No los reconocí, pero la gente de Brill sí los conocía.

Neary les explicó nuestra operación en el centro, y Sikes les contó cómo había seguido la pista de Mills. Entonces intervine para contarles que había seguido a Mills hasta la casa de Trautmann y lo que había sucedido dentro. Lo conté unas diez veces. Les conté que había provocado el fuego al intentar quemar las bridas y que los disparos habían agravado la situación. Omití el hecho de haber quemado las cajas. Y no dije ni una palabra sobre Nassouli o Pierro. La gente de Brill me hacía de coro cuando era preciso. Habían recibido mis llamadas y, en cuanto supieron dónde estaba, se pusieron de camino a Bellerose. Pero nada más salir de Manhattan habían quedado atrapados dos horas en un atasco.

Los agentes me preguntaron el nombre de mi cliente. Mike contestó por mí, y no volvieron a preguntarlo. Después de contarles lo ocurrido por sexta o séptima vez, los federales empezaron a entrometerse con sus propias preguntas. La intromisión marcó a los policías, que empezaron a plantearse en voz alta a qué se debía el interés de los federales en aquello. Eso no les gustó a los federales y de este modo empezaron a cabrearse entre ellos. Cuando iban por la tercera ronda del combate llegaron a la conclusión de que podíamos irnos, con la habitual advertencia de que estuviésemos disponibles.

En el aparcamiento, Pritchard me devolvió el sobre. Nadie hizo preguntas al respecto. Mike nos llevó a Neary y a mí al centro. Me apoyé en el respaldo con la cabeza pegada a la ventanilla y miré cómo iba cayendo la nieve y se transformaba en una pasta sucia en la calzada. Puede que me hablaran por el camino, pero si se dio el caso no contesté.

Me trasladaron a la sala de urgencias de St. Vincent, donde a este paso iban a darme un carnet de socio. Los facultativos me examinaron los ojos, los reflejos y el equilibrio, e hicieron placas de la cabeza y el tórax. Tras echarles un vistazo, el médico me dijo que no tenía fracturas, pero sí una conmoción leve. Me cambió el vendaje de las muñecas y dijo que iban a cicatrizar sin problemas.

Me dio pastillas y una pomada y luego me dio el alta. Mike y Neary me esperaban fuera para llevarme a casa.

—No voy a hablar ahora —dije.

—Por la mañana —dijo Mike. Asentí.

—Ha sido un día muy largo —dijo Neary. Asentí—. Un buen trabajo —continuó.

—No lo bastante. —El coche se detuvo frente al edificio y entré. Pasaban unos minutos de la medianoche.

El miércoles se presentó soleado y ventoso. Estábamos a unos cinco grados de temperatura, y el único rastro de la nieve eran las calles mojadas y alguna breve avalancha de agua y hielo que se desprendía de los edificios cuando el viento soplaba. Eran las diez, y estaba sentado en una silla baja con los pies subidos, me había puesto unos tejanos y un jersey de cuello alto, y me tomaba a sorbos el café mientras miraba las gotitas de escarcha que se precipitaban por la ventana. Mike Metz había llegado hacía media hora y Tom Neary se había presentado unos minutos después. Iban duchados, afeitados y acicalados, tenían buen aspecto pese al corto descanso. Estaban sentados frente a la mesa, tomando café y conversando. Sabía que debía prestarles atención, pero no lograba concentrarme. Al final fue Neary quien me arrastró a la conversación.

—El equipo de la liquidación de MWB está que trina, y los abogados se mueren de ganas de entrar en acción. No es de extrañar. Los de Parsons se han puesto de mala hostia y cierran filas mientras reúnen a todos los abogados que pueden encontrar para saber con exactitud lo que cubre su seguro de responsabilidad. Y están muy cabreados con Brill por no haberles informado de antemano. Pero a mis superiores se la trae floja. Nos consideran los héroes de esto porque hemos desenmascarado la trama. Y la verdad es que dan gracias a Dios de que nadie de los suyos estuviese implicado —dijo. Se volvió hacia mí—. Por cierto, creen que estamos en deuda contigo. Pero ya les he explicado que solo habías pagado una parte de la deuda contraída conmigo.

—Da gusto ver cómo me defiendes —dije—. Hablando de los tuyos, ¿qué le pasaba a Compton? ¿Por qué se inquietó así? Sospechábamos de ella hasta que Mills se fue corriendo.

—Se acojonó con tu llamada, pero no por nada relacionado con el caso —contestó Neary—, En Wall Street se dio cuenta de que la seguíamos, dio media vuelta

y se me acercó con mala leche. Creía que iba a pegarme. Quería saber qué coño estaba pasando. Le dije que yo también quería saberlo. Nos pusimos a despotricar el uno del otro hasta que soltó que iba a Fulton Street para hablar con su abogado. Al recibir la llamada pensó que era su marido (actualmente están separados) que volvía a importunarla. Resulta que lleva casi un año intentando divorciarse de él y desde entonces él ha tenido un comportamiento muy enfermo. La llama a todas horas, jadea al teléfono, le reprocha cosas absurdas, la sigue a todas partes. Creyó que era más de lo mismo.

—¿Le dijiste lo que ocurría? —le pregunté.

—Por encima. Primero se alegró de que no fuese su ex, pero entonces volvió a cabrearse conmigo por haber sospechado de ella. La fui ablandando, pero tardará en perdonarme del todo. No quiero perderla —dijo Neary.

—¿Y Vetter? —pregunté.

—Solo es un vago que se escaqueó para tomarse un café —aclaró Neary. Bostezó y se restregó la cara con las manos.

—¿Hay noticias de Queens? —me preguntó Mike.

—Desde anoche no. Dijeron que llamarían cuando dieran con algún cadáver o si sabían algo de Trautmann, pero supongo que para ellos no soy una prioridad —contestó. Se levantó, volvió a llenarse la taza y me preguntó—: ¿Te encuentras bien? ¿Preparado para tus invitados?

—Lo bastante —dije, y era cierto.

Las costillas apenas me dolían siempre y cuando me estuviera quieto y evitara moverme deprisa. Lo mismo ocurría con las muñecas. Ya no tenía náuseas ni me mareaba tanto, y más que dolor de cabeza era como un recuerdo. Lo mejor de todo era que ya no me sentía tan estúpido como la noche anterior. Pero esa noche de descanso era un mero anticipo. Estaba hecho polvo y tenía ganas de que los visitantes llegaran cuanto antes y se marcharan aún más deprisa para volver a acostarme. El interfono sonó. Neary se aproximó al aparato.

—Están aquí —dijo.

Shelly DiPaolo fue la primera en entrar. Se quitó el abrigo y pasó la vista por la estancia como si fuese un agente inmobiliario. Vestía un ceñido traje chaqueta negro con la falda corta y zapatos de tacón de aguja también negros. Llevaba las uñas y los labios pintados de rojo oscuro. Su perfume no tardó en adueñarse de la sala. Saludó moviendo la cabeza y me dedicó una sonrisa fría.

—Bonita cueva —dijo.

Asentí.

—Sírrete tú misma un café —dije.

Fred Pell estaba detrás. Dio tres pasos y se detuvo mirando por la sala como si buscara un rincón para mear. Se dejó el abrigo puesto y, sin sacar las manos de los

bolsillos, dijo a modo de saludo:

—Es agradable tener un sueldo fijo cada mes, ¿eh?

Me hacía tanta gracia que estuviese aquí como se la hacía a él, pero estaba tan cansado que no podía hacer otra cosa que ignorarlo. DiPaolo tomó asiento en uno de los taburetes de la cocina, cruzó sus bonitas piernas y me dijo:

—No acostumbramos a hacer visitas, excepto a gente muy cascada. Pero aquí el señor Metz me advirtió de que la prensa podía interesarse por lo sucedido anoche en Queens y que a lo mejor a nuestro despacho no le convenía de momento que lo asociaran directamente con ello. También me dijo que estabas bastante hecho polvo. Pero se quedó corto. Estás hecho una mierda.

—Gracias —dije.

—Es lo que ocurre cuando metes las narices donde no te llaman —dijo Pell torciendo el gesto.

Me lo quedé mirando, pero DiPaolo intervino cuando yo iba a soltarle alguna.

—Cállate, Freddy. Maldita sea, estás en su casa. —A Pell le subieron los colores. DiPaolo carraspeó y volvió a dirigirse a mí—. El lunes llegué a un trato con el abogado —dijo. Joder, ¿solo hacía dos días?—. Estoy dispuesta a cumplir mi parte, pero quiero que cumpláis la vuestra. He leído el informe policial y el de nuestros chicos, de modo que estoy al corriente de lo que sucedió anoche; al menos de lo que dijiste que sucedió. —Hizo una pausa—. No has nombrado a Nassouli. Eso era una parte del trato, así que hiciste lo correcto. Pero la otra era que nos contaras todo lo que descubrieras.

—Siempre que no comprometiera a nuestro cliente —la interrumpió Mike.

DiPaolo puso mala cara pero asintió.

—Sí, no lo quiera Dios. Bien, March, tienes la palabra. Adelante.

Tomé un par de sorbos de café y me lancé.

—El lunes te contamos nuestra teoría, según la cual alguien se dedicaba al chantaje usando los expedientes personales de Nassouli y apuntando a las antiguas relaciones comerciales de este. Pues teníamos razón. Trautmann y Mills estaban metidos en el asunto hasta anoche.

»Debieron de hacerse con esos expedientes cuando Parsons comenzó a trabajar en MWB y antes de que el equipo de Brill aplicara su sistema de control de documentos. Debió de ser poco después de que Nassouli desapareciera. Por lo que Trautmann dijo, Mills le propuso el chantaje cuando lo descubrió buscando esos expedientes.

»Basándome en lo que sé de Trautmann, me extraña que no se lo cargara en ese momento, pero de algún modo sobrevivió a ese encuentro y se asoció con Trautmann. No sé cómo lo hizo. Puede que Mills también anduviera tras esos expedientes, al igual que Trautmann. Puede que ya les hubiese echado un vistazo y que fuese consciente de la valía que tenían para ciertas personas con relevancia. Quizá

comprendió que estaba más o menos capacitado para ello, pero no del todo. Y cuando tropezó con Trautmann es posible que viera en él a la persona que lo complementaba. Puede que fuera capaz de venderle la moto antes de que despertara el psicópata en él. ¿Quién sabe? Pero sea como fuere ambos vieron en el otro lo que les hacía falta.

»No estoy seguro de cómo se repartieron las tareas, pero lo imagino. Mills era un contable judicial. Y sabía moverse en el mundo de las finanzas, los bancos y las transferencias de fondos. Se encargaría de examinar los expedientes y de seleccionar a las posibles víctimas. Trautmann pudo echarle una mano porque conocía a esa gente. Es probable que Mills ideara las condiciones de los pagos del chantaje de manera que no dejaran ningún rastro sospechoso. Y se ocuparía además de mover el dinero en cuanto les fuese ingresado en la cuenta.

»Pero dondequiera que guardasen los fondos, dudo que fuera bajo sus nombres. Y por lo que escuché, tenían más que cuentas al otro lado del charco. Me dio la impresión de que también habían comprado propiedades. Si eso es cierto, tuvieron que echar mano de mucha documentación, en todo caso de pasaportes falsos y quizá también de documentos de empresa falsificados. Trautmann se encargaría de eso. Y también de ponerse en contacto con las víctimas.

DiPaolo escuchaba con calma exceptuando el pie de la pierna cruzada, que iba moviendo en círculos. Pell no paraba de moverse en la silla.

—Que yo sepa, el primer éxito que tuvieron se remonta a dos años atrás. Y estaban ocupados en el último chantaje cuando ocurrió todo. Los casos que conozco, y no los conozco todos, estaban relacionados con personas que habían tenido trato con Nassouli hace años, diez o más. A lo mejor fue por eso. Al limitarse a gente cuyos posibles delitos habían prescrito apenas corrían el riesgo de topar con vosotros. O quizá no fueran tan listos. No lo sé.

»Habían fracasado un par de veces pero, por lo que Trautmann dijo, tuvieron suficientes éxitos como para que mereciese la pena. Entre los dos podían mover el dinero a donde querían e invertirlo sin llamar la atención. Todo iba genial hasta que entré en escena. —Hice una pausa y tomé más sorbos de café.

—A partir del momento en que fui con Tom a MWB, los acontecimientos se precipitaron. Mills se puso nervioso. Y cuando Trautmann le contó que también había ido a verle a él, Mills tuvo que ñipar. Me reconocería enseguida por la descripción de Trautmann y le entró el pánico. No estoy seguro de que recuperase la calma. Fue Mills quien le sopló mi nombre a Pell. Lo pensó todo solo, y fue un paso demasiado inocente que solo se le ocurriría a un aficionado inteligente como él. Supongo que si se lo hubiese contado antes a Trautmann, Bernie lo habría enterrado en el sitio. Pero hay que reconocer que a Mills casi le funcionó el plan. Hizo que tú nos llamaras al despacho y que nos advirtieras que no interfiriéramos en la investigación. Solo que no contó con que fuéramos a ofrecer tanta resistencia. —DiPaolo tenía el rostro

inexpresivo, pero vi de soslayo que Mike sacudía la cabeza lentamente. No me distraje.

—Cuando Trautmann descubrió lo que Mills había hecho, supo que se agotaba el tiempo. Así que aceleraron las cosas. Fijaron las condiciones del chantaje y adelantaron el pago a esta semana. Estaban recogiendo sus cosas y hablaban entre ellos como si hubiesen hecho una selección de los expedientes que prometían ser más lucrativos, supongo que para volver a montar el negocio en otra parte. Los últimos expedientes estaban en las cajas de la cocina. Si no me equivoco, Trautmann había quemado el resto.

DiPaolo rompió a reír, fue una risa breve y fría.

—Y ya sabemos cómo terminaron esas cajas, ¿no? —me miró fijamente. La miré con cara inexpresiva y continué.

—Doy por sentado que iban a separarse después de este último trabajo. Puede que Trautmann ya planeara liquidar a Mills. No creo que esté hecho para el trabajo en equipo, y está claro que veía a Mills como un estorbo. O quizá fueron los sucesos de ayer, el pánico de Mills y el hecho de conducirme hasta Trautmann, lo que le llevaron a tomar la decisión. De todos modos, iba a librarse de Mills, y de mí, en cuanto averiguara lo que quería saber. —Me acabé el café—. Yo tuve suerte. Mills no la tuvo.

Nadie abrió la boca. Neary se levantó y se puso más café. Mike miraba por la ventana. DiPaolo desentumeció el cuello como evitando una posible tortícolis.

—Una historia muy bonita, March. Pero está plagada de «puede ser», «quizá», «supongo», «me imagino»... ¿Tienes algo concreto que la avale? —me preguntó.

—Hay una indigente que identificó a Trautmann como el tipo que la pagó a cambio de enviar unos documentos por fax que iban dirigidos a una de sus víctimas. Pero debo advertirte antes que esta mujer habla con Jesús y dice que él contesta.

Neary reprimió una risita. DiPaolo sacudió la cabeza.

—¿Eso es todo? ¿No tienes nada más? ¿Un puto cuento de hadas que puede corroborar una esquizo? Espléndido —dijo. Me encogí de hombros.

—No tengo más. Encaja con lo que ha ocurrido, con lo que vi y con lo que escuché. No puedo probar casi nada, al menos no del modo que pretendes, y, sí, hay partes que no son más que conjeturas. Pero las piezas grandes encajan.

Pell resopló con sorna y puso cara de satisfecho. Me pareció que iba a decir alguna cosa, pero no lo hizo. DiPaolo jugaba con un mechón de su extraño pelo rubio y dijo:

—Cuéntame más acerca del incendio y las cajas. He leído los informes, pero quiero que me lo cuentes tú. —Se lo conté tal y como se lo había contado a los polis la noche anterior. Una vez que terminé, se me quedó mirando un buen rato con expresión impasible.

—La policía de Queens cree que pudo utilizarse algún producto inflamable en la cocina —dijo.

—Así es. Ya dije que rompió de un disparo una botella con casi un litro de vodka. Eso quema. —Siguió mirándome.

—Por desgracia para nosotros. Pero una suerte cojonuda para tu cliente, ¿no te parece? —me preguntó. No contesté—. ¿Qué hay de las otras víctimas? ¿Puedes darme algún nombre?

Dirigí la mirada a Mike, que seguía mirando por la ventana. Iba a responder cuando él rompió el silencio.

—Eso rebasa el límite de la confidencialidad entre abogado y cliente, señora DiPaolo —lo dijo de un modo que sonó a verdad.

DiPaolo se lo quedó mirando. Por un momento pensé que ella iba a seguir, pero me equivoqué.

—¿Crees que uno de ellos puede estar implicado en la muerte de Nassouli? —me preguntó. La pregunta me cogió por sorpresa. DiPaolo prosiguió—. El agente Pell tiene la teoría de que Trautmann liquidó a Nassouli. Una disputa entre ladrones. Trautmann descubre que Nassouli está a punto de largarse y, enfadado porque lo deja en la estacada, decide cargárselo. Después, conforme a tu historia, se apropia de los expedientes con la intención de sacarles partido. ¿Qué opinas de esto?

Me quedé un rato callado. Puede que se debiera al acoso verbal y a las insinuaciones de DiPaolo, o a tener a Pell allí delante, en mi casa. Puede que pensara que debían solucionarse ellos sus problemas y dejarme a mí fuera. O que estuviese de mal genio o algo parecido; no lo sé. Pero el caso es que no le dije a DiPaolo que estaba diciendo gilipolleces. Ni que Trautmann estaba muy resentido con Nassouli, un resentimiento del tipo que ya no sientes si hace tiempo que te has vengado, ni que él no tenía ni idea de que Nassouli estaba muerto. Me encogí de hombros.

—Es una teoría —dije—. Pregúntaselo a Trautmann cuando lo encuentres.

Pell volvió a resoplar satisfecho de sí mismo, pero no abrió la boca. DiPaolo le lanzó una mirada.

—Cuéntaselo —le dijo ella. A Pell le cambió la cara—. Deja de hacer el tonto y cuéntaselo.

—Vale, vale —dijo Pell, y me miró con una sonrisa de idiota en la cara—. Podríamos preguntárselo a Bernie, pero tendríamos que esperar mucho a su respuesta. La policía de Nueva York levantó el cadáver esta mañana. Estaba en el sótano, con dos agujeros que le habían atravesado el pecho causados por dos balas de nueve milímetros. Encontraron una en la pared. Esa es la que perdiste, ¿verdad? ¿Una bala de nueve milímetros? —Pell soltó una desagradable risita—. ¿Qué paridas acabas de soltar, «las piezas encajan»? Grandes piezas de mierda, querrás decir... No sabes quién se cargó a quién a pesar de estar en la casa con ellos. Suponiendo que no lo

hicieses tú.

Mike, Neary y yo nos miramos. Neary ponía cara de sorpresa. Mike estaba tenso. Siguió un momento de silencio y Mike se dirigió a DiPaolo hablando lenta y suavemente:

—Voy a tomarme el comentario del agente Pell a broma, señora DiPaolo, pues ante cualquier insinuación de que John pueda haber desempeñado algún papel en la muerte de Trautmann me veré obligado a defenderlo por todos los medios, lo cual incluiría la cancelación de nuestro acuerdo y hablar abiertamente del caso y de Gerard Nassouli a un gran público, entre ellos, la policía de Nueva York y la prensa.

DiPaolo fulminó con la mirada a Pell y alzando una mano dijo:

—Cálmate, abogado. Nadie dice eso. Se le ocurrió a uno de los chicos de Queens, pero las pruebas materiales concuerdan con la versión de March. Y, lo creas o no, incluso hemos hablado en su favor. Hemos dicho que en nuestra opinión no mentía acerca de los disparos.

Mike se relajó a ojos vista.

—Mills se cargó a Trautmann —dijo Neary sacudiendo la cabeza—. Nunca pensé que fuera capaz de eso. ¿Quién se lo iba a imaginar?

—¿Alguna pista sobre su paradero? —le preguntó Mike a Pell.

—Todavía no. Están vigilando su casa en Brooklyn y la de sus padres en Jersey. En la cocina encontraron un pedazo quemado de su maletín con lo que quedaba de su pasaporte e información sobre vuelos chárter desde Miami. Resulta que ayer hizo la reserva para un vuelo a última hora. No iba en él, pero lo andan buscando en todos los aeropuertos. Seguro que lo encuentran.

Yo no lo tenía tan claro pero me callé. Aún no me había hecho a la idea de que Trautmann estuviera muerto, asesinado por Mills. Una parte de mí respiró aliviada.

Pell se volvió hacia DiPaolo y le preguntó:

—¿Hemos acabado aquí?

Ella asintió y Pell salió por la puerta sin cerrarla. DiPaolo se bajó del taburete y se enfundó el abrigo. Entonces nos miró a todos, pero sobre todo a mí, y casi en susurros dijo:

—Habéis tenido suerte, especialmente tú, March. Me la habéis jugado con esos expedientes, no creáis que no me he dado cuenta. Pero en estos momentos ya tengo las manos llenas; no me hace falta perseguir delitos de hace veinte años o recientes en que las víctimas solo vayan a declarar mediante citación forzosa. Y no tengo ganas de ponerme a malas contigo ni con el abogado. Por esta vez sales bien parado, pero te prometo que va a ser la última. —Y se fue.

—Esta mujer no es feliz —comentó Neary.

—Después de haber perseguido a Nassouli durante tres años y de enterarse de que estaba muerto, necesita buenas noticias. Tal vez creía que los expedientes serían un

estímulo para sus juicios. Pero, al no ser así, está cabreada. Demos gracias de que tenga tanto trabajo en estos momentos —dijo Mike.

—Yo las doy —dije—. ¿Pensáis que existe la posibilidad de que den con Mills?

—Es muy posible —contestó Mike mientras se ponía el abrigo—. Tal como has dicho, no es más que un aficionado. Trautmann se ocupaba del trabajo duro.

—No sé. Yo no lo subestimaría —dijo Neary—. Bernie lo hizo y mira qué le ocurrió.

Tenía razón. Neary se puso el abrigo en el brazo y agarró su maletín. Antes de que llegara a la puerta le pregunté:

—¿Dónde dijiste que encontraron el cadáver de Nassouli?

—En Suffolk. En un sitio llamado Cedar Point Park. Está por South Fork; no sé en qué población. ¿Por qué?

—Curiosidad —aclaré. Me miró a los ojos meneando la cabeza y se marchó.

—¿De qué iba eso? —me preguntó Mike.

—No, nada. ¿Hablaste con Pierro anoche?

—Muy tarde. Está en San Francisco. Si digo que está eufórico me quedo corto. Te llamaré Helene.

—Ya ha llamado. Se pasará esta tarde para recoger el sobre.

—¿Has mirado lo que hay dentro?

—No. ¿Quieres que lo haga?

Mike puso cara de espanto.

—Para nada. No quiero ni saber que existe.

Faltaban un par de horas para que llegara Helene. Tenía tiempo. Me llené la taza de café y encendí el portátil. Me conecté a internet y encontré un mapa de Long Island, luego uno de Suffolk County y después otro de East Hampton en el que encontré el Cedar Point Park. El parque estaba situado en una pequeña península que se extendía hasta Gardiner's Bay a la altura de Shelter Island. Abrí mi libreta de direcciones y busqué el número de teléfono de Randy DiSilva.

Randy es un tipo menudo, redondo y casi calvo, que debe rondar los sesenta y cinco años. Tiene un bigote canoso y tupido, así como un bronceado eterno, y pinta de organizador de carreras de perros en Florida en vez de director de una pequeña agencia de detectives con sus dos hijos, en Riverhead. Pero nació y se crió en la parte oriental de Long Island, por lo que sabe desenvolverse con los cultivadores de patatas y los pescadores, así como con los nuevos y viejos ricos del lugar. Recorro a él siempre que tengo un caso de divorcio por allí. Cuando lo llamo, significa que debe dejar de inmediato lo que tenga entre manos y poner todo y a todo el mundo en estado de alerta. Y Randy siempre se muestra dispuesto a ello y después se lo cobra con creces. Pero es meticuloso y rápido, y en dos años ninguno de los dos ha tenido motivo de queja.

Lo encontré al primer intento. Le conté lo que quería y para cuándo lo necesitaba. Tuvo que pensarlo un par de minutos y me dijo el precio. Era el doble de lo que yo calculaba que debía ser, lo cual era el precio adecuado tratándose de Randy; acepté. Me dijo que me llamaría en dos horas, y sabía que lo haría.

Entré en el dormitorio y cogí el sobre de manila de debajo de un montón de ropa que olía a tabaco. Estaba arrugado y roto por varios puntos pero seguía cerrado. Al palparlo me di cuenta de que contenía un fajo de papeles, pero el bulto se debía a la cinta de vídeo. Me senté en la cama y abrí el cierre metálico.

No puedo decir que me sorprendiera. Reconocí algunos de los documentos que le habían mandado por fax a Pierro y otros que no había visto nunca. Los leí. Todos seguían el mismo patrón. Seis empresas para las que Gerard Nassouli había contactado con Rick Pierro; seis solicitudes de préstamo falsificadas y autorizadas por Nassouli y Pierro; seis considerables líneas de crédito facilitadas por French Samuelson; y luego una avalancha de transferencias, dinero negro que debía blanquearse.

Y naturalmente había fotos. Eran ocho y todas granuladas, como si fueran imágenes capturadas de una grabación de vídeo. Pero eran lo bastante claras como para ver a los protagonistas en acción. Todos se veían jóvenes: Helene, Nassouli, Trautmann y una chica rubia que apenas tendría quince años.

Fui con el sobre a la salita y encendí el televisor y el reproductor de vídeo. No

tuve que ver mucho para darme cuenta de que las fotografías las habían sacado de aquella cinta y dudar de si la chica rubia que no tendría ni quince años participaba por voluntad propia o si sabía siquiera dónde estaba. Miré lo suficiente para ver que Alan Burrows no había mentido sobre la calidad técnica de las cintas; hasta el sonido era bueno. Había poco diálogo y repetitivo, pero las voces se podían diferenciar con toda claridad.

Hasta entonces nunca había escuchado la voz de Nassouli ni lo había visto salvo en fotos. Tenía la voz más bien grave, con cierto acento británico, pero nada más que fuera digno de mención. El aspecto de oso bonachón que tenía en las fotos también estaba presente en la grabación, lo mismo que el hecho de estar siempre pendiente de la cámara. Aquí no participaba de forma activa sino que ejercía de director, manipulador y espectador, pero aun así se daba perfecta cuenta de que lo observaban y parecía posar y mostrar su mejor cara para un público invisible. Una obra maestra, vamos. Paré la cinta, volví a meterlo todo en el sobre y me senté en el sofá, enfermo y cansado. Decepcionado, pero de algún modo no me había sorprendido.

Quería volver a acostarme y taparme hasta la cabeza para permanecer así una o dos semanas. Pero no podía hacerlo, aún no. Comprobé la hora. Me cambié las vendas de las muñecas. Me preparé un sándwich de atún y puse a calentar sopa de lata mientras leía el periódico. Volví a mirar la hora. Al final sonó el teléfono. Era Randy, que como de costumbre cumplía su palabra.

—En abril hará tres años que esa finca cambió de dueño —me dijo—. Las escrituras las firmaron el 10 de abril en East Hampton. El comprador se apellida Dooley, de la ciudad; las dos partes estuvieron representadas por abogados del lugar. ¿Te doy los nombres?

—No, déjalo. ¿Sabes cuánto tiempo estuvo en venta antes de que la compraran?

—Un segundo, lo tengo por aquí. —Sonó ruido de papeles—. Aquí está. Fue rápido. El 14 de marzo se puso en venta; y el 16 se hizo una oferta que fue aceptada ese mismo día. Aunque no me sorprende en vista del precio, unos doscientos mil dólares por debajo del precio de mercado en aquella época. Como dicen los de las agencias, era un precio para que volara. ¿Necesitas algo más?

—Dame otra vez la dirección. —Y me la dio. Le agradecí la información a Randy y le prometí enviarle el talón por la tarde. Nos despedimos.

Fui hacia el portátil. Leí las notas que tenía sobre el caso y me fijé en la fecha que Randy me había proporcionado. Volví a conectarme a la red. No me costó encontrar un mapa detallado de los alrededores de la dirección dada por Randy. Lo observé un buen rato y luego introduje los datos para que me diera la ruta en coche para ir desde allí a Cedar Point Park. No costaba nada echar un vistazo y ¿por qué no? La distancia entre los dos lugares no llegaba a un kilómetro. Me aparté de la mesa para mirar por los ventanales los rayos de sol y las sombras azuladas que se proyectaban en el

edificio al otro lado de la calle. Me froté los ojos.

Claro, no eran más que conjeturas descabelladas, chorradas circunstanciales, y lo sabía, al menos una parte de mí. Ningún poli o fiscal le dedicaría una sola neurona al asunto. Sí, tenía un motivo, y era más que suficiente. Se hallaba dentro de un sobre encima de la encimera. Era fácil imaginarse la escena que tendría lugar tres años atrás y ver a Gerard Nassouli blandiendo un sobre similar delante de Pierro para poder costearse la vida de fugitivo que estaba a punto de emprender. Y era fácil imaginarse una reacción asesina. Pero eso era todo... imaginación.

Pierro tenía un motivo, aunque la señora Pierro también, así como prácticamente todo aquel que hubiese estado en contacto con Gerard Nassouli. Había cuarenta o cincuenta sobres en las cajas de Trautmann, y a saber cuántas habría quemado antes. Eran cuarenta o cincuenta personas con motivos y es posible que algunas tuvieran más motivos que Pierro. Pero ¿cuántas víctimas tenían una casa a menos de un kilómetro del lugar en que encontraron el cadáver de Nassouli? ¿Y cuántas de ellas habían puesto a la venta su casa a la semana de desaparecer él? ¿Cuántas casas de esas se habían puesto en venta a precio de saldo?

«Un puto cuento de hadas», repitió Shelly DiPaolo en mi cabeza. Y tenía razón. Pero esta vez no tenía a ningún esquizofrénico que respaldara el cuento. Pero otra parte de mí no estaba convencida sino preocupada por las coincidencias y le daba vueltas a cómo rastrear los movimientos de los Pierro en marzo de hacía casi tres años.

«Un puto cuento de hadas», dije. Y un cuento que a nadie le importa. Nadie lloraba a Gerard Nassouli; no había dejado familia. Y todo el mundo coincidía en que el mundo era un lugar mucho más agradable desde que él lo abandonara. Volví a frotarme los ojos, me levante y me tomé un vaso de agua.

Quizá aquel revuelo lo estaba armando yo. Quizá estaba cabreado porque me habían mentido ambos de entrada: Pierro en lo de estar limpio y Helene en todo lo demás. Pero no era una sorpresa, no del todo. Los clientes mienten constantemente y había intuido que ellos no se diferenciaban del resto. Quizá fue porque sobrevaloré a Helene. Me cayó bien. Me gustó la forma en que trataba a sus hijos y me gustaron sus fotografías. Me gustaba su estilo. Me había parecido inteligente y que tenía mejor criterio del que finalmente demostró tener, o por lo menos mejor gusto.

Sonó el interfono. Llegaba puntual.

Helene entró al apartamento con su abrigo Shearling colgado del brazo y las mejillas sonrosadas por el frío en la calle. Vestía unos pantalones ceñidos de terciopelo marrón claro, un jersey de cachemir y unos botines. Llevaba colgado del hombro un bolso de cuero marrón. Echó un vistazo al apartamento.

—Qué sitio tan bonito, John. Una luz fabulosa y unos techos geniales —dijo. Sonreía con los ojos centelleantes y el cabello suelto y brillante. Parecía recién salida

de fábrica. Apenas se percibía el maquillaje y la envolvía un débil perfume, algo con rosas.

Entonces me miró y se le borró la sonrisa para poner cara de preocupada.

—Oh, cielos, las muñecas, la cara... Han vuelto a pegarte, ¿verdad? John, cuánto lo siento. ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente. Solo necesito dormir más.

Frunció el entrecejo.

—Esto es demasiado, en serio. Yo... lo siento, John.

Sacudí un par de veces la cabeza y la invité a sentarse. Le pregunté si quería tomar algo. Se acercó a la encimera y me pidió agua mineral. Llené dos vasos. Le dio un par de tragos al suyo, lo dejó encima de la barra y, apoyando los codos en esta, entrelazó los dedos y descansó la barbilla en ellos. Cruzamos la mirada. El sobre de manila estaba a su derecha, a menos de un metro. No lo miró.

—Ha habido novedades desde que hemos hablado esta mañana —dije.

Arrugó la frente por un instante como si una brisa erizara de repente las aguas de un estanque. Me miraba fijamente esperando que yo siguiera. Le hablé sobre Mills y Trautmann y sobre quién había matado a quién. Se paró a pensar un rato, con el rostro impasible, y se encogió levemente de hombros.

—A la policía le será más fácil buscarlo a él que a Trautmann —dijo a la ligera. Tomó un par de sorbos de agua. Yo también me encogí de hombros.

—Quizá.

Helene se quedó callada mirando las burbujas que subían a la superficie del vaso.

—Te estamos muy agradecidos, John, Rick y yo, ambos —terminó por decir.

Asentí.

—Rick sigue en San Francisco, ¿verdad?

—Esta noche coge el avión de vuelta. Pero estaba tan contento tras haber hablado con Mike que igual vuelve volando con los brazos. Y hablando del tema... Queremos darte esto. —Introdujo la mano en el bolso y sacó un sobre pequeño. Me lo entregó. El papel era color marfil. Dentro había un cheque. Era una suma considerable y llevaba mi nombre escrito.

—¿Qué es esto?

—En realidad, es un gesto simbólico. Tenemos suerte de haber contado contigo. No sé que habríamos hecho sin ti.

Le devolví el cheque.

—Gracias, Helene, pero mejor no. —Me miró sorprendida y confusa—. Agradezco el gesto, pero no es buena idea. Técnicamente, trabajo para Mike. Me paga bien y él se encargará de pasaros la factura, y probablemente con un buen margen de beneficio. Por eso todo lo que hago tiene un carácter confidencial, porque trabajo para él y no para vosotros. Aceptar ese dinero complicaría las cosas.

Helene insistió.

—Pero es que queremos darte algo, una prima, por lo que has hecho. También podemos dárselo a Mike para que te lo pase a ti. ¿De acuerdo? ¿O lo prefieres al contado? No sería ningún problema.

—Podéis hacer lo que os dé la gana —dije, sorprendido por mi reacción fuera de tono—. Es vuestro dinero. Si tanto queréis libraros de él, se me ocurren un montón de entidades benéficas a las que les iría de perlas.

Helene se enderezó con el rostro demudado. Durante un buen rato no supo qué decir.

—Debo haberte ofendido en algo, John —dijo en voz baja y con el acento más marcado—. No sé cómo, pero de veras lo siento. No me gustaría tener que hacerlo, pero si quieres que donemos este dinero a alguna entidad, lo haremos. Dime adónde quieres que lo mande.

Nos quedamos callados unos minutos que parecieron horas. Dirigí la mirada hacia el sobre de manila, y Helene hizo otro tal.

—Joder —dijo con un suspiro lento y cansino. Sacudió la cabeza. Juntó las palmas sobre las rodillas mirándolas y respiró hondo. Continuó en tono apagado y exhausto—. Has mirado el contenido. Y ahora estás enfadado con nosotros... conmigo. ¿Tú también? ¿Por qué? ¿Por mentir? Claro, has visto las fotos, has leído los documentos y ahora crees que soy una puta y Rick un ladrón. ¿Y ya está? Te has enfadado porque después de trabajar duro y de recibir tanto porrazo resulta que todo ha sido para defender a una puta y a un ladrón. ¿Es eso, verdad? —Se quedó sin aire y calló. Luego movió ligeramente la cabeza.

—¿Estás enfadado? ¿Y cómo crees que nos sentimos nosotros? ¿Eh? Lo único que has hecho ha sido trabajar para una puta. Podría ser peor. Podrías despertarte un día y descubrir que estás casado con una. —Se echó a reír con cinismo y amargura. Una lágrima le resbaló por la mejilla, y luego otra, pero sin sollozos ni gemidos.

—Dios mío, solo tenía diecinueve años. Era una cría... demasiado tonta, demasiado engreída. ¿Tú nunca fuiste así? ¿Acaso fui la única? —Se estremeció y los hombros le temblaron un momento, pero aflorara lo que aflorase logró reprimirlo—. Y Rick... Rick también era un crío. Se estaba abriendo paso, tratando de hacer algo con su vida. Y el mundo que lo rodeaba le dejaba claro que no era bien recibido. —Volvió a faltarle el aire e hizo una pausa sin dejar de sacudir la cabeza.

—¿Qué quieres? ¿Una disculpa? Pues estupendo porque tenemos de sobras, incluso más que dinero. Es lo único que podemos hacer ahora, decir que lo sentimos. Le pido disculpas a Rick por ser... por no ser lo que él creía que era. Él me pide disculpas por los errores que ha cometido. Está hundiéndose; yo lo tengo en pie y entonces vuelve a disculparse por eso. Ambos se lo decimos, en silencio, a nuestros hijos y rezamos para que no se enteren de nada. —Se quedó callada y levantó el vaso

como si fuera a beber, pero no bebió. Tenía la voz agotada, demasiado floja y tensa como para expresar rabia, tristeza o cualquier otra cosa que no fueran palabras.

—Joder, estoy harta de todo esto. Lo único que quiero es que termine cuanto antes. Pero ¿qué más da otra disculpa entre amigos? ¿Eh, John? —Se sentó derecha en el taburete con las manos descansando en las rodillas. Las lágrimas le recorrían las mejillas—. Lo siento, John. Siento haberte mentido. Haberte decepcionado. Siento que creas que soy una puta. Siento que Rick y yo no seamos dignos del esfuerzo que has hecho. Bueno, ¿queda algo más? —Se puso de pie y se enfundó el abrigo. Alargó el brazo, cogió el sobre y se lo guardó en el bolso. Entonces se echó a reír con ironía—. Quizá deberías hacerles un test a tus futuros clientes, así sabrás de antemano si cumplen tus criterios morales. Averiguar si merecen tu ayuda. Te evitarías estos problemas. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y bebió un poco. Después me miró a los ojos y sacudió la cabeza. Me rozó con una mano el brazo.

—Perdóname, John. Esto es... no es justo. Pero este asunto ha sido espantoso. Nos ha pasado factura. Ojalá nos hubieses conocido antes. No somos así. Somos... buena gente. Claro, a ti te parecerá estúpido que lo diga.

Me apretó el brazo suavemente y se alejó, sin prisas, hacia la puerta. Pero cuando puso la mano en el pomo, le dije:

—¿No habéis vuelto a East Hampton? —Se dio la vuelta.

—Era muy caro mantener aquella casa, y además teníamos problemas de vandalismo. Y estaba tan lejos que acabamos por venderla.

Fue una respuesta práctica y rutinaria, discreta y corriente. La dijo con una fluidez deliberada, pero con las pausas y los silencios en el momento adecuado para que diera la impresión de ser espontánea. Aquello era mentir con categoría. Pero yo no le había preguntado eso, y los dos fuimos conscientes de ello en cuanto comenzó a responder. Cruzamos la mirada sumidos en un silencio expectante.

Por un instante, algo brilló en los ojos de Helene. ¿Era angustia? ¿Ira? Se esfumó muy rápido para saberlo y lo sustituyó un cálculo frío de opciones y posibles resultados que me recordó a la mirada de Bernhard Trautmann cuando me apuntó con mi pistola.

—¡Que te jodan! —espetó como si escupiera un piñón, y se fue.

Me quedé mirando la puerta un buen rato con el vello de la nuca erizado y escalofríos recorriéndome la espalda. Helene Pierro daba miedo, no era tan evidente como en alguien como Trautmann, pero eso la hacía mucho más peligrosa. Aún se percibía su perfume en la sala, aunque ya solo olía a amenaza.

Enjuagué el vaso de Helene y el mío y los puse en el lavavajillas. Después le extendí un cheque a Randy DiSilva, lo introduje en un sobre y salí para enviarlo. La temperatura bajaba a medida que el sol se ponía, y volví a sentir un escalofrío cuando estuve delante de la puerta del edificio. Noté que controlaba la calle del mismo modo

que cuando pensaba que Trautmann vendría a por la revancha y me di cuenta de que volvía a estar paranoico. Sacudí la cabeza. Helene era espeluznante, me dije, pero no del tipo que dispara a bocajarro desde un coche en marcha. Eché la carta en el buzón de la esquina y volví a casa. Me dolían varias partes del cuerpo y tenía ganas de echarme en la cama.

Bajé las persianas, me descalcé y me estiré. Seguí pensando en la conversación con Helene, y en llamar a Mike, pero en algún momento me quedé dormido. A pesar de la fatiga, o quizá debido a ella, tuve un sueño agotador y febril. Me puse a dar vueltas hasta enredarme con las sábanas y las almohadas. Varias veces estuve a punto de despertarme y cuando desperté estaba empapado en sudor. Tenía los ojos ardiendo y la garganta muy seca. Me obligué a seguir durmiendo. Pero retomé la pesadilla, o soñé otra versión de la misma. Estaba junto al lago con Anne, pero también estaban Helene Pierro y otra persona a la que no podía verle el rostro. Andaba gritando el nombre de... alguien, cuando me despertó el timbre.

Ya era de noche, las seis según mi reloj. Me froté la cara y la cabeza. Entré en el cuarto de baño y bebí agua fría del grifo. Volvieron a llamar. Me eché agua en la cara y respiré hondo un par de veces. Después fui hacia la puerta y encendí las luces a mi paso. Miré por la mirilla. Era Jane Lu. Abrí la puerta y me sonrió, pero enseguida frunció el entrecejo cuando vio las heridas más recientes.

—Esto es ridículo. ¿Cómo es que aún te atienden los del seguro?

Llevaba un traje pantalón gris oscuro que consistía en una chaquetilla corta y debajo una blusa gris perla de cuello recto, así como unas botas de terciopelo negro con el tacón cuadrado. Sujetaba dos bolsas de papel con los brazos. Entonces percibí el delicioso aroma a comida china, y me crujió el estómago. El hambre me espabiló de golpe.

—Pasa —le dije—. Trataremos mi plan de seguro médico después de cenar.

Di media vuelta y sonaron unos pasos apresurados por el rellano. Me volví otra vez hacia la puerta y vi que una figura empujaba a Jane sobre mí y la sujeté. Las bolsas de papel cayeron al suelo. Evan Mills cerró la puerta y me apuntó a la cara con mi pistola.

Puede que Mills fuera un aficionado al comenzar con Trautmann, pero había aprendido rápido. Nos obligó a dar la vuelta, agarró a Jane por el pelo y le puso el cañón de la pistola debajo del mentón. Me ordenó que me echara al suelo con las manos en la espalda. Hizo que Jane me pusiera las esposas. Eran también de plástico pero esta vez se ajustaban por el pulgar. Jane se arrodilló a mi lado respirando con dificultad. Percibía su perfume y el calor que desprendía. Estaba temblando de mala manera. Después la obligó a tenderse en el suelo. Entonces me ajustó las esposas y la esposó a ella. Y nos hizo sentar en el sofá. Trabajaba rápido y en todo el rato no dijo más de diez palabras.

Estábamos echados e incómodos mientras él permanecía de pie y no hacíamos más que mirarnos. El ambiente estaba cargado de angustia, adrenalina y jadeos. El corazón me latía tan fuerte que me temblaba todo el cuerpo y notaba el pulso en los oídos. Me concentré en respirar lenta y profundamente y en regular el ritmo del corazón y vi que Mills hacía lo mismo. Jane tenía los ojos muy abiertos e iba mirándome a mí y mirando a Mills. Todavía temblaba pero ya no tanto. Estaba agarrotada y tenía la boca apretada con las comisuras en caída. Pero me percaté de que ella también trataba de controlar la respiración aspirando hondo por la nariz y espirando poco a poco por la boca.

Mills llevaba la ropa del día anterior, los pantalones negros, el jersey azul marino con la camisa amarilla debajo, pero no llevaba abrigo sino un abultado anorak negro. Ya no tenía el aspecto de universitario entrado en años sino que tenía pinta de consumidor de anfetaminas que llevaba una semana metiéndose caña. Estaba arrugado, empapado y sucio, como si hubiese dormido en un cenicero, aunque lo más probable es que no hubiese pegado ojo. Estaba demacrado e iba sin afeitarse, y la incipiente barba estaba canosa por el mentón. El pelo se le había quedado oscuro y sin brillo. Tenía varias quemaduras en las manos y lo envolvía un fuerte olor a humo.

Estaba ojeroso, pero los ojos estaban atentos y daban miedo. No paraban de mirar de un lado a otro con una extraña mezcla de angustia, furia, extenuación, algo del cálculo furioso que le había visto la víspera y... algo más. Algo que había cruzado los límites y ya era inalcanzable, algo que había soltado amarras y que se había alejado del puerto. Algo causado por haberle metido dos balazos a alguien y haber descubierto que en realidad te había gustado y que andabas buscando la oportunidad de volver a hacerlo. En tono suave y lento le dije:

—No tienen nada contra ti. Nada. Fue en defensa propia y todo el mundo piensa igual. Trautmann iba a matarte; a mí me quedó claro, y es lo que les he contado a la policía. Les sorprendió encontrarlo a él en el sótano y no a ti. En cuanto al chantaje... El caso se ha convertido en humo. No hay pruebas y ninguna víctima abrirá la boca.

Búscate un buen abogado y saldrás de esta limpio.

Mills me miró fijamente y esbozó una leve sonrisa. Respiró hondo y fue hacia la cocina. Dejó la pistola sobre la encimera, luego se quitó el anorak y lo echó también sobre la encimera. Desentumeció el cuello mientras estiraba los brazos y los movió a sacudidas como si fuera un saltador de longitud calentando la musculatura. Se pasó las manos por el pelo sucio y se lo puso detrás de la oreja. Se desabrochó los puños de la camisa y se arremangó mostrando unos antebrazos fibrosos para lavarse las manos y la cara en el fregadero. Se secó con una servilleta de papel que luego arrugó como una pelota y la lanzó sobre la encimera. Se llenó los pulmones de aire, pasó la vista por la sala y asintió favorablemente. Tras volver a coger la pistola, salió de detrás de la barra y me golpeó dos veces en la cara con ella.

Era fuerte, pero también torpe y no muy rápido, así que pude evitar que me diera de lleno. Pero estaba inmovilizado y casi estirado, por lo que esquivé los golpes a medias. Me hizo mucho daño. El cañón me alcanzó en la mejilla y la oreja, y terminé con la cabeza en las rodillas de Jane, quien dio un grito y se puso otra vez a temblar. Sabía que estaba sangrando encima de ella. Mills me agarró por el hombro para volver a sentarme y comenzó a hablar:

—¿Sabes cuánto tiempo he tenido que aguantar a ese neandertal? ¿Las veces que he tenido que escuchar delirios, insultos, intimidaciones y sus estúpidos motes? Casi tres años, John. Casi tres años de esa mierda. ¿Y sabes cuánto he tenido que trabajar? Quiero decir que las cosas no las encontramos hechas. Hizo falta investigar. Tuve que estudiar esos expedientes, averiguar el chanchullo que Nassouli tenía montado con cada una de las víctimas, dónde vivían actualmente, el valor que tenían y lo que tenían en juego. Y todo eso mientras tenía que escuchar los gruñidos de fondo de ese simio.

Iba dando pasos delante de mí mientras movía la pistola de manera despreocupada. Hablaba con calma, casi distraído, pero tenía la mirada extraña y frenética. Le había gustado golpearme y parte de él pensaba en eso.

—Me he dejado la piel trabajando y he tenido que tragar muchas chorradas, eso sin contar mi trabajo normal. Pero ahora ya es historia. Tengo dinero a punta pala, John. Tú no sabes cómo se siente uno cuando se hace rico, ¿verdad? Según Bernie, siempre lo has sido. Pero puedo asegurarte que es tan... liberador. ¿Te crees que voy a renunciar a eso? Con esas gilipolleces que sueltas no vas a convencer a nadie. —Hizo una pausa y se arremangó la nariz con la mano.

—Conozco a DiPaolo y también a Pell. Sé cómo son. Y aunque ellos lo dejaran correr, ¿crees que la dirección de Parsons and Perkins lo iba a dejar así? Para nada. En el mejor de los casos, me meterán demandas civiles hasta el resto de mi vida y tendré que empeñarme hasta los calzoncillos para pagar a abogados. No, gracias. — Tras pararse a pensar nos miró con cara de intriga.

—Además, tarde o temprano los polis encontrarán a un repartidor en Cobble Hill sin abrigo y con un disparo en la frente, y la bala que extraigan será igual a las que le saquen hoy o mañana a Bernie. Y después de eso sí tendrán algo en mi contra, ¿verdad? —Escuché a Jane llenarse los pulmones de aire, y luego se hizo el silencio. Mierda.

—¿Cómo es que no te has ido de la ciudad? —le pregunté.

Mills miró fijamente, ya menos distraído.

—Bueno, el motivo eres tú, John. Me has jodido el plan y me lo has jodido bien. Cuando quemaste la casa de Bern quemaste también los billetes de avión y el dinero que necesitaba para el viaje. Y ¿a que no sabes qué me encontré al volver a mi piso? Pues un montón de maderos, claro. También en el garaje, por lo que no puedo coger ni el puto coche. Y ahora ya no puedo usar las tarjetas de crédito, ¿eh? Hasta yo lo sé. Así que he pensado que podrías echarme una mano, John, y compensarme por los problemas que me has causado ayudándome a llegar a Miami. Podemos empezar por los dos mil dólares que se esfumaron por la chimenea, así como ropa limpia, las llaves de tu coche y... —Miró a Jane y levantó las cejas en un gesto teatral— y luego ya veremos lo que se me ocurre. —Mierda. Mierda. Mierda. Mills se acercó a la barra de la cocina y tomó asiento en el mismo taburete que Helene había usado. Pasó un brazo por detrás del respaldo y cruzó las piernas haciendo gestos con la pistola.

—Sí, me iría bien un poco de descanso y ocio antes de irme hacia el sur. Anoche estuve deambulando por toda la ciudad, Queens, Brooklyn, Manhattan. Fue todo un viaje... muy duro, muy *noir*, muy Charles Bukowski. Una noche muy oscura del alma. Nunca me había fijado en la cantidad de gente que hay en el metro, incluso por la noche. Pero me sorprendió la poca pasta que llevan encima hoy día, o quizá tuve mala suerte. El repartidor fue el mejor golpe y solo tenía unos trescientos pavos, y el abrigo. Naturalmente, no me lo puso fácil. Me...

El teléfono sonó como si explotara una granada, una, dos, tres veces antes de que saltara el contestador. Mills me miró mientras seguía con sus cálculos mentales. ¿Quién era? ¿Volverían a llamar? ¿Cuánto tardarían en preocuparse? ¿Cuánto tardarían en llamar a la puerta? Se puso de pie, desentumeció los hombros y dijo:

—Lo primero es lo primero.

Nos obligó a echarnos en el suelo del cuarto de baño mientras meaba, se daba una ducha y se afeitaba. El cuarto de baño no es que sea pequeño, pero con los tres dentro apenas teníamos espacio y esa intimidad forzada con Mills —la proximidad de aquel tipo pálido, lampiño, su olor, los ruidos que hacía— era extraña y repulsiva. La rabia se apoderó de mí cuando se puso a revolver en mi botiquín y tuve que contenerme las ganas de forcejear con las esposas. Jane apenas se movía. Estaba relajada y con la respiración acompasada pero tenía la expresión invariable y la mirada distante. Le hablé en voz baja mientras Mills se duchaba, con las caras pegadas a las baldosas.

—Me alegro de que esta semana viniera la señora de la limpieza —le dije.

Me miró pero no le dio tiempo a responder porque Mills me pegó una patada en la cabeza con el pie mojado.

—Cierra el pico, John.

A continuación, nos obligó a echarnos en el suelo del dormitorio mientras buscaba ropa en mi armario. Se puso un pantalón de pana y una camisa con las puntas del cuello abotonadas. Era más alto que yo, y flaco, pero le quedaban bien. La ducha y el cambio de ropa le dieron un aspecto más limpio pero nada más. Con el rostro afeitado tenía ojos de loco. Nos ordenó con un gesto que volviésemos al sofá y nos empujó para que nos sentáramos. Se quedó delante, dando golpecitos en el suelo con un pie.

—Pasta —dijo. Me miró con cara de expectación.

—Hay cien pavos y pico en mi cartera, en la encimera, y casi trescientos más en el cajón de arriba del tocador en la habitación. Si quieres más, tendremos que ir a un cajero —dije.

—Te encantaría dar ese paseo, ¿eh? —miró a Jane—. ¿Y tú?

Jane se volvió hacia Mills pero se diría que miraba a través de él.

—Hay doscientos dólares en el bolso —dijo con la voz apagada.

Se la quedó mirando y asintió. Agarró el bolso y miró dentro. Se metió en el bolsillo el dinero y puso el móvil de Jane sobre la encimera. Entonces miró la foto del permiso de conducir y volvió a mirar a Jane.

—No te hace justicia —dijo. Mierda. Después entró al dormitorio y regresó enseguida con un fajo de billetes—. Seiscientos veintisiete dólares en total. No es para echar cohetes, pero es un principio —dijo. Se dirigió a mí—. Las llaves del coche.

—No tengo coche —dije de forma pausada. Mills se puso aún más pálido y torció el morro. Alzó la pistola para volver a golpearme. Al verlo eché la cabeza atrás pero no lo bastante. Me alcanzó en una ceja. Comenzó a sangrar—. No paras de putearme, John. ¿Cómo no vas a tener coche? No me digas que no te lo puedes permitir, anda. ¿Qué eres? ¿Un tacaño de mierda? —Sacudí la cabeza y dijo algo para sus adentros. Luego se volvió hacia Jane—. ¿Y tú? —Ella lo atravesó con la mirada y por un momento tuve la impresión de que también la iba a golpear a ella y me puse tenso. Pero Mills se relajó—. Joder —dijo—. Me habría ido bien un coche, pero también podría causarme problemas. Estaba pensando en ir en autocar. ¿Tú qué opinas, John? Tomo el PATH hasta Jersey City, cambio al tren Jersey Transit hasta Trenton, luego enlace con cercanías de Philly y, por último, voy en autocar de Philly a Miami. Y una vez en Miami, John, me iré muy lejos.

La historia que contaba le gustaba, y le gustaba contárnosla. Era consciente de las consecuencias de compartirla con nosotros, y nosotros también éramos conscientes de

ello. Nos sonrió con los ojos brillantes.

—Bueno, buena compañía, una buena noche de descanso y mañana a levantarse temprano. ¿No es un buen plan? Pero antes, hay que cenar. —Fue a la cocina y se puso a buscar en la nevera y los armarios. Hablaba a solas sobre el deplorable estado de la despensa.

Miré a Jane y traté de consolarla con una sonrisa. Me miró fijamente con expresión incómoda. Mills estaba loco y lo estaba cada vez más, ambos lo sabíamos. Ni siquiera fingía que saldríamos de esta ilesos si cooperábamos, aunque tampoco le habría creído de haberlo hecho. Había matado dos veces y le había gustado, así que volvería a matar. Las únicas preguntas eran cuándo nos mataría, qué haría antes y si me daría alguna oportunidad.

De pronto sacó la cabeza de la nevera como si se hubiese acordado de algo y miró las bolsas de papel que estaban junto a la entrada. Se habían desparramado por el suelo varios envases de plástico. Uno se había roto y en la madera del suelo había un montón de fideos de sésamo fríos enfriándose más aún. Se acercó a ellos, cogió un puñado con los dedos y se los comió.

—Vaya, esto es otra cosa. Un poco polvorientos, pero no están nada mal —dijo y soltó una risotada.

Se sentó a la barra de la cocina y se puso a comer de los envases de cartón con los palillos de regalo. Comía deprisa pero como un cerdo. Se fue zampando la comida en silencio y mirándonos fijamente, sobre todo a Jane. Se limpió la boca con una servilleta, que luego lanzó sobre la encimera, y exhaló un suspiro.

—Qué bueno. Un poco frío, pero una elección exquisita. Mis cumplidos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Jane, que estaba muy quieta y con la mirada perdida—. ¿Qué? ¿Miramos a ver qué nos depara el futuro? —Rompió una galletita de la suerte, leyó la tira de papel que había dentro y estalló en carcajadas—. ¡Ah! Esto no tiene precio... Es genial —dijo riéndose para sus adentros. Levantó la tira de papel—. Recibirás una visita inesperada —leyó. Empezó a sacudirse de risa, se puso rojo y le comenzaron a asomar lágrimas a los ojos. Se estaba poniendo histérico y se esforzaba por controlarse. Al cabo de un rato se recompuso. Respiró hondo y se secó la frente con el dorso de la mano.

—Debe de ser por el glutanato monosódico; siempre se me sube a la cabeza. —Volvió a fijarse en nosotros, sobre todo en Jane. Ella seguía estática y lejos, muy lejos de allí—. Eh, perla de Oriente, ¿hablas de vez en cuando? Ya sé que estás rebotada porque te he chafado el plan con tu Johnny. Pero es que tu cielito me ha jodido a mí un par de millones de dólares, así que, dime, ¿quién ha salido perdiendo? ¿Eh? —Jane no reaccionó. Mills volvió a empuñar la pistola y comenzó a pasársela de una mano a la otra. Se estaba preparando. Me dirigió la mirada y dijo—: Te gustan las tías inescrutables, ¿a qué sí, John? ¿Has notado el cambio con ella después de la difunta

señora March? Quizá esperabas que tu suerte cambiara si probabas otro tipo de mujer, ¿eh? —Hizo una pausa y susurró en alto—: Tengo malas noticias para ti, amigo, no va a funcionar. —Rompió en sonoras carcajadas que parecieron llevarlo al borde de la locura, pero al final se controló. Mierda.

—Es una pena que Bernie no pueda acompañarnos esta noche. Estoy seguro de que habría disfrutado con esto. Y tú supiste impresionarle, John. Me refiero a que se la pusiste dura, y la cosa fue a peor cuando leyó artículos sobre ti. Y naturalmente tenía debilidad por las mujeres. —Miró a Jane, pero ésta siguió sin reaccionar. Se acercó a ella.

—Y hablando de mujeres, antes he visto a la encantadora y cualificada Helene Pierro entrar y salir de tu apartamento. Es la primera vez que la he visto vestida; casi no la he reconocido. Francamente, me gusta más desnuda. Es muy ágil, y cuando habla es deliciosa. Supongo que Bernie no se equivocaba cuando dijo que trabajabas para Pierro. —Estaba de pie frente a Jane y le apoyó una mano en el hombro; se me encogió el estómago. Jane permanecía inmóvil, con la mirada perdida. Iba a por ella.

—Pobre Bernie. En cierto modo, le echo de menos. No era idiota, solo un poco grosero. Pero tenía inventiva. Y te aseguro que el cine porno se perdió a un gran talento. ¿Has llegado a ver alguna de sus cintas, John? Tal vez pueda recrear con Jane alguno de los momentos más memorables. Para que disfrutes mirando mientras le hacemos un homenaje a Bernie. Sé que...

No me lo esperaba y Mills tampoco lo vio venir. Jane fue rápida. Le clavó el tacón cuadrado del botín en el pie descalzo a modo de mazo y, antes de que Mills pudiera dar un alarido, dio media vuelta y le pegó una patada en la entrepierna. Tenía poco ángulo para darle la patada y el sofá se deslizó atrás de manera que le salió un poco alta, a la altura del cinturón. Mills retrocedió tambaleándose y con el pie ensangrentado. Levantó la pistola y yo le embestí desde el sofá agachándome. Le di en las rodillas y cayó hacia atrás contra la barra de la cocina, rebotó y forcejeó conmigo encima hasta que logró zafarse de mí. Entonces Jane ejecutó algo similar a un remate de tijereta hasta quedarse de pie.

Mills seguía gritando y se levantó deprisa. Disparó y noté que algo al rojo vivo pasó rozándome la oreja e impactó estrepitosamente en una columna de hierro que había detrás de mí. Recuperé el equilibrio y a mi derecha vi que Jane se preparaba para dar medio paso adelante y lanzar una patada. Mills subió el arma y yo me abalancé sobre él con todas mis fuerzas en el momento en que volvió a disparar. Le hundí mi cabeza en el esternón y noté que se quedaba sin aire en los pulmones, que salía despedido hacia atrás y seguía... adelante, sin detenerme, hasta escuchar el estrépito de cristales rompiéndose y los gritos de Mills. Entonces noté el aire frío de la noche en la cara.

Me apoyé con el hombro en el marco roto de la ventana. Abajo, la calle se quedó

paralizada, un cuadro de tráfico estático, de cabezas mirando arriba y el cadáver de Evan Mills maltrecho en un mar de fragmentos de cristal. Lo único que se movía era la persiana arrancada que me rozaba la cara; lo único que oía eran mis jadeos. Me aparté de la ventana con cuidado.

Recuerdo que quería decir algo con sentido, algo trivial e irónico. Quizá algo sobre las primeras citas y los horribles invitados, no lo sé. Recuerdo que me volví. Y entonces la vi tendida en el suelo boca arriba, aún iba esposada y tenía una pierna estirada y la otra doblada debajo de ella, con la cabeza descansando en un ángulo extraño sobre un charco de sangre.

Permanecería una noche en observación, dijeron. Hicieron un balance de los nuevos daños y me declararon afortunado... Únicamente tenía cortes, rozaduras y moratones. Ninguna fractura, ningún disparo. Había tenido suerte. Pero aún estaba recuperándome de una herida en la cabeza y alguien pensó que presentaba una extraña falta de emociones, y tenían camas disponibles, así que ¿por qué no?

A ratos había mucha gente en la habitación del hospital, pero no me acuerdo de lo que me dijeron. Primero llegaron los agentes de Manhattan, y luego los federales; enseguida vinieron los agentes de Queens. Allí estaba Fred Pell; Shelly DiPaolo mandó en su lugar a Conaway. Mike permaneció de pie junto a la puerta mientras me hacían preguntas y yo las contestaba y, cuando me cansaba de decir lo mismo una y otra vez, los hacía salir. Se quedaron satisfechos, me dijo. A mí me daba lo mismo. Cuando los agentes se fueron, la enfermera me dio algo para el dolor. El medicamento hizo efecto, aunque también me hacía sentir como si el cerebro estuviese flotando por encima de mí.

Después de eso, Tom Neary pasó a verme, y también mi hermano Ned y mis dos hermanas. Aunque hubiese tenido suerte, todos se mostraron muy serios. Quizá me lo imaginaba; quizá se debía al medicamento. Entraban, me hablaban y se iban de prisa hasta que el único que quedó allí fue Mike. Me iba agotando.

—¿Dónde está ella? —pregunté.

Mike me lo dijo. Cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos, la habitación estaba casi a oscuras y Mike se había ido. Miré el reloj. Pasaban unos minutos de la medianoche, y todo estaba en calma. Podía oír voces que hablaban a lo lejos, el distante alboroto del tráfico y mi respiración, que seguía lenta y acompasada del sueño. Aparte de la lámpara de la mesilla de noche, la única luz era un brillo azulado que se desprendía del televisor que estaba encendido para una cama vacía al otro lado de la sala.

Traté de incorporarme hasta que estuve sentado. El mundo permaneció en horizontal, y volvía a tener el cerebro en el cráneo. Bajé la baranda lateral de la cama y pasé las piernas por encima para levantarme. El suelo estaba frío y por detrás noté una corriente de aire. Salí al pasillo. Estaba vacío y a oscuras. El carrito de la enfermera estaba al fondo e iluminado como si fuera un crucero en el mar de noche. Recorrí el pasillo sin hacer ruido y pasé por delante de dos puertas. La puerta de la habitación 420 estaba abierta. Era una habitación para dos personas, pero la única paciente allí era Jane, que dormía como un niño en una cama alta.

Me habían dicho que se pondría bien. Sí, tenía mal aspecto; decían que era lo normal con las heridas en la cabeza. Pero no era más que un rasguño y una leve conmoción. Ni siquiera le quedaría cicatriz. Le darían el alta dentro de dos días. Se

pondría bien, me habían prometido, y, pese a creerlos, quería verlo con mis propios ojos. Me fui acercando a su cama.

Estaba echada de lado, dándome la cara, y, dormida, tenía una cara muy joven e increíblemente bonita. El pelo corto era como tinta sobre la almohada, y a la luz de una lámpara pude ver la venda que le cubría un lado de la cara y el cardenal que la rodeaba como una sombra. A pesar del olor a hospital percibí débilmente su perfume.

Junto a la pared había una silla lo bastante ligera para que pudiese cargarla sin gritar de dolor. La acerqué a la cama y tomé asiento. Al alzar la vista vi que Jane me estaba mirando. Esbozó una sonrisa cansada, casi bobalicona y murmuró algo que no pude entender. Me acerqué más a ella.

—Quédate —dijo en susurros.

Entonces sacó una mano de debajo de la manta y cogió la mía mientras cerraba los ojos y volvía a dormirse. Apoyé la cabeza atrás y también cerré los ojos, y ya hacía rato que era de día cuando unas voces nos despertaron.

Agradecimientos

Debo dar gracias a todas las personas que me han ayudado mientras escribía este libro. A los primeros lectores, Nina Spiegelman, Barbara Wang y John Spiegelman, por sus consejos y su paciencia ante las adversidades. A Joe Toto, por su paseo por el barrio. A los primeros profesionales que han leído el libro, Rod Huntress, Chris Niles y Susan Schwartz, por un apoyo que sólo puede venir de personas que no están unidas al autor por lazos de sangre o matrimonio. A mi agente, Denisse Marzil, y a su equipo The Marzil Agency, por todos sus esfuerzos a mi favor. A Sonny Mehta, De Knopf, por hacer el proceso editorial tan profundamente interesante. Y a Alice Wang, por mucho más de lo que puedo decir.